

FRANCISCO MEJÍA MEJÍA:
la autobiografía de
un campesino costarricense, 1923-1981

Editado por
Mitchell A. Seligson, Ph. D.
(Profesor Emérito de Ciencias Políticas,
Vanderbilt University)

Susan Berk-Seligson, Ph. D.
(Profesora Emérita de Lingüística Hispánica,
Vanderbilt University)

Con la colaboración de
Juan Pablo Sáenz-Bonilla, MSc.
(Profesor de la Escuela de Ciencias Políticas,
Universidad de Costa Rica)

630.92
M516f

Mejía Mejía, Francisco, 1923-1981.
Francisco Mejía Mejía : la autobiografía de un campesino costarricense, 1923-1981 / editado por Mitchell A. Seligson, Susan Berk-Seligson ; con la colaboración de Juan Pablo Sáenz-Bonilla. – Primera edición. – [San José, Costa Rica] : [Centro de Investigación y Estudios Políticos], 2019.
332 páginas : fotografías en blanco y negro, mapas en blanco y negro.

ISBN 978-9930-9585-1-3

1. MEJÍA MEJÍA, FRANCISCO, 1923-1981. 2. CAMPESINOS -- COSTA RICA. 3. LÍDERES CÍVICOS – COSTA RICA. I. Seligson, Mitchell A., editor. II. Berk-Seligson, Susan, editora. III. Sáenz-Bonilla, Juan Pablo, colaborador. IV. Título.

CIP/3665
CC.SIBDI.UCR

Consejo editorial

Dra. María José Cascante Matamoros.
Universidad de Costa Rica, Costa Rica.

Dr. Andrés León Araya.
Universidad de Costa Rica, Costa Rica.

Dr. Alonso Ramírez Cover.
Universidad de Costa Rica, Costa Rica.



VANDERBILT
UNIVERSITY

Coordinación del proyecto

Realización de entrevistas y recolección de información

Dr. Mitchell Seligson.

Dra. Susan Berk-Seligson.
Vanderbilt University, Estados Unidos.



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

Financiamiento de la edición e impresión

Vanderbilt University.

Elaboración de notas al pie

MSc. Juan Pablo Sáenz Bonilla.
Universidad de Costa Rica, Costa Rica.

ICIEP
Centro de Investigación
y Estudios Políticos

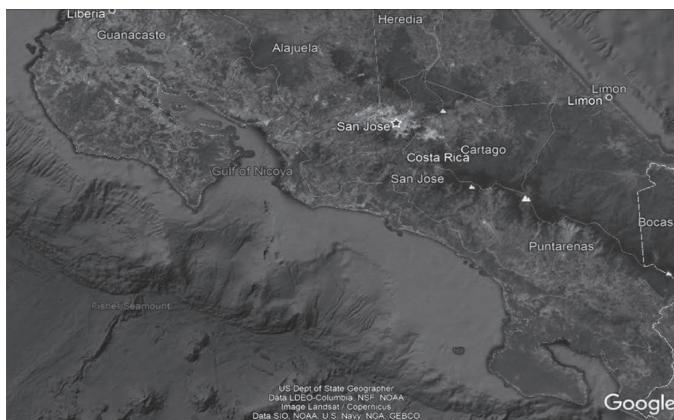
Diseño y diagramación

Karen Pérez Camacho.

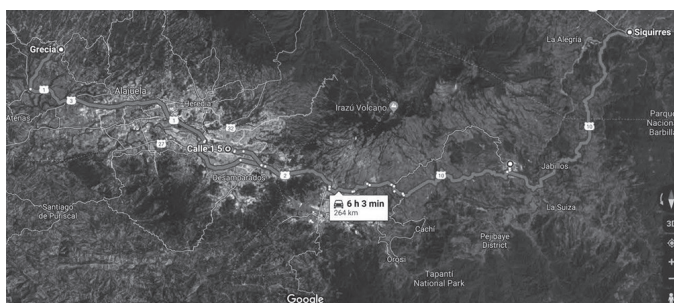
CONTENIDO

Mapas	5
Reconocimientos	7
Prefacio	11
<i>Capítulo I: Niñez</i>	21
<i>Capítulo II: Haciéndome hombre en el Atlántico</i>	53
<i>Capítulo III: Primeros viajes al Pacífico</i>	113
<i>Capítulo IV: La Revolución de 1948</i>	141
<i>Capítulo V: Regreso a la Bananera</i>	187
<i>Capítulo VI: Llegando a Coto Brus</i>	211
<i>Capítulo VII: Política Electoral en Coto Brus</i>	237
<i>Capítulo VIII: Metido en el Desarrollo Comunal</i>	253
<i>Capítulo IX: La Cooperativa de café</i>	285
<i>Capítulo X: Reflexión</i>	317
Fotos	319

MAPAS



Mapa 1. Mapa de Costa Rica, mostrando la Provincia de Alajuela, donde Francisco nació, la Provincia de Limón, donde trabajó, la Provincia de Puntarenas, donde murió.



Mapa 2. Grecia, donde Francisco nació, y su ruta aproximada a la Zona Atlántica para conseguir trabajo. Fuente: Google Maps.



Mapa 3. Cantón de Coto Brus donde Francisco vivió y murió. Se muestra Ciudad Neily (Villa Neily en los tiempos de Francisco), Agua Buena (dónde vivió Mitch y Susan), San Vito y Cañas Gordas y la frontera con Panamá.

RECONOCIMIENTOS

En el medio siglo que ha transcurrido desde que conocimos a Francisco, nuestras memorias se han nublado. Por esta razón, es inevitable que se nos pase agradecer a algunas de las muchas personas que nos ayudaron a lo largo del camino de este proyecto. De esta manera, de antemano les ofrecemos disculpas a aquellas personas que hayamos omitido sin querer. Las raíces de este proyecto se originan de nuestro trabajo como voluntarios del Cuerpo de Paz de los Estados Unidos, por lo que comenzamos la historia ahí. Nos acordamos con mucho cariño de nuestro supervisor regional, Jim Cucenza quien nos ayudó a protegernos de los peligros que enfrentamos empezando el mismo día que partimos hacia el sitio asignado por el Cuerpo de Paz, la remota comunidad de Agua Buena de Coto Brus. Durante ese primer año, Jim nos visitaba recurrentemente y compartió con nosotros sus conocimientos de cómo ser voluntarios más eficaces. Al año Jim partió de Costa Rica y fue reemplazado por Steve Schmitts, quien siguió dándonos amplia orientación. Nuestros vecinos, Bruce y Judy Peet, quienes radicaban en San Vito y eran voluntarios desde antes de nuestra llegada, compartieron con nosotros mucha información útil y orientación para la vida en el cantón. Igual les agradecemos a nuestros compañeros voluntarios del Cuerpo de Paz, por su camaradería, y el personal de la administración del Cuerpo de Paz en San José.

Varios médicos nos mantenían sanos. El médico del Cuerpo de Paz, Sidney Nirenberg, nos trató cuando nos enfermamos hasta que fue sustituido por un internista costarricense, Rogelio Pardo Evans. El doctor Pardo, quien décadas después fue nombrado Ministro de Salud de Costa Rica, nos salvó de varias amenazas a nuestra salud incluyendo rabia y una posible apendicitis, y decididamente fue el mejor médico que hayamos tenido en la vida. El Dr. Rodolfo Nuñez, dermatólogo, le curó a Mitch de una infección difícil de sanar, causada por un gusano tórsalo. Y el Dr. Ricardo Kriebel, nuestro dentista, le calmó a Susan de dolores en todos los dientes, cuando ella vino a San José quejándose y le preguntó a ella si había estado comiendo piña con frecuencia. En fin, no había ningún problema dental pero sí de exceso de piña.

Aún más significativos en nuestras vidas que el personal del Cuerpo de Paz fueron los mismos pobladores. Entre estos, Jovita Cordero de Castillo fue la que más rápida y profundamente nos acogió. Nunca olvidaremos su incansable activismo comunitario y su dedicación desinteresada por el bien común del pueblo. El esposo de Jovita, Gabriel Castillo, le enseñó a Mitch lo más necesario referente a los problemas de la cooperativa cafetera del pueblo. León López nos introdujo a su órbita y le damos las gracias por enseñarnos tanto sobre el rol de la religión en la vida costarricense. Y el panadero de San Vito, Francesco Altamura, enviaba todas las semanas a nuestra puerta un delicioso pan italiano, por lo que también le agradecemos. Hubiese sido difícil sobrevivir sin su delicioso pan.

Nuestro casero, Ernesto Araya, el mayor terrateniente de Agua Buena, nos demostró ser un hombre de gran inteligencia, encanto y amor profundo por su comunidad. Su filantropía sin pretensiones a beneficio de la educación, la salud y el bienestar comunitario contribuyó en gran medida a los éxitos obtenidos en Agua Buena. Su energía inagotable nos asombraba y nos entristeció grandemente saber de su fallecimiento unos años atrás. Mientras vivía, siguió educándonos y manteniéndonos al día con noticias de Agua Buena.

Otros pobladores de Agua Buena a quienes queremos agradecerles son: Vidal Espinosa (vaquero, reparador del único tubo de agua del pueblo, operador del aserradero de Ernesto Araya, y operador del generador de electricidad que proveía luz eléctrica a unos pocos bombillos por tres horas al día y operador del proyector de cine del teatro de Agua Buena, otro negocio de Ernesto Araya); Félix Matarrita y su esposa Nena; Gregorio Blanco y su esposa; Ulises Blanco (quien participó en el grupo juvenil 4S, ayudando establecer la huerta escolar a la escuela elemental de Agua Buena y años después como asistente a Mitch en la recolección de datos para su tesis doctoral); Omar Solano, agricultor que le enseñó a Mitch técnicas de cultivar hortalizas en un ambiente tropical; Gladys de Cedeño, quien le orientó a Susan de asuntos de salud en relación a las mujeres y niños del pueblo; Yeny de Rojas, quien se encargó de los correos del pueblo; y Ernesto Cordero, quien manejó El Alto, la principal tienda de abarrotes del pueblo.

Darryl Cole, un joven norteamericano que fue a vivir al bosque tropical lluvioso de Cañas Gordas, una comunidad adyacente a Agua Buena, nos inspiró con sus infatigables esfuerzos de desarrollo y promoción de la agricultura tropical sostenible. Darryl publicó uno de los pocos libros escritos en inglés sobre las luchas por establecer y sostener una finca en este tipo de entorno ecológico.¹ Las hijas de Darryl y también la Oficina de Estudios Tropicales de Costa Rica han seguido realizando el trabajo que inició. Otro inmigrante angloparlante, Jack Ozanne, un ingeniero británico jubilado que se estableció en Coto Brus, compartió generosamente con nosotros muchísima información sobre el cantón.

Elena Wachong Ho fue la primera persona que nos introdujo a Costa Rica cuando éramos estudiantes de posgrado. También nos abrió un sinnúmero de puertas de la burocracia costarricense.

¹ Cole-Christensen, Darryl. 1997. *A Place in the Rain Forest: Settling the Costa Rican Frontier*. 1st ed. Austin: University of Texas Press.

Siempre generosa con nosotros, hasta nos permitió usar su apartado de correos en San José durante un año entero. Agradecemos que haya seguido informándonos de sus percepciones de Coto Brus, en particular, y de Costa Rica en general, durante las últimas cuatro décadas. También le damos las gracias a su padre, Luis, por su gran amabilidad y generosidad hacia nosotros.

Y le agradecemos mucho al Dr. Adrian Laufe, nuestro consejero técnico en todos los asuntos que tenían que ver con el uso de los computadores. Nos resolvió muchísimos problemas.

A todos un caluroso agradecimiento.

PREFACIO

Es nuestro deseo que esta autobiografía, titulada “Francisco Mejía Mejía: Autobiografía de un campesino costarricense, 1923-1981” se reciba como el retrato del hombre común (y a la vez, extraordinario) costarricense. A través de sus maravillosos cuentos y narrativas, se le acompaña al lector a lo largo de algunos episodios claves de la historia de Costa Rica, tales como la Guerra Civil de 1948 (llamado “La Revolución”) y la expansión de las zonas agrícolas y de asentamientos hasta la frontera meridional del país. Francisco nos demuestra cómo era criarse sin padres, habiendo fallecido su madre durante su infancia; el haber sufrido tres enfermedades graves durante su primer año de vida mientras lo criaban sus cariñosos abuelos. Nos describe intensamente su primer enamoramiento infantil, aquel que con tanta pureza dirigió a su maestra de tercer grado, y luego su dolor emocional al enterarse que su niña se iba a casar. Nos da una vista de la vida laboriosa de un jornalero tras haber abandonado la escuela después del tercer año, además de las aventuras que disfrutó mientras buscaba mejores trabajos y mayores ingresos en las dos zonas bananeras principales en las costas del Caribe y el Océano Pacífico de Costa Rica. Sus palabras nos emocionan con los cuentos de numerosos roces con serpientes venenosas; de cómo se hizo dueño de una pequeña finca con dinero que ganó en un juego de barajas con el título de propiedad escrito sobre una lámina de aluminio de un paquete de cigarrillos. Nos enteramos de sus luchas como líder comunitario cuando trató de

convencer al gobierno que se construyera una escuela local. Finalmente, vemos a Francisco como candidato político a nivel local y nacional, ganando el escaño local y perdiendo la curul estatal.

Mientras que la pobreza de sus primeros años y la falta de una educación formal nos demuestran la dimensión del “hombre común” en la vida de Francisco Mejía Mejía, su liderazgo comunitario y su participación en la política electoral, levantan a este hombre con individualidad excepcional mucho más allá de lo común.

¿Cómo se originó este libro?

La vida está llena de eventos aleatorios, casualidades, y decisiones con consecuencias que no podrían haberse visualizados antes de que se dieran. Es casi seguro que esta autobiografía nunca se hubiese escrito si no hubiéramos aceptado la invitación del Cuerpo de Paz de los Estados Unidos¹ de ir a Brasil a trabajar con esta organización en 1967. Sin embargo, en ese mismo año Mitch recibió una beca para emprender estudios de maestría en la Universidad de Florida, por lo que el otoño de 1967 decidimos ir a la ciudad de Gainesville en Florida y no a Brasil como voluntarios. Al comienzo de sus estudios, Mitch se interesó por los mercados comunes; es decir, por el proceso de integración económica regional. Durante ese tiempo la formación de la Comunidad Económica Europea era el tema del día en los cursos de Ciencia Política. Sin embargo, a Mitch le interesaba este tema con relación a América Latina y no a Europa. En sus investigaciones sobre este tema, Mitch halló que

¹ El Cuerpo de Paz fue establecido por el presidente de los Estados Unidos de América (EEUU), John F. Kennedy con el propósito de enviar a voluntarios estadounidenses a trabajar por dos años en los países en vías de desarrollo alrededor del mundo. Estos voluntarios vivían en comunidades rurales pobres o en los barrios empobrecidos de las ciudades y pueblos más grandes, con el fin de ayudar a la gente a ayudarse a sí misma.

la integración económica ya había hecho importantes avances en Centroamérica. Uno de sus profesores le sugirió que hablara con otro estudiante de su programa a quien también le interesaba la integración económica. De él supimos que había una estudiante costarricense en su programa de posgrado en Gainesville, Elena Wachong Ho. Los tres nos reunimos, y ella nos contó cosas maravillosas de su país. Así, pues, decidimos reactivar nuestras solicitudes para trabajar en el Cuerpo de Paz después de finalizar nuestros estudios, pero indicando como preferencia ser voluntarios en Costa Rica en vez de Brasil. ¡Y, nos aceptaron! Así comenzó nuestro romance con Cosa Rica.

Mitch completó su programa de estudios en La Universidad de Florida de maestría, y con Susan emprendió viaje a Puerto Rico, el lugar del entrenamiento de tres meses del Cuerpo de Paz. Como preparación para el trabajo que haríamos en Costa Rica, recibimos en Puerto Rico en el campamento del Cuerpo de Paz, clases de español conversacional y otras materias sustantivas, tales como la salud y la nutrición (el campo de especialización de Susan), además del tema del cooperativismo (el campo de especialización de Mitch). Nuestra tarea principal como voluntarios del Cuerpo de Paz de los EE. UU. era fomentar el desarrollo comunitario en los pueblos y comunidades donde íbamos a ser voluntarios, y el entrenamiento enfocaba este aspecto de nuestro trabajo.

Al final de nuestro entrenamiento, se publicó una lista de los nombres de las zonas y las comunidades que habían solicitado voluntarios. Algunos de los voluntarios escogieron comunidades ubicados cerca a lindas las playas de Costa Rica. Sin embargo, nosotros, como neoyorquinos habíamos pasado todos los veranos de nuestras vidas en las playas de Nueva York y estábamos acostumbrados desde nuestra juventud a pasar los veranos al lado del mar. Además, preferíamos vivir en un clima más fresco que el de las de las playas, por lo que buscamos ser enviados a una de las comunidades en las alturas de las montañas. La de mayor altura de

todas era Agua Buena de Coto Brus. Era como si nos hubiéramos ganado la lotería cuando nos informaron que nos habían escogido para ir a Agua Buena, aun siendo esta la comunidad en la lista que estaba más lejana de la ciudad capital, San José, con todos sus servicios y comodidades.

Al final del entrenamiento, nuestro grupo de unas tres docenas de voluntarios, tomamos un vuelo de San Juan, Puerto Rico, a Miami. De allí, abordamos un vuelo de Pan American con destino a San José, Costa Rica con paradas en los aeropuertos de las capitales de Guatemala, El Salvador, y Nicaragua. Al llegar, pasamos unos días en actividades de capacitación y orientación de último minuto. Luego partimos para nuestras respectivas comunidades. Para volar a nuestro destino, nos pusieron en la mano unos boletos en una compañía aérea local de poca monta llamada AVE (la cual cerró sus operaciones hace mucho tiempo)² partiendo del aeropuerto local nacional “La Sabana”³ (el cual también se cerró mucho tiempo atrás) con destino a la pista de aterrizaje de Agua Buena.⁴ AVE era

2 AVE son las siglas de Aerovías del Valle. Esta aerolínea se declaró en quiebra a finales de los años 1970.

3 El vuelo del presidente de los EE.UU., John F. Kennedy, aterrizó en esta pista legendaria en una visita a Costa Rica en marzo de 1963. Esta pista de aterrizaje se cerró en 1977 y se convirtió en un parque. Desde entonces la mayoría de los vuelos locales empezaron a aterrizar en el Aeropuerto Tobías Bolaños al norte de Pavas, mientras que los vuelos internacionales usan el Aeropuerto Juan Santamaría (SJO, conocido en 1963 como “El Coco”).

4 Esta pista de aterrizaje fue construida por André Challe Piñaforste, la cabeza de una familia inmigrante francés, empresario, y filántropo que se aprovechó de las leyes agrarias costarricenses para reclamar los llamados “terrenos baldíos” en el área de Agua Buena (que en aquel tiempo era un distrito del cantón Golfito) a finales de los años 1940 y a principios de los años 1950. Según la tradición local, Challe construyó el molino de café de Agua Buena (lo cual se llama en Costa Rica “beneficio”). Años después el molino fue convertido en una cooperativa de café, sujeto de un capítulo en la narrativa de Francisco. Challe también construyó la pista de aterrizaje, supuestamente para poder ver sus propiedades desde de su avioneta personal. Más de uno de los residentes de Agua Buena nos contaron que Challe jamás puso un pie sobre sus terrenos; solamente volaba en su avión personal, viendo sus propiedades y su molino de café desde lo alto, con los pies colgando de la puerta

la única aerolínea que ofrecía vuelos a Agua Buena.⁵ Las aerolíneas locales de esa época prestaban servicios empezando en la madrugada, para poder terminar antes de las lluvias vespertinas cuando se reducía la visibilidad. Nuestro supervisor regional del Cuerpo de Paz había ido al aeropuerto para despedirse de nosotros y de otros voluntarios que estaban saliendo para comunidades en el sur del país. Sin embargo, al amanecer vio que además del equipaje de los pasajeros, se estaba cargando el pequeño avión (una avioneta de un solo motor) rumbo a Agua Buena hasta el techo de sacos de maíz y frijoles. Hasta ese momento ninguno de los pasajeros se había montado en el avión. Nuestro supervisor no nos dejó abordar el avión por temor a que con tanto peso pudiera estrellarse. Para esa época en Costa Rica, no era extraño que estos pequeños aviones se estrellaran, a menudo resultando en la muerte de todos a bordo. Por lo tanto, terminamos haciendo el viaje por una ruta mucho más larga. Y ¡qué viaje! El jefe regional del Cuerpo de Paz nos llevó al aeropuerto “El Coco” y pudimos conseguir asientos en un vuelo rumbo a Golfito, un pueblo costero mucho más grande que Agua Buena, sede de la United Fruit Company, en la Aerolínea nacional LACSA⁶ en un avión de dos motores con capacidad de entre 30

del avión. No pudimos comprobar la certeza de este relato porque antes de nuestra llegada a Agua Buena, Challe ya se había declarado en quiebra, viéndose obligado a entregar el molino y las otras propiedades al Banco de Costa Rica, con el cual estaba endeudado por lo que sus activos pasaron a manos del banco como garantía por sus deudas. El mismo Challe terminó como maestro de escuela, viviendo en la pobreza en algún lugar del Valle Central de Costa Rica. Para leer una historia académica sobre las reclamaciones de terrenos de Challe y los títulos de los mismos, véase Marc Edelman y Mitchell A. Seligson, “Land Inequality: A Comparison of Census Data and Property Records in Twentieth-Century Southern Costa Rica.” *Hispanic American Historical Review* 73, no. 3 (August 1994): 445-91, y la versión traducida al español publicada en Costa Rica con el título “La desigualdad en la tenencia de la tierra: una comparación de los datos de los censos y de los registros de propiedad en el sur de Costa Rica en el Siglo XX.” *Anuario de estudios Centroamericanos* 20, no. 1 (1994): 65-113. En especial, véase la nota al pie número 54.

⁵ Posteriormente se cerró esta pista de aterrizaje para establecer fincas y construir viviendas.

⁶ Hoy, componente de TACA, que fue comprado por Avianca. La ruta hoy es operada por SANSÁ.

y 40 pasajeros.⁷ En comparación, el vuelo fue la parte más corta del viaje. Llegamos a Golfito en una hora, y de ahí viajamos en un autobús local hasta el pueblito de Villa Neily, hoy Ciudad Neily. Estuvimos esperando en el gran calor de ese pueblo casi todo el día la llegada del autobús vespertino a Agua Buena. Este vehículo, el cual nos llevó a Agua Buena, era un autobús escolar reconvertido proveniente de los Estados Unidos. Nos tomó dos horas completas para viajar el gran total de 19 kilómetros.

Llegamos a Agua Buena casi a los 5:00 o 6:00 de la tarde, completamente exhaustos. Sin embargo, nos alegramos mucho al ver el encantador centro del pueblo con su iglesia de madera en el medio de la plaza pública. Por otro lado, nos quedamos anonadados y bastante molestos cuando el chofer se bajó del autobús para ir a la plaza del pueblo a jugar fútbol. Al cabo de 20 minutos volvió a montarse en el autobús y nos llevó a la próxima parada de San Vito de Java, la cabecera cantonal de Coto Brus, donde nos esperaba en el Hotel El Ciebo⁸ la pareja del Cuerpo de Paz que ya residía en la zona. Dentro de pocos días, conseguimos alojamiento en Agua Buena y nos mudamos.

Al poco tiempo de nuestra llegada, unos de los vecinos nos invitaron a asistir a una reunión del comité local de desarrollo comunitario, llamado el Comité de Bienestar Comunal. En esta reunión conocimos al presidente del comité, Francisco Mejía Mejía y su esposa Blanca Rosa Vega de Mejía. En las próximas semanas asistimos a muchas reuniones de este comité, y eventualmente invitamos a Francisco a nuestra casa a tomar café. Con frecuencia, Francisco hacía la larga caminata hasta Agua Buena cargando en la espalda las piñas que cultivaba en su finca para venderlas en un abarrotado

⁷ Era un avión C-47, proveniente de los excedentes militares de la Segunda Guerra Mundial.

⁸ El hotel era manejado por una familia italiana que, sirvió comida excelente.

local llamado Pulpería El Alto. En esas ocasiones solíamos invitar a Francisco a tomar café con nosotros y hablar de las actividades y el desarrollo de la comunidad.

En poco tiempo nos hicimos amigos, y con gusto aceptamos sus invitaciones a almorzar en su casa. Siempre le pedíamos a Francisco que nos hablara sobre el funcionamiento de una u otra institución costarricense. Por ejemplo, cuando trabajamos en la comunidad en la construcción de un tramo del camino, le pedíamos a Francisco que nos explicara los procedimientos a seguir para solicitar ayuda del gobierno. En otra ocasión, nos hacía falta saber cómo ayudar a la comunidad en la realización de un censo de niños de edad pre-escolar para poder justificar ante el Ministerio de Educación nuestra solicitud de que se asignara a una maestra de jardín de niños al pueblo de Agua Buena. En cada caso, Francisco nos dio una explicación clara y detallada de cómo proceder. Mitch tenía un interés especial en la historia de Costa Rica, y le pidió a Francisco que le diera su versión de la llamada “Revolución de 1948,” más apropiadamente denominada como la guerra civil.⁹ Francisco le explicó con amplio detalle tal y como se relata en este libro.

Así pasamos nuestra estadía de dos años en Agua Buena, cumpliendo con nuestro compromiso con el Cuerpo de Paz. Aprendimos muchísimo sobre Costa Rica, y sentimos un gran aprecio del extraordinario talento de Francisco como narrador.

⁹ Esta historia aparece en muchas publicaciones. Véase, por ejemplo, Fabrice Eduardo Lehoucq. “Class Conflict, Political Crisis, and the Breakdown of Democratic Practices in Costa Rica: Reassessing the Origins of the 1948 Civil War.” *Journal of Latin American Studies* 23, no. 3 (1990): 37-60; Jacobo S. Schifter. *Populismo Versus Transformismo: Fase Oculta De La Guerra Civil En Costa Rica (Populism Versus Transformism: The Clandestine Phase of the Civil War in Costa Rica)*. San José: EDUCA, 1980; John Patrick Bell, *Crisis in Costa Rica: The Revolution of 1948*. Austin, Texas: University of Texas Press, 1971.

Terminamos nuestro trabajo con el Cuerpo de Paz en 1970; los dos teníamos planes de terminar nuestros estudios de posgrados en la Universidad de Pittsburgh. Nos mantuvimos en estrecho contacto con Francisco y Blanca mediante el intercambio frecuente de cartas. Cuando a Mitch le llegó el momento de hacer los planes para escribir su tesis doctoral, fue una conclusión previsible que el tema de la tesis sería el campesinado costarricense. Esto conllevaba un extenso trabajo de campo en Costa Rica y, por lo tanto, volvimos a Costa Rica en 1972 y a Agua Buena a visitar a nuestros viejos amigos.

No podemos precisar el momento en que se nos ocurrió grabar la historia de la vida de nuestro amigo Francisco. Como Susan tenía una grabadora que usaba en sus trabajos de lingüística, teníamos todas las herramientas necesarias para este tipo de proyecto. Empezamos a grabar las narraciones de Francisco en 1972 y continuamos el proceso durante nuestros múltiples viajes a Costa Rica entre 1972 y 1976. Francisco no hizo estas narraciones en orden cronológico; nos contaba sus memorias de lo que ocurrió a como las iba recordando durante nuestras visitas a Costa Rica. Llevamos estas grabaciones a Tucson, Arizona, donde vivíamos en esos años. Allí hicimos copias de las grabaciones y una estudiante hispanoparlante nos hizo las transcripciones.¹⁰ Este proceso ocurrió antes de la aparición de los procesadores electrónicos de palabras, y, por lo tanto, la transcripción se hizo por orden de las fechas de las narraciones. Para crear un relato con coherencia cronológica, empezando con la vida del joven Francisco y terminando con sus días en Agua Buena, no tuvimos más remedio que cortar con tijeras las páginas de las transcripciones y reorganizarlas en orden cronológico.

10 Tomamos la decisión de no corregir el lenguaje “no-estándar” de Francisco (por ejemplo, formas consideradas no gramaticales) y no cambiar palabras propias de la jerga o *slang*, que tal vez hoy día ya no se emplean en el español de Costa Rica. Sin embargo, el vocabulario de tales tipos ha sido traducido o explicado para el beneficio de las personas lectoras.

Pudimos terminar este proceso a finales de los años 70, pero los deberes profesionales y de familia nos obligaron a poner a un lado el proyecto hasta nuestro retiro de la vida académica. La resurrección del proyecto nos puso frente varias nuevas fases por las cuales tendríamos que pasar. En primer lugar, hubo que convertir el manuscrito hecho en una maquinilla de escribir a un formato que se puede leer por un procesador de palabras. Pudimos obtener el mejor programa de reconocimiento óptico de caracteres disponible en el mercado para poder poner en formato digital los cientos de páginas escaneados de la transcripción original. Sin embargo, esta conversión de un documento en papel a un documento digital resultó ser una tarea complicadísima porque el texto original mecanografiado tenía palabras con tildes escritas a mano. En esta encrucijada le pedimos a Juan Pablo Sáenz que se uniera al proyecto, un joven académico costarricense. Creamos una versión escaneado en PDF de la transcripción original y le pedimos que comparara, línea por línea, del PDF con el documento del procesador de palabras producto del proceso de escanear/OCR. Juan Pablo también añadió valiosísimas notas al pie de página que se permitían hacer aclaraciones para los lectores, en especial para los no costarricenses que no tengan familiaridad con los nombres de las personas, cosas o los lugares que se mencionan en el texto.

Luego, empezamos a preocuparnos por la posibilidad de haber introducido errores en el documento en la fase original de transcripción o durante la transición de la versión hecha en máquina a una versión electrónica. La única manera de evitar estos posibles errores era comparar el documento electrónico con las grabaciones originales. Convertimos las grabaciones al formato de archivos MP3 y se los mandamos a Juan Pablo para que escuchara las narraciones originales de Francisco para así hacer cualquier corrección necesaria a nuestro texto. Luego, recopilamos todas nuestras fotografías de Francisco, la mayoría de las cuales eran diapositivas de 35 milímetros. Escaneamos las diapositivas y fotografías y las convertimos al formato de JPG. También recopilamos los pocos

documentos relevantes que teníamos y los convertimos a PDF. Todos estos pasos fueron completados en los últimos meses de 2019, después de cuarenta y siete años del comienzo de este proyecto.

Si Francisco estuviera vivo hoy, tendría 96 años. Es nuestro deseo que los lectores de este libro, tanto los costarricenses como los de otros países, entiendan y valoren este tributo a un hombre excepcional. A pesar de no tener estudios más allá del tercer grado de escuela elemental –un hecho común entre los campesinos costarricenses nacidos en los años del 1920– pudo llegar a posiciones de liderazgo y ganarse el respeto de las personas que lo conocieron a lo largo del cantón de Coto Brus. Francisco era “el hombre común”, el campesino típico costarricense. Y, sin embargo, es un caso aparte, un fuera de serie. Esperamos que sus narraciones revelen ampliamente la excepcional humanidad de este hombre, tanto intelectualmente como en sus talentos comunicativos interpersonales.

Finalmente, esperamos que este libro sea un testimonio oportuno y adecuado a la memoria de un gran ser humano que tocó nuestras vidas tan profundamente.

CAPÍTULO I

NIÑEZ

Sí, voy a referirme un poco a lo que es la historia mía propiamente. No es que yo crea en forma alguna que valga la pena hacer una recopilación de datos de lo que es la historia de una persona pobre, que no ha figurado nunca en ninguna cosa importante. Pero, pues como humilde que soy, y que he sido siempre, pues voy a referirme a eso.

Yo nací en el año 1923 y me pusieron de nombre Francisco Mejía Mejía. Está de más decir el segundo apellido porque soy hijo natural y entonces siempre se dice repetido el apellido.

Soy hijo de un hogar muy pobre, y como pobre pues siempre tuvimos deficiencias; en alimentación, en vestido y en todo. Tuve una etapa muy difícil, propiamente la etapa que comprende el primer año de vida. En ese primero año de vida fui un verdadero problema para la familia. Todo el tiempo estaba enfermo, inclusive cuentan los que me vieron en esos días, que me morí dos o tres veces. Creo que no sea del todo mentiras porque en una oportunidad ya buscaron al padrino,¹ que dicen que es la única persona que puede aplicar lo que en la jerga católica se llama santos óleos, que es cuando ya uno se está muriéndose y entonces mi padrino llegó

¹ En Costa Rica y en otros países de América Latina al sacerdote o cura de la Iglesia Católica cotidianamente se le dice “padre”.

e hizo la ceremonia ésta de los santos óleos y me prepararon hasta el cajoncito para irme a botar al cementerio. Por casualidad y por suerte, había en esa época en Grecia un médico famoso, bueno, buena persona, espontáneo, servicial, desinteresado, de apellido Valerio, no recuerdo ahorita el nombre. Y este médico, sin saberse ni por qué, posiblemente viendo la necesidad de mis familiares, se interesó por la salud mía. Y fue así como cada vez que me daba uno de esos ataques de las distintas enfermedades que padecí, recurrían al doctor Valerio, y el doctor Valerio, fuera en su consultorio o fuera en el ranchito humilde donde yo vivía, allá me iba a curar. Y siempre me curó, puesto que aquí estoy.

Hay una enfermedad que se conoce en casi todo el mundo que se llama raquitismo. Esta enfermedad la tuve yo, pero en grado extremo, o sea que según cuentan los que me conocieron, fue la primera vez que me morí. Pero no me morí; me restablecí. Y luego, casi de seguido, porque como pueden ver pues, en un año pues si uno tiene muchas enfermedades pues fue que estuvo todo el año enfermo verdad. Posiblemente por las mismas circunstancias, por las mismas consecuencias, me salió el raquitismo y me entró otro que llamaban soplón. Éste yo no lo conozco, ni sé qué será o cómo será. La cosa es que cuentan los que tuvieron oportunidad de verme que yo era como una bola de hule inflada, como un poco agua metida en una bolsa de hule, o algo así. Que, si me pinchaban con una aguja, pues seguro me terminaba, me moría porque era sólo esa cosa, como aire.

Dicen que me morí otra vez. Fue exactamente cuando me prepararon el ataúd, otros dicen “la pijama de madera”, para irme a botar al panteón. Pero no me morí. Ya cumpliendo los ocho o nueve meses, no sé, tal vez los diez, mi mamá sufrió fiebre de tifoidea y como yo vivía pues justamente del pecho de mi madre, automáticamente se me transmitió la enfermedad.

Así que cuando yo cumplí el año, mi mamá murió y yo quedé con la fiebre de tifoidea. Era una cosa realmente que daba lástima de ver las condiciones en que yo estaba, y ya sin el respaldo de mi mamá, es decir sin el alimento que me suministraba a través del pecho. Dicen que me volví a morir, ya por tercera vez. Pero siempre el doctor Valerio estaba presente y era como un dios. Él salvaba la situación y seguí viviendo. Por dicha para mí y para los que tenían que cuidarme, de ahí en adelante las cosas cambiaron.

Después de viejo, me he encontrado con otros viejos que tuvieron participación en aquella oportunidad, que me conocieron, y cuando hemos hecho comentario, de ninguna manera quieren creer que yo soy yo el mismo, porque dicen, “No, usted se murió. Usted estaba en una mesita, metido en un cajón, para irlo a botar”. Pero la realidad es que sí, sí viví. Y aquí estoy todavía. Recuerdo bien una conversación que sostuve con un señor que se llama, le decimos Pepe Ramírez Villalobos, es de una familia muy respetable de Grecia. Ahora mismo allá está el licenciado Luis Ramírez Villalobos, que es hermano. Acá en San José hay un famoso periodista que se llama Mario Ramírez Villalobos, es hermano. Y el papá de todos estos muchachos se llamaba Miguel Ramírez, no sé el segundo apellido. Era una persona muy, pero muy experta en curaciones. Era casi un médico, pero sin título. Se le tenía gran confianza. Y muchas veces, aunque el doctor Valerio estuviera participando en alguna curación, viendo a algún enfermo, siempre se le consultaba a Don Miguel, sobre su parecer, qué pensaba, si sí o si no. Y fue así como este señor Pepe Ramírez estuvo una vez en el rancho de nosotros porque mi abuelo había invitado a Don Miguel para que fuera a darme un vistazo, para pedirle consejo. Entonces fue Don Miguel, acompañado por Pepe, que era su hijo mayor. Y este señor, Pepe Ramírez, de ninguna manera quiso creer que yo era el mismo que él había visto cuando apenas tenía un año o menos. Claro que después de un sin número de datos y demostraciones pues lo convencí de que sí era yo y entonces pues se puso muy contento de saber que no me habían enterrado todavía.

Y así como este caso, como este ejemplo, se sucedieron varios. Siempre la gente se toma la molestia de interesarse por las personas, pobres o ricos, y preguntan. Como decía antes, a partir de ahí, a partir de la fiebre de tifoidea, pues la situación cambió, gracias a Dios. No digamos que, por mí, pero sí por mi poca familia y tan pobre que era que tenía múltiples problemas para mantenerme y para curarme y para cuidarme. Y de ahí en adelante pues las cosas cambiaron y ya mi salud fue un poco mejor. No tuve necesidad de volver al médico o de que me llevaran al médico.

Y crecí, al calor de mis abuelos. Como soy hijo natural, comprendo bien que si mi mamá se murió al año pues ya quedé solo, quedé sin papá y sin mamá. Así en estas condiciones, bien en cuanto a salud, mal en cuanto a la pobreza, mi papá trabajaba (mi abuelo digo, se entiende por papá; era lo único que tenía), trabajaba de las 5:00 de la mañana a las 5:00 de la tarde en los cañales² de Don Otto Cooper, de la hacienda Niehaus, de Don David Hidalgo que era dueño de la propiedad en que vivíamos nosotros. No teníamos ninguna propiedad. Yo recuerdo bien la forma en que se trabajaba y hasta estuve trabajando unos días, años después cuando murió mi papá, porque mi papá, casi casi se podría decir que murió trabajando, puesto que había ido al cañal a trabajar a las 5:00 de la mañana, a las 8:00 de la mañana lo pasamos para un hospital, para el hospital de Grecia, y a las 10:00 ya estaba muerto. Fue una cosa relámpago. Yo al menos no lo vi morir, pues no pensé que podría ser tan ligero y me tardé.

Decía yo, pues, que conozco bien el trabajo, o sea lo que estaba haciendo mi papá en ese momento del fallecimiento. Recuerdo bien que en esos años cuando yo ya empecé a caminar, que ya pues podía servir para algo, yo llevaba el almuerzo a los cañales y casi no tenía tiempo más que para regresar a la casa y volver a salir hacia

² Los cañales son las plantaciones de caña, de la cual se extrae la azúcar y otros productos.

los cañales de nuevo con el café y hasta con algo de comida, porque los peones debían de estar en el cañal hasta las 5:00 de la tarde, o sea que trabajaban 12:00 horas, menos los dos ratos que cogían para hacer el almuerzo y el café. Y lo que ganaban era un colón veinticinco por las 12:00 horas de labor. Claro que, no podemos decir que se pasara hambres; creo que la vida es mucho más difícil en la actualidad. Recuerdo perfectamente que ya en este tiempo pues que ya yo podía ir al mercado cuando ellos, mi abuelo y mi abuela, iban a hacer las compras, siempre me llevaban y siempre yo ayudaba en alguna cosa, trayendo alguna mercadería para la casa, y recuerdo que nosotros tres vivíamos perfectamente bien con nuestro sueldo de siete colones cincuenta. Tal vez creerán que exagero un poco pero el sistema de comprar la carne, nosotros en la casa, eran quince céntimos por día. O sea que de la plata que ganaba mi papá, que le pagaban los sábados, mi papá siempre apartaba noventa céntimos que eran los seis días de la semana a quince céntimos por día de carne y, tal vez no sería de muy buena calidad, pero servía; era carne, y de res.

Así fui creciendo, ya era un poco más grandecillo, tal vez tenía unos cinco o seis años (estaba construyéndose la carretera entre Alajuela y Grecia). Mi papá era una persona, pues, mi abuelo repito, una persona pues más o menos estimada y conocida y entonces hubo algunas personas que estaban enganchadas en el trabajo de la carretera que fueron a mi casa, a mi rancho, para ver si papá estaba de acuerdo en que yo llevara los almuerzos de ellos hasta Carrillos, hasta Tacaes o hasta Poás. Y entonces mi papá les contestó, “Pero si es que, eso es lo que está haciendo Francisco para nosotros”. Entonces los muchachos, los señores, sugirieron que otro podía jalar los almuerzos del cañal y que yo fuera hasta la carretera y que me pagaban bien. Ellos estaban ganando un poco más, en esos trabajos de carreteras y cosas así, pues siempre se paga un poco más, y los trabajos son un poco más suaves. Y ellos ofrecían pagar una peseta por cada almuerzo. Lo que quiere decir que si yo podía recoger cuatro almuerzos pues iría a ganar un colón, por una carrera diga-

mos, por un servicio. Claro, un servicio que duraba casi todo el día, pero hasta cierto punto suave y muy bien remunerado en relación con lo que ganaba la gente común, el jornalero común. Y fue así como consiguieron, lograron que mi papá estuviera de acuerdo; es más había tanto interés en los señores que llegaron, que en una casa había un papá y un hijo que trabajaban en la carretera, y los dos estuvieron de acuerdo de pagarme la peseta. Es decir, que en sólo esa casa de una vez ya yo ganaba cincuenta centavos. Y claro, nunca pude conseguir los cuatro porque no había más peones de Grecia. Nunca pasé de tres, pero aun así era muy bueno el trabajo para mí; muy bien remunerado y yo podía comprar alguna ropa que ocupaba (las ropas eran muy baratas). Y también podía pues ayudar a mi papá si es que era necesario con algo.

Así transcurrió algún tiempo. Me hice un poco más grandecillo, tal vez los seis años. Quizás por ese mismo ambiente en que me fui criando, tal vez un poco descuidado, no es que culpo en ninguna forma a mi papá y mi mamá, mis abuelos, sino que, me repito por las mismas circunstancias, la misma junta con un montón de güilas,³ un montón de chiquitos, uno va aprendiendo algunas cosillas que no son las mejores a veces. A veces aprende cosas buenas también. Pero yo en esta oportunidad lo que aprendí más que nada fueron vicios. Y en esta época había un (la gente vieja lo recuerda bien), había un vicio que era terrible que se llamaba juego de trompos.⁴ Aún ahora se juega trompos, cincuenta años después, pero ya no es igual que en aquella época. Otro juego que había muy muy extendido, que era terrible, era el juego de bolas de vidrio. Es una bola de vidrio como de tres cuartos de pulgada de

3 La palabra “güilas” es un sinónimo de la palabra “niños” o “niñas”. En Costa Rica también se utilizan palabras como “carajillos” o “carajillas”, o bien acepciones como “mocosos” o “mocosas” para referirse a este grupo etéreo.

4 El “trompo” es un juego tradicional hecho en forma de cono con una punta metálica, que generalmente era construido a base de madera, al que se le enrolla una cuerda para lanzarlo y hacer que gire sobre sí mismo (a lo que popularmente se le describe como “bailar” el trompo).

diámetro y más o menos una onza de peso. Y yo practiqué tanto el vicio de las bolas y el de los trompos que me convertí en un maestro. Y era una cosa espantosa porque había días que llegaban diez o quince muchachitos a la casa para comprar bolas, porque en las ventas, digamos en las tiendas o en las pulperías,⁵ las bolas eran tal vez a dos por cinco, cinco por un diez. Estas mismas que ahora valen veinticinco céntimos. Y en cambio yo, como las ganaba muy fácil a ellos mismos, yo podía darlas a ellos a cinco por cinco y era un negocio brillante. Porque yo mantenía bolsas así de manta, llenas, llenas, llenas de bolas. Las seleccionaba también; las que estaban un poquito golpeadas, ya estaban como decimos nosotros los costarricenses, descarapeladas⁶ las echaba en un saco, y las que estaban como nuevas en otro. Entonces se hacían precios. Gané bastante plata en eso, quizás mucho más de lo que ganaba jalando almuerzos, vale la pena aclarar que ya no estaba jalando almuerzos, porque ya no estaba la gente trabajando. No fue que hice abandono del empleo. Y luego me dediqué un poco más en forma a los trompos. Y me perfeccioné también. Trompos, es un chunchecillo así que hacen de madera, con un clavo; en un extremo un clavo y en el otro extremo una especie de cabecita. Con un, nosotros le llamamos a eso manila, otros le dicen cordel. Eso se hace una gaza en un extremo del cordel que se mete en la cabecilla, y el resto de la manila se enrolla del otro extremo hacia dentro.

Y en este asunto de los trompos también tuve éxito. Gané bastantes cincos. Y así en esa forma, recuerdo una cosa un poco triste, pero se puede contar, no es ningún delito. Había otro juego que era de tapitas, llamábamos de tapitas. Es la tapita que tiene la Coca Cola o el Squirt encima. Esas tapitas se juegan, y claro las tapitas

5 Las “pulperías” son pequeños establecimientos comerciales ubicados a lo largo de las comunidades de Costa Rica en donde se comercializan productos de consumo diario como alimentos y bebidas. Típicamente los propietarios son vecinos de las comunidades donde se ubican y son espacios de encuentro de la comunidad.

6 La palabra “descarapeladas” refiere a que parte de la cobertura se ha desprendido o se ha dañado.

no tienen ningún valor, pero de antemano se hace una especie de apuesta y el que gana, el que saca más tapitas del círculo que se hace, ése gana la apuesta.

Entonces estaba ya cumpliendo los siete años, o sea la edad, cuando un día fui a hacer un mandado, era temprano. Me mandaron a, no recuerdo a donde, hace tantos años, y me quedé jugando tapitas. Y era tarde verdad, y mi abuela ya se había acostumbrado a eso, de que yo llegaba tarde todo el tiempo. Ella no se iba a preocupar de irme a buscar, además era difícil para ella porque tenía que dejar el rancho solo, no había más gente. Y fue en ese tiempo cuando recogimos en casa a este otro muchacho, Moncho, que le mencionábamos. Él es primo mío y quedó huérfano también, igual que yo. Hasta entonces éramos cuatro en la casa, pero antes éramos sólo los tres. Y lo desagradable que pasó es que llegó la policía y nos agarró con todo y tapas y nos metió en la cárcel. No en la cárcel, así vulgar y corriente sino en una detención especial para menores o para mujeres. Y fue una cosa terrible. Fue una experiencia dolorosa para mí saber que le iban a avisar a mamá que yo estaba en la cárcel. Era una cosa que me hacía sufrir terriblemente. Que yo decía, “¿Qué culpa tiene esta pobre vieja de que yo sea tan chollado,⁷ tan sinvergüenza? Pero, bueno, la torta⁸ está hecha y ahora vamos a esperar a ver qué pasa.” Un par de castigadas, una que me da mi abuela y otra que me da mi abuelo. Y bueno, pasó la cuestión.

Fue propiamente mi abuela la que fue a la jefatura y solicitó que me entregaran. No hubo problemas, no había que pagar multas. Lo que quería la policía era que no se corrompieran tanto los chiquillos en esos vicios, perdiendo el tiempo, que hay otras cosas de más valor que estar haciendo. Y más cuando en estos grupos de muchachos ya no hay solamente el muchachito de edad pre-escolar o escolar

7 La palabra “chollado” refiere a algo o alguien que hace algún daño o lastima.

8 La expresión “la torta está hecha” refiere a que la travesura, el problema o la “violación de las normas” ya fue hecha.

sino que hay muchachitos de doce, trece, quince años que ya no son chiquitos, ya son muchachos que se están echando a perder. Y así, eso sucedía en esos grupos, tal vez habíamos tres, cuatro que no éramos de escuela todavía. Pero en cambio había cuatro, cinco que habían abandonado la escuela porque eran muy tontos o que ya habían salido de la escuela. Bueno, la cosa es que pasó eso.

Sí claro, dos fajeadas me dieron, terribles, como para que no se me olviden jamás. Claro, era lógico que así tenía que ser. Una que me da mi mamá cuando llegábamos al rancho y otra que me da mi papá cuando mamá le daba las quejas. Así era, yo sabía.

Hablando de cicatrices, quemaduras, cirugía plástica y otras cosas más, yo tengo una cicatriz desde hace unos 46 o 47 años y la tengo como el primer día. Creo que eso de que no parezcan cicatrices, mucho depende de los medicamentos que se usen. Para contarles cómo es que tenga esa cicatriz, cuál es el origen. Estaba yo bastante pequeño, tal vez como unos seis años, seis y pico.⁹ En casa éramos sumamente pobres, teníamos que recurrir a toda clase de cosas para acomodar la vida. Fue por esta razón que una vez tenía mi mamá unas cuantas matas de chile picante. Se cuidaban como algo muy especial, porque toda la cosecha de chiles se le vendía a un precio ridículo, pero se vendía, a un señor que se llamaba Lico Madrigal, o tal vez se llamará. Este señor tenía carnicería, y una gran parte de la carne la elaboraba en lo que se conoce corrientemente como salchichón,¹⁰ y a ese salchichón se le aplicaba una cantidad regular de chile para hacerlo más apetitoso. En una ocasión mi mamá recogió todos los chiles que habían, sazones o maduros, los puso en un canasto, y me dijo como a eso de las 4:00, 4:30 de la tarde: “Francisco, andá a dejar esos chiles adonde Lico.

9 La expresión “años y pico” se refiere a que tenía algunos años y fracción.

10 El salchichón es un embutido que se consume en Costa Rica y en otros países. Está hecho principalmente a base de cerdo y algunas especias. Se puede consumir crudo o asado.

Andá ligero para que luego no vengás de noche.” Con tan mala suerte que en estos días un primo mío estaba trabajando con este señor Madrigal y justamente llegué en un momento en que primo estaba ahumando el salchichón. El salchichón se ahúma para que se conserve mejor y para que inmediatamente empiece a reducir el grosor que tiene originalmente cuando sale de la máquina. Como mi primo estaba asando el salchichón, pues me pensé que valía la pena esperar que estuviera la primera tanda para probarlo. Yo casi estaba seguro de que mi primo me iba a regalar un pedacito de salchichón para hacer la prueba.

Fue por esta razón que me tardé un poco y ya venía de regreso para la casa oscuro, 6:30 o 7:00 de la noche. Al llegar a cierto punto, la esquina propiamente antes de llegar a la escuela, oí una bulla justamente en el muro que estaba frente a la escuela, y en la acera había un montón de chiquillos que, de largo, unas 75 varas más o menos, yo podía conocer algunos de ellos en el habla o en la risa.

Entre ellos había un muchachillo que se llamaba o se llamará Antonio Gómez, y este muchacho la tenía contra mí, siempre, no sé por qué; tal vez por simplemente... simple antagonismo, o tal vez por envidia... no sé... envidia no podía ser porque no teníamos nada que envidiar. Lo cierto del caso es que yo hasta le tenía un poquillo de miedo al muchacho, aunque andábamos ahí de cuerpo, tal vez yo tenía una pulgada más de pequeño, pero yo nunca peleaba. Él sí era un poquillo peleón y entonces él se imponía casi siempre en la barra de chiquillos en la cual yo participaba también. Tanto que un día en la plaza, estábamos jugando fútbol y él siempre pedía a ese tipo de capitán que se nombran en los partidos, en los equipos, que lo pusiera en sentido contrario al que yo estaba jugando, y el propósito siempre era chocar conmigo. Eso justamente hizo que yo nunca volviera a jugar fútbol, porque en una oportunidad estando corriendo yo por el extremo izquierdo, me metió una zancadilla que me hizo caminar como unos cuatro metros en el aire, y caí sobre un hueso que estaba por ahí que algún perro lo había dejado en la

esquina de la plaza, y tuve una herida en la mano izquierda. Por dicha que no fue casi nada. Era grande pero pronto sanó y resolví que mejor no volvía a jugar fútbol para no tener más choques con él.

Pero desgraciadamente ese día que venía yo del asunto de los chiles, quise ir a dar la vuelta por la otra calle para no pasar por donde estaban ellos, y ahí yo estaba completamente seguro de que ahí estaba él, y no quería ningún enfrentamiento, no quería choques. Sin embargo, como me tardé un poquito en la esquina, y era propiamente donde estaba la luz, él me reconoció y me mencionó en la pelota que tenían, diciendo que, si hubiera estado ahí Francisco Mejía, él peleaba conmigo. La pelota estaba siendo animada por un muchacho ya adulto, se llama Albino Bolaños, por cierto, hoy día es colindante de una propiedad que tenemos en Grecia, en la provincia de Alajuela; y este muchacho estaba ahí “vacilando”¹¹ como decimos nosotros con el reguero¹² de chiquillos, tratando de que se agarraran.¹³ Este señor Albino le dijo a Gómez: “Vos estás hablando de Mejía porque él no está, pero si estuviera no lo harías.” Entonces Gómez dijo: “No, si allá está en la esquina, ¿no lo están viendo?” Yo lo estaba escuchando, aunque estaba a unas 75 varas, y entonces ya me sentí cohibido para ir a dar la vuelta por la otra calle, y tuve que caminar hacia donde estaban ellos.

Al llegar al grupo de muchachillos, yo estaba con el canasto vacío en el hombro sin la menor intención de pelear con él ni cosa por el estilo, ni con nadie, entonces este Albino le dijo: “Bueno Toño, ahí está Chico” (que muchas veces me decían Chico. Es un diminutivo de Francisco), y entonces le dice Albino: “Bueno pues peleá con Francisco.” Dice Toño: “¿Cómo voy a pelear, si él no pelea?” “Ah bueno” dice Albino, “hay que calentar la cosa, tócale la cara y verás

11 La palabra “vacilar” es sinónimo de “bromear”.

12 La palabra expresión “reguero de chiquillos” se refiere a que habían muchos (o “un montón”) de niños.

13 Con la expresión “se agarraran” se refiere a que se “pelearan”.

que pelean.” Entonces le dijo Toño “No, no; de gratis no.” Entonces Albino le dijo que, si me tocaba la cara, él le daba una peseta. Decir una peseta hace 47 años es como decir ahora veinte colones, valía la pena ganarse la peseta. Y fue así como entonces Toño me tocó la cara, me pasó la mano por pómulo, y yo me quedé completamente como paralizado, siempre con el canasto en el hombro. Gómez fue a donde Albino para que le diera la peseta, y Albino le dijo: “No, no, cómo te voy a dar la peseta si Francisco no se ha movido. Andá a tocársela otra vez.” Vino Gómez la segunda vez, hizo lo mismo, me tocó el pómulo y fue de nuevo adonde Albino por la peseta; y Albino le repitió lo mismo de antes. Entonces Gómez le dijo: “Mirá Albino, no vamos a seguir en ese juguete. Si hacemos un trato, le toco la cara con saliva y me das la peseta, con pleito o sin pleito.” Le dijo Albino que sí.

Entonces fue en este momento cuando yo sentí algo raro en todo el cuerpo, como un calambre... no sé... un golpe eléctrico, y en el momento que Gómez se pasaba la mano por los labios para poner saliva, yo dejé caer el canasto y simultáneamente le conecté el primer golpe. Por dicha gracias a Dios fue un golpe bien pegado y lo boté, como dicen los términos boxísticos, “cayó a la lona”. El muchacho no se pudo levantar, posiblemente lo había golpeado mal en la barbilla, y entonces yo, ya un poco animado al ver que no había mucha resistencia, yo mismo le ayudé a pararse, lo agarré de la camisa y le ayudé a ponerse en pie, y le conecté el segundo. Se volvió a desplomar por segunda vez, y yo más animado aún, lo volví a levantar y le conecté el tercero, y fue por tercera vez a la lona.

No hubo más pleito. Yo consideré que no debía maltratarlo más y entonces permanecí parado a la par de él hasta que él se paró. Cuando él se paró, yo estaba descuidado con las manos bajas, y cuando se levantó, se puso en pie, me tiró la mano, pero en una forma que no era propiamente como de pelea sino como para empujarme o algo así, y yo sentí el contacto de la mano apenas en una forma leve, demasiado suave, y ni siquiera intenté golpearlo por

cuarta vez porque consideré que no valía la pena. Pero casi simultáneamente se oyó algo metálico que cayó en la acera, y entonces Gómez dijo: “Este carajo me cortó.” Al decir él que yo lo había cortado, inmediatamente yo razoné el asunto y me di cuenta que de haber algún cortado tenía que ser yo, puesto que yo no andaba ni una gacilla¹⁴ con qué hacerle daño. Y con la idea de que estaba cortado, y con la cortada en realidad, comencé a sentir algo, algo que no era normal, y comencé a tocarme por todas partes en el pecho, y sentí ya la pelota de sangre, la sangre que había logrado salir porque la cuchilla tenía una hoja muy angosta, y entonces fue poca la sangre que logró salir. Inmediatamente que estaba saliendo se estaba cuajando y, de hecho, pues impedía más que la sangre pudiera ir hacia afuera. Yo me quité un poco de la sangre que tenía, y les dije: “El que está cortado soy yo”, lo dije para todos.

Albino, un tipo inteligente, un tipo preparado, con cierto grado de educación, comprendió que había torta y tenía una moto grande que la tenía por ahí parqueada, y sin decir nada, se montó en la moto y se fue a toda velocidad a buscar el médico. En ese momento llegaba un tío mío, posiblemente me habían mandado a buscar ya de la casa porque era un poco tardillo. Y me castigó, me golpeó la cabeza y me regañó, diciendo que por qué estaba peleando. Yo no le contesté nada, ya me sentía más mal. Sentí que me iba a caer, y entonces con el sentido de la conservación, comencé a caminar hacia abajo, hacia el parque. Logré caminar 275 varas más o menos, hasta el frente del almacén “Cooper”. Ahí había un tamaño grupo de personas que siempre se reunían por ahí, algunos empleados del almacén, algunos peones y gente en general. La tienda “Cooper” se caracterizaba por mucha luz y vidrios muy grandes, y entonces ahí se concentraba un poco la gente.

14 Una gacilla es un alfiler un poco más grueso de lo normal que está doblado sobre sí mismo y que se abrocha encajando el extremo puntiagudo en un cierre colocado en el otro extremo para evitar que se abra de forma accidental. Se usa para hacer arreglos de ropa o sostener prendas.

Fue ahí donde me desplomé definitivamente. El grupo de personas que estaban ahí en tertulia, me rodearon, hicieron grupo, y fue en ese momento exactamente que ya venía Albino con el doctor en el carro del doctor. El doctor, cabe mencionar que es el doctor Valerio, que era bastante famoso, fue bastante famoso, y el doctor llegó e inmediatamente apartó el montón de gente que había que no permitía el aire, y me rompió la camisa, me quitó la sangre que había ya cuajada de nuevo en ese momento, y me puso una manguerilla para evitar que me muriera por el derrame interno. En esa forma aguanté llegar al hospital en el mismo carro del doctor. Inmediatamente procedieron a hacer las curaciones de rigor y permanecí por espacio de unas dos semanas durmiendo casi sentado en una silla con unas almohadas porque decía el doctor que no podía acostarme horizontalmente porque aún había peligro de que me pudiera morir, ya que la cuchilla casi había llegado a interesar el corazón. Decía Valerio que con un par de milímetros más que hubiera tenido la cuchilla, me hubiera muerto inmediatamente porque hubiera tocado el corazón o algo así por el estilo.

Me recuperé unos dos meses, tres meses después, ya fuera del hospital. El mismo Albino se preocupaba mucho de la alimentación mía. Él sabía muy bien que éramos muy pobres y que no había cómo me pudiera restablecer; y él vivía allá en ese tiempo donde una señora, Doña Lola Viquez que era una vieja sola, viuda, con muchas cosas que atender, con mucha plata, y no sé por qué razón él era el hombre de confianza de la casa, y la viejita le tenía encomendado todo el sistema; cuidado de peones, cuidado del ganado, distribución de la leche, en fin, todo lo relativo a la finca y a la plata.

Y decía Doña Lola, “traiga la olla, para dejarle la leche a Francisco”. Casi todos los días iba a la casa de Doña Lola, o sea, la casa de él mismo, para ayudar en la limpieza de la casa, los vidrios especialmente, barrer o pasar el palo de piso, y entonces él personalmente alistaba cuatro, cinco o seis huevos, los ponía en una bolsita por

ahí y le decía: “Doña María, lleve esto para Francisco para que se componga rápido y se cure porque es peligroso.”

Unos seis meses después del incidente me encontré con Gómez y lo busqué a que peleáramos de nuevo. Yo estaba muy enojada por la traición que me había hecho objeto. Vale la pena agregar que estando yo todavía amarrado en la silla del hospital, él fue para pedirme perdón y decirme que no pidiera nada contra él porque lo tenían detenido; y fue el papá también, el señor se llamaba Amado Gómez, a suplicarme que le diera libertad al muchacho. Yo dije, “Bueno, no tengo nada en contra de él. Si no me muero, pues que lo pongan en libertad; si me muero pues tendrá que ser la ley la que diga si lo ponen en libertad o lo castigan. De eso no sé”.

Pero definitivamente no me morí y lo pusieron en libertad en vista de que yo pedía castigo, y yo no pedía ningún castigo especial, digo, precisamente por eso porque yo pensaba que era mejor una venganza a puñetazos que verlo un poco de días en la cárcel no valía la pena. Por otra parte, yo comprendí, hasta cierto punto, pues era cosa de chiquillos, y ese día que me lo encontré, como seis meses después, lo reté a que peleáramos de nuevo y me dijo que era imposible, que él no se animaba ya a pelear conmigo, que lo perdonara. Y entonces yo le dije que no, que nunca lo perdonaría porque eso era traición lo que había hecho. Tiempo después lo volví a buscar para que peleáramos, y no fue posible tampoco.

Ya grande, ya crecido, después de regresar de uno de los tantos viajes que he tenido o que he hecho, no recuerdo si era del lado de Limón o si era del lado de Puntarenas que venía, lo busqué de nuevo. No quiso, posiblemente él lo contó en la casa que yo seguía intrigado. Él tenía un hermanillo menor, muy flaquillo, muy desnutrido, se llamaba Joaquín. Éste me buscó un día para decirme que si era tanta la gana la pelear que peleara con él. Yo le contesté que era una tontería de él, yo no tenía nada contra él, y él sabía bien por qué estaba yo enojado con Toño. Le dije además que era una injusticia

que yo cometería si le pegara un golpe a él. Era una miniatura de hombre, no valía la pena.

Así pasó el tiempo. Estando ya en Grecia por casualidad me di cuenta de que el domingo siguiente se casaba Toño Gómez. Y era tanta la intriga mía que me atreví a ir a la iglesia justamente en el momento en que estaba casándose. Y cuando salía de la iglesia por una de las puertas laterales, precisamente la que está frente a “Cooper” lo insulté en el sentido de que era una lástima tanta muchacha para un tipo tan indecente y tan inútil como él. Era ya el último intento, se puso pálido y azul y de todos colores y no me contestó ni media palabra, y ahí terminó el asunto.

Este famoso cuento del higuieron¹⁵ sucedió cuando mi papá estaba joven. Vivía en uno de los barrios de Heredia, no recuerdo bien si era Santa Bárbara o Barba, o por ese lado, y resultó que tenía una novia... tampoco recuerdo bien si se trata de mi mamá o de otra muchacha. Lo cierto es que vivían bastante distante uno del otro, y los días de visita que eran muy marcados en esa época, no era el tiempo actual que el novio llega cuando quiere y se va cuando quiere. En ese tiempo las visitas de los novios a las novias eran una cosa muy estricta, inclusive muy vigiladas por los padres de familia que posiblemente eran más responsables que lo que somos ahora nosotros. Y es así que, en uno de esos viajes de mi papá a visitar la novia, le pasó el chasco,¹⁶ como decimos los ticos,¹⁷ porque según

15 El higuieron es un tipo de árbol muy común en Costa Rica. En las comunidades usualmente también se le utiliza como punto de referencia para dar direcciones.

16 La expresión “chasco” refiere a un problema, inconveniente o –en algunos casos– a una vergüenza.

17 Los “ticos” es la forma popular en la que se llama a las personas costarricenses.

cuenta mi papá... o contaba... había un higuieron enorme en la orilla del camino que lo tenían muy visto, digámoslo así, porque representaba más o menos la mitad del camino entre un pueblo y el otro. La gente cuando llegaba a ese higuieron se decía para sí, “ya caminé la mitad del camino, me falta solamente una mitad.” Pero a mi tata¹⁸ le pasó algo curioso; ese es propiamente el cuento.

Resultó que después de haber caminado un buen trecho, vio el higuieron y se pensó... “ya caminé la mitad del camino, me falta una mitad”. Pero al rato de caminar, cuando él suponía que ya debía estar llegando al pueblo, se volvió a encontrar con el famoso palo de higuieron. Bueno, mi papá pensó, “¿Sería que no lo había pasado?” y no le dio mucha importancia al asunto... se fue pensando... “Qué raro, nunca me había pasado esto...” y continuó el camino. Pero al rato de caminar, volvió a encontrarse con el palo, entonces sí estaba completamente seguro de que algo estaba sucediendo, algo anormal. Era un tiempo en que había mucha hechicería, mucha brujería, y lo primero que pensó es que se trataba de eso, que era alguna bruja o brujo que le estaba tomando el pelo; lo estaba “agarrando de chanco”¹⁹ como decimos nosotros. Entonces también la gente sabía algunos trucos para evadir esas... esas cuestiones de brujerías. Mi papá sabía uno que consistía en quitarse el sombrero, volverlo al revés, sacar el cuchillo, la “cutacha” como decían también..., que era un cuchillo largo, delgado, mejor dicho, angostito, con una cruz de metal. Algunos que podían la usaban hasta de oro; era una cosa de lujo, todo el mundo andaba con la cutacha guindando en el hombro, y mi papá también usaba la cutacha esa. Entonces, sacó la cutacha, la clavó en el suelo en el camino, y puso el sombrero vuelto al revés encima del puño, y permaneció un ratito ahí. No sé si rezaría alguna oración, o cosa por el estilo, la cosa es que, un rato después enfundó la cutacha, se

18 La palabra “tata” es una expresión popular que refiere al “padre”.

19 La expresión “agarrar de chanco” o “agarrar de mono” se refiere a que se están burlando de alguien.

puso el sombrero, siempre al revés, porque si lo volvía al derecho entonces no le servía el asunto ese que estaba haciendo, y continuó el camino. Entonces no tuvo problemas, no volvió a aparecer el palo de higuierón. Posiblemente la bruja o brujo vio que no había sacado derecho y no lo molestó más. Claro, la molestia estaba hecha de antemano porque con esa andadera que tuvo que hacer, pues llegó tarde donde la novia, y seguro que no se pudo celebrar la visita como era corriente hacerlo, y regresó a la casa sin problemas también. No encontró por varias veces el palo de higuierón, sino una, porque solamente uno había desde luego; y no le volvió a ocurrir nada que se pareciera a lo del higuierón.

En este tiempo, y en esos lugares, yo no sé si solamente en Heredia o el resto del país también, pero sucedían algunas cosillas así un poco raras. Así como ese asunto del higuierón sucedió otra cosa en ese mismo barrio, y era que todas las noches oían un poco de cadenas y cosas metálicas sonando por el camino, y la gente se alarmaba tanto que se acostaba tempranito, apenas oscurecía, para no tener problemas con el espanto ese; y el pueblo vivía acongojado con ese problema, no podía salir a la calle con nada, porque lo asustaba el animal ése que andaba lleno de cadenas, haciendo ruidos. Y un día de tantos ocurrió que llegó un señor, forastero, como decimos, a una cantina²⁰ (supongo que era la única que había en la población ésa), y a eso de las 6:00, 6:30 de la tarde, se había tomado unos tragos, estaba contento de estar ahí, pero sucedió que el cantinero, el dueño del negocio, le manifestó que debía de irse ya porque ya iba a cerrar el negocio. Entonces el señor de afuera le preguntó: “Bueno, pero ¿cuál es la razón de cerrar el negocio, si es un negocio de cantina, y yo te estoy comprando tragos y demás, y hay una gente todavía ahí que está haciendo bulto,²¹ comprando algunas

20 Una cantina es un bar característico de los pueblos en donde se sirve “guaro” o licor y “bocas” (alimentos). Usualmente puede tener unos cuantos meses acompañado de una barra larga en la que se sientan las personas, principalmente hombres.

21 La expresión “hacer bulto” refiere a estar en algún lugar haciendo cosas poco productivas o haciendo nada.

cosas?” El señor le manifestó que era costumbre cerrar temprano porque tenían el problema con ese espanto que pasaba ya a partir de las 7:00, 8:00 de la noche, y que la gente vivía alarmada con ese problema. Entonces el señor, posiblemente por el efecto de los mismos tragos que había tomado, o tal vez porque de veras era un poco valiente, como decimos por acá, le dijo al cantinero: “No, no, no, no. ¡Qué es eso! ¡Sígame atendiendo, véndame algún trago más, y déjeme el espanto ese a mi cargo que yo me voy a ver qué es la cosa! No se preocupen por eso.” Y fue así como el señor, se animó un poco el dueño de la cantina y lo siguió atendiendo, un poco tranquilo, pues, porque por lo menos había llegado un hombre que se animaba a enfrentarse con el tal espanto ese. De veras, al ser las 8:00 o algo así, cerraron el negocio, pero se quedaron ahí adentro conversando, y un rato después oyeron el ruido del espanto que ya venía por la calle. El señor forastero salió con un cuchillo, una cutacha posiblemente, y se enfrentó con el tal espanto, que no era más que un maniático que le gustaba estar asustando a la gente de gratis. El señor este le metió una gran cinchoneada,²² como decimos los ticos. La cinchoneada consiste en golpear a la persona o a lo que sea con la cutacha, pero no de filo sino de plano, y un rato después, el señor éste que andaba asustando a la gente gritaba como un chiquillo, pidiendo auxilio, y fueron precisamente los muchachos o señores que estaban en la cantina los que fueron a ver el incidente. El tal espanto estaba en el suelo todo golpeado, y no era nada más que un vecino que había por ahí, que le gustaba estar haciendo tonteras. Así sucedían bastantes cosillas raras en aquella época.²³

22 La expresión refiere a que le dio una golpiza, la cual puede darse con los puños o, como en este caso, con la parte no filosa de la cutacha.

23 El “espanto” narrado refiere a la leyenda tradicional centroamericana de “El Cadejo” que es un perro negro, fantástico y muy grande que porta unas cadenas con las cuales anuncia su llegada y que se encarga de asustar y llevarse a las personas que andan de noche por las calles, sobre todo si están “tomadas” o ebrias.

Recuerdo otro asunto que sucedió por ahí, le pasó a unos vecinos que tenía mi papá. Uno de ellos ya se había casado y había hecho su casa en una propiedad que estaba distante, bastante largo del resto de la familia. Un día de tantos, fue a caballo a visitar a la mamá, a los parientes, a la casa, y al regresar a la casa de él se encontró con que en un cañal enorme que ellos mismos tenían, que estaba pequeño, como de un metro, algo así, (era caña nueva o recién cortada), se encontró con que en cada surco de caña, es decir, en cada calle, entre surco, había un caballo blanco. Y todos los caballos corrían al galope hacia la calle. El muchacho, señor éste, no pensó otra cosa más que cuando ese montón de caballos salieran a la calle y lo alcanzaran pues lo iban a destrozarse todo, aunque él iba también con caballo, pero eran tal vez unos doscientos o trecientos caballos blancos que se veían corriendo hacia la calle. El muchacho se asustó tantísimo que le pegó las espuelas al caballo que traía, para correr, tratar de llegar a la casa antes de que los caballos lo alcanzaran. El muchacho llegó a la tranquera,²⁴ (tranquera es una especie de portón que se usa), pero con varas atravesadas, y el muchacho no tenía tiempo de bajarse del caballo para quitar las varas para pasar la tranquera. Entonces, espueleó el caballo a ver si el caballo se animaba a saltar la tranquera sin abrirla.

El caballo efectivamente brincó; el caballo también venía asustado, pero se quedó pegado, pegó la panza en la vara más alta de la tranquera y se cayó, el muchacho también se cayó. La casa no estaba largo de la tranquera y la señora oyó el escándalo que se produjo y salió a ver al muchacho, el esposo, y lo encontró casi muerto, con la lengua arrollada, no podía conversar, estaba inconsciente, lo jaló como pudo para la casa y lo masajéó, lo calentó, le hizo alguna cosa para ayudarlo a reaccionar y entonces le preguntó ya cuando pudo hablar que qué había ocurrido. El muchacho, el señor le contestó que, pues lo que había visto verdad, y a la vez le preguntó a ella si

24 La “tranquera” es una especie de portón ubicada afuera de algunas casas.

ella había oído la bulla de los caballos o había oído relinches o alguna cosa, y le dice la señora, “No no, si aquí no ha pasado nada, no se ha oído absolutamente”. Es decir, lo que indica que claramente que los caballos que se veían en el cañal no eran reales, eran un espanto ocasionado posiblemente por alguna bruja o algo así por el estilo, era una cosa sensacional eso de las brujerías porque se cuentan tantas historias de esta índole que se ocuparían tal vez un mes para hablar de tantas tonterías de estas que han ocurrido en el país a través de la historia. Afortunadamente, ya en este momento está prácticamente erradicado el problema de los brujos, y dice la gente que todavía en Escazú se encuentran varios que salen a volar en una escoba, pero no se sabe que sea muy cierto.

Sí, naturalmente que sí. Por lo menos el caso este de los caballos y el del higuérón y de este señor que le gustaba hacer tonterías, éste no era un brujo, pero era un maniático, esos chistes o cuentos me los contaba mi papá cuando yo estaba niño y mi papá no era un mentiroso. Mi papá cuando contaba alguna cosa, es porque de veras la había vivido, la había conocido bien. Estoy completamente seguro de que sí han existido y posiblemente existan también, pero sí, sí, sí ocurrieron esas cosas.

Fue así como llegué a los ansiados siete años, porque siempre, creo que todos los niños son así, ansiamos ese momento, ese momento de la matrícula en la escuela. Es un paso que para los niños lo consideramos trascendente. Es como un cambio de vida que se produce en la mente del niño. Y yo estaba muy contento. Casi no tenía ni mucha ropa ni zapatos tampoco; no tenía cómo presentarme bien en la escuela, pero aun así yo estaba contento de ir a la escuela. Sin ánimo de hacer alarde, pues yo no me sentía tonto, a pesar de que no sabía nada, no había ido a la escuela. Yo sabía

que yo no era tonto. Yo tenía fe en mí y entonces eso me hacía tener más deseos de llegar a la escuela ligero. Hubo un momento en los seis años en que quise ir de oyente. Hay un chance²⁵ que le dan al niño, al niño que se le nota inteligente, de ir de oyente. Y si asimila, entonces lo inscriben como niño ya, como alumno. Y bueno, no pasó eso, no fui.

Pero sí esperaba con ansia eso, ese momento de ir a matricularme para asistir a clases. Y estuve muy contento. Siempre estuve muy contento. El primer año fue un éxito completo. Los maestros que tuvieron que participar en el asunto mío, así como el supervisor, decían que perfectamente podía hacer el primero y el segundo grado de una vez, en un solo curso. Y me satisface eso porque me recuerdo que en varias oportunidades habían alumnos en segundo grado que estaban completamente confusos, completamente quedados en alguna operación, en algún examen, en algún resumen, y entonces como para lastimarlos el maestro o maestra iba a primero y me sacaba a mí y me llevaba a segundo y me decía, “Francisco, ¿usted puede hacer eso?” “Sí, sí puedo”. “Hágalo”. Entonces yo me ponía a atar cabos,²⁶ pero todavía me comprometía más porque me decía, “Lleve el apunte, lleve el cuaderno y lo hace en la pizarra”. Eso lo aflige a uno un poco, porque no es lo mismo. Sin embargo muchas, pero muchas veces lo hice. No recuerdo casi alguna vez que fracasara.

Así las cosas, el primer año fue un éxito completo. Todo era excelente, todo eran buenas notas. Me hicieron regalos en las vacaciones de medio periodo y también en las de final. Y estuve muy contento en las vacaciones, esperando el nuevo año, para ir al segundo grado. En el segundo estuve quizás mejor todavía. En el segundo tuve la ventaja de que había una maestra, una maestra que era lindísima.

25 Un “chance” es una oportunidad o una posibilidad.

26 La expresión de “ponerse a atar cabos” se refiere a relacionar argumentos, reflexionar y/o hacer análisis.

Era como una muñeca en quinto grado. Y yo sentía un cariño, un cariño muy especial, casi como amor, en mi tontera de niño. Yo estaba como enamorado de ella. Pero claro como no le podía demostrar amor, entonces le demostraba simpatía, le demostraba cariño. Entonces ella se encariño conmigo. Era peor para mí. Era más grande el sufrimiento. Pero yo lo asimilaba porque me interesaba. Y un día le dije (se llamaba Ana María Pacheco), le dije, “Niña Ana, ¿me deja ir a su casa todas las mañanas para ayudar con los libros, con los útiles?” “Claro, por qué no, claro, te sigo esperando”. Y para mí fue como una bendición, me sentía grandísimo. Entonces, claro mi compromiso era muy muy formal, muy serio. En casa no había cañería ni cosa por el estilo. Entonces con ese compromiso que adquirí yo tenía que mañanear por lo menos tres cuartos de hora más para ir en carrera a la quebrada a hacerme el “shampoo” y venir en carrera al rancho y tomarme mi poquito de agua dulce²⁷ (esa era la bebida favorita) y una tortilla, tal vez con frijoles, a veces un pedazo de pan. Y era una cosa como de loco, estaba yo pensando nada más en la niña Pacheco. Y a veces dejaba un pedazo de tortilla porque me urgía irme. Yo tenía que atravesar casi todo el pueblo de Grecia porque yo vivía en el camino que va hacia la cooperativa Victoria ahora, antes Hacienda Niehaus y la niña Pacheco vivía al norte del parque unas doscientas varas. Así que tenía que caminar bastante.

Los primeros días fueron bien, no hubo problemas, pero días después, un día por casualidad. Seguro mañanié un poquito más y llegué un poquito más temprano, toqué el timbre y salió ella y me dice, “Francisco llegaste a tiempo, acompaña-me a tomar un poquito de café”. Entonces era una cosa completamente extraordinaria, algo, algo que yo no había visto nunca. Éramos tan pobres que no había ninguna cosa rara en el rancho. Y en cambio en aquella

27 El agua dulce es una bebida que principalmente se toma caliente y que está hecha a partir de tapa dulce o panela (como también se le llama en otros países latinoamericanos). La tapa dulce se extrae de la caña de azúcar.

mesa habían tantas cosas ricas. Casi me olvidé de la simpatía y el amor por ella y me interesé por la comida. Y entonces, de allí en adelante, no todas las veces, porque no era conveniente, pero sí muchas veces traté de madrugar más para llegar a tiempo. La necesidad obliga a muchas cosas. No es que yo estuviera con hambre. Afortunadamente en mi casa no faltó la comida; pero sí la comida de la niña Pacheco era muy superior. Entonces, yo sacrificaba un poco mi rato de sueño para ir a desayunar con ella.

Lamentablemente, ya hacia fines del curso lectivo, sufrí una gran decepción, porque seguro que pasaban un montón de cosas que yo desconocía. Y fue ya a fines del curso lectivo, cuando un día de octubre o de setiembre, llegué así muy temprano a la casa y toqué el timbre y la cosa fue tan terrible que ustedes no pueden tener una idea, porque no fue ella la que salió; fue un hombre, y me dice, “¿Qué se le ofrece?” Y le digo, “Vengo para llevar los útiles de la niña Pacheco”. Y él me contestó, “Puede regresarse. Hoy voy yo con ella”. Yo no me di por vencido y le dije, “Bueno yo puedo ir con los dos y ayudar siempre”. “No, no hace falta niño, no hace falta”. Entonces, claro también comprendí que él no quería el estorbo, el orejón a la falda. Hablaban el mismo idioma que yo. Así las cosas, le supliqué a él, “Dígale a la niña Pacheco que vine y que ya me voy, para que ella sepa que vine”. “Sí, está bien, está bien”, me dice. “Yo sé también que usted viene todo el tiempo y se lo agradezco”, me dice.

Bueno yo me fui a la escuela, pero desde allí en adelante le tuve cierta aversión a la escuela. Ya no era igual, ya no la quería igual. Claro, soy el primero en reconocer que cometí un gravísimo error, tanto en encariñarme con la maestra ésta, como también con hacer abandono de los estudios. Terminó el año. Lo gané con un margen de calificación bastante satisfactorio; muy contento salí de la escuela. Estuve bien en las vacaciones, un poquito mal por el golpe ese que me había dado ya con, con el señor ése. Pero bueno, por lo menos cuando estaba en el montón de chiquillos se me olvidaba

la niña Pacheco y yo seguía mi vida. El problema era cuando me quedaba sólo, cuando me iba a acostar o cuando me levantaba al día siguiente. Ya no me interesaba tampoco el desayuno con ella. Y vale la pena agregar que se casaron en esos días, algo así pasó. La cosa es que el señor éste, que me encontré esa mañana luego era el marido de ella, el esposo.

Vino el tercer año y yo acudí con cierta pereza, pero acudí a la escuela. En este tiempo el visitador de escuelas, lo que llamamos ahora “supervisor de escuelas”, era Don Ricardo Lizano Esquivel, tío por cierto de la que ahora es mi señora, y este señor se comenzó a interesar por el comportamiento mío, en una forma que yo llamaría pues rara, gratuita, muy espontánea, desinteresada, porque el problema consistía en que yo ya como que no estaba muy bien con la escuela y entonces yo causaba problemas. Molestaba, hacía cosas incorrectas y la mayor parte de las veces siempre paraban en un pleito. Y entonces cuando me agarraba con otro alumno y veían los maestros y no había manera, peleábamos de verdad, nos golpeábamos. Y entonces venían los arrestos y fue así como, recuerdo por lo menos unas seis o siete veces que me tenían hincado en la dirección para castigarme y llegaba la niña Pacheco, ella sí mantenía siempre el mismo afecto hacia mí. Porque el de ella sí era bueno, el mío no era bueno. Ella siempre se preocupaba, ella llegaba, “Don Richard”, así le decía cariñosamente al jefe, “¿Me puedo llevar a Francisco?”. Y casi siempre Don Richard dijo que sí. Entonces quizás ese comportamiento de Don Ricardo me hizo a mí también moderarme un poco en los pleitos y en las malcrianzas y en hacer cosas incorrectas y hubo varias veces en que me puse a jugar con los hijos de él que ya estaban también en la escuela. Hoy día son médicos los dos. Y fue así como ya después de las vacaciones de medio periodo, ya yo di a conocer a algunos

que quizás el año siguiente no volvería a la escuela. Los muchachos de Don Ricardo fueron los que más se preocuparon, ya ellos me habían tomado confianza. Muchas veces yo me quedaba jugando con ellos ya fuera de la escuela, propiamente en la casa de ellos que estaba contigua a la escuela. Y allá comía, allá me daban de tomar café, allá me daban todo pues lo que daban a los niños me daban a mí también, y en esa forma ya yo también sentía cariño a ellos y Don Ricardo sentía aprecio por mí. Y fue entonces cuando Don Ricardo me emplazó, y me preguntó ya en una forma formal, si era cierto eso de que yo no volvería a la escuela. Y le manifesté que sí, que estaba dispuesto de no asistir más a la escuela. Que haría lo posible por ganar el tercer año ya que no valía la pena estar en una escuela por pasar el tiempo, pero que no volvería. Y de allí en adelante, el resto del periodo lectivo, y el tiempo que siguió, o sea las vacaciones largas de un curso lectivo y el otro, Don Ricardo no dejó de insistir y de hacerme ofrecimientos, ofreciéndome ropa, ofreciéndome la comida, ofreciéndome uniformes, zapatos, en fin, todo lo que necesitara, pero que no abandonara los estudios.

Sí, definitivamente ya estaba resuelto a hacer abandono de los estudios o sea de la escuela y así sucedió. Claro, que eso traía problemas también para mí por ser tan pequeño, ser tan nuevo, y entonces no podía hacer mayor cosa, no podía ganar suficiente dinero como yo deseaba y tuve que estar en algunas ocasiones trabajando en las noches, arrimando caña en los ingenios; los camiones y las carreteras a veces llegan y la dejan retirada de los trapiches. Hay que acarrearla luego, al hombro, para arrimarla a los trapiches y que entonces los moledores la puedan poner en su sitio definitivo. Posteriormente traté ya de conseguir algún trabajo que fuera más, como más permanente y que me permitiera contar con una determinada suma de dinero en fin de semana, y recurrí a varias personas, entre ellos pues los dueños de carros. Yo me sentía, aunque estaba muy nuevo, me sentía un poco desarrollado y fuerte y creía que podía desempeñar algún trabajo, en camiones. Sin embargo no tuve éxito en esto y lo único que conseguí fue

simpatías de parte de algunas personas que trabajaban en esa labor de camiones, fueran peones o choferes.

Y entonces un día de tantos, un señor que ahora está muy bien, está con una fotografía en un estudio ahí en la avenida central, Rodolfo Sancho, me ofreció ayuda. Muy raquítica por cierto, muy relativa y me dijo que él estaba dispuesto de darme trabajo, aunque él era peón (él era chofer de uno de los camiones). Él estuvo de acuerdo en ayudarme y entonces yo me sentí muy satisfecho con el ofrecimiento y le pregunté en qué condiciones, ¿cómo iba a ser el asunto? Entonces él me dijo, “Mirá Chico”, así me decían en esa época, “Hacemos un asunto, yo gano un colón cincuenta por cada viaje a San José y gano un colón por cada viaje a Alajuela y gano setenta y cinco céntimos por cada viaje a Tacaes y así sucesivamente”. Dos colones cuando su viaje era lejos hasta Cartago o algo así por el estilo. Y entonces convinimos en que él me pagaría a mí una peseta (veinticinco céntimos) por cada viaje a San José y por cada tres viajes a Alajuela cincuenta céntimos y así sucesivamente.

Claro que inmediatamente yo hice cálculos y pensé si todos los días, por lo menos cuando hay la zafra de azúcar que son un transporte bastante grande, son muchas toneladas las que se transportaban, pues entonces habría una época en que por lo menos haríamos en una forma permanente tres viajes diarios a San José o a veces haríamos cuatro o cinco o seis trabajando excesivamente a Alajuela cuando había que embarcar azúcar para Alemania o para los Estados Unidos y entonces la empresa del Ferrocarril al Pacífico ponía a la disposición una serie de carros de ferrocarril, a veces cinco a veces seis, y esos había que llenarlos en el menor tiempo posible. Y entonces, claro que yo me sentía muy contento. Aunque lo único que podía hacer era arrimar sacos a la compuerta del camión para que los peones, ya hechos, ya formados, se encargaran de espaldarlo a su sitio final.

Fue un día, después de estar trabajando mucho tiempo en eso, cuando un día estábamos jalando azúcar a Tacares para almacenarlo allí y luego transportarlo con más facilidad hasta Alajuela, que me animé. Un peón se tardó para llegar y era el último fardo de azúcar (en ese tiempo se usaba el fardo de dos quintales, o sea un saco grande con cuatro saquitos de medio quintal adentro), y como el peón se tardó para llegar yo me bajé del carro y tantíe alzar el saco. Y la sorpresa grande para mí y la gran satisfacción fue que lo aguanté. Me lo pude poner en la espalda y lo pude caminar quizás unos seis u ocho metros. Había una grada que no la pude subir, aunque era muy bajita, pero no pude subirla y allí me tuvieron que quitar el saco.

De allí en adelante yo no exigí ninguna cosa más que lo que estaba devengando como sueldo, pero sí me sentía ya como que era mucho más fuerte y poderoso y que yo debía ganar algo más. Pero claro que estaba muy agradecido con Rodolfo, y nunca iba yo a cometer el error de pedirle más dinero; además que yo sabía que él no estaba ganando más tampoco.

Entonces al pasar el tiempo yo seguí practicando y practicando y practicando, tratando de sacar fuerza y ya entonces en la bodega de San José, que era una súper bodega, y donde había que caminar por lo menos unas cincuenta varas en lo plano, los sacos, para ponerlos a donde los peones macizos²⁸ pudieran hacerse cargo de ellos, ya allí yo podía desempeñar un trabajo más de peón, y entonces un día de tantos me animé a hablar con el patrón, no con Rodolfo sino con el patrón, y decirle que yo pues me animaba ya a ser de peón. Aunque no completo, pero que pensaba que si servía pues que me pagara algo, y que si no pues entonces buscaría dónde acomodarme en otra parte. Fue entonces cuando el señor Quirós, que era el dueño de los camiones, me dijo que él no estaba

28 Se refiere a que eran fuertes.

dispuesto de ponerme un sueldo pero que sí podíamos entrar en un convenio, el cual consistía en ganar una extra. La extra era darme la lavada de todos los camiones, eran cuatro camiones, y todos los sábados en la tarde o domingos en el transcurso del día, lavarlos y engrasarlos, cosa que ya yo lo podía hacer perfectamente porque ya tenía algunos conocimientos básicos para eso. Ya sabía cómo era que se usaba las engrasadoras y dónde se ponía la grasa. Entonces le dije que estaba bien, que yo estaba de acuerdo en eso aunque tuviera que trabajar mucho más porque muchas veces regresábamos de un viaje en sábado en la tarde y de una vez me ponía en esa labor de limpiar y lavar los camiones y el día siguiente domingo me dedicaba al engrase.

Y era así como entonces podía ganar, no recuerdo exactamente, pero creo que era entre cincuenta y setentaicinco céntimos que me pagaban por cada camión. Claro que en esta época pues era un montón de plata; ganar por ejemplo tres o cuatro colones en un par de días, un par de ratos bien trabajados, y además de eso no me interesaba tantísimo el asunto de que la plata fuera mucha o poca sino que me interesaba también el adquirir más conocimientos en materia de carros porque ya yo me había familiarizado con el trabajo de los camiones y me gustaba. Y suponía yo que llegaría a ser un peón competente y de confianza para los dueños de camiones con los cuales fuera a trabajar.

Así continuó pasando el tiempo y yo no me sentía inconforme, pero no me sentía satisfecho tampoco, puesto que ya era cierto que me sentía competente para mover a la espalda toda clase de cargas. Ya inclusive había hecho pruebas en Naranjo, en San Ramón, en Zarcero, en varias partes donde había que ir a recoger cargas. Y había probado ya con fardos de papas, de ayotes,²⁹ de un sinnúmero

²⁹ El ayote es hortaliza que crece en una planta y que es consumido en Costa Rica. Es un producto de la misma familia del zapallo o las calabazas.

de productos que se venden y se transportan de un mercado a otro. Y, por ejemplo en Naranjo en aquella época se usaban unas sacas enormes que venían con harina del extranjero y en ellas enfardaban frijoles. Y una fanega de frijoles que pesa aproximadamente ochocientas cincuenta libras la enfardaban en tres sacos. Lo que quiere decir que quedaban con un peso casi de los tres quintales cada uno. Y yo, pues tal vez no lo hacía a perfección, pero sí ya me animaba a jalarlos a la espalda y entonces resolví hablar de nuevo con el señor Quirós puesto que yo estaba agradecido con él y con Rodolfo, para ver si estaba de acuerdo de ponerme ya como un peón en uno de sus camiones, a lo cual por razones que yo desconozco, tal vez cuestiones de personal o de presupuesto, el señor Quirós se negó y me dijo que no, que no se podía. Entonces le dije, “Bueno, le agradezco mucho hasta hoy y no voy a trabajar más. Voy a trabajar, voy a tratar de meterme en otra parte”. Posiblemente estaba con los doce entrando en trece tal vez, pero en esto no influye mucho la edad. Eso es cuestión de experiencia, de maña, de agilidad, inclusive hasta de saberse parar, de tener cuidado de poner el pie en firme para evitar un paso mal dado, como decimos nosotros. Sí estaba muy nuevo, pero con suficiente fuerza.

Y no fue fácil el asunto. Me vi obligado a trabajar otra vez en los ingenios estriando, arrimando caña o haciendo limpiezas en distintas maquinarias que se usan en los ingenios. Y hasta que se presentó un nuevo trabajo, en esta oportunidad se me presentó con un señor, Luis Bolaños. Y entonces allí entré, no como peón digamos titular, pero sí como un ayudante ya con un sueldo fijo. Y me sentía yo muy contento, muy grandote, digamos, porque si no me traiciona la mente, el sueldo inicial que me puso el señor Bolaños era de dos colones diarios y naturalmente la comida, ya una especie de viático, donde se anda trabajando. Y si había alguna extra como engrasar el camión o lavarlo o armar llantas, todas esas labores adicionales, entonces alguna extra me daban, ya fuera él o fuera el hijo mayor que era el que andaba como chofer del camión. Así en esa forma trabajé bastante tiempo, quizás un año, y solicité

un aumento de sueldo, no con exigencia sino como súplica más bien, pues como que yo creía que debían de reconocer el trabajo que yo estaba desempeñando y sabía perfectamente, no era un secreto que el peón titular que era pues casi igual a mí en cuanto al servicio, estaba ganando un sueldo de tres colones y algo más, como tres veinticinco o tres cuarenta. Y yo consideraba pues que era una discriminación la que estaba haciendo conmigo. Solicité el aumento. No me lo dio el señor Bolaños, entonces le dije, “Bueno, ya no voy a ayudarlo más, voy a buscar otro ambiente”.

Y estuve esta vez con suerte porque inmediatamente, quizás en la semana siguiente, me pasé a trabajar con un señor, Luciano Solís, un trabajo si se quiere, un poco más suave, porque el señor Solís tenía menos trabajos fijos que los patrones anteriores. El patrón, el señor Quirós, tenía toda la jalada de azúcar de los Niehaus en aquella época, lo que hoy es la cooperativa Victoria. Y el señor Bolaños era una especie de empresario, es decir que trabajaba con cosas propias. Él compraba un montón de carretadas de dulce en la plaza de Grecia y lo vendía en las plazas de Zarcerro, de Naranjo, de San Ramón, e inclusive hasta Puntarenas³⁰ hubo que llevar dulce. Y allá en esos mercados él compraba enormes cantidades de papa, de frijoles, de repollo, de maíz, de ayotes, en fin, de casi todos los productos que llegan a esas plazas o que llegaban, no sé cómo estará eso en la actualidad. Y entonces pues claro, que con el señor Bolaños había un trabajo fuerte y casi permanente. Muchas veces tuvimos que hacer dos viajes a San Ramón, sobrecargados, es decir con mucho recargo, echando cargas bárbaras, con un camión de dos toneladas y media llegar a poner ciento veinte quintales, por ejemplo. Y fue así como entonces prácticamente al cambiar de patrón pues mejoré muchísimo, aparte de que la familia del señor, del señor Solís, como que me conocía de mucho tiempo, y al llegar a trabajar donde ellos, pues me tenían simpatía, siempre me

30 Puntarenas es una provincia de Costa Rica ubicada en el Pacífico del país.

invitaban para comer, tomar café, en fin todo lo del movimiento que la cocina tuviera en las horas que yo estuviera en el garaje, en el camión digamos, que no anduviéramos afuera de Grecia. Así es que entonces mejoré notablemente la posición, ya que la atención de parte de los patronos en este caso, tanto de Solís como de la familia, pues era muy buena, y también el sueldo que ya al pasar a ser de tres colones, pues ya era un sueldo de dieciocho colones, que era muy superior al que ganaba mi papá trabajando en el campo. Yo me sentía muy contento de, no de superarlo a él en ganar un poco más, pero sí de haber mejorado.

CAPÍTULO II

HACIÉNDOME HOMBRE EN EL ATLÁNTICO¹

Nota de los editores: Es común hoy en día, brindarle al público “advertencias activadoras”, por si acaso éste pueda sentirse ofendido o disgustado por el contenido que sigue. En este capítulo, Francisco cuenta las experiencias que tuvo cuando era un hombre joven, hace alrededor de ocho década, cuando conoció por primera vez las poblaciones étnica y racialmente diversas que vivían en las tierras costeras del Caribe de Costa Rica, en la provincia de Limón. Hasta ese punto, sus contactos de joven habían sido principalmente con la población “blanca” que predominaba en las mesetas y valles centrales de Costa Rica. Su narrativa está repleta de estereotipos étnicos y raciales poco favorecedores a las minorías con quienes trabajó. Para mantener la integridad de las narrativas originales que fueron grabadas, no hemos cortado este material.

Mi papá en esa época estaba ganando dos colones; trabajando ocho horas y trabajando de veras como un bruto. Y nosotros pues no es que el trabajo era como de muy suave o de vagabundos, pero sí teníamos por lo menos horas de descanso en el transcurso de los viajes. Es decir, mientras el camión está trasladándose por ejemplo de Grecia a San José, el peón está en descanso, aunque siempre

¹ Los y las costarricenses se refieren a esta zona, en su mayoría de la provincia de Limón, con el nombre de “El Atlántico” o también con el nombre de “El Caribe”.

tiene que estar vigilando, tiene que estar atento a cualquier cosa, pero no está haciendo el esfuerzo físico, sino que más bien está trabajando tal vez un poco visual o un poco mental, pensando si una llanta se reventara, por ejemplo, hay que ponerse inmediatamente a arreglarla, especialmente en aquella época cuando las llantas escasearon mucho y eran muy caras y no había servicio de arreglo en las bombas de gasolina, y casi ni bombas de gasolina habían. Recuerdo que estaba como monopolizado el servicio de gasolinas;² era una o dos empresas únicamente las que funcionaban. Hoy día hay un montón, ahora todo es fácil.

Y también tuve la suerte de que con el señor Solís se hacían viajes muy largos. Por ejemplo, en esa época empecé a conocer San Carlos, región lindísima, muy acogedora, donde la gente toda es amable. Y por cierto que no se me olvida que las comidas eran fantásticas, eran muy ricas, muy suculentas y mucha, mucha comida. A veces éramos tres (el chofer y los dos peones) y ponían comida como para seis o siete personas. Nos llenábamos y muchas veces me llevé los sobros, claro con el consentimiento del dueño del hotel y del patrón también, que no fuera a parecer aquello como una tontera mía, porque ya sabíamos que a un kilómetro o dos kilómetros o media hora después estaríamos atascados en un barrial³ por todo un día. Hubo veces que estuvimos dos días en un sólo barrial y entonces aquellas comidas que yo me llevaba por ejemplo de Zarcero o de Zapote o de Laguna o de Lajas, allá en ese barrial donde estábamos pegados, allí nos servían. Allí decían, “gracias que Mejía trajo comida”. Ya en ese tiempo, ya algunas personas no me decían Chico, me decían Mejía.

2 Las “bombas de gasolina” o las “gasolinas” hacen referencia a las “gasolineras” o centros de servicio donde se vende gasolinas, lubricantes y otros insumos para carros o camiones.

3 Un “barrial” es un terreno lleno de barro o lodo que se forma usualmente producto de la lluvia. En la zona de San Carlos (zona norte del país) es muy habitual la formación de “barriales” producidos por el clima lluvioso.

Y entonces, también se presentaron algunos viajes hasta Turrialba,⁴ se presentaron viajes hasta Puntarenas, y fue propiamente esa época en que se comenzó a despertarse en mí la idea de salirse, de salir de Grecia, aunque el sueldo, repito, no era del todo malo, pero ya al estar en contacto con personas en el Atlántico, que trabajaban en la zona bananera del Atlántico en aquella época, y que muchos de ellos llegaban a Turrialba y uno tenía oportunidad de verlos allí gastando plata en montones porque esa gente ganaba mucha plata. Y al estar llegando a Puntarenas de vez en cuando y estar viendo la gente que llegaba de Quepos, de Parrita,⁵ de todos esos lugares que ya se iniciaban en los cultivos del banano, eso despertó en mí el interés de dejar definitivamente el cantón de Grecia.

En esa época yo estuve andando por varias partes del país, incluyendo Limón y todas las fincas que en este tiempo habían ahí. Ya no había banano, ya el banano había sido abandonado por la Compañía y únicamente había cacao y abacá; era el tiempo del abacá. Algunas gentes también se dedicaban a la cuestión de madera de balsa porque el Gobierno norteamericano, los países aliados estaban comprando grandes cantidades de balsa para hacer salvavidas; esos eran los trabajos allá.

Estuve yo por Limón. Fue en esta época cuando conocí Turrialba y todo eso, porque ahí hice escala. Estuve comiendo naranjas en Aquiares; regresé a Grecia. Luego me trasladé a Puntarenas.⁶ Buscando ambiente, buscando algún trabajo que me pudiera servir, que tuviera más sueldo que el que estaba ganando en Grecia, porque en Grecia, pues yo trabajaba en camión, y no ganaba mal

⁴ Aunque el cantón de Turrialba se encuentra en la provincia de Cartago, es una comunidad que por su clima e identidad cultural tiene muchos vínculos con la zona Atlántica del país y en particular con la provincia de Limón con la que también limita.

⁵ Quepos y Parrita son comunidades costeras en el Pacífico de Costa Rica

⁶ Puntarenas es una ciudad porteña de las tierras bajas de Costa Rica. Es la terminal del ferrocarril que une esta ciudad con las montañas de la Meseta Central y la capital, San José.

en relación con el jornalero, o el peón corriente, pero no estaba yo satisfecho con lo que estaba ganando. Me parecía que veintitún colones por siete días de trabajo era todavía muy poco y ya yo, pues me sentía hombre, quería tener pues mi dinero, más o menos ropa adecuada, zapatos y demás, y yo calculaba que debía de buscar un sueldo mejor, aunque fuera en una zona inhóspita porque todas esas regiones del país pues eran bastantes difíciles para vivir, mucha malaria, gente, gente mala, como decirnos, o maleanta. Es decir, en este tiempo las zonas bananeras era la tierra donde la vida no valía nada. Te mataban por cualquier tontería. No sé, no sé, posiblemente pues el mismo ambiente que vivían, ambiente de desorden, no había vigilancia policial, la que había era deficiente.

Yo recuerdo, por ejemplo, el agente de policía que había en Veinticinco Millas, que se conoce también con el nombre de Bataán y este hombre era un desalmado. Era una persona que hacía ahí de policía, pero lo que menos hacía era de resguardar el orden público o proteger la vida humana, o la propiedad ajena o, en fin, todo lo que son funciones de la guardia. Este hombre se dedicaba únicamente a vivir, a vivir como un millonario. Recuerdo que la cuestión de la lotería, y chances clandestinos⁷ era una cosa corriente, corriente; no podía la lotería nacional competir con la clandestina. Y la gente llegaba donde éste señor; era un señor de apellido Cambronero, Rafael Ángel Cambronero se llamaba, y le decía así, “Mire Cambronero, tengo ganas de hacer una rifa”. “Cómo no, hágala. No hay problema. Hágala”. “Bueno, pero ¿qué tengo que darle?” “Bueno, me da 10 por ciento de la rifa y me deja el 02”. Recuerdo muy bien, porque sé que jugó el 02 y el hombre se hizo casi rico con sólo eso, con todos los compromisos que había del 02.

Porque eran cienos, tal vez miles de rifas que se hacían entre Manila de Siquirres, Madre de Dios, en fin de San Miguel, Matina, Mon-

7 La lotería y los “chances” son juegos de azar muy populares en Costa Rica.

teverde, en fin, todo lo que estaba alrededor, que era, es, bastante grande. Y entonces, en Matina, por ejemplo, había un chino⁸ en esa época, que tenía el negocio de chance clandestino, sin límite. Si una persona quería por ejemplo, ellos le llamaban al chance “tiempo”, entonces si una persona por ejemplo quería jugar mil tiempos del 10, el chino se los vendía. Y si otra persona quería jugar cinco tiempos del 01, se los vendía. Es decir, que no había ningún control. Entonces, me parece que el compromiso que este chino tenía con Cambronero era de doscientos tiempos por domingo. Y así, como ése, habían varios. En ese tiempo, pues todo el comercio del Atlántico estaba en manos de los chinos que de por sí son, o eran, muy viciosos para ese tipo de actividad. De manera que cuando jugó el 02, el señor Cambronero se hizo casi rico con el dinero que recibió y la cantidad enorme de extras que había agarrado por porcentajes en las rifas. Los chinos eran los comerciantes sí, y los fuertes, porque tenían todo acaparado: comercio general, restaurantes, cantinas, teatros, es decir todo; ellos eran los dueños de la plata. Ese tipo de servicio en la vigilancia policial pues hacía que la gente no tuviera ningún temor, se emborrachaban y sacaban los machetes y se hacían un picadillo, uno con otro y el policía después iba a juntar los muertos, no había nada.

Fue así como planeé ya los primeros viajes, digamos el primero, que lo hice hacia el Atlántico. No puedo decir que fuera del todo satisfactorio pues en realidad yo me sentía hombre, competente para trabajar y demás, pero aquella zona era bastante difícil y yo

8 Cuando se refiere a un “chino” atañe a una persona de origen chino. Ciertamente en la zona Atlántica de Costa Rica había una importante colonia china que había sido traída en su mayoría —a manera de casi esclavos— para la construcción del ferrocarril al Atlántico.

carecía de la cédula de identidad, y los que estábamos en esas condiciones o llegábamos en esas condiciones no éramos muy bien recibidos por los jefes y nos obligaban a trabajar con contratistas y eso, pues, no dejaba de ser un problema.

Yo estuve en la corta de abacá⁹ porque en la cuestión propiamente, pues ya no quedaba mucho, ya los sueldos estaban declinando también. Solamente algunos lotes se mantenían, pero siempre con mucha gente y entonces era mejor el recurrir a la abacá que ya estaba en su apogeo tanto en Costa Rica como en la provincia de Bocas del Toro en Panamá.¹⁰ Entonces, recurrí a esa zona en vez de propiamente la bananera o la hulera¹¹ en que también estaba la *Goodyear* pero con sueldos poco bajos y también siempre el problema del documento. Entre Siquirres y Parismina quedaba *Goodyear*.

Fue así como estuve la primera vez. Trabajé poco, muy poco por cierto en la cuestión del abacá; no es que me disgustaba el trabajo, aunque era bastante duro, pero por esas mismas circunstancias, me tocó trabajar con un contratista nicaragüense. No es que yo crea que todos los nicaragüenses son malcriados ni altaneros ni nada de eso, pero él que me tocó a mí sí era insolente. Todo lo relacionado con el abacá: la corta, la estibada, la moleada, la cargada en los carros de transporte ya en el ferrocarril, un ferrocarril pequeño que tenía la Compañía especialmente para eso; el abacá salía allá a furgones grandes cuando ya era procesado para ir a los muelles; antes era a base de tranvías o trenes pequeñitos. Y fue así como entonces yo empecé a tratar de colocarme en otro trabajo, en otra forma o por lo menos cambiar de jefe. Tuve suerte en el asunto. Era un día

9 El abacá o también llamado cáñamo de Manila es una planta que posee fibras de gran resistencia que se utilizan como materia prima y de ahí la necesidad de cortarla.
10 Aunque ciertamente Bocas del Toro se ubica en Panamá es accesible desde el Caribe Sur de Costa Rica.

11 La palabra “hulera” se refiere a una fábrica productora de hule, por ejemplo, utilizado para la producción de llantas.

lluvioso, un día de temporal; hubo que regresar a los campamentos porque era imposible trabajar en el campo y me fui a la estación de ferrocarril, a poner atención a ver qué era lo que hacía la gente, qué era el movimiento, cómo era todo aquello. Fue exactamente cuando conocí a Roberto Wachong, hermano de Don Luis, él era como quien dice, el cacique en aquel lugar, con un súper negocio: cantina, salón, teatro, almacén, supermercado. Era Manila.

Estando ahí, poniendo atención al movimiento del tren, del personal y eso, empecé a oír que llamaban a un señor, y ese señor no aparecía, y vi que la puerta del furgón estaba completamente llena de bultos de mercadería y el señor aún no aparecía. Me imaginé que era bueno ayudar en algo ya que los señores del ferrocarril seguían llamando y poniendo bultos en la puerta, entonces fui, por iniciativa propia, y me encargué de bajar bultos y bultos y bultos. Siempre con cuidado de poner ordenado los bultos uno sobre otro mientras aparecía el dueño. Al fin apareció el dueño y muy contento me dijo: “Le agradezco muchísimo que me ayude”. Y yo continué ayudándole hasta que pasó la descarga y luego le pregunté, “¿Para dónde tiene que llevar todo esto?” Y me dijo, “Ah, a un campamento que está allá a medio cuadrante”, “¿Y cómo lo hacen?”, “Bueno, al hombro o en carretillos o como sea, hay que jalarlo. Entonces yo le ofrecí ayuda, “Si le parece le ayudo a transportar eso para el campamento”. “Claro que sí”, me dice.

Y una vez que terminamos de jalar todo para el campamento, me dijo que si no tenía nada que ir a hacer, que por qué no le ayudaba a desempacar y a organizar todo. Y fue así entonces como, ya después que organizamos todo: cajas de dulces, cajas de jabón, sacos de fideos, sacos de azúcar, sacos de todas las cosas que distribuía. Era una especie de buhonero, un comerciante ambulante. Entonces, era la hora de comer algo, fuimos a comer. Por casualidad el muchacho éste, comía en la misma casa donde yo estaba comiendo y entonces allá en la casa empezamos a conversar de un montón de cosas y al final de la comida, me ofreció que si quería trabajar con él en el

comercio. Que él creía que yo podría servirle, que lo único era que él no podía pagarme un sueldo muy lujoso pero que el trabajo era relativamente suave y que pues iría a economizar zapatos y ropa, y energías también.

No me pareció mala la idea, y el deseo de no trabajar más con el muchacho ese nicaragüense, me obligaba también en parte a aceptar el trabajo que me estaba ofreciendo este muchacho, se llamaba Juan Rafael Bolaños. Era vecino de acá de San José pero vivía mitad en San José, mitad en la zona. Y estuve muy bien con el señor este Bolaños, trabajando, por espacio quizás un año, año y medio, hasta que ya definitivamente consideré pues que estaba perdiendo tiempo porque el muchacho no me podía aumentar el suelo, no porque el negocio era mala sino porque el muchacho estaba un poco mal de finanzas y no podía realmente, estaba más bien como en ruina, las entradas no eran suficientes para los gastos que tenía. Y entonces decidí ir a otra parte.

Ya había escuchado mucho a la gente hablando de lo bueno que estaba la zona de Almirante, sea de la Bocas del Toro. Con cacao, con abacá, y otros asuntos. Entonces fue la primera vez que me fui hacia Panamá y por cierto pues no tuve ningún problema. Me fui con un compañero. Me hice un compañero para el viaje, siempre hace falta un amigo de confianza para esas cuestiones. Y, estuve trabajando en Panamá, unos días en corta de abacá. Habían unos temporales terribles, era muy poco lo que uno podía trabajar. El trabajo era sumamente duro. Era abacá de primeros cortes. Los tallos eran enormemente gruesos y pesados para ponerlos en la mula, tenía que ser entre dos, y aun así costaba. Y, nos enfermamos un poco de ¿paludismo sería?, malaria. Y estando en esas condiciones, un poco mal de salud, era poco lo que podíamos estar en el monte y con lluvias, entonces comenzamos a buscar otra clase de trabajo.

Y tuvimos mucha suerte porque topamos con un trabajo que estaba en ejecución. Era el puente del Río Torres, era un río enorme. Que

en una creciente el río se había llevado más o menos la mitad del puente y estaba la mitad en, es decir estaba en reconstrucción. Y claro que había un problema grande porque la cuadrilla era muy muy grande pero toda era de negros, negro, supongo que jamaicano. El mismo que hay en Limón.¹² Y claro que a ellos no les interesaba que hubiera ningún blanco trabajando ahí. Y entonces ellos pues ellos boicoteaban, diciendo que no había trabajo o que ellos no podían poner más gente, que eso era un jefe tal cual, no sé, que era un norteamericano. Nosotros no nos desanimamos, especialmente yo pues siempre me he caracterizado por eso de ser un poco metido, audaz, si es que cabe la palabra. Y seguí yendo por varios días consecutivos hasta que logré localizar al “chief”. Y resultó ser un gringo fantástico, maravilloso, un gringo enorme. Calculo pesaría casi las trecientas libras, el carro era sólo para él. Se llamaba Mr. Frank, por lo menos así lo conocí, y así se llamó para mí. Y el gringo nos dijo, “Bueno, no es que hay mucha necesidad de poner gente a trabajar pero no tengo ningún blanco aquí, todos son chumecos¹³ y sería interesante ver un par de gotas de leche en una taza de café negro”. Y nos dijo, “Bueno, vengan a trabajar. Y voy a hablar con el jefe de acá, de la cuadrilla. Ustedes tendrán que hacer lo mismo que están haciendo todos. Aquí no hay trabajos especiales para ningunos, todos hacen lo mismo”.

Y fue así como empezamos a trabajar en esa cuadrilla puentera; era una cuadrilla especializada en puentes, la que manejaba el señor este Mr. Frank. Y vivimos muy, pero muy bien en Panamá. Entre otras cosas, cabe señalar que en los diez meses que permanecimos en ese

12 Sobre este tema que para la construcción del ferrocarril al Atlántico liderado por Minor Keith (empresario estadounidense) se llevaron a Costa Rica numerosas poblaciones negras, las cuales en parte provenían de Jamaica.

13 La palabra “chumeco” se usa en Costa Rica para describir a la población negra o afrodescendiente. Por su parte, algunos de los lingüistas que han estudiado el tema sugieren que la palabra “chumeco” deviene de la pronunciación de la población jamaiquina en la zona Atlántica, específicamente de la voz inglesa “jamaican” (“Jamaican”, “chumeican”, “chumeca”, chumeco”).

trabajo del puente no tomamos nunca café si no fuera alguna taza que nos regalaran en alguna casa en alguna visita que hiciéramos. No comimos carnes, que no fueran carne procesada, carne enlatada como la Spam. Y sardinas, sardinas comíamos en exageración, comíamos tres latas de las grandes de quince onzas por día.

No tomábamos licor que no fuera una botella de cerveza que tomábamos siempre en las tardes y un puro de esos grandes habanos para espantar los moscos y zancudos, que había muchísimos. Pero en realidad puedo decir que vivimos muy, muy tranquilos, muy bien tratados, inclusive hasta del negro que era un poco áspero, un poco déspota para tratar a los peones. Nosotros pronto, gracias a Dios, logramos dar a conocer nuestro trabajo, nuestro deseo de hacer las cosas bien. No sé si habrá mejorado esa situación. Y son muy, como decimos nosotros los ticos,¹⁴ muy resbalosos; donde hay que hacer fuerza no llegan. Y nosotros en cambio estábamos siempre prestos a eso. Más fuerza había que hacer, más nos gustaba el asunto. Y fue así como tuvimos una vida muy bonita ahí, muy sana, muy conservada; engordamos. Vivimos muy contentos.

En esa época creo que estaba con los dieciocho o diecisiete años por ahí. Tuve que andar en esa época con un permiso del Patronato Nacional de la Infancia,¹⁵ porque no podía tener la cédula. Nació de Mr. Frank la idea de sacarnos de esa cuadrilla y pasarnos a la cuadrilla del muelle, que era una cuadrilla que él consideraba deficiente también. Estaba integrada a base de negros, también, y solamente había unos siete u ocho indios, que los¹⁶ llaman ellos cholos, de

14 Los “ticos” son las personas costarricenses.

15 Se refiere Patronato Nacional de la Infancia (PANI) creado desde 1930 y consolidado con la Constitución Política de 1949.

16 Parte de la provincia de Limón y de la zona Atlántica de Costa Rica (y otros países de la región), se caracteriza por la presencia de poblaciones afrodescendientes y poblaciones autóctonas o indígenas. Por ejemplo, en el cantón de Talamanca de Limón viven poblaciones como las señaladas.

carilla redonda, medios chinos.¹⁷ Y eran pues prácticamente los únicos que trabajaban como hombres. Fuimos a trabajar al muelle. El jefe era un, lo que llamamos nosotros un mestizo, un cruzado, y caímos bien con el señor éste. Se conocía con el apodo de “Panamá”, era un hombre grandote, medio negro y medio blanco. Y estuvimos muy bien, el señor nos estimaba mucho. Siempre desempeñamos el trabajo con coraje, con ganas. Y ahí estuvimos muy bien, lo único que nos molestaba un poco era lo que podría llamarse “la cuestión racial”, que eran tantísimos los negros y tan poquitos los blancos que siempre estábamos con el temor de que nos pegaran o nos hicieran algún daño. Inclusive una vez tuvimos que pelear con algunos de ellos y si de no haber sido por el señor éste, jefe de muelle, “Panamá” quizás nos hubieran echado a los tiburones.

El pleito era una cosa pues que ya tenía su origen, su raíz, porque en la época que nosotros estábamos trabajando en el puente, descubrimos (porque una gran parte del domingo y otra parte del sábado en la tarde, si era que no llovía, la dedicábamos a lavar nuestras ropas porque allí no había mujeres en ninguna parte para recurrir a la lavada, entonces nosotros teníamos que hacerlo), descubrimos que había pescados, buen pescado en algunas pocillas de las que estaban cercanas al puente, y aún debajo del mismo puente. Entonces nosotros ideamos comprar anzuelos, comprar cuerdas y pescar. Pero los pescados que había allí, la clase de pescado, que no recuerdo cómo es que se llama, era muy muy astuto, era muy inteligente, y no quería picar. Entonces llegamos al convencimiento de que era mejor dejar una buena carnada y dejar las cuerdas pegadas del puente y regresar el día siguiente entre las 5:00 y las 6:00 de la mañana para ver qué había. Y fue así como logramos comer bastante pescado porque posiblemente los pescados se confiaban, no había nadie que estuviera moviendo las cuerdas y ellos empezaban a comer y comer y comer hasta que caían.

17 Cuando dice “medio chinos” se refiere a que eran poblaciones con sus ojos rasgados o “achinados”.

Llegó un momento en que venía yo o venía mi compañero al puente a recoger los pescados y nada, no había nada. Entonces no podía haber un cambio tan radical en el asunto; los pescados no podían ponerse inteligentes así de la noche al día, y no volver a caer ninguno. Entonces pensamos que alguien estaba robando los pescados. Y era factible desde luego porque, había un chino (que por cierto son muy amigos de comer pescados, los chinos), que tenía un comisariato un poco cerca, quizás como a un kilómetro, y había alguna otra gente por allí alrededor. Y la cuadrilla propiamente del puente vivía donde llamaban Finca Cuatro. Nosotros no vivíamos allá. Nosotros vivíamos propiamente en el puente porque el puente está sobre el río Torres y se llama Torres porque allá hay un viejillo colombiano que se llama Don José Torres y ese fue el que bautizó eso, y ahí vive él. Tiene un negocio de cantina o vivía no sé, hace tanto tiempo de eso. Y caímos bien con el señor este Don José, y él decía siempre que los ticos y los colombianos tenían algo en común y que debían de ayudarse mutuamente y que él entonces estaba dispuesto de ayudarnos a nosotros en todo lo que estuviera al alcance. Y de veras que nos hizo una ayuda muy valiosa porque nos facilitó un cuarto de la casa de él. Nos dio un catre que tenía por allí en desuso, que lo armáramos y lo pusieramos en servicio. Nos regaló una colchoneta, y en fin, también la señora que vivía en la planta alta, por casualidad la ventana de la cocina de ella daba a la ventana de la cocina de nosotros, un fogón que teníamos ahí, con leña, y en muchas oportunidades de la ventana de arriba nos dejaba caer un gran pedazo de pan rico, que ella sabía hacer muy bueno. Y nos querían, nos estimaban. Nosotros también correspondíamos.

Así que entonces esta gente de la cuadrilla que vivía en Finca Cuatro no estaba lejana, y bien pudiera ser que uno de ellos viniera en la madrugada, tal vez las tres, las 4:00 de la mañana y nos robara los pescados. Claro que esto no estaba confirmado todavía. Pero seguimos entonces a la expectativa a ver qué era lo que ocurría. Poníamos de nuevo carnadas, el día siguiente otra vez. Inclusive llegamos a encontrar el anzuelo en la parte donde nosotros nos

parábamos para despegar los pescados y volver a poner carnadas y eso, entonces ya estábamos seguros de que alguien estaba robando porque en la cuerda sola no podía salir. Y fue así como un día nos pusimos de acuerdo y cuidamos; después de las 2:30 o 3:00 de la mañana hicimos guardia, para cuidar, y de veras como a las 4:00 de la mañana llegó un negro a llevar el pescado. Entonces, nosotros peleamos el asunto y le dijimos, “Bueno, si no mejora esta situación pues lo vamos a joder”. Y era una cosa muy muy común la creencia de que los negros le tenían o le tienen horror al cuchillo, al arma blanca que llamamos nosotros. Y nosotros habíamos llevado los grandes machetes que teníamos de cortar abacá y estaban muy bonitos y grandes y claro cuando el negro vio que nosotros estábamos con aquellos cuchillos en la mano, él dijo, “Bueno, bueno no hay problema ¿ah? Voy a poner los pescados en las anzuelas otra vez y ya está. Y está bien; no voy a volver a robar los pescados”. Él reconoció el asunto, el delito y nosotros estuvimos de acuerdo y no pasó mayor cosa.

Pero sucedió que cuando nosotros fuimos trasladados a la cuadrilla de muelle, el negro logró que lo trasladaran a él también. Y entonces ese negro siempre andaba molestando, a veces empujando, a veces decía a los cocineros, porque había unos cocineros de muelle que siempre están preparando comidas para cuando llega barco tener para los marinos y eso. Nosotros no comíamos ahí. Pero sí habíamos hecho una ligera amistad con unos cocineros y cuando queríamos descansar un poco, entonces disimulábamos el descanso comiendo algo. Íbamos a la cocina y les decíamos a los cookers, “Bueno, que no hay nada por ahí”. Y pues, “para ustedes siempre hay”, decían ellos, siempre simpáticos, siempre amables y recuerdo que nos daban no sé si es Spam o será otro tipo de carne pero nos daban un montón de carne de esa procesada y galletas de soda. Y nosotros nunca comíamos la carne porque no nos gustaba realmente la carne ésa que nos daban y entonces nos divertíamos tomando un poco de café o de fresco, comiendo galletas de soda y tirando la carne a los tiburones. En el muelle de Almirante hay

tantos tiburones como yo creo que como en todo el mar. Chocan unos con otros y seguro que por esa misma razón están con un hambre terrible y entonces ellos estaban listos a capturar el pedacito de carne que tirábamos.

Entonces el negro éste llegaba adonde “Panamá” a decir que nosotros, los ticos estábamos perdiendo el tiempo y estábamos comiendo la comida de la cocina del muelle. Panamá nunca le puso atención a la cuestión porque Panamá nos tenía cariño y sabía que nosotros si íbamos a la cocina era para descansar, no era por vagabundería. Y cuando nosotros queríamos descansar un rato era porque estaba justificado, habíamos trabajado demasiado.

Entonces estábamos bien por ese lado. Y esto molestó más al negro, al ver que Panamá no la emprendía contra nosotros. Entonces, un día estábamos en una descarga de cemento (es una de las cosas más terribles que hay que hacer en un muelle, descargar cemento). Había que hacerlo en aquella época, hoy día pues está una fábrica en Costa Rica y creo que ya si viene, será poco. Pero en aquella época era unos cargamentos terribles. Habían semanas que llegaban dos, tres barcos cargados con solamente cemento. Y siempre ocurre, no sé, no sé por qué, tal vez deficiencia de los “wincheros”¹⁸ o quien sabe por qué, o falta de previsión, pero casi siempre se revienta alguna linga con cemento y aquello es terrible, es como una erupción de volcán. Se revienta la linga, es una plataforma, de cuatro esquinas y en cada esquina hay un gancho ahí con una, nosotros le decimos “chicote”, es un mecate gordísimo. Y las cuatro juntas, juntas aquí y aquí las agarra el gancho del wincher y lo lleva hacia arriba y luego hacia afuera y luego hacia abajo. En ése movimiento posiblemente es donde alguno de los mecates queda muy tallado y cede, se revienta y entonces al reventarse uno, la linga se va toda. Y

18 Con la expresión “wincheros” se refiere a los trabajadores que se encargan de ver o vigilar el proceso en el que los barcos entran en el muelle para poder descargar las mercancías que traen. La palabra en cuestión deviene de la voz inglesa “wincher”.

ese día pues había ocurrido eso, y quizás con más frecuencia porque nosotros nos dimos cuenta, nosotros estábamos trabajando en las bodegas, propiamente ligando. Y afuera los que estaban eran los pobres cholitos haciendo la deslinga.

Y fue justamente cuando, al rato de trabajar, nosotros estábamos agotados, consideramos que habíamos trabajado demasiado, y entonces nos salimos y fuimos a la cocina. Cuando pasamos para la cocina pusimos atención a los cholitos. No se sabía cuál era el color, ya no eran ni blancos, ni achinados, ni nada. Aquello era, no se conocía de ninguna manera. Había que bañarlos para ver clase de gente era. Completamente era una estatua de cemento lo que estaba allí trabajando. Y los ojos enrojecidos. Fuimos a la cocina, comimos un poco de galletas, volvimos para atrás. Era tal vez una media hora o unos cuarenta minutos que habíamos permanecido nosotros allá en la cocina, y estaban aún los mismos cholitos descargando lingas.

Entonces vinimos y quitamos una pareja de cholos y nos pusimos nosotros a trabajar, a deslingar cemento. Y les dijimos a los cholos que se fueran, que se escondieran, que fueran a la cocina. Como que tal vez no les daban nada a ellos pero por los menos descansaban. Y entonces, ahí estuvimos un rato, tal vez una hora y media o dos horas en el trabajo ése, cuando consideramos que ya era suficiente lo que habíamos trabajado, entonces resolvimos subirnos en un carro para acomodar cemento, ya en los carros de ferrocarril. Pues en parte, digo yo, pues que sí cabía que se enojaran ellos porque nosotros estábamos trabajando donde nos daba la gana. Si nosotros estábamos en la bodega pues lo lógico era que hubiéramos vuelto a la bodega, pero nosotros por buena conciencia y por estimación hacia los compañeros, en este caso a los cholitos, resolvimos cambiar de sitio y luego en vez de ir a la bodega pues nos fuimos a los carros considerando que los que estaban en los carros sí eran vagabundos. Total, ahí no estaban haciendo nada porque eran varios carros que estaban cargándose a la vez y eran pocos los peones que estaban

jalando cemento en esos carritos que hay de empujar, el carrito. Y llevaban únicamente cinco sacos por viaje y los tiraban en un carro donde habían dos parejas de negros, vagabundos, y una pareja agarraba tres, la otra agarraba dos y se quedaban con los brazos cruzados esperando a que volviera otra vez otro carro con otros cinco saquitos para seguir ahí en ese pasatiempo.

Entonces fuimos a un carro a trabajar. Y la sorpresa, por casualidad escogimos el carro donde estaba el negro bravo. No, no fue intención de nosotros, fue una casualidad, pero bueno, las cosas tienen que reventar un día de tantos. Y llegamos, serios, como es lógico, esa era nuestra intención. Le dijimos a los negros, “Bueno, aquí va a sobrar una pareja de ustedes porque vamos a trabajar nosotros un rato aquí”. Entonces los negros dijeron, “aquí no, aquí los que sobran son ustedes”. Es decir, nosotros verdad, “Bueno, ya dijimos lo que teníamos que decir y no vamos a discutir nada, vamos a trabajar aquí. Si quieren váyanse para cualquier parte. De por sí no están haciendo nada. Si quieren se van los cuatros y nosotros acomodamos el cemento. Váyanse los cuatro a pasear”.

Bueno, estamos en eso los seis parados ahí entre puerta y puerta del furgón, cuando llegó el carrillo con el cemento. Entonces el de abajo tiró el primer saco. Entonces yo estaba como más cerca del saco, entonces yo estuve listo y metí la pierna y de una vez agarré el saco. Y por casualidad el negro enojado lo agarró en el otro extremo. Entonces claro, yo con él no lo iba a jalar. Yo le dije, “Mirá, soltálo, dejá a mi compañero ahí”, “No”, me dice, “Suéltelo usted”. Le digo, “Si lo suelto es para pelear”. “Pues peleamos”, me dice. Cuando él me dijo peleamos y estando yo con tanta desventaja, numéricamente hablando, yo desde que solté el saco de una vez venía preparado para pegar el primer golpe. No iba a esperar a que me diera él el primero. Y por dicha fue un golpe muy bien pegado, tanto que el negro se quedó como “groggy”; no sabía qué era lo que había pasado ah. Fue un golpe de esos que de veras hacen sentir e inmediatamente reaccionó uno de los otros negros que estaba en

el carro y se me hizo encima, como decimos nosotros, y peleamos también. Y entonces, ya viendo la situación como estaba, yo le dije a mi compañero, un muchacho Jiménez, “Jiménez cuidáme la espalda porque aquí está la cosa jodida”. “Es la espalda la que hay que cuidar. Adelante aquí no entra nada”.

Yo parecía un Joe Louis¹⁹ ahí, pero era muy difícil. En primer lugar, porque estábamos en desventaja. Ya Jiménez estaba peleando también, entonces teníamos que pelear por lo menos con dos cada uno, y entonces le dije a Jiménez, “Es abajo la cosa, en el carro no sirve”. Y nos tiramos abajo. Cuando nos tiramos abajo entonces claro los negros al ver que eran negros contra blancos, apoyaron a los negros, y entonces sí claro nos pegaron, nos dominaron. Y creo que la intención era echarnos al agua.

Afortunadamente, los “wincheros” y todo el personal de abordaje paralizó la labor, para ver aquella cosa, aquella escaramuza que había. Y entonces Panamá, que estaba allá por la proa, vio la cosa, “¿qué será lo que sucede?, no están trabajando”. Y vino entonces en carrera por la borda a ver qué ocurría y llega y ve este molote de gente y llegó y abriendo campo, empujando y gritando y tratando mal al poco de chumecos que estaban allí, hasta que llegó a donde estábamos nosotros. Ya no estábamos peleando. Y llegó y nos dijo, “¿Qué pasó? ¿Qué pasó ticos?”, solo ticos nos decía porque nos distinguíamos seguro y parte por simpatía, creo. “Bueno, lo que pasó es que tuvimos que pelear porque estos condenados no quieren trabajar de ninguna manera y no dejan trabajar tampoco”. Y entonces, bueno los regañó a todos y dijo, “Cada uno a su puesto y dejen de estar jodiendo a los ticos, porque los ticos son los únicos que trabajan aquí”. Y la cosa se calmó, gracias a Dios, salimos bien del asunto. No teníamos golpes de consideración; unos golpecillos de mano, y seguimos bien ahí.

¹⁹ Joe Louis fue un boxeador estadounidense que fue famoso en las décadas de los 1930 y 1940.

Pero, hay un cuento que dice que piedra que rueda no cría lana, y nosotros aunque no éramos muy rodadores, pero no nos quedábamos mucho en ninguna parte, y entonces no podíamos hacer lana. Empezamos a idear, a pensar en otra parte, en otro sitio. Ya no estábamos contentos en el muelle, a pesar de que Panamá ya nos había ofrecido algunas prerrogativas. Inclusive nos había hablado de financiarnos por cuenta de la compañía, un viaje a Costa Rica (concretamente a Grecia), para buscar un personal que fuera más o menos como nosotros. Buscar un grupo de unos cinco o seis hombres o muchachos, y que nosotros estuviéramos seguros de que iban a rendir en el trabajo como lo hacíamos nosotros. Y prácticamente pues estábamos de acuerdo y hasta nos gustaba la idea de hacer el viaje para visitar las familias y eso.

Pero, cuando estábamos en esas conversaciones y en esos pensamientos, planeando ese posible viaje, vino un barco. Y sucedió que por cuestiones del destino este, uno de los oficiales yo lo había conocido en Puntarenas o mejor dicho él me había conocido en Puntarenas y yo le había servido desinteresadamente, cuando él me preguntó si yo conocía bien el puerto y yo le dije pues, “Lo que realmente hay de interés sí, porque un poco retirado por allá por Cocal y por todo eso, pues yo no conozco pero no hay nada que ver tampoco”. Entonces me dijo que si quería acompañarlo y le dije, “Con mucho gusto”. Y fuimos.

Era un ecuatoriano, muy simpático. Y bueno casi me enfermo ese día porque él quería que yo tomara cervezas o alguna cosa y yo le dije, “No, yo no tomo nada; yo lo que tomo es café y refrescos y eso, y bueno y comer”. Y entonces me hizo comer dos o tres veces y yo estaba ya que se me iba a reventar el estómago. Y ya tarde en la noche, cuando él se cansó de andar por todas partes en Puntarenas me dijo, “Bueno, ya está bueno, ya regresemos al barco”.

Y claro que al verme allá en el muelle de Almirante, él me reconoció y me dijo, “Mejía, ¿Cómo te ha ido?, ¿Estás bien?, ¿Estás contento?”

¿Cómo te tratan aquí?” “Bueno todo anda bien”, le dije yo. Me dice, “Vamos al pueblo para que me acompañés, tal vez nos tomamos una cerveza”. Ya en ese tiempo sí cometía ese tipo de pecados, tomar cerveza o algún licor. Y entonces le dije yo, “Mirá... este... yo con mucho gusto iría pero estoy trabajando”. “No, no te preocupés, yo voy a hablar con Panamá y podemos ir hasta Limón. Aquí no hay problema, aquí”, me dice, “Afortunadamente ya no soy el “mess boy” que era cuando me conociste en Puntarenas, ahora soy oficial. Ahora yo mando, antes me mandaban”. Y entonces, de veras fue y habló con Panamá y dice, “Los ticos, llévese esos carajos a que se diviertan”.

Entonces nos vinimos los dos. Ya no vine sólo yo, sino que vino Jiménez también. Y estuvimos pues toda la noche ahí, en los salones de baile, charlando. Y en esas charlas el muchacho, este ecuatoriano, nos hizo ver la posibilidad de embarcarnos. Había posibilidad, había plazas que estaban vacantes o que iban a quedar vacantes. Y entonces eso nos hizo cambiar totalmente los planes. Completamente, todo lo que teníamos planeado hasta ese momento se fue a la cesta de la basura, porque completamente cambiamos de ideas y entonces empezamos a esperar el barco.

El barco tenía que hacer una vuelta e ir a otros puertos, creo de Limón y no sé si alguno de Nicaragua. Y al regreso, entonces volvía a tocar Almirante para cargar abacá y entonces él nos iba a llevar hasta Barranquilla, aunque fuera en calidad de polizonte. Él nos iba a hacer todo el movimiento. Y si el capitán no estaba de acuerdo él nos iba a meter de polizontes para que apareciéramos en Barranquilla o ya llegando en Barranquilla entonces era factible que nos dejaran, y si no, pues nos metían en cuarentena en Colombia.

El barco tenía que venir a Limón y no sé si a otros puertos del Atlántico, en Nicaragua o algo así, y al regreso entonces pasaba al muelle para cargar abacá, y entonces era cuando nosotros nos podíamos embarcar, aunque fuera de polizontes, pues eso nos

había dicho el muchacho ecuatoriano de que en último caso nos iríamos hasta Barranquilla y si no se podía legalizar la situación entonces nos quedaríamos en Barranquilla, o sea Colombia, para una mejor oportunidad. E inclusive él nos decía que él podía, si era necesario, coordinarnos el asunto con otro barco para que siempre pudiéramos trabajar en la marina.

Por razones que uno desconoce, cabe agregar que jamás he vuelto a ver al muchacho éste. Casi siempre cuando voy por Puntarenas o estoy en algún puerto, Golfito, cualquiera que sea, estoy fijándome en todos los marineros para ver si lo localizo y nunca lo volví a ver. Por razones que desconozco el barco no llegó a Almirante a cargar y entonces nosotros, yo diría que prácticamente nos desmoralizamos y pensamos en otras cosas como venirnos a Costa Rica y tratar de hacerlo desde Puntarenas o desde Limón, y en fin y empezamos a hacer loco, como decimos corrientemente. Y entonces, resolvimos venirnos para Costa Rica definitivamente y aún dejamos planeada con Panamá, con el señor Panamá del muelle, la posibilidad de regresar, pero no en una forma fija ni tampoco con fechas. Sí le dijimos que le prometíamos que si hacíamos el regreso lo haríamos con algunos más, y que si era factible pues que los colocara él en la cuadrilla del muelle.

Y fue así como dejamos este trabajo allá en Panamá y nos vinimos para Costa Rica a ver qué había por acá y naturalmente a ver las familias. Y traté de adaptarme unos días en Grecia, trabajando en camiones o algo así, y ligero me di cuenta de que no era posible, sueldos muy raquíticos y entonces volví a salir del pueblo, esta vez hacia Puntarenas y ya esto fue propiamente en el año '41 o '42 y ya yo hasta estaba tratando de forzar la consecución de la cédula de identidad y no se pudo todavía; no tenía la edad. En ese tiempo eran veintiún años para tener cédula y no era posible.

Y fue entonces ya en tiempo de la, no sé si ya estábamos en guerra mundial o se aproximaba, o qué, la cosa es que se estaba trabajando

ya la carretera Interamericana y por cierto se estaba construyendo la aduana que hay en Puntarenas (en ese tiempo decíamos la aduana nueva). Y tuvimos problemas en Puntarenas. El muchacho que me acompañaba en Panamá me acompañó en esta gira nueva también. Tuvimos problemas en Puntarenas, no era posible conseguir trabajo. Él tuvo que estar en un restaurant lavando trastos,²⁰ y yo por dicha conseguí unos días de trabajo como misceláneo, que llaman o llamaban en esa aduana nueva, pero no sé, de una partida que llaman ellos para ocasionales o algo así, no es propiamente en planilla.²¹ Y luego me enteré de que había un primo mío trabajando con esa gente que estaba propiamente en la Interamericana, que hacía el entronque de la cuestión de desalmacenaje y demás y embarque ya en lanchas o lanchones, de mercaderías y materiales que iban para la Interamericana que en este tiempo se estaba construyendo la zona norte entre Liberia y Barranca, algo así. No sé propiamente lo que estaba haciéndose.

La cosa es que yo me enteré de que el primo éste mío estaba trabajando en Cocal, propiamente donde se embarca todo para esa zona del norte. Entonces fui allá para tratar de engancharme en esa gente, con esa cuadrilla. Y no era posible: en primer lugar porque había suficiente gente y en segundo lugar porque aunque mi primo contaba con, tenía alguna amistad con el jefe y tal vez me podía haber colocado, pero la falta de la cédula de identidad era un obstáculo, o por lo menos un pretexto, y únicamente pude lograr que me dieran trabajo también como misceláneo, ya fuera descargando furgones de ferrocarril de cemento. Era una “chamba”, como decíamos nosotros, que la daban por contrato o sea por sacos, ya fuera sacarlos de los furgones del ferrocarril y ponerlos en

20 La palabra “trastos” es un sinónimo de “platos”, que se utiliza comúnmente en Costa Rica.

21 Las personas trabajadoras “en planilla” son aquellas que cuentan con un trabajo fijo y que son parte de la nómina permanente del centro de trabajo. En principio, los trabajadores en planilla cuentan con mejores condiciones y derechos laborales.

la bodega o fuera sacarlos de la bodega y ponerlos en el lanchón. Y ahí estuve trabajando unos días, tal vez un mes, o algo así. Y luego, pues en esas condiciones yo calculaba que era difícil continuar en Puntarenas porque vivir en un puerto, en cualquier suerte sin un trabajo más o menos fijo, sin poder tener un sueldo de qué disponer, pues es muy incómodo. Mi primo me había dicho, “No te preocupés, si te quedás varado yo te ayudo con la comida y no tiene que preocuparse tampoco de la dormida porque donde yo duermo ahí hay campo. Se ponen unos cartones o alguna cosa en el piso”. Y Puntarenas tiene la ventaja que no hace falta ni cobija. Y ahí podíamos estar, pero no he sido nunca de esas personas que me gusta esa clase de ambiente, estar así como de limosna y entonces resolvimos volver al Atlántico.

Ahí por cierto habíamos ganado algunos pesos; ya el amigo mío también había ido a jalar cemento. Habíamos logrado ganar algunos pesos y con eso hicimos el regreso y claro no era mucho lo que teníamos y tuvimos problemas económicos en el viaje. Pero al fin llegamos a Siquirres, de nuevo ya nos orientamos allá con algunas amistades que habíamos dejado en la vez anterior y solamente ahí en Siquirres estuvimos tamaño tiempo trabajando en distintas cosas, incluyendo la construcción. En ese tiempo se había quemado el mercado de Siquirres y se estaba construyendo de nuevo, y había trabajo de ayudante de carpintero, ayudante de albañil y bueno, no tuvimos mucha dificultad en conseguir un trabajo ahí, pero no era muy bien pagado. Y ganamos una platita ahí y seguimos rumbo a Limón.

En Limón no había nada que hacer. Tratamos de engancharnos en el muelle y no había ambiente. Y tratamos de buscar algún otro trabajo en particular y tampoco, más bien parecía que había mucho vago por falta de trabajo. Y entonces resolvimos otra vez ir a Almirante. En esta vez nos fue muy mal en el viaje. No teníamos suficiente plata para viajar en avión directo de Limón a Almirante, entonces resolvimos hacer el viaje una parte por ferrocarril y otra

parte andando y fue en esta ocasión cuando cruzamos la Cordillera de Talamanca andando, nos perdimos y aquello fue terrible y, en una selva bastante incómoda, llena de serpientes, llena de toda clase de animales, incluyendo tigre y león y de todo.

En esta época, esa travesía era bastante incómoda. La mayoría de la gente que lo hacía, lo hacía dando la vuelta por Puerto Viejo. Entonces sí, había un camino, más o menos camino, trillo, pero no había ningún peligro de perderse y hasta había alguna gente en la ruta. Había algunos colombianos allí con pedacitos de tierra y palos de pipa y, en fin, no había peligro. Pero nosotros, en esta oportunidad, viajamos en tren hasta un lugar que se llama Peshurst y de ahí había que transportarse en burro car, es una plataforma con ruedas jalada por una mula, hasta un lugar que se llama Homecreek. Y de ahí en adelante es a pie, sea por Puerto Viejo o sea atravesando la cordillera. Y cuando nosotros llegamos a Homecreek era un poco tarde y naturalmente que la gente que estaba ahí no recomendaba que continuáramos, sino que debíamos de dormir ahí en Homecreek y el día siguiente entonces irnos por donde nosotros quisiéramos. Uno de los señores que estaba ahí nos dijo, “El viaje por Puerto Viejo no tiene peligros, pero es muy muy largo, muy muy muy lerdo”. Dice, “Van a durar 12:00 o 14:00 o 15:00 horas haciendo la gira. Mientras que si cruzan la cordillera lo pueden hacer en seis, seis y media horas”. Entonces nosotros hicimos algunas preguntas verdad: “Pero ¿Cómo es? ¿Hay alguna pica, hay alguna, alguna trocha, algo que pueda guiarlo a uno?” Dice, “Bueno sí, sí hay. Hay una pica, una pica que lo guía. Ustedes agarran eso, y se hace trillo”. Y nos enseñaron más o menos por dónde es. Entonces digo, “Bueno por aquí nos vamos, en la pura mañana, desayunamos y hacemos viaje”.

La cosa empezó a ponerse un poco rara para nosotros cuando, por casualidad pues llevábamos reloj y habíamos salido de Homecreek al ser las 7:00 de la mañana, nosotros calculábamos que a eso de las 12:00 del día o al ser la 1:00 de la tarde, pues ya estaríamos

por lo menos viendo algún techo de alguna casa, a distancia. Y la cosa fue distinta. Cuando era medio día estábamos, calculo yo que estábamos en el puro cucurucho de la cordillera, en la parte más alta, y caminamos y caminamos y caminamos y ya un poco desorientados, siempre bajando, ya estábamos bajando hacia el otro lado de la cordillera. Pero sí, realmente perdidos. Y al ser las 4:00 de la tarde, ya en la selva se pone oscuro, ya nosotros nos pusimos más nerviosos y entonces corríamos más, la ropa se nos rasgó, se nos rompió en los palos que pegábamos, en raíces; nos sentíamos realmente cansados porque no era al paso que íbamos, sino a la carrera.

Y fue ya lo que llamamos nosotros entre oscuro y claro que logramos salir a un desmonte o sea a un pedazo que había sido trabajado recientemente. Y entonces, pues, eso nos alegró un poco, aunque no teníamos ni siquiera una idea de cuál podía ser el vecino o qué, y ya prácticamente oscuro. Dimos un vistazo rápido al desmonte este en que estábamos y como para hacer un recuerdo, lo único que encontramos fue una piña cele,²² y claro con el hambre que teníamos a esa hora y la sed y el cansancio, aquello era como un como un banquete. Algo como era cenar en el Chalet Suizo²³ o algo así. Creo que comimos hasta las hojas y claro la comimos sin pararnos también. Estábamos como locos buscando la salida. Teníamos la idea, claro, lógica, de que había, tenía que haber una salida de ese trabajo y que ésa salida sería la que nos llevaría adonde un posible vecino.

Y de veras el desmonte no era grande y no tardamos mucho en encontrar la salida y nos fuimos por esa salida. Habríamos caminado

22 Una piña “cele” es una piña que aún no está madura o –lo que es lo mismo– que todavía está verde. La palabra “cele” se usa en Costa Rica para describir los frutos en esa condición. A muchas personas les gusta comer frutas como el mango y la piña cuando todavía están “celes”, las cuales típicamente se acompañan con sal y limón.

23 El “Chalet Suizo” fue un restaurant en San José de buena comida.

quizá unos veinte o veinticinco minutos cuando alcanzamos a ver una luz de candela y claro tenía que ser en un rancho. Y entonces gritamos; no nos contestó nadie, pero seguimos andando. Volvimos a gritar; no nos contestaron tampoco. Volvimos a gritar; ya estábamos casi en el rancho y hasta entonces fue que nos contestó alguien, que no podíamos saber quién era. Y nos dijo, “¿Para dónde van? ¿De dónde vienen?” Pero no podíamos ver a nadie porque el señor posiblemente tendría ya un par de horas de estar acostado y estaba acostado precisamente en la parte alta donde llaman el jorón.²⁴ Es una especie de depósito para refugiarse de las posibles serpientes y esas cosas. Aunque a veces se suben también, pero la gente tiene siempre el sentido de la autoconservación y por eso lo hace. Y ya explicamos al señor que veníamos de Homecreek y que nos habíamos perdido y que estábamos muy rendidos²⁵ y con hambre. Entonces el señor nos dijo, “Bueno esperen un momento, voy a bajarme. No tengo nada especial, lo único que tengo es yuca cocinada y no tengo dulce, no tengo café, no tengo azúcar. Y no podemos hacer nada más que comer yuca con sal”. Y para nosotros era muy bueno. Y de una vez nos dijo, “Tranquilícense porque ahora no se pueden ir. Si se van de aquí a la línea van a tardar por lo menos una hora y por lo menos se encontrarán con una docena de terciopelos²⁶ en el camino. Y así es que aquí tendrán que pasar la noche conmigo”. “Bueno no importa”. Al fin comimos la yuca y tomamos un poco de agua, y nos encaramamos en el jorón también y ahí pasamos la noche.

Al día siguiente, temprano, comimos más yuca, gracias al señor este, muy espontáneo nos ofreció, y hicimos el viaje (ya nerviosos con el asunto de las culebras), íbamos más despacio y creo que tardaríamos casi las dos horas para llegar a la línea. Cuando llegamos a

24 El “jorón” es una especie de estancia o dormitorio que sirve para refugiarse de las serpientes y otro tipo de animales similares.

25 La expresión “estar rendido” significa “estar muy cansado”.

26 Serpientes venenosas terciopelo.

la línea sí ya nos sentimos más tranquilos y ahí ya encontramos un comisariato²⁷ de la compañía.²⁸ Compramos frescos, comimos pan, la cosa cambió un poco. Y continuamos el rumbo hacia Sixaola que es propiamente donde está el puente internacional que divide Costa Rica con Panamá. En el lado nuestro se llama Sixaola, en el lado panameño se llama Guabito.

Y tuvimos un poco de suerte. Habríamos caminado, calculo yo, unas tres horas, estaría acercándose el medio día cuando topamos un “motor car” y nos llamó la atención porque era un negro el que lo estaba manejando y llevaba un par de señores más, negros también. El del carro lo topamos y el carro caminó quizás unos cien metros y regresó y vino hasta donde nosotros. Y claro, él me conoció bien a mí pero yo a él no. Y entonces me dice, “¿Qué pasó Mejía? ¿Para dónde vas?” Le digo, “Para Sixaola”. Me dice, “¿Sabés dónde queda?” “Claro que sí”. Me dice, “¿Sabés cuánto vas a durar?” “Eso si no lo sé”. Me dice, “Bueno pues tenés que dormir en el camino y llegás mañana. Mejor sentáte ahí. Yo voy a una de las fincas de más adentro a dejar estos dos señores y cuando regreso te jalo”. Este señor lo había conocido yo en un lugar que se llamaba o se llama Cultivez,²⁹ que es un lugar que está propiamente entre Manila y Monteverde (ahí le dicen Monteverde Branch), es donde está el ramal para Manila. Ahí pasa la línea principal. Y ahí un día que estábamos esperando tren; él estaba con el carro, y hacía mucha sed, entonces el muchacho Bolaños que trabajaba comercio conmigo compró atún y compró galletas y frescos y estábamos comiendo y en eso llegó el negro éste y saludó. Y entonces Bolaños

27 Un comisariato es un almacén o tienda donde se venden abarrotos y que usualmente se encuentra relacionada con las empresas bananeras y cafetaleras. En muchas ocasiones a los y las trabajadores bananeros o cafetaleros se les pagaba con boletas, vales o fichas que intercambiaban por productos en el comisariato, los cuales usualmente también eran propiedad del mismo patrono que les pagaba y era dueño de las compañías y las plantaciones.

28 La Compañía Bananera.

29 Cultivez es un poblado ubicado en el distrito de Pacuarito de Siquirres, Limón.

seguro calculó que no nos comíamos lo que estábamos pidiendo y entonces lo invitó a participar de la comida y eso lo tenía él grabado en la cabeza cuando me vio allá en esa ocasión.

Entonces me reconoció y muy amable nos dijo, “Esperen aquí, es mejor”. Y así fue, esperamos ahí y en esa forma llegamos a Sixaola a ser las 3:00 o 4:00 de la tarde. La sorpresa es que no nos dejaban entrar. Fuimos a Guabito; hablamos con el comandante, ya no era el mismo que estaba en la vez anterior y nos dijo, “No, no puedo. Tienen que traer papeles arreglados y tienen que hacer depósito”. Posiblemente lo que quería era robarnos alguna plata. Lo primero que le dijimos fue, “Nosotros no tenemos un centavo. Lo que tenemos apenas nos alcanzará para comer escasamente cuatro o cinco días. No tenemos plata disponible para pagar nada. Si no podemos entrar pues no entraremos. Tendremos que regresarnos o trabajar en una de las fincas ticas”. “Pues lo siento pero no podrán entrar”.

Y aun así no nos desmoralizamos y seguimos insistiendo y a base de algunos conocidos que teníamos ahí, le hicimos ver al señor éste panameño que no éramos maleantes, que habíamos estado antes ahí y que nos habíamos portado bien, que habíamos trabajado en tal y cual parte y cosas que podía comprobar. E inclusive el tercer o cuarto día, vino un guardia que estaba destacado en un lugar que se llama Suretka y nos reconoció delante del jefe. Y nos dijo, “pi ticos, ¿ya volvieron?” con amabilidad. No habíamos salido como maleantes y entonces el jefe vio razón y dijo, “Bueno estoy quizás en un error”. Y no cambió inmediatamente de parecer pero sí se comenzó a mostrar cómo más amigo. Y entonces nos decía, “Yo creo que se les va a arreglar la cosa, es que estoy haciendo una consulta con Bocas del Toro y con Panamá, con Ciudad de Panamá, para ver si se puede o no se puede”. No, nada nada estaban haciendo. Era una pantomima.

Y a los ocho días nos dejaron pasar. Ya estábamos mal, inclusive del estómago porque la comida era sumamente mala. La bebida que te-

níamos era pipa,³⁰ que puede servir como refresco, como medicina, pero como alimentación no. Pipa es el coco cuando todavía no es coco, es tierno. Y arroz que nosotros mismos lo cocinábamos ahí en Sixaola en el resguardo costarricense. Y algún banano o algún plátano que conseguíamos para condimentar un poco la comida. Y claro que cuando llegamos a Almirante entonces nos encontramos con una abundancia de comida, y buena, que el estómago no estaba preparado para ese choque. Y entonces nos enfermamos.

Había una cosa rara; no estaba ni Panamá, bueno no estaba nadie de conocido. Inclusive en transportación habían cambiado un viejo que era panameño (no es que era una maravilla de persona pero era más o menos aceptable). Y habían puesto un condenado gringo que ojalá se haya muerto de cáncer, porque era lo que se llama un hombre malo. Se llamaba Mr. Calabrian y tenía una pata de palo. Por algo tendría una pata de palo. Ya nosotros nos habíamos enrolado y ya teníamos trabajo. Teníamos que venir a trabajar a Finca Filipinas pero no teníamos transporte. Entonces en la oficina nos dijeron, “Váyanse a la estación y enseñen el papel a Calabrian y Calabrian los va a mandar en el carro para allá”. Y nos ha hecho estar todo, todo, todo un día sentados en una banca ahí fuera de la estación. De rato en rato verdad, cuando pasaba un carro especialmente, nosotros nos enderezábamos de la banca y entrábamos al despacho donde estaba él y le decíamos, “Mr. Calabrian, ¿en ése no nos podía mandar?” Y decía, “No, no, esperen”. Cuando habíamos preguntado unas tres o cuatro veces se enojó y nos dijo, “Soy yo el que mando, y sé yo cuando se van a ir, y se van o no se van”. Y bueno ya, entonces ya no podíamos ni preguntar.

Y el final de las cosas es que en la noche cuando él se fue para ya a descansar, terminó su hora de trabajo, vino otro. Y entonces no sé qué hablarían. La cosa es que supusimos que ése sí nos mandaría

30 Se refiere al “agua de pipa” o al agua de coco.

y tampoco sucedió. Ahí tuvimos que dormir en las bancas esperando porque no podíamos irnos para ninguna parte. Podíamos ir al muelle, podíamos ir a comer y todo, verdad. Ahí teníamos ambiente pero no nos despegábamos de allí porque creíamos que en cualquier carro que pasaba o tren, nos iba a mandar. Pasaron varios carros en la noche y siempre nosotros con la fe de que nos mandarían, y no fue así.

Como a eso de las 4:00 de la mañana llegó un muchacho con un carro. Venía con otro, una plataforma con madera en remolque y entonces antes que él viniera a la oficina nosotros fuimos adonde él y le hablamos. Lo saludamos e inmediatamente supimos que era costarricense y le dijimos, “Mirá, estamos muy mal, fijáte que estamos aquí desde ayer todo el día y toda la noche esperando que nos manden para Finca Filipinas y seguro le caímos mal a Mr. Calabrian...” Y entonces dijo él, “No, es que ese hijo de tal, ése es un maleante. No sé cómo está vivo todavía. Quédense callados y móntense de una vez, se van conmigo, aunque no les den el pase”. Y, bueno, cosa que le agradecemos muchísimo y de veras como a las 7:00 de la mañana nos botó en Vislane, que es propiamente donde está el entronque con la línea que va a Finca Filipinas, y a eso de las 8:30 o 9:00 de la mañana ya estábamos en Finca Filipinas y ya estábamos buscando el “foreman” y arreglando las cosas para ver si podíamos trabajar el día siguiente, no seguir perdiendo el tiempo.

Y no tuvimos buena suerte en esta ocasión. Las cosas no salieron como pensábamos; los sueldos un poco raquíuticos, mucha exigencia, mucha selección de tallos. Ya era solamente abacá lo que se trabajaba. Había trabajo en cacao, naturalmente, pero el cacao, decían ellos que era sólo para los negros. Los blancos, fuera panameños o de otra nacionalidad, no tenían derecho de ir a comer jamón³¹

31 La expresión “comer jamón” —en este contexto— se refiere a hacer una labor muy sencilla.

en los cacaotales. Y entonces el trabajo de nosotros era el abacá. Y entonces estuvimos trabajando únicamente como para hacer plata para regresar. Y fue así como entonces creo yo que trabajaríamos unos tres, cuatro meses ahí en Finca Filipinas economizando hasta donde no se podía. Solamente lo estricto de la comida pagábamos y creo que iríamos unas dos, tres veces al cine. De todos modos era larguísimo, el cine estaba en Vislane donde estaban las plantas y no era una ganga ir al cine, por la distancia.

Y de veras entonces ya resolvimos, pedimos el tiempo, y regresamos esta vez; nos desquitamos un poco las atrasadas porque lo hicimos en avión directo a Limón y nunca se me olvida porque eran aviones tan malos los que habían. Eran como unos cajones forrados en lata. Había una empresa que luego desapareció al aparecer Taca, que se llamaba ENTA, y esta empresa tenía unas latas que eran una cosa terrible. Y por casualidad era la primera vez que yo viajé, porque la otra vez había hecho en avión también, pero lo había hecho de finca Costa Rica, que hay campo de aterrizaje a Limón. Entonces es atravesando la Cordillera de Talamanca. Pero en esta ocasión que lo hice con ENTA, porque de la finca de Costa Rica se hace en avioneta, hay un montón de empresas que están prestando esos servicios aún ahora. Pero de allá, de Vislane era con ENTA que eran aviones grandes, bimotores, y entonces nunca había volado yo en esas condiciones y ese vuelo de Vislane a Limón es completamente sobre el océano. Y el avión, generalmente, o por lo menos en esa oportunidad, no sé por qué, será que lo hacen así siempre o será que es cosa del piloto, pero vino muy bajito. Yo calculo que sería unos cien metros sobre el agua. Y entonces el Atlántico es muy bravo; y entonces el avión como que agarra el vacío de las olas. Y un avión que tiene latas flojas o algo así, suena como algo que ya se está desarmando. Y yo me agarraba de todas partes, “por si acaso” decía yo. Y volvía a ver para abajo y yo veía que el agua no estaba muy lejos, tal vez no nos golpeábamos mucho. Al fin llegamos a Limón de nuevo e inmediatamente agarramos el tren para San José y luego el bus para Grecia e inmediatamente que llegamos a Grecia ya empezamos a planear otra gira.

Este cuento ocurrió en uno de los tantos viajes que hice, que realicé, porque en realidad en mis años de juventud, como decimos los costarricenses, fui bastante “atorrante” (otros dicen inmigrante), de un lado para otro. Poco después de haber regresado al pueblo natal de Grecia de un viaje a Puntarenas, resolví ir a buscar trabajo en la zona Atlántica, concretamente en la región de Siquirres. Ahí había una compañía norteamericana, hulera, que es concretamente la *Goodyear*, y yo había oído hablar mucho de la cuestión de los bananos también en el Atlántico, y suponía yo que había buen ambiente para trabajar en esa región a pesar de que todavía era un poco joven. Pero ya me animaba yo a meterme en esas regiones un poco inhóspitas, llenas de animales salvajes, víboras especialmente, y gente que llamábamos también en esa época un poquillo mala, que se macheteaban o se puñaleaban por cualquier cosa; por un cinco, por una peseta. Llegué a Siquirres, me orienté un poco. Estuve en La Francia buscando trabajo, visité la compañía esta hulera; parece que ya habla pasado la explotación del hule y ya no había mucha cosa que hacer por ahí. Lo único que conseguí en Siquirres fue un trabajo con un chino para hacer los cimientos de un nuevo establecimiento que iba a montar. Esto no duró muchos días, tal vez unas tres, cuatro semanas permanecí ahí orientándome, buscando unos cincos, unos colones para seguir la gira.

Me dijeron que ya se estaban cortando abacá en el ramal de Monteverde y que estaban necesitando trabajadores, casi todos los que llegaran. Fue así como resolví visitar esta región que no está muy lejos de Siquirres, si propiamente está entre Bataan y Siquirres. El ramal se llama Monteverde. Llegué al fin a Manila y empecé a buscar los mandadores, los “foreman” que así se les llamaban en Costa Rica. Hay muchas palabras del idioma inglés que se usan en Costa Rica, como “foreman”, como “timekeeper” y otras más (“spraymaster”, por ejemplo), y hago la aclaración para ilustra-

ción. Y fue así como al fin localicé a un “foreman” y le solicité trabajo. El “foreman” me dijo que, si yo tenía compañeros porque es costumbre en estos asuntos, tanto del banano como del abacá y de algunos otros productos, trabajar en grupo, porque un solo trabajador no podría realizar todos las labores que se relacionan con la agricultura tal o cual. Por ejemplo, hablando del abacá, el abacá es una planta parecida al banano y se corta el tallo de seis pies de largo. Hay que hacerlo muleado o sea jalarlo con mulas hasta donde están las líneas del ferrocarril, unos ferrocarriles en miniatura. Sí, uno lo jala con la mula y lo va amontonando en la orilla de la línea. Posteriormente, a cada cuadrilla le dejan uno o dos carros para que luego, uno pone el tallo en los carros. Yo le manifesté al “foreman” que no, que yo estaba solo en esa gira, pero le supliqué también que por favor me acomodara con algunos que estuvieran trabajando porque, en primer lugar, pues yo estaba solo. No tenía compañeros o amigos, y por otro lado pues me parecía a mí que era mejor comenzar a trabajar con un grupo de dos o tres que ya estuvieran trabajando para no tener tropiezos, no perder tiempo y que el trabajo me rindiera.

Fue así como el “foreman”, pues, notó que yo de veras necesitaba el trabajo y ya entonces me dijo: “Bueno, está bien. Vamos a ver con quien te ponemos a trabajar”. Y me tomó el nombre, número de cédula, en fin todos los datos de rigor ahí como en todas las compañías, especialmente extrajeras, donde hay seguros y algunas cosas que se acostumbra para proteger al trabajador, pues generalmente se toma toda clase de datos para hacer una buena inscripción del trabajador. Y me indicó que yo iba a trabajar con un señor, un fulano de tal; que estaba trabajando con un compañero nada más, y él supuso pues que con esos dos yo podía trabajar y aprovechar la experiencia de ellos. Me indicó que buscara a ese señor en el transcurso del día para que me pusiera de acuerdo, me dijera en cual lote estaba trabajando (todas las fincas estaban divididas por lotes pequeños y entonces a cada grupo se le asignaba un lote para corta). Y efectivamente en la tarde de ese día localicé al señor, señor

bastante, bastante brusco por cierto, nicaragüense, y no me trató muy bien que digamos, pero aceptó que yo podía trabajar con él. Me indicó además que el trabajo era muy duro y que tenía que trabajar de veras como hombre.

Desafortunadamente o afortunadamente, yo llegué a esa zona a trabajar en un momento inoportuno porque había movimiento de pago. Siempre los trabajadores de este tipo de agriculturas o de fincas generalmente son muy borrachos, como decimos acá en Costa Rica “muy jumas”, y siempre acostumbran a estar uno o dos o tres días tomando licor, a veces hasta que terminan con el sueldo, con el salario que han recibido. A veces toman licor hasta cuatro, cinco días, y luego cuando ya ven que han terminado con el dinero y no hay crédito para seguir tomando, entonces regresan a sus labores. Así las cosas, yo me presenté el día siguiente. Ya había conseguido mi comida y mi alojamiento, ya estaba perfectamente ubicado, y muy de mañana, muy a las 5:00 de la mañana por ahí así, me desayuné y me fui al sitio del trabajo, con tan mala suerte que los muchachos esos con quienes yo iba a trabajar estaban, como decimos vulgarmente los ticos, “de borrachera”. Yo esperé y esperé y esperé hasta las 7:30 u 8:00 de la mañana porque podían llegar tarde, pero al ver que no llegaron pues no me quedó más que regresar a los campamentos y buscar el “foreman” para decirle lo que me había sucedido. Al fin encontré al “foreman” y el “foreman” me dijo, “Mire no se preocupe por eso. Eso es muy común aquí, casi todos los trabajadores se emborrachan. Los días después del pago, casi nadie trabaja, pero es posible que mañana ya estén trabajando, o si no los dos, por lo menos uno, y entonces usted ya no va a perder más tiempo”. “Está bien” le dije yo, “¿Qué vamos a hacer?” Y yo por dicha, con los pocos colones que había ganado en Siquirres trabajando en construcción, entonces pues podía darme el lujo de perder unos dos o tres días.

Así las cosas, el día siguiente hice lo mismo; tal vez mañanié un poquito más, ya estaba ubicado, más orientado, y estuve en el

corte de trabajo tempranito, 5:30, 5:45, y la sorpresa mía fue que tampoco llegaron a trabajar ese día, entonces regresé al ser las 7:00 o 7:30, a los campamentos. Recuerdo que la señora de la fonda, o sea la que nos daba la comida, se mostró un poquito preocupada porque se pensó, “diay³² este muchacho está comiendo y comiendo y comiendo y no trabaja y entonces seguro que no va a pagar la comida”. Entonces yo le expliqué a la señora que, que no se preocupara, que inclusive podría pagarle unos cuatro o cinco días anticipados para que no tuviera ningún temor de que iba a perder la comida. Pero Dios está en todo, y mientras uno tenga de veras el deseo de trabajar y luchar y no se desmoralice, pues la cosa sale bien. Este día, recuerdo muy bien que era un día de tren, o sea que en este lugar, concretamente en Manila, el tren solamente entraba tres veces por semana: martes, jueves y sábado. Considerando que era el día de tren, pues me fui a conocer el sistema, pues qué tipo de tren era, en fin, todos los detalles pues para estar mejor informado y saber también de qué manera tiene uno que proceder, que moverse, para todas las cosas.

Fue así como me fui a la estación. Era donde estaba el comisariato de la compañía, estaba el teatro, estaba la cantina, un salón de baile, en fin era como quien dice el centro de operaciones de la finca ésta. Llegué a la estación y me acerqué lo más que pude, pues había bastante movimiento, y pues no creía yo conveniente estorbar o algo así. La gente estaba bajando con sus equipajes, con sus cargas, sus mercaderías y entonces me coloqué en un sitio cercano, pero donde pudiera observar bien el movimiento y que no estorbara.

Un rato después de estar ahí, empecé a escuchar un nombre, el encargado de la mercadería llamaba a un señor Bolaños. Y arrimaban un bulto o un fardo a la puerta del ferrocarril y gritaban “Bolaños,

32 La expresión “diay” es una muletilla característica de los y las costarricenses. Se utiliza para acompañar diversas expresiones.

Bolaños, Bolaños”. El señor Bolaños no aparecía. Arrimaban un nuevo paquete, un nuevo bulto de mercadería, y volvían a llamar dos o tres veces a este señor Bolaños, que yo no tenía ni la menor idea quién era ni cosa por el estilo. Cuando yo vi que la puerta del ferrocarril estaba completamente llena de bultos y que este señor no aparecía, tuve la impresión de que el señor estaba haciendo alguna comisión y me pareció que yo podía ayudar, aunque no sabía quién era ni cosa por el estilo, pero entonces me acerqué a la puerta y empecé a bajar bultos de la puerta del ferrocarril y colocarlos en tierra. Así logré bajar unos 25 o 30 bultos de mercadería y aún no llegaba el señor Bolaños. Yo permanecí a la orilla de la carga ya como en un plan de cuidar. Me sentía obligado ya que había cometido la ligereza de bajarlos del ferrocarril, pues ahora tenía que cuidarlos mientras aparecía el señor Bolaños.

Tal vez unos 20 minutos después que descargué la mercadería apareció el señor Bolaños. Era un muchacho nuevo, bastante nuevo, muy simpático de muy buen trato. Llegó y yo inmediatamente me di cuenta de que era él, entonces yo le dije, “Yo le bajé toda la mercadería y aquí estoy cuidándosela”. Cuento los bultos para que firme la guía”. Entonces el muchacho se mostró muy agradecido conmigo y me preguntó que si yo estaba desocupado ese día. Le manifesté que sí, que efectivamente estaba desocupado por la razón ésta que apuntaba antes de que los compañeros para cortar abacá no habían llegado a la finca. Entonces me habló de que le ayudara a jalar la mercadería del ferrocarril, o sea de ahí donde estaba, a la casa que él tenía donde estaba más o menos establecido. El transporte de la mercadería había que hacerlo con un carretillo que a él se lo facilitaba el encargado de la higiene (él tenía buena amistad con él), y además, el encargado de la higiene vivía completamente al frente del mencionado establecimiento. Yo le dije que sí, que con mucho gusto, que de por sí estaba de vagabundo y entonces yo jalaba con el carretillo y él jalaba al hombro algunos bultos más o menos livianos. En esa forma terminamos de jalar la mercadería temprano.

Una vez que estuvo la mercadería en el lugar, ya en la casa, entonces me dice, “Si no tiene que irse para alguna cosa, me puede ayudar a desempacar y acomodar”. “¿Cómo no? Claro que sí” le dije, “No tengo nada que hacer”. Una vez que terminamos el desempaque de la mercadería me dijo que tenía que ir a Cultivez, que era la finca cercana, la finca dedicada a lo mismo, la misma agricultura, con la única diferencia de que las plantas procesadoras estaban ubicadas en Manila, o sea que el abacá de Cultivez lo llevaban en trenes a las plantas en Manila. Él me habló de que lo acompañara a Cultivez.

Y fue así como ese día prácticamente lo trabajé completo con él. Ya cuando estábamos regresando de Cultivez hacia Manila para descansar, cenar y dormir, prepararse para el día siguiente, yo siempre estaba pensando en que el día siguiente yo iría a cortar abacá porque ya los muchachos dejarían de tomar guaro³³ y yo no tendría que perder más tiempo. En el camino, que era más o menos una hora de caminar por la línea entre una finca y la otra, el muchacho Bolaños me propuso, prácticamente me habló, de que si yo no estaría de acuerdo en trabajar con él. De una vez me hizo la observación de que el trabajo era relativamente suave, pero que él tampoco podría pagarme un sueldo demasiado elevado como el que podía ganar trabajando con la compañía. Ya había simpatizado yo con el muchacho éste y me agradó la idea. Entonces yo le dije, “Bueno, ¿y qué podría hacer en sueldo más o menos?... porque también uno necesita hacer su presupuesto”. Y entonces él me dijo, “tal vez unos doscientos o algo así, y la comida” (la comida, él tenía cierta concesión precisamente con la misma señora que me daba de comer a mí esos días). Parece que ella le hacía un precio especial para la comida, y no solo eso, sino que hasta con alguna ventaja porque la comida que comimos en los días siguientes era

33 El guaro es una bebida alcohólica destilada y que muy tradicional de Costa Rica. A pesar de la especificidad del producto, también se usa la expresión “tomar guaro” para referirse al consumo de otras bebidas alcohólicas.

un poco mejor que la comida de rutina, la comida que se servía a todos los comensales. En cuanto a la oferta de trabajo le dije que estaba bien, que íbamos a probar por lo menos porque tanto yo como él, pues no nos conocíamos. Él quizás estaba dándome una confianza muy extremada que podía ser que de un momento a otro cambiara de opinión, o en fin, cualquier cosa podía ocurrir. Lo mismo aquella amabilidad, aquel buen trato que yo noté en el primer momento pues podría también cambiar puesto que no nos conocíamos. Entonces acepté el trabajo en un plan como de prueba. Al pasar los días me di cuenta de que, en realidad, el muchacho no iba a cambiar, más bien comenzó a darme más confianza.

Hubo días de pago que él estaba en San José y yo me encargaba de recoger los dineros y hacer el reparto de algunas mercaderías aparte de las que se vendía de rutina. Se vendía de todo, era prácticamente como una sucursal de un comisariato. Se vendía jabón, azúcar, harina, manteca, sal, en fin, todos los artículos de consumo. Por cierto, que ahí empecé a aprender algunas palabras de inglés, porque muchas familias o llegaba la señora o mandaba una chiquita o un chiquito, y llegaba y me decía, “Ten pound Flour”, y yo me quedaba en el aire, no sabía que me estaba diciendo. Yo sabía que “ten” era diez, que “pound” era libra, pero “flour”, ¿qué iba yo a saber qué demonios era eso? Entonces yo le mostraba una cosa, y me decía “no”, le mostraba otra y me decía que “no”, y le mostraba otra y me decía que no, hasta que le mostré la harina y me dice “yes”. Otros llegaban por jabón, y me decían “shop”, otros llegaban por arroz y me decían “riz”, algo así “rice”. Algunos lo decían más o menos entendible, otros muy enredado porque el inglés de los negros siempre ha sido muy enredado. Así que trabajé bastante tiempo con el muchacho. El muchacho consideró pues que era saludable darme un poquito más de sueldo; nos convenimos bien el asunto del suelo.

Pasaron algunas cosas de importancia en esta oportunidad, en este transcurso. Por ejemplo, recuerdo bien la crisis que se produjo en

unos temporales fantásticos que hubieron en esa región, y el río Pacuare creció en una forma tan desordenada que se salió de cauce e inundó completamente los cuadrantes. Solamente el comisariato de la compañía que estaba en una parte muy alta estuvo a salvo, no le llegó el agua hasta el piso. De por sí los comisaratos de la compañía siempre están así colocados sobre un sistema de bases bastante alto que permite casi andar debajo de la casa, y al menos la planta eléctrica que a la vez servía para bombear agua para la planta procesadora de abacá, estaba ubicada muy cerca del río, y estuvimos muy emocionados ese día, viendo como subía el nivel de agua. Cuando estuvimos por ahí como a eso de las 10:00 de la mañana, el agua estaba llegando a la base de la planta. Fuimos y dimos un vistazo por el cuadrante, y regresamos como a eso de las 12:00 y ya no se podía ver la planta. Ya estaba completamente cubierta por el agua. Regresamos de nuevo al cuadrante, a los campamentos, y vinimos luego como a eso de las 2:00 de la tarde, y entonces el agua estaba llegando casi al techo de la casa. Volvimos otra vez para el cuadrante y, ya un poco nerviosos, ya se notaba que la gente tenía miedo, posiblemente algunos habían vivido ya los efectos de una llena, temporal de esos terribles.

Y yo tenía una hamaca para descansar ratos, que la tenía amarrada en unos horcones de la planta baja de la casa, y fui y me recosté un poco un rato en la hamaca; cuando de pronto empecé a oír que algunas personas gritaban, pero fuerte, y entonces me levanté de la hamaca, me fijé por un lado, me fijé por el otro, y alcancé a ver unas trescientas varas, más o menos donde terminaba el cuadrante, que había agua por todas partes. No tardó mucho el agua en llegar hasta donde yo estaba, fue cosa de unos ocho o diez minutos, el agua comenzó a llegar a la casa donde yo estaba, entonces tuve un trabajo intenso porque hubo necesidad de pasar toda, toda, toda la mercadería de la planta baja hacia la alta para protegerla del agua. Cuando estábamos terminando de pasar toda la mercadería, ya estábamos con el agua a la cintura, y así permaneció el agua por algunos ocho o diez días. Todo se destruyó; aquello era terrible.

Después el temporal amainó un poco, pero no del todo, y la crisis se hizo sentir. Estuvimos comiendo ocho días solo arroz, estuvimos comiendo ocho días sólo habas, que es un frijol blanco, extranjero, que por cierto le daña a uno la cuestión digestiva. Parece que es muy frío. Y lo último que hicimos fue ponernos de acuerdo todos los adultos para no consumir más azúcar, ¡ya de por sí no había!, pero ya por lo menos dejar lo que eran confites y chicles, melcochas, todo tipo de golosina a base de dulce o azúcar para que las madres pudieran dar por lo menos el alimento a los niños con un poquito de dulce, y los adultos seguimos tomando agua pura o café sin dulce.

Otra cosa que sucedió pues realmente increíble es que los hombres podían andar por todas partes de las fincas, de los cuadrantes, en bote. En bote se iban al Encanto, a montar y no tenían ni que gastar tiros porque más bien los animales iban hacia el bote buscando protección. Recuerdo que un día estábamos conversando en el andén del comisariato que ya de por sí estaba cerrado, ya no tenía nada que vender y venía una culebra enorme, una terciopelo, y nosotros estuvimos nerviosos pensando que la víbora iba a llegar adonde nosotros. Por dicha, cambió de rumbo y fue a una casita pequeña que había, que se había construido para cárcel (o sea que cuando una persona hacía alguna cosa mala, cometía algún delito, entonces el guardia o el policía lo encerraba en esa casita); y fue allá donde se dirigió la culebra. Y fue una cosa terrible porque sucedió que un muchacho moreno, un muchacho de color, que era el jefe del comisariato, tenía una yegua con un potranquito³⁴ pequeño, y él para proteger el potranquito del agua lo había puesto ahí en esa cárcel. Y resultó que la culebra entró a la cárcel, y el muchacho no hacía otra cosa más que pensar que ya el potranco estaría muerto porque de seguro la culebra lo había picado y lo mataba. La sor-

³⁴ Un “potranquito” es la cría de la yegua o, lo que es lo mismo, un caballo en sus primeros años de vida.

presa fue grande cuando vinieron unos muchachos que andaban con bote, y entonces el muchacho les pidió que dieran un vistazo para ver qué sucedía dentro de la cárcel. Los muchachos del bote se arrimaron a la cárcel, y pudieron darse cuenta de que la culebra estaba descansando con la cabeza puesta encima de la espalda del potranco. Cuando la culebra descansó un buen rato, se salió de la cárcel y siguió su camino. Y fuimos entonces todos los curiosos que estábamos ahí con el muchacho, a ver qué había sucedido, y efectivamente el potranco estaba en perfectas condiciones, la culebra lo único que hizo fue ocuparlo para descansar.

Así estuvimos bastante tiempo, inundados completamente. Recuerdo que éste muchacho Bolaños, o sea mi compañero ya, de trabajo, mi socio, sufrió una enfermedad que llamamos nosotros erisipela. La enfermedad consiste en que se daña una gran parte de una pierna o de las dos, podría ser que ocurra en las dos a la vez, y yo entonces tenía que traerle la comida desde la fonda que estaba a uno 150 metros; y tenía que venir nadando o sosteniéndome, es decir, sosteniendo el plato con una mano fuera del agua, y con la otra nadando. Un día cometí el error de pararme en mala parte. Era un canal, un desagüe que tenía el cuadrante, y el canal era bastante hondo y entonces se echó a perder el plato de comida porque yo quedé completamente sumergido, y tuve que volver otra vez a la casa, de la fonda, para que me dieran un poco más de comida para llevarle a Bolaños.

Cuando la crisis pasó, el temporal terminó, entonces Bolaños se trasladó inmediatamente a San José para buscar una nueva remesa de mercadería, porque en realidad no había quedado casi nada para vender. Se vino a San José, y no sé qué sucedió. Él traía bastante dinero, pero sucedió que las cosas no andaban bien. Parece que él gastaba más que lo que ganaba, y los almacenes estaban cerrando el crédito y algo malo estaba sucediendo. Después, me informé de que no era que efectivamente él gastaba el dinero en vicios o cosas así por el estilo, sino que es que había una mujer que lo explotaba.

Tuve la oportunidad de conocer la mujer también, en una ocasión. Justamente era una nochebuena, el muchacho estaba enfermo en San José. Yo tuve que hacer todo el movimiento, tanto de reparto, de venta, como económico, y me tocó viajar a San José con unos 18,000 colones que se habían recogido en esa quincena. Y llegué a la casa, en Barrio México; encontré la casa, la familia. Buena familia, por cierto. Me atendió una muchacha que se llama América, esposa de un bombero, y me indicó que él no vivía ahí en esa casa, que él vivía en una casa de unas casas gemelas que llamaban, de una familia Calzada, de apellido Calzada, que tenían una farmacia. Llegué a la casa, toqué el timbre, salió la señora, bastante fea, por cierto, desagradable, y me indicó que el muchacho no estaba allí en esa casa, que estaba en una casa así... así... asa cerca al Teatro Líbano. Y fui a la casa mencionada.

Lo encontré, estaba muy mal, por cierto, estaba bastante enfermo. Se alegró mucho cuando me vio, y yo había pasado la noche en vela, había tenido una noche crítica porque había muchos derrumbes en la línea, especialmente entre Siquirres y Turrialba, y había que hacer varios transbordos, muy peligrosos por cierto. Había que ayudar a las mujeres, especialmente las que tenían niños, porque era peligrosísimo. Había un derrumbe grandísimo en 48 millas, que había que caminar unos 300 metros para pasarlo, y había que ir todos todos todos agarrados la mano. La situación era crítica; cuando una señora tenía un niño, entonces había que amarrárselo en la espalda para utilizar las dos manos libres. Y así, en Turrialba tomamos el último tren que nos llevaría a San José; de ahí para San José no había más derrumbes. Llegué a San José a eso de las 11:30 o 12:00 de la noche.

Recorrí toda la zona que yo más o menos conocía, donde estaban todos los hoteles que yo conocía, y fue completamente imposible conseguir una habitación. Era nochebuena, estábamos en plena fiestas cívicas. No se me ocurrió otra cosa que no fuera irme a Plaza Víquez. Había muchos salones de baile, mucha jugadera

de dado, de virgen, de naipes, de todo tipo de juegos, y muchos chinamos³⁵ abiertos vendiendo café, tamales, pan, golosinas, e fin ahí había ambiente de fiesta, y me pensé, pues que, ahí podría pasar la noche, mal, por cierto, pero pasarla. Recuerdo que como a eso de las 2:30 o 3:00 de la mañana, no pude resistir el sueño, y empecé a buscar un lugar un poco oculto y oscuro para descansar un rato; y el mejor sitio que encontré fue la cola de un tobogán. Me metí como pude, me costó pasar la parte más bajita, y luego ahí me dormí. Me cercioré bien de que la bolsa donde tenía la plata quedara protegida debajo del cuerpo, y a eso de la 7:00 de la mañana me desayuné y me di la tarea de buscar el muchacho. Lo encontré, estaba bastante mal. Me comunicó que las cosas no andaban bien, inclusive me mandó a hacer los abonos en unos almacenes, y de una vez me dijo que posiblemente teníamos que abandonar esa plaza; que no sería posible trabajar más tiempo ahí porque las cosas no andaban bien. Pero me habló de un posible negocio de fonda en una finca que se estaba reabriendo, una finca de cacao en un lugar llamado San Miguel de Bataan, o sea de 25 Millas. San Miguel tenía dos entradas, una por Matina y otra por 25 millas. Claro que estando uno en Bataan, pues era lógico que se iba por la línea pequeñita del abacá. Había una gran parte de abacá, hasta el Río Barbillas. Del Río Barbillas para allá, para San Miguel, era finca de cacao. Yo me hice algún sondeo en el sentido de que si sería rentable o no rentable el negocio, y cómo íbamos a trabajar, que si él tenía experiencia en eso. Me dijo que no, que no había ningún peligro porque íbamos a trabajar en sociedad con un negro de apellido Petgrev, y que el negro éste tenía experiencia, que conocía el negocio, y que ya había habido contactos para eso; que por alguna razón que está de más averiguar, él no me había informado a mí, pero que ya había habido algunas conversaciones.

35 En las fiestas de las comunidades de Costa Rica se acostumbraba –y aún se acostumbra– construir locales comerciales provisionales a base de madera y latas, en los que se venden comidas, bebidas y otras mercancías, además de practicarse diversos juegos de azar o apuestas.

El señor éste, Petgrev era contratista de construcción, y vivía en Siquirres. Para no hablar mucho de nombres ingleses incómodos, nosotros le decíamos “patagrave”, y el negro entendía. Fue así como, después de permanecer unos días en Manila cancelando el negocio, porque había que hacerlo así (si nos retirábamos de un solo golpe pues posiblemente iríamos a perder todo lo que estaba en crédito, que estaba en libro), entonces permanecemos un tiempo más ahí ya recortando los créditos y recogiendo lo que se podía. Una vez que se recogió la mayor parte, siempre se pierde algo, entonces nos trasladamos a San Miguel, y tomamos el negocio.

Fue una experiencia bastante valiosa para mí; fue una cosa más que aprendí, pasarse de un negocio de abarrotería, pues digamos así, a un negocio de fonda, es decir una especie de hotel. Era muy, muy bueno para mí, y más si se tomaba en cuenta que yo, yo me iba a prácticamente en el administrador, yo estaría constantemente en el negocio, controlando, y Bolaños se encargaría de surtir la fonda de todas las cosas necesarias. Empezamos a trabajar. Hicimos una especie inventario para recibir todas las cosas bien en orden. Tuvimos problemas también con las cocineras. Las cocineras estaban acostumbradas a hacer lo que les parecía, y tuve que ser un poco enérgico con ellas en el sentido de que atendieran bien, en el sentido de que cuidaran, que no desperdiciaran. Posteriormente tuve también problemas con ellas mismas porque me di cuenta de que estaban robando algunas cosas de la cocina, como pocos de arroz, pocos de azúcar, pocos de manteca; o sea había alguna o algunas familias que se mantenían de cosas robadas en el negocio. Y tuve que hacer algunos cambios posteriores para remediar un poco el asunto.

En realidad, el negocio era bastante lucrativo, el negocio en sí la fonda contaba con un número de 65 a 70 comensales fijos, y en realidad era bastante rentable. En este tiempo, recuerdo que los cigarrillos venían en ruedas de 25 paquetes, era el tiempo que se vendía el cigarrillo barato, que se llamaba “Rex”, un cigarrillo

barato que se llamaba “la Suerte”, otro que se llamaba “Dominó”, otro que se llamaba “Irazú”. Y el día que menos se vendía era un promedio de 60 paquetes de cigarros, porque tal vez algunos de los señores que vivían en cuadrante, pero que no comían ahí, también compraban cigarrillos; un paquete de fósforos de cien cajas nunca aguantaba los dos días, siempre se agotaba. En fin que el negocio era bastante bueno.

Hubo también problemas con el mal tiempo. El mal tiempo en el Atlántico siempre es terrible, y en esos años no había prácticamente verano. Una vez se nos agotó los cigarrillos, fósforos y azúcar, y algunas otras cosas, y tuve que moverme con rapidez a pedirle a Bolaños que estaba en San José, que se trasladara, que llevara un poco de mercadería, que básicamente hacía falta algunos productos. Recuerdo que para venir a Bataan (o 25 Millas) no tuve problemas. El agua estaba baja, pero ese día estaba lloviendo intensamente en la cordillera, toda la región de Talamanca, y es de ahí precisamente donde nace el río Barbillas que es un río bastante ancho. Debe tener unos 350 metros de ancho, y con aliguito de corriente también. Este día yo pasé en la mañana con un ponquear³⁶ de una gente que estaba por ahí haciendo algún trabajo de línea, y vine a Bataan para esperar el tren que llegaría en horas del mediodía. Efectivamente llegó el muchacho Bolaños con algunas mercaderías, y nos encontramos ahí. Yo le expliqué que el mal tiempo era terrible, que era mejor no arriesgarse, que hiciéramos una entrada, teníamos que entrar a pie, (era tamaño un poco largo, por lo menos una hora y media de camino) que lleváramos algunas cosas livianas, como cigarros, fósforos y un poco de azúcar, en fin, lo que pudiéramos llevar al hombro, pero que no fuera muy pesado.

Y fue una cosa terrible, porque cuando llegamos al Río Barbillas, la línea no se podía ver. Había llovido tantísimo en la cordillera que el

36 No sabemos lo que significa.

agua había subido unos 70, 80 centímetros. El agua normalmente estaba unos 40 centímetros abajo del puente, medio metro. Al subir casi el metro pues entonces estaba pasando un medio metro, aproximadamente encima de la línea. Así las cosas, llegamos a la orilla del río y en primer momento Bolaños pensó que era mejor regresarse a 25 Millas porque era muy arriesgado tratar de cruzar el río en esas condiciones. Yo le hice ver que yo me animaba a cruzar el río con el fin de buscar un bote que estaba en la otra orilla. Él me dijo que, si de veras yo me animaba, que calculaba que lo podía pasar, y le dije que sí, yendo unos 400 metros arriba trataría de salir a la otra orilla antes de llegar al puente. Y así lo hice; me desnudé, y me fui unos 500 metros arriba para cerciorarme, estar seguro de que podía hacer el cruce. Y no fue muy muy bonita la experiencia porque si no hubiera sido una caña blanca que estaba tendida sobre el río, una caña blanca que tenía unos 15 metros tal vez de largo, quizás me hubiera ido mal porque el agua ya me estaba arrastrando cerca del puente, cerca de la línea. En realidad, no había puente, lo que había era la misma línea, y por dicha esa caña estaba tendida sobre el río. Me salvó porque me dejé llevar del agua, pero ya agarrado de la caña. En esa forma, pues logré salir bien con el cruce del río.

Inmediatamente fui a despegar el bote, y puse los dos remos dentro del bote y empecé a subir, subir, subir, muy despacio sí, porque la corriente era pesada. Cuando calculé que había subido más o menos los quinientos metros, entonces empecé a cruzar el río. Con éxito, salí bien, salí bastante arriba todavía, tuve que bajar un poco para llegar hasta donde estaba Bolaños con la poca mercadería que llevábamos al hombro. Inmediatamente pasamos la mercadería al bote, y nos montamos, hicimos el mismo sistema; nos fuimos unas trescientas varas arriba, ya con más confianza porque los dos íbamos a remar, y así las cosas logramos atravesar el río.

Tuvimos una experiencia bastante desagradable, porque si hubiéramos tardado una media hora o unos veinte minutos, posiblemente

habríamos muerto ahí, porque estábamos apenas descargando las cosillas que llevábamos en el bote, cuando oímos un ruido, y miramos hacia arriba por el río, y notamos que había una cabeza de agua, acá le decimos cabeza de agua a una creciente, que debía tener por lo menos un metro y medio de alto sobre el nivel actual de las aguas. Inclusive el bote lo sacamos a tierra y lo arrastramos un poco para que no se lo llevara el río a la creciente, y esperamos un rato para ver bajar la cabeza de agua, ya en la parte alta de la orilla del río; y era una cosa terrible. En la cabeza de agua traía palos enteros, troncos enormes de la selva. La línea se destruyó totalmente, la creciente la arrastró, los palos la quebraron, la destrozaron toda, y no quedó completamente nada.

El día siguiente para regresar a Bataan para recoger algunas mercaderías más, tuvimos que hacerlo por Matina; salir primero a Matina, agarrar un tren para llegar a Bataan, y luego hacer lo mismo para entrar por Matina. Solamente así se podía entrar a San Miguel, y fue una experiencia bastante interesante. Ese día estábamos de cosas extraordinarias. A eso que llamábamos “la línea” se le había hecho una especie de canal hondo, porque tenían que hacerlo así para que las maquinitas que jalaban los trencitos ahí pudieran caminar bien. Entonces el río tenía más o menos unos 20 metros de alto, de orilla. Entonces esos 20 metros tenían que irlos matando en una forma favorable para que no hubiera cuestras para el trencito ese.

Habíamos caminado tal vez unas seiscientas varas hacia San Miguel por ese tipo, esa especie de canal donde estaba la línea, cuando nos encontramos con un animal enorme que yo tampoco lo conocía y desafortunadamente el muchacho este Bolaños estaba caminando adelante, y era característico de él caminar muy agachado, aunque no llevara carga. Ese día iba con carga pues iba más agachado, y yo por dicha he tenido la costumbre completamente al revés; yo trato siempre de andar con la cabeza alta, aunque esté con carga encima. Por dicha no iba muy largo Bolaños, cuando localicé el animal

parado en la línea. Parecía un caballo, gordo, hasta que brillaba. Estaba bien gordo. Ese animal resultó ser una danta. Yo le hacía a Bolaños ese “pst pst” que hacemos los costarricenses, pero él no me oía. Si no le hablaba fuerte que me oyera, él iba a pegar con el animal porque esos animales tienen las orejas tan grandes que casi le tapan toda la vista, todo el lado de la cara, y el animal no podía ver a Bolaños porque estaba atravesado, y Bolaños no podía ver al animal porque iba muy agachado. Entonces, tuve que llamarlo. Entonces me volvió a ver. Entonces yo le señalé que adelante había un animal. Él retrocedió un poquito, hacia donde estaba yo, y sacó un revólver que llevaba, disque para tirar la danta; con tan mala suerte que el primer tiro no reventó, no dio fuego, y entonces él se puso nervioso y maniobraba el revólver con mucha lentitud y con la mano temblorosa, y entonces el próximo tiro tampoco reventó, y el tercero tampoco, entonces yo le dije, “prestáme ese chunche a ver qué es lo que pasa”. Me lo dio, y entonces yo lo maniobré con rapidez, yo había oído decir que martillando rápido, los tiros se calientan. Si alguno está bueno, pues puede salir. Efectivamente uno de tanto tiros (era un revólver de seis tiros) salió. No sé por dónde pasaría, si pasaría cerca del animal o pasaría lejos, pero sí fue suficiente para que el animal se asustara y de un solo salto cayera en el paredón, y se fuera hacia la selva. Era tan grande el animal y tan fuerte que árboles de cacao que habían en esa plantación con un diámetro de seis, siete, ocho pulgadas, el animal los dejó desbaratados al paso.

Parecía que estaba haciendo una trocha con tractor y tuvo suerte también el animal, porque habíamos caminado unos 400 metros más, cuando nos topamos con unos cazadores que venían bien equipados con rifles y con perros. Siempre les dijimos lo que había sucedido, que se fijaran ahí, que pusieran los perros en el rastro a ver si los podían localizar. No sé si lo encontraron o no, pero fue un susto bastante grande que nos llevamos

Hablando concretamente del aspecto comercial, ya en la fonda u hotel, como se llama a ese tipo de negocios que consiste en dar de comer a un grupo grande de peones o trabajadores (cabe agregar pues que en realidad el negocio era bastante bueno y bastante grande) me gustaba el asunto de que no era aburrido, era casi como estar en una pulpería o almacén bien surtido, donde la gente está llegando a menudo a buscar una u otra cosa. Llegaba gente por cigarrillos, por fósforos, por jabón, inclusive por artículos de consumo básicos como arroz, frijoles, café, manteca, azúcar, y aunque no era eso nuestra intención, pues especialmente cuando los comisariatos de la compañía bananera se encontraban cerrados, ya fuera muy de mañana, fuera la hora de almuerzo, o fuera después de las 5:00 de la tarde, pues yo con mucho gusto les facilitaba algunas libras de alguna de las cosas que buscaba,³⁷ con el propósito no precisamente de lucro, sino de servicio.

Así las cosas, el negocio continuó bastante bien. Yo llevaba una estadística o contabilidad lo más completa posible, tanto para Bolaños como para el negro Petgrev, para que estuvieran perfectamente informados de la marcha del negocio, para que supieran también hasta cierto punto qué utilidades estaba dejando el negocio en sí.

Desgraciadamente, siempre hay cosas que salen mal por una o por otra razón, y no tardó mucho el negro Petgrev en darse cuenta de que el negocio era bastante bueno y entonces comenzaron algunos problemas a relucir; especialmente con el personal porque el personal se quejaba de que yo era muy estricto en el control, y siempre estaba como un detective fiscalizándolas para ver qué estaban

³⁷ Se acostumbraba a vender los productos según peso por lo que era común que –por ejemplo– las pulperías y comisariatos vendieran mantequilla, manteca o azúcar por libras.

haciendo, si regalaban cosas, si vendían cosas como al principio. Y entonces las mujeres que estaban a cargo de la cocina optaron por estar dando quejas al negro, y desde luego les decía que no me hicieran caso a mí, que yo no era ni dueño ni cosa por el estilo, que no tenía una inferencia muy directa, pues cuanto ellas, que no deberían de hacerme caso.

En esas condiciones pues se hizo completamente difícil poder trabajar, y un día de tantos pues me vi obligado a suspender las muchachas que estaban ahí. Previamente yo, con el conocimiento que tenía de la situación, pues podía hacer algunas cosas que yo consideré que eran aceptable de hacer, y sabiendo yo que había una muchacha vecina que vivía, como decimos los “ticos”, prácticamente enganchada o enamorada de Bolaños, yo le planteé la situación a esta muchacha (se llamaba Juanita Cordero) y le hice ver que me vería obligado a cerrar el negocio porque iba a tener que suspender las cocineras. A lo que ella respondió que, si el negocio era en realidad bueno, y que si Bolaños estaba sacando una utilidad aceptable, pues que podía contar en ella en cualquier situación de emergencia, que ella era capaz, ella se animaba a hacerse cargo de la cocina. En esas condiciones, a sabiendas de que era bastante difícil que una sola mujer pudiera preparar comida para 65 o 70 hombres, pero pensando en que tal vez yo podía ayudar bastante y que tal vez de los mismos comensales que así se les llama también a los que comen fijos en una fonda, tal vez quisieran hacerme el favor de ayudarme, por lo menos en el asunto de servir los platos en las mesas.

En esas condiciones llegamos a un rompimiento completo con las mujeres. Las despedí, y de inmediato Juanita se hizo cargo de la cocina. En esas condiciones logramos continuar un tiempo más al frente de la obligación; pero ya las cosas no andaban bien. Justamente a raíz de la actitud mía, comenzaron las cosas a ponerse mal entre Bolaños y el negro Petgrev que en realidad eran los dueños. Como el negro se había dado cuenta de que el negocio era

bastante lucrativo, bastante bueno, dejaba casi un cien por cien de utilidades diarias, y muy seguro porque los créditos estaban debidamente garantizados por la compañía bananera (si alguna de los peones se iba sin pagar o algo por el estilo, pues simplemente se le embargaba, como decimos por acá, el tiempo, o simplemente la compañía se hacía responsable de pagar las cuentecillas pendientes. Nunca teníamos problemas en este sentido porque los pagos siempre eran estrictos al cumplirse la quincena, o sea que lo que podía quedar pendiente del pago no era sino más a lo sumo una quincena, porque la persona que no pagaba en una quincena pues era porque se iba sin pagar la comida, y entonces la compañía pagaba esa quincena. Eran 14 días aproximadamente, unos seis colones que, si mal no recuerdo, era lo que se cobraba en esa época por comida diaria, y entonces la suma en ningún caso llegaba a más que los 100 colones si acaso). Así es que el negro éste en cuestión pues sabía perfectamente que el negocio era muy bueno, y entonces se llegó a la conclusión de que era mejor cancelar el negocio, darlo por finalizado. Fue así como entonces llegamos al final. Se cerró el negocio, se canceló, se hicieron los respectivos inventarios, se hicieron todas las cuentas, se aclaró si se debía en algún almacén, en fin, todo lo relativo al negocio. En principio yo pensé pues que ahí terminaba mi compañía con el muchacho Bolaños, pero no fue así porque él sabía que las cosas andaban mal ya, y el tiempo que había estado en San José lo había aprovechado tratando de hacer algún entronque en San José para algún negocio. Fue así como cuando se hizo la entrega de cuentas y demás, yo le dije, “Bueno Bolaños, creo que estamos “en el final” de nuestra compañía. Yo creo que ya usted se va por un lado y yo me voy por otro”. Entonces el muchacho me dice, “No, de ninguna manera, ya tengo un negocio que lo vamos a trabajar entre ambos. Yo no puedo estar en el negocio porque no podría mantenerme con lo que voy a ganar en el negocio, pero usted sí puede hacerse cargo del negocio, y a ver qué hacemos. Es una sociedad también con un señor de por ahí de Santa Teresita en las cercanías de Moravia, y el negocio se llama Puerto Arturo, está a cien metros de la escuela, y parece que

el negocio está en este momento muerto, pero vamos a ver si lo podemos levantar”. No me agradaba mucho la idea de venir a vivir en San José, nunca he sido muy amigo de la ciudad capital pero no me animé tampoco a rehusarlo por completo en vista de la buena amistad que manteníamos, y también agradeciendo la confianza que Bolaños estaba depositando en mí.

Fue así como entonces vine a San José con él personalmente. Fuimos a ver el negocio. Efectivamente no se podía llamar negocio; era como decimos “una ratonera sin ratones”. No había nada que llamar negocio. Fue una cosa sencillísima, se hizo el inventario en un rato, y el día siguiente ya yo estaba al frente del negocio. Fueron pocos los días que estuve completamente solo porque por casualidad en esos días se había comenzado la cuestión escolar, el curso lectivo, y la escuela ésta vecina, tenía una cantidad enorme de chiquitos alumnos, y supongo yo que esos chiquitos pues en los años anteriores ni siquiera se arrimaban por ahí a la pulpería. Pero en esos días que yo estaba comenzando a hacerme cargo del negocio empezaron a llegar algunos chiquitos a preguntar por helados o por melcochas, confites y en fin toda clase de golosinas, y yo sencillamente les dije, “Hoy no hay, pero seguro que mañana sí hay. Vengan mañana, mañana sí van a haber helados y van a haber golosinas y va a haber de todo lo que ustedes quieren”. Y me di a la tarea de preparar un refrigerador que ya había visto yo que funcionaba bien, enfriaba bien, entonces conseguí unos moldes para helados, más de los que habían, y en la mañana muy temprano me puse a preparar cremas para hacer helados de distintos sabores. En la tarde había pasado un muchacho, por cierto, un muchacho cubano, de apellido Dorticós, que vendía confites Mercedes, que en ese tiempo estaban de moda. Los confites Mercedes eran un confitillo corriente, como cualquiera otro, pero cada confite venía acompañado de una postal o de un cromó que servía para llenar un álbum que tenía más o menos unas 450 postales, y entonces los chiquitos compraban ese confite, no por el sabor ni por el tamaño del confite, sino por la postal.

Fue así como al día siguiente de eso me pasé un día tan agradable y tan entretenido, que para mí fue una experiencia bastante valiosa, porque era una cantidad de chiquillos que más bien tenían que hacer cola, y pronto aprendieron el apellido mío, y ya desde la puerta me decían, “¿llegaron confites nuevos Mejía? Mejía confites nuevos, ¿helados de qué hay?” y ya casi me... casi atarantaban todo. Y en eso fue como se empezó a levantar el negocio.

Las muchachas algunas de ellas llegaban a la pulpería. Era una pulpería de renombre, posiblemente muchos años de existir, y entonces la pulpería, el nombre “Puerto Arturo”, se usaba como punto de dirección para cartas o telegramas... alguna cosa. Empezaron a llegar algunas muchachas de la vecindad, unos 400 metros a la redonda a preguntar por cartas, y yo les decía, “Bueno, pero por qué no vienen a preguntar por algo, de comer o de uso doméstico, o sólo cartas vienen a buscar... aquí no hay venta de cartas”. Entonces me dijeron, “Bueno, es que muchas venimos a buscar tortillas o a buscar pan, o a buscar queso, a buscar un sinnúmero de artículos y nunca los encontramos”. Entonces yo les manifestaba que ahora sí las habían, y que no iban a seguir faltando, que siguieran llegando, primero porque yo quería vender, y segundo porque consideraba que ellas tenían que caminar mucho más para ir a otras pulperías que estaban más lejanas. Así las cosas, legré hacer un bonito patio con las muchachas, especialmente las sirvientas de las casas vecinas, casas de gente rica, y entonces recuerdo que cuando empecé la cuestión de la venta de tortillas, esta tortilla casera que se usa tanto, vendíamos unos 5 colones diarios, y no tardó mucho el tiempo en que se vendieran hasta 25 o 30 colones por día de tortillas.

Recuerdo también que había un garaje cerca, a unas 50 varas, y por alguna razón ese garaje nunca tenía carro adentro. Era una cochera sin coche, y en esos días había una ligera euforia en el asunto del boxeo. Se hablaba mucho del boxeo, el país tenía algunos prospectos de cierto prestigio, y se creía que podían ser figuras a nivel por lo menos centroamericano, y entonces no sé de dónde vino la idea de

alguno de los promotores de alquilar ese garaje para convertirlo en un campo de entrenamiento para los boxeadores y sus “managers”. Entonces fue otra cosa muy simpática porque aquel garaje que era bastante grande se llenaba de muchachos que practicaban el box, como también se llenaba de fanáticos, de algunos admiradores o parientes de los practicantes. Llegó el momento en que yo más bien deseaba que los entrenamientos terminaran temprano a las 8:00, 8:30, porque ya me sentía cansado, y yo sabía perfectamente que al terminarse los entrenamientos todos los muchachos que estaban ahí, a veces en número de 20, 40, 50, llegaban a la pulpería a tomar refrescos, a comer pan con queso, a comer helados, en fin, cualquier cosa que se vendiera en la pulpería. Pero ése era el punto de llegar como de descanso de ellos, o de matar el hambre, y entonces llegó el momento en que yo me pasaba desde las 5:00 de la mañana, hora en que recibía los sacos con el pan, hasta las 8:00-8:30 de la noche en un movimiento constante, para poder satisfacer la demanda.

El negocio se convirtió en uno de los negocios más pujantes de la vecindad esa. Ya no estaba en ningún momento solo. Muchas veces no podía ni siquiera dedicar unos minutos o unos segundos a atender una muchacha que me gustaba, también de las vecinas de por ahí, y la cosa estaba muy bien. Bolaños estaba muy contento del trabajo que se estaba realizando. Él me visitaba una o dos o tres veces por semana, para hablar conmigo para ver cómo iba el negocio. Cuando él me visitaba entonces lo que hacíamos es que cerrábamos uno minutos antes de las 8:00, y nos íbamos al teatro para estar conversando en el transcurso de la película, y mantenerlo informado de todas y cada una de las cosas que sucedían en el negocio.

Desgraciadamente, un día de tantos me manifestó Bolaños que como que las relaciones entre él y el otro socio no andaban muy bien, entonces, ya uno con cierta experiencia se va convirtiendo en mañoso, en malicioso. Entonces yo le manifesté a Bolaños que a mí no me extrañaba la actitud del señor este socio, porque había estado viendo, observando, la actitud de una muchacha que había

en la casa, no sé si hija o no, pero el señor estaba bastante mayor, y la muchacha estaba bastante nueva, unos 14 o 16 años. La muchacha era la que me llevaba siempre la comida al negocio, o sea que la comida me la daban en casa de ese socio que estaba bastante cerca del negocio, unas 40 varas. Y en un principio la muchacha llegaba y casi ni me saludaba, sino que llegaba y me ponía el plato o la porta vianda por ahí a la vista, y a veces me decía, “Ya me voy”, y a veces “Ahí queda la comida”, algo así. Pero de un poco tiempo hacía acá, yo había estado notando que la muchacha se interesaba muchísimo por estar controlando el movimiento. Hubo veces que más bien me estorbaba, porque en una silla que yo mantenía para algún ratillo de descanso, ella llegaba y se sentaba y se quedaba ahí por, tal vez hasta por una hora. Y eso no era normal, ése no era su comportamiento. Entonces yo estaba completamente seguro de que ella lo que estaba haciendo era fiscalizando el manejo, el movimiento propiamente del negocio.

Yo le comuniqué a Bolaños. Le dije, “No te asustés porque eso lo han estado haciendo desde hace días. Lo han estado controlando el movimiento. Y es muy posible que lo que el socio esté pensando es en romper la sociedad con vos, y quedarse solo con el negocio. Ya el negocio no es la misma ratonera que recibimos, ya es un negocio bastante lucrativo, y es muy posible que sea eso lo que él quiere”. Entonces me dice, “¿pero, vos que pensás?” Le dije, “Yo no pienso nada... que voy a pensar si ustedes son los que mandan, si ustedes deshacen la sociedad pues automáticamente yo quedo parado en media calle; no aquí no hay más alternativa”. Entonces él me dijo, “Bueno, hagamos una cosa, aguantemos un poco más a ver qué va a suceder”. “Está bien” le dije yo, “vamos a aguantar un poco”. Pero no fue mucho lo que pudimos aguantar, porque la tirantez cada día se hacía mayor, el control se hacía más continuo. También ya el señor llegaba de vez en cuando, llegaba un ratito por la mañana... me saludaba..., llegaba otro ratito por la noche... me saludaba, y se paraba en la puerta en una actitud como de guardia, seguro contando la gente que entraba, o poniendo tal

vez mucha atención en lo que compraban... no sé realmente qué era la forma de fiscalización que estaban ejerciendo, pero lo cierto es que estaban haciéndolo.

Así las cosas, llegó un momento en que la sociedad se rompió, se procedió a hacer el inventario, entonces sí hubo que cerrar el negocio por dos días para hacer el inventario porque era bastante la mercadería que había adentro, y ya no era igual, ya no era un jamón hacer el inventario. Afortunadamente salí muy bien con el inventario, en realidad el negocio se había levantado hasta el extremo, y salimos bien, tanto Bolaños como yo salimos bien. El señor socio supongo yo que hizo esta vez buena plata en el tiempo futuro si supo administrar el negocio, aunque creo que no. La gente que tenía preparada para eso no reunía características de comerciante. No es que yo tampoco crea que yo sí era comerciante, pero afortunadamente serví para el asunto.

Días después, no muchos, por cierto, un día llegó Bolaños, me dice, “Bueno ya se hizo la entrega, fue una cosa rapidísima y ya estamos libres, ahora en la tarde entregamos el negocio”. Y yo le dije, “sí, muy bien, está bien. Hoy puedo ir al cine sin preocupaciones, y mañana o pasado mañana me voy a buscar un trabajo en cualquier parte”. Entonces, hay cosas en este mundo, pasajes que jamás se le pueden olvidar a uno. En esos días comenzaba a hacer sus primeros guantes Tuzo Portugués,³⁸ este famoso boxeador que tuvo fama centroamericana y que estuvo en Nueva York varias veces peleando. Comenzaba a hacer sus primeros pasos en el box, y precisamente los primeros engaños o cosas, (no sé tácticas que aprenden en materia de boxeo) se los estaba enseñando un mucha-

38 Se refiere a Jesús “Tuzo” Portugués Echeverría quien nació en 1927 y murió en 2013. Empezó a boxear en el sur de San José, en el Barrio Cristo Rey. En 1999 se le incluyó en el Salón de la Fama del Consejo Mundial de Boxeo (CMB). Véase: Calvo, R (2013, julio 14). “Jesús ‘Tuzo’ Portugués, el boxeador de Costa Rica que deslumbró en el Madison Square Garden”. *La Nación*.

cho que en ese momento era el campeón centroamericano, se llama Emilio Castrillo.³⁹ Por casualidad, Emilio Castrillo es casado con una hermana de Tuzo, y entonces entre cuñados andaba el asunto. Emilio consideraba que él estaba pasando de moda, él había tenido bastante fogueo, ya quizás se sentía un poquillo viejo o algo así. Tal vez los estilos van cambiando de tiempo en tiempo, boxeadores que van saliendo vienen más chúcaros,⁴⁰ como decimos los ticos, y él pensó en enseñar a su cuñado, al Tuzo Portugués. Recuerdo que en una de las últimas peleas que hacía Emilio Castrillo estaba programada precisamente para esa noche en que nosotros, especialmente yo, estaba libre, ya no tenía que estar en el negocio, y fuimos a ver esa pelea al Estadio Mendoza.

La pelea era con el campeón welter, ecuatoriano, un muchacho de apellido Carrillo. Por casualidad dos apellidos parecidos, uno Castrillo y el otro Carrillo. Salimos muy bien impresionados de la pelea; muy contagiados, fue una pelea muy agradable, y todos salimos contentos del estadio. No en su totalidad digamos porque siempre hay unas cosillas que no son las mejores. En ese programa boxístico había algunas otras peleas que no resultaron ser de las mejores pero bueno, así tiene que ser. Si todas son buenas entonces seguro que el precio de entrada va a ser el doble.

Así las cosas, ya días siguientes empezamos a planear. Yo me quedé varios días en San José, inclusive estaba un poquillo mal de como síntomas de malaria, paludismo, o sea no me sentía muy bien. Estaba tomando unas medicinas, y entonces permanecí unos días, tal vez una semana, diez días en San José tratando de orientarme si era posible, y siempre en conversaciones con Bolaños. Bolaños en

39 Emilio Castrillo era un boxeador costarricense al que se le llamaba “Campeón Caballero” que peleó a nivel internacional sobre todo en la década de los 1940. Véase: Calvo, R (2011, marzo 17). “Tuzo y Emilio Castrillo se lucieron en el Nacional”. *La Nación*.

40 Alguien chúcaro es alguien (persona o animal) que es difícil de domar o dominar.

tiempo de chiquillo había tenido muy buena amistad con un señor español que era propiamente el dueño de la Librería Española, y en esos días había estado conversando con éste señor, que ahora no recuerdo cómo se llama, sobre la posibilidad de que le diera algún trabajo en la imprenta y entonces Bolaños pensaba de que él tenía un amigo, amigo bastante bueno que le había ofrecido un poco de lotería para que vendiera, pero él calculaba que él no podía permanecer o mantenerse, ni sólo con la lotería ni sólo con el sueldo de la imprenta. Él era encuadernador y el español lo sabía, y lo conocía bien. Sabía que podía desempeñar el puesto de encuadernador, pero el sueldo que le pagaban no era suficiente para sostenerse. Entonces Bolaños me propuso a mí que entráramos en la venta de lotería, que yo vendiera lotería toda la semana, y que él vendería el sábado todo el día y el domingo hasta la hora que se jugaba la lotería que era a medio día. Yo le manifesté que no me agradaba el asunto de vender lotería, (sin pensar jamás que años después yo sería un buen vendedor de lotería) pero así es la vida, de todo pasa.

Así las cosas, llegamos a la conclusión de que yo iría a Golfito. Y me fui a Golfito⁴¹ a trabajar. Estuve en distintas partes, estuve en Piedras Blancas, estuve en Puerto Cortés, estuve en Palmar, estuve en Coto y también estuve en Puerto González. Fue una salida bastante variada diría yo, trabajando en distintas cosas, pues siempre tratando de mejorar el ambiente; y repito, siempre tratando de mejorar la condición de vida. Yo siempre me mantenía en contacto, por cartas, con Bolaños, y él me decía en sus cartas que me escribía de vez en cuando que él estaba bien, que estaba bien en la librería española, que el patrón lo quería mucho, le tenía buena confianza, y que le estaba dando una hora todos los días de sobretiempo con el propósito de que él pudiera utilizar las 5 horas del sábado libres, pero pagas.

41 Golfito en esa época fue la sede de operaciones de la Compañía Bananera.

Entonces Bolaños recibía la lotería el viernes en la tarde o en la noche. No sé cuántos enteros⁴² vendería, detalles no los conozco, pero lo cierto es que él agarraba el sábado el primer carro que iba hacia el norte concretamente a San Ramón y se bajaba en Alajuela, entregaba algunos enteros que tenía colocados por ahí, especialmente en el comercio. Inmediatamente agarraba el segundo carro que pasaba, el que seguía, y se bajaba en Grecia. Colocaba otros enteros y así en esa forma sucesiva, en Sarchí, en Naranjo, en Palmares, hasta que llegaba a San Ramón. En San Ramón ya había logrado hacer un bonito patio, colocaba suficientes billetes de lotería que le permitían pues, hacer lo, los pases y tener una ligera ganancia. Y así estaba entonces según me contaba él en sus cartas, pues haciendo algunos abonos de cuentas pendientes, y viviendo, sosteniéndose; trabajando en una forma casi loca diría yo, sin descanso en toda la semana, mucho menos el domingo (tenía que trabajar más física y mentalmente), pero él estaba satisfecho. Él era un muchacho bastante trabajador, bastante honesto en todo el sentido de la palabra, y él estaba contento de poder vivir así aunque fuera convertido en un esclavo.

Vino el final de la cuestión y resultó que desde hacía un tiempo bastante largo, no sé exactamente pero por lo que yo sabía, hacia tal vez unos 6 o 7 meses que Bolaños había mejorado un poquito la situación económica, y entonces de la misma lotería que él vendía, él había conseguido que él que le suministraba la lotería a él, le consiguiera entre la lotería que vendía un número permanente, o sea el mismo número para todas las semanas, para todos los domingos, y esto era con el propósito de jugarlo él. Entonces en esa forma pues él tenía la posibilidad de pegar un premio. Esa era su fe, eso era lo que él buscaba, pegar un premio un día de tantos cuando la suerte le ayudara y entonces independizarse. Inclusive hasta

42 Con la expresión “enteros” se refiere a “enteros de lotería”. La lotería en Costa Rica se vende en enteros del mismo número o en “pedazos” que son números son serie individuales.

en alguna ocasión me manifestó que deseaba un poco de suerte, deseaba un dinero adicional con el propósito de montar algún tipo de negocio y que yo pudiera volver a trabajar con él. Siempre estaba preocupado de saber que yo estaba en la zona.⁴³ Él sabía muy bien que las zonas eran bastantes difíciles y completamente inhóspitas, llenas de vicios, llenas de rumpición,⁴⁴ y él me estimaba bastante, tal vez más que yo a él; y a mí no me desagradaba la idea de que un día de tantos volviéramos a trabajar juntos, tal vez en un tipo de sociedad o alguna cosa.

43 O sea, la zona bananera.

44 La palabra “rumpición” refiere a la ruptura de algunas reglas sociales y/o morales.

CAPÍTULO III

PRIMEROS VIAJES AL PACÍFICO

Esta vez rumbo al Pacífico, pues teníamos un poco, diría yo que con ganas de no regresar por lo menos pronto hacia el Atlántico. Aparte de eso, pues, ya se rumoraba en una forma muy general todas partes la bonanza que había en el Pacífico, concretamente Parrita, Quepos, y algo de Puerto Cortés también. Y fue así como pronto estuvimos de nuevo en el puerto del Pacífico y tratamos, y tratamos ahí por todos los medios de ambientarnos, pues en realidad el puerto del Pacífico es bastante bonito. Y podríamos decir que a mí particularmente me gustaba bastante y me habría gustado vivir ahí si era posible.

Fue así como estuvimos tratando de orientarnos en el puerto, buscando trabajos en todas las organizaciones. Y nada; no era posible. Ya los sindicatos se habían establecido. Habían hecho sus bases firmes. Ya era prácticamente imposible meterse uno si no contaba con alguna palanca buena, maciza, porque los sindicatos tenían ya una cuestión establecida, y prácticamente era la dirigencia de los sindicatos la que decía, “A éste se le da o a éste no se le da”. No quiero que esto parezca como crítica; tal vez tenían razón. Porque también pienso yo que no es humano que una persona de fuera venga a desplazar a la local. Es lógico comprender que si hay trabajo, pues el trabajo debe de repartirse en los vecinos del lugar.

Así, pues, que, estuve vagando. Mi amigo se volvió a poner a lavar trastos en un restaurant, yo también pude haberlo hecho pero no

me gustó nunca hacer eso, ni en mi casa ni aún ahora que estoy viejo y con hogar formado, soy alérgico a eso. Entonces en esta época se estaba haciendo una modificación, una reconstrucción de El Muellecito. El Muellecito siempre se ha distinguido con ese nombre y es propiamente el muelle de cabotaje donde se embarca todas las cosas que se venden en Puntarenas en los almacenes o cosas así y que van a todos los puertos de la costa. Ahí estaban haciendo unos trabajos bastante grandes; yo me animé a solicitar empleo ahí aunque no sabía cuáles eran las reglamentaciones, los requisitos que exigían. Y la segunda vez que llegué, el señor que estaba allí encargado de personal me preguntó si yo sabía nadar y le dije, “Pues bueno no soy un pescado, pero algo entiendo de eso”. Y entonces me hizo una prueba de profundidad y otra de nado propiamente. Y por dicha no salí del todo mal. No es que era de lo mejor, pero sí podía hacer lo que ellos querían y entonces me anotó ahí en una lista de solicitantes para cuando se presentara la oportunidad.

Volví una semana después. No fue posible. Claro, en esos días, pues, lo que hice fue estar camaroneando allí en el mismo Muellecito. No quiero decir con camaronear que estaba cogiendo camarones en el agua sino ganando chambas, como también se dice, descargando lanchas o lanchones que traían toda clase de productos de los puertos vecinos para vender en Puntarenas. Me dijo el señor éste, jefe de personal, que tendría que regresar porque todavía no había plazas vacantes. Y bueno no había nada más que hacer; es como una orden.

En esos días, empecé a notar un cierto movimiento de gente como un poco rara en el puerto. Unos parecían como peones muy corrientes de campo, algunos descalzos, con sombreros de paja o lona. Y entonces yo pregunté, “Bueno y esto, ¿de qué se trata esto?” Y entonces me dijeron algunos que se trataba de un enganche que estaba haciendo la compañía bananera para llevar peones de toda esa región, de Tacaes, Grecia, Alajué, para Quepos y Parrita. Y

entonces pregunté algunas condiciones. Dijeron, “No, únicamente peón que sabe tirar un machete. No tiene que saber ni escribir ni leer. Y aparte de eso se le dan los pases en lancha y se le da la comida hasta que se instala en el campamento de la finca donde va a trabajar. Y entonces me pensé yo, “Ni modo, estar aquí esperando quien sabe hasta cuándo, si va a haber trabajo si no va a haber. Mejor será ir a Quepos o Parrita a ver qué se encuentra por ahí”. Lo comuniqué a mi compañero que estaba en el restaurant trabajando y le pareció bien la idea y nos pusimos de acuerdo. Nos enrolamos en el enganche éste. Ya el día siguiente había que salir en una famosa lancha que llamaban La Pachuca, que era propiedad de la compañía bananera también, hacia Quepos.

Llegamos a Quepos y todo fue bien. Fue una experiencia muy muy valiosa para mí. Yo había oído decir que andar en el mar en una lancha era una cosa terrible, que uno se enfermaba, que se vomitaba, que le agarraban ganas de ir al excusado y todo. Y de veras tengo que admitir que es terrible; porque el noventa por ciento de la gente que iba toda se enfermó, se vomitaron hasta encima de ellos mismos; aquello era desastroso. Parecía algo como una catástrofe de veras de un transatlántico en altamar. Y en cambio pues a mí no me agarró de nada, sentía más bien ganas de fumar, o apetito, ganas de tomar café, cosas normales, corrientes.

Repito llegamos a Quepos. Todo fue bien. Ya cuando llegamos a Quepos nos tenían un tren, como se dice corrientemente, una máquina con unos cuantos vagones. Por cierto no eran vagones con asientos como para llevar personas, sino que eran vagones bananeros. Había que ir parado ahí guindando de las varillas, pero bueno, estaba bien. La cosa era llegar ligero al punto de destino. Así fue como pronto estuvimos en una finca que está situada o estaba, no sé si la habrán cambiado de nombre o qué, como a mitad de distancia entre Quepos y Parrita. Se llamaba, o se llamará, Palo Seco. Llegamos a Palo Seco y, muy bien, ya empezamos a acomodarnos. Cada uno pues buscaba sus compañeros, la gente

que le parecía más simpática o cosas por el estilo, para que fueran los compañeros de cuartos. Y un rato después apareció un señor ahí, una especie de foreman o algo así y repartiendo rulas, lo que nosotros llamamos machetes, machetes largos de chapia,¹ y limas para empezar a despallar los machetes con el propósito de estar el día siguiente ya cada uno en su trabajo, en su chapia. Creo que todos íbamos a hacer lo mismo.

Y de veras el día siguiente, muy temprano, ya como las 4:30 de la mañana, ya estaban llamando de las casas que estaba el desayuno listo, la famosa burra o gallo pinto,² que es característico aquí de las zonas bananeras. Y muy bien, todos al monte. Era una cosa realmente terrible. No es que yo hubiera estado nunca ni en una oficina ni en un almacén ni cosas por el estilo, pero en realidad pocas veces había estado en un trabajo de chapia tan terrible como en aquella ocasión. Era unos campos abandonados totalmente. Los arbustos, los matones como decimos también, habían crecido terriblemente. Los bejucos estaban envolviendo totalmente las matas de banano y era una cosa terrible. Había que usar un garabato bien grande, largo, fuerte para estar amontonando lo que se iba cortando. No pude resistir mucho el ambiente ahí en esa finca. Sí, aparte de que la comida era bastante mala, pero requete mala. Ahora que ya tengo mi experiencia de La Peni³ en aquellos años del '48,⁴ podría

1 La "chapia" es la actividad de "chapear" o cortar el césped, zacate, arbustos, plantaciones y principalmente maleza.

2 El gallo pinto es un plato típico costarricense y centroamericano que consiste principalmente en mezclar arroz y frijoles. En ocasiones se le agregan "olores" o especias como cebolla, chile dulce y otros, o bien salsa inglesa.

3 Se refiere a la Penitenciaría, una cárcel ubicada en la provincia de San José.

4 El "48" refiere al año de 1948 en el que se dio la última Guerra Civil de Costa Rica en la que se enfrentó el Ejército de Liberación Nacional (ELN) liderado por José Figueres Ferrer contra las fuerzas aliadas del Calderonismo en el Gobierno (Partido Republicado), el Partido Vanguardia Popular (Partido Comunista) y la cúpula de la Iglesia Católica. En otras palabras, la Guerra del '48 se dio entre el ELN y las fuerzas armadas del Gobierno de Teodoro Picado Michalski aliadas con las fuerzas armadas del comunismo costarricense liderado por Manuel Mora Valverde.

decir con toda franqueza que era tan mala como la que daban en La Peni⁵ en aquella ocasión. La comida malísima, y el trato un poquito salido de lo normal, de lo aceptable. Era suficiente razón para no permanecer mucho.

Los sueldos no eran muy halagadores y el trato no era muy agradable tampoco. Los sueldos, cualquiera persona que me llegue a escuchar en una conversación de estas pues se pensará, “Pero ¿cómo va a ser eso del sueldo malo si estaba trabajando para la compañía bananera?” Pero en esto cabe aclarar que la compañía bananera daba esos contratos grandísimos de cien o más manzanas o hectáreas a una persona, a lo que se llamó corrientemente, y aún ahora se llama “contratista”. Este contratista asumía todas las responsabilidades con excepción de la cuestión de hospitales, o seguros o cosas así. Y entonces este contratista buscaba todos los peones que necesitaba para terminar determinado contrato en determinado tiempo, y la compañía no tenía ninguna participación en aquella cosa. Es, inclusive cabe agregar, que en muchas oportunidades el contratista se perdió con toda la plata de sus trabajadores. Creo que en alguna ocasión la compañía se vio obligada, no porque la ley lo pudiera exigir, sino por una cuestión de pues de humanidad, diría yo tal vez, de pasar una investigación total en cuanto al contratista que se iba para determinar cuántos trabajadores tenía y cuánto había quedado debiéndoles a esas personas. Y entonces la compañía en algunos casos les hizo el respectivo arreglo a los trabajadores. O sea que con esto quiero aclarar que la compañía en este caso pagó dos veces el trabajo realizado. En ningún caso hubo contratistas norteamericanos; siempre fueron nicaragüenses, hondureños, en

5 La “Peni” fue reconocida por convertirse principalmente en una cárcel política después de la Guerra Civil del ‘48, en donde los ganadores de la guerra (Figueres a la cabeza) encerraron a sus opositores que habían sido derrotados en la guerra, entre ellos calderonistas (afines al ex Presidente Rafael Ángel Calderón Guardia) y principalmente comunistas del Partido Vanguardia Popular que sería proscrito después de la Guerra Civil.

las secciones de la colindancia con Panamá algunos panameños y también algunos ticos o lo que conocíamos corrientemente como guanacastecos,⁶ porque ticos de la Meseta Central realmente no se conseguían en aquella época.

Así que con esas razones, pues, que yo las consideré fundamentales, básicas, refiriéndome a la cuestión del trato, pues ya supone, cualquiera que me oiga, de dónde venía ese mal trato. Pues indudablemente que del mismo contratista o de alguna especie de mandador o chequeador que ponía ese mismo contratista, y entonces claro que si más trabajaba uno pues más ganaba el contratista. Y entonces, pues de allí venía ese mal trato, esa exigencia, el grito, la intransigencia. Uno no podía decir nada porque le decían, “Bueno si no le gusta, pues váyase o no estorbe”. En fin, así las cosas, decidí un día, por cierto tarde ya, después de almuerzo, que me iba de ahí. Y entonces alisté (como decíamos nosotros en ese tiempo, todavía se usa mucho la palabra), alisté “la mica”,⁷ y devolví el machete (o lo que quedaba del machete) y la lima, y emprendí viaje hacia Parrita. Llegué a Parrita a unas tres horas después, desorientado, no conocía nada, no tenía ni siquiera idea cómo era Parrita. Oía a muchos que decían “el Barrio de las Latas” y el “campo de aterrizaje” y “La Julieta” y “El Descanso” y otras cosas así por el estilo, pero no tenía yo ninguna idea de cómo era aquello. Claro que al llegar desorientado yo me fui hacia el campo de aterrizaje, por donde está la población, está la agencia de policía y eso, y tratando de orientarme para ver dónde podría conseguir algún trabajo, en fin, qué se podía hacer.

Afortunadamente, estaba yo viendo una lista de cartas rezagadas en el correo, propiamente en una esquina del mismo edificio, cuando vi que llegó un par de muchachos a la otra esquina. Me llamó la

6 Las personas guanacastecas son las oriundas de Guanacaste, una de las provincias de Costa Rica ubicadas en el Pacífico del país y que colinda al norte con Nicaragua.

7 Se refiere a que alistó sus pertenencias.

atención alguna cosa en los muchachos éstos, pues aunque estaba a unos diez metros de ellos (calculo yo que ése era el frente del edificio) tuve la sensación de haber visto algo, algo que yo conocía en el muchacho, en uno de ellos. Y como en una forma disimulada, diría yo (aunque no había nada que disimular) pues traté de acercarme a los muchachos. Y efectivamente la sorpresa fue agradable porque uno de ellos era un muchacho de nombre Everardo, que había estado cogiendo café conmigo en una oportunidad donde Peters. Y habíamos hecho una amistad buena. Siempre nos poníamos en calles seguidas a coger y estábamos conversando. Y la muchacha, a la muchachilla que a mí me gustaba, yo le mandaba saludas con él, y si ella decía algo él me traía el mensaje, y bueno...

Claro que cuando nos encontramos ahí hicimos una gran conversación y hablamos de Grecia y de todo y él me dijo, “Bueno, no tenés que preocuparte porque aquí te va a sobrar más bien en qué colocarte”. Entre otras cosas me dijo que, propiamente el compañero que yo tenía en esa ocasión, en esa época de coger café, muchacho de nombre Humberto Jiménez, estaba trabajando en La Julieta, y que éste me podía ayudar en cualquier cosa si es que yo necesitaba.

De veras inmediatamente le di las gracias a Everardo y le dije, “Voy a ir a buscar ese tal Beto porque lo necesito. Es urgente verlo y si puedo hacer algo con él pues, de una vez, no quiero perder el tiempo”. Y fui a La Julieta.

Yo ni siquiera tenía una idea cómo era el restaurant o qué era lo que había, si era una cosa en grande o si era muy pequeño, o qué. Y al fin llegué al tal negocio y de veras era un negocio bien montadito, bien instalado, y vi pues toda clase de gente ahí, tomando café, tomando refrescos o cenando (ya era tarde) y entonces me pensé, “Voy a hacer una torta,⁸ voy a comer”.

8 En este contexto, la expresión “hacer una torta” significa hacer una travesura o algo extraordinario.

Y de veras la hice bien hecha. Ya completamente seguro de que era Jiménez el que estaba ahí en el restaurant, entonces me puse unos anteojos, y me puse un sombrero que tenía y entré muy serio al restaurant y me senté. Vino el muchacho Jiménez a atenderme y le dije yo, “Bueno, ¿y qué hay de comer?” “Ah”, me dice, “Hay chuleta, hay filet, hay bistec, hay sopa de pollo”. “Bueno no, dame algo bueno, dame un bistec pero encebollado, y grande, y un poquito de arroz”. Fue el muchacho y de veras, poco rato después regresó y le pedí un vaso de leche. También me lo sirvió ligero, rápido y después que terminé la cena, me sentía muy satisfecho y como para completar la torta, le pedí un paquete de Lucky. En aquel tiempo había cigarrillos americanos en Costa Rica, muy buenos por cierto. Era Chester, Lucky y Camel. Y entre ellos el Lucky era el que más me gustaba a mí. Pedí un paquete de Lucky. Yo notaba un poquito sorprendido al muchacho porque posiblemente no eran muchas las personas que pedían tanto como estaba haciéndolo yo. Pero él me sirvió.

Después que me fumé un par de cigarrillos, me levanté muy muy serio y salí como haciendo como que se me había olvidado pagar o algo así. Y siento que me agarra de la camisa y me dice, “Diay chaval, ¿qué le pasa?” Le digo, “Mirá es que no ando plata”. “Bueno, entonces llamamos la guardia, llamamos a la policía”. En aquel tiempo no habían guardias. Digo, “Bueno diay, llámelo porque no hay otro remedio”. Y el muchacho se me quedaba viendo como raro, como enojado, como con ganas de pelear veá, pero seguro pensaba que no era muy jamón⁹ el asunto porque puesto que yo era un poquito más grande que él. Y entonces, cuando yo vi que de veras la intención de él, como era lógico, era llamar al guardia, entonces me quité el sombrero y me quité los anteojos. Entonces me abrazó y me dijo, “¡Qué bruto! ¿Qué estás haciendo aquí?”

9 La palabra “jamón” en este contexto es sinónimo de “fácil”.

Bueno, lo demás pueden imaginarlo. Un encontronazo de un par de amigos que realmente nos habíamos estimado, pues cómo chiquillos. De una vez llamó al patrón, cabe agregar que el restaurant no era de él. El patrón era un señor, muy buena persona por cierto, se llamó, se llama Carlos Quirós. Lo llamó y le dijo, “Mire Don Carlos, este muchacho es uno de mis mejores amigos allá en Grecia y si hay chance podemos hacer cualquier cosa, aunque sea bajar el sueldo mío y arreglarle un sueldo a él o alguna cosa pero que no tenga problemas, que se quede aquí con nosotros. Yo se lo recomiendo. Yo me hago cargo de cualquier cosa.” Y entonces dijo Don Carlos, “Bueno, es prematuro decir que sí o que no, mejor mañana conversamos un poco más. Por ahora pues que se quede aquí el muchacho este Mejía y que duerma allí en la casa donde usted duerme también, que coma aquí, no hay problemas. Y a ver cómo se le puede buscar un arreglo al asunto”.

Y el día siguiente de veras, amanecí yo como si hubiera estado en mi propia casa, sin problema de ninguna especie. Comiendo bien, durmiendo bien. Con buena atención. También cabe agregar que la señora patrona, la esposa de Don Carlos, era magnífica persona, noble. Y nos trataba muy bien.

Así permanecí por un tiempo allí. Definitivamente Don Carlos resolvió que yo podía quedarme allí trabajando con Beto, aunque, Beto (le decíamos cariñosamente a Jiménez) pues aunque realmente no ameritaba el empleo de una persona más, pero por lo menos para los días de movimiento (la compañía pagaba como es costumbre siempre los trece, los catorces y los veintiochos o los veintinueves de cada mes). Y la gente duraba en esa algarada¹⁰ el pago por una semana casi. Y entonces pues el movimiento era una cosa grande, puesto que llegaban aviones casi fletados con mujeres de la vida

10 La palabra “algarada” es sinónimo de un tumulto producido por la acumulación o paso de mucha gente.

licenciosa que hacían su agosto también allí en esos movimientos de pago. También llegaban montones de comerciantes, el buhonero¹¹ que llamamos, sea joyero o sea que vende ropa o calzado. Y también llegaba inclusive algunos que llegan a explotar a la gente humilde, la gente ilusa, que se pone en mesas de juego y todo eso y entonces llegaron con naipes marcados o con dados cargados; en otras partes del mundo les dicen dados lastrados. Y hacían unas barbaridades. Algunos de ellos también murieron de una puñalada o de un balazo porque la gente era así de armas tomar.

Y ahí aprendí algunas cosas y viví muy bien, gracias a Dios. Casi éramos como los dueños del restaurant. Hacíamos muchas cosas no de mala intención, pero sí al gusto de nosotros. Por ejemplo, comprar el mejor pescado que se agarraba ahí en Boca Chica o el mismo Río Parrita: pardo colorado, que es algo de lo mejor que se conoce por acá. Comprábamos piezas de doce, quince libras. Nos comíamos toda la posta y luego vendíamos la osamenta a la señora de Don Carlos para las sopas. Y papayas, papayas; siempre íbamos, fuera uno o fuera el otro, a la finca Los Ángeles que era la más cercana, y comprábamos ahí, escogiendo en los mismos árboles las que queríamos. Y también algunas partes de papaya las negociábamos con Don Carlos para los jugos de papaya o los refrescos a base de papaya. Y así que las cosas iban muy bien.

Fue en esta época propiamente cuando enfermó mi papá y me vi obligado a salir a Grecia a ver la familia. Estuve unos días en la casa, de vagabundo. Vi que mi papá había mejorado de salud, entonces regresé a Parrita a seguir trabajando. Poco tiempo después, meses, recibí mensaje otra vez de que papá estaba enfermo, entonces volví a salir. Esta vez recuerdo que el mismo Don Carlos me regaló los pases en esos famosos cajones de ENTA¹² de ida y regreso a San

11 El buhonero es un vendedor ambulante de mercancías principalmente de poco valor.

12 Se refiere a la Empresa Nacional de Transporte Aéreo (ENTA).

José para que fuera a Grecia a ver a mi familia. Esta vez las consecuencias fueron graves. Mi papá murió y entonces me vi obligado a avisar a Parrita a Don Carlos que no regresaría pronto porque tendría que estar unos días en mi casa, pues, acompañando a mi mamá, y mientras pasaba un poco el efecto del duelo.

Cuando yo consideré prudente regresar, lo hice. Pero ya venía yo a Parrita con ciertas intenciones de no permanecer más ahí aunque estaba muy agradecido con Don Carlos y con Jiménez y con la señora patrona. Entonces vine a Parrita de nuevo y le dije a Don Carlos, “Voy a trabajar unos días nada más, tal vez un mes, pero me voy a ir y quiero ir a ver qué hay por Puerto Cortés, por Golfito, o alguna parte de esas. Tengo ganas de conocer, tengo ganas de andar”. Y de veras me dijo Don Carlos, “Bueno, eso es cosa suya. Aquí estamos contentos con sus servicios, pero usted es el que manda. Usted se gobierna, ya usted es hombre”. Cosa que me animó desde luego. Y así fue como estuve ahí con ellos por espacio, tal vez un par de meses y al salir ya definitivamente de Parrita lo hice yendo a Grecia de nuevo para ver a mi mamá, a ver qué consecuencias había de nuevo con la muerte de papá y eso. Por dicha las cosas andaban más o menos bien y ligero regresé de nuevo a la zona, esta vez a Puerto Cortés. Hice otra vez la gira en lancha de Puntarenas a Puerto Cortés, bastante mucho más larga que la de Puntarenas a Golfito, perdón a Quepos.

Y en realidad en Puerto Cortés pues no había nada. Puerto Cortés era nada más el sitio de ir a tomar guaro, de ir a ver muchachas, de ir a donde llegaban las lanchas con las mercaderías y esas cosas. Pero ahí no había nada. Un par de fincas particulares, una de los señores Rodríguez y otra de los señores Webb, que, dicho sea de paso, pues no eran mayor cosa. Ellos cosechaban la fruta por su cuenta y la entregaban a la compañía bananera vendida en forma directa. Y después la compañía se encargaba del resto. Ah, recuerdo que había otra finquita pequeña de unos señores Lazo. Eran tres, pero ninguna de las tres componía.

Así las cosas, resolví entonces trasladarme a Piedras Blancas que en este tiempo, en esta época, estaba en su apogeo, es decir era lo que llamábamos en términos generales, fincas nuevas, donde la gente siempre está emigrando por una o por otra razón. La gente siempre es más brava, más ¿cómo dijera yo? más antisocial. Todos viven haciéndose la guerra unos con otros y entonces peleándose, celando las mujeres las esposas. En fin es una cosa de locos.

Y así llegué yo a Piedras Blancas, desorientado, buscando informaciones, tratando de acomodarme. Realmente, llegar uno a una zona inhóspita donde no hay casi de qué agarrarse porque no hay casi nadie que sea así como amable, que sea, que tenga cara de buen amigo, todo es duro. Sin embargo, me encontré algo muy especial: me informaron que el mandador de Finca Limón era un muchacho que se llamaba Alfonso Lizano. Aunque podía ser otro Alfonso Lizano, yo recordé que un compañero mío de pupitre en la escuela se llamaba Alfonso Lizano, y me di a la tarea de buscarlo en la finca, en la casa, en todas partes hasta que lo localicé. Y efectivamente era mi compañero de pupitre, dicho sea de paso, pariente de la que hoy es mi señora.

Y claro que se alegró mucho cuando me vio y me dijo, “No te preocupés, aquí no vas a tener problemas. Vamos a ver en qué te colocamos”. Ese día llegaron otros muchachos también a buscar trabajo y recuerdo que colocó tres, incluyéndome a mí. Y por casualidad fuimos los tres al mismo sitio, uno como conchero y otro como lavador, que era yo, y otro como estibador o acomodador en el carro, en el furgón de ferrocarril.

La experiencia de ese día fue una cosa fatal. Sí, ese día apenas iniciándose la labor, sería tres, cuatro racimos que se habían cortado y jalado para la bacadilla (así se llama el lugar donde se lavan los racimos de banana para embarcarlos) oíamos una bulla del cortador que gritaba al conchero diciéndole, “Bote esa fruta, bote esa fruta”. El muchacho que la tenía en el hombro no quería botarla y entre

otras cosas dijo, “¿Por qué la voy a botar? ¿No ve que pierdo un cinco?” (Era a cinco céntimos la fruta conchada para ponerla al cargadero ya fuera de la mula o fuera llevarla a la bacadilla cuando estaba cerca como ocurrió ahí). Y finalmente el cortador se enojó y lo trató mal y le dijo, “Bótelas hijo de tal porque lo pica esa víbora”. Entonces sí, claro sí entendió el conchero y la botó.

Y la sorpresa fue grande porque nosotros que estábamos en la bacadilla fuimos para ver la serpiente y estábamos viendo la primera cuando ya estaba afuera del racimo, cuando alguien de los que estaban dijo, “Mire otra, mire otra”. Era la segunda que estaba dentro del racimo, también terciopelo. Y quedamos un poco asustados verdad, asombrados de ver que ya eran dos las que estaban y alguien dijo, “No es raro que haya otra”, y efectivamente ya venía saliendo la tercera. El muchacho éste que estaba conchando, que era conocido mío, de una vez se fue. Dijo, “Bueno yo me voy. Yo aquí no me quedo de ninguna manera”. Y yo, pues, pensé algo parecido. Yo pensé, “Díay, la culebra puede aparecer allá en el monte, pero también puede aparecer aquí cuando uno la está manoseando”, y peor, me pareció a mí, que se podían salir de los racimos de banano cuando están metidas en el agua o algo así, como el agua ésta que se usa para lavar las frutas tiene un ácido que no sé cómo se llama. Todo eso me preocupó y me pensé, “No, voy a ir a hablar con Alfonso para decirle que mejor no, le agradezco el trabajo y yo me voy”.

Y así fue, pero como Alfonso pues realmente se sentía un amigo mío todavía, entonces me dijo, “No, no. No es necesario que hagas eso. Quedáte aquí y te acomodamos de alguna manera”. Y yo le dije, “Bueno según, ¿Según en qué?” Y entonces me dijo, “Andá, andáte ahí a la mulera y te ponés a hacer lo que están haciendo ahí aquellos muchachos que tengo ahí”. Y entonces fuimos a ver qué era la cosa y claro el trabajo era como jugando. Era sacar ciertos hilos, pedazos de vástago o de vena (eso se hace generalmente de venas de hojas de banano). Se juntan unas con otras hasta formar

una especie de colchoneta y eso se les pone a las mulas para poner el aparejo. Y entonces, claro ahí permanecemos unos días en ese trabajo, si es que se puede llamar trabajo, y ganando pues seis colones diarios, que era bastante decir en aquella época.

Aun así, un día conversando con Alfonso, nos dijo si, nos preguntó si estábamos contentos. En realidad teníamos que decir que sí, y no sólo contentos sino agradecidos. Estábamos ahí como vagabundos. Y nos dijo, “Les voy a ayudar un poquillo más. Hay una chamba que siempre se paga a cualquiera, a uno u otro, que siempre ganan unos dos cincuenta, tres colones, hasta tres cincuenta en un rato en la tarde o anocheciendo. Y preguntamos, “Bueno, y ¿en qué consiste la chamba?” Nos dijo, “En llevar las mulas de aquí. Cuando llega el último mulero y suelte el animal, entonces se manda a dos o tres peones para que las lleven al potrero”. Y entonces preguntamos, “Bueno, y ¿dónde queda el potrero?” “Ah, el potrero no está lejos, el potrero queda por ahí en aquella entrada que se ve más o menos allá, y de ahí son como unos cuatro cientos o quinientos metros hacia adentro. Ahí no más está el portillo. De ahí, nada más que uno se va bien adelante y abre y luego arrea, ya las mulas saben por dónde es y dónde tienen que meterse y todo eso”.

Bueno en realidad nos pareció que era fácil el asunto y le dijimos, “Sí, está bien, claro. Se lo vamos a agradecer también”. Y de veras, ya el primer día por cierto, el segundo, el día siguiente después de habernos hablado de eso, se presentó la primera chamba esa. Y claro, era como robarle la plata a la compañía, hombre. Yo calculé honradamente que quizás un colón, un colon cincuenta, era buen pago para hacer ese mandado. No había que hacer ningún esfuerzo físico, solamente gritar un poco arreando las mulas.

Fue así como permanecemos ahí unos pocos días. Recibimos el primer pago. Un primer pago que ya era pago, se podía decir, porque antes habíamos recibido otro paguillo, pero como una fracción de quincena y en realidad pues no alcanzó más que para

la fondera,¹³ pagar comida y comprar avena, comprar azúcar, comprar alguna cosilla para reforzar la dieta que era tan pésima. Y realmente no quedó plata para nada otra cosa. Pero cuando vino ese segundo pago, sí nos quedaban unos cuantos colones disponibles para otras necesidades. Entre esas necesidades pues siempre la de divertirse un poco si hay en qué, el día de pago o el domingo que sigue, y entonces resolvimos ir a dar una vuelta a un tal salón de baile que había cercano, propiamente en Piedras Blancas, para ver qué era el ambiente y qué clase de muchachas llegaban y eso, pues la curiosidad siempre de los muchachos verdad.

Así ya llegamos al salón de baile, pues contentos verdad, de saber que íbamos a estar un rato ahí entretenidos. Pero la experiencia que tuvimos fue una cosa realmente lamentable. Estábamos tranquilos, pues más o menos contentos. Estábamos, no digamos que cómodos, porque no había ni en qué sentarse, pero sí estábamos parados en una orilla del salón cuando se apagó la luz, casi simultáneo con un grito, un grito de esos de horror que se escuchan casi sólo en las películas. Y claro yo lo que hice inmediatamente pues tocar alrededor a ver si estaba mi compañero y sí efectivamente allí estaba a la par. No había pasado nada.

La sorpresa desagradable y grande fue cuando se encendió la luz de nuevo y casi en el centro del salón había un señor con un puñal metido en la espalda. Y supuestamente, supuestamente muerto ya. Fue una cosa de escándalo, una cosa que yo nunca la había presenciado, y casi ni me la imaginaba. Yo sabía que habían todo ese tipo cosas en la zona bananera, pero por dicha no me había tocado todavía ser testigo de una cosa de esas. Y pronto intervino la autoridad, una autoridad de esas de aldea que no saben qué hacer.

13 La palabra “fondera” refiere a la “fonda”, soda o negocio que se encarga de preparar y vender comida.

Se paralizó todo, inmediatamente se fueron hacia el centro de Piedra Blanca para buscar el mandamás y, inmediatamente, regresaron de veras. Fue una cosa que, en eso sí, hubo ligereza.¹⁴ Pronto llegaron y ya había personas ahí pues más o menos influyentes y ya alguien dijo, “No, este señor está muerto hace rato. Es mejor que lo aparten así quietecito como está”. Por casualidad estaba con el puñal, es decir estaba boca abajo, entonces se podía mover con un poco de cuidado, unas cuantas varas y que la gente siguiera bailando si quería. “Aquí no ha pasado nada”. Ese es, ése era el sistema.

Claro que ahí no terminaba el asunto porque había que buscar a un posible criminal. Y entonces estaban haciendo ese movimiento y tratando de mover el cadáver, que ya era cadáver naturalmente, pero a la vez estaban poniéndonos a todos a formar una fila india¹⁵ para hacer registros y tomar nombres y filiaciones y un montón de cosas que hacen las autoridades. Y fue una cosa realmente desagradable porque por casualidad el compañero que me servía a mí esa noche, tal vez no sería una persona de malas intenciones, pero era tan común eso de andar con las armas en cualquier parte, que ya no era extraño ver ni a un niño con un gran puñal metido debajo de la ropa. Y este muchacho que estaba a la par mía, tenía un puñal tamaño grande metido debajo de la ropa y era un problema grande porque la luz ya estaba encendida; no había manera de hacer ningún movimiento extraño. Era peligroso que lo vieran, y entonces me comunicó el asunto.

Me dijo, “¿Qué, qué hago? Tengo un puñal encima”. Entonces le dije yo, “Bueno disimulemos un poco y cambiemos de sitio”. O sea que él se pasaba para donde estaba yo parado y yo me pasaba para donde estaba él, con el propósito de planear un plan de defensa. El plan era sencillo, únicamente se ocupaba un poquito de rapidez y

14 La palabra “ligereza” es sinónimo de “rapidez”.

15 Una “fila india” implica que las personas se ubiquen una detrás de otra.

serenidad. El plan consistía en que cuando el policía llegaba adonde mí, entonces yo, espontáneamente, me abría la camisa. Al abrir la camisa entonces prácticamente le tapaba a él casi todo el cuerpo. En ese momento él estaría listo y tiraría el puñal al zacate. Pronto yo cerraría mi camisa, se convencerían de que yo no tenía nada, ni en los zapatos ni en ninguna parte, y cuando llegaban adonde él tampoco tenía.

Muy bien, no fue tan fácil. Quizás los dos estábamos temblando, pero se hizo, por dicha y no tuvimos contratiempo. Permanecimos un momento ahí, pues es lo prudencial que calculé yo, y pregunté a las autoridades si nos podíamos retirar. Y nos dijeron, “Tienen que esperar un rato”. Un rato que son como siglos, porque ese rato consiste mientras llaman al alcalde o un juez, el más cercano, pueden ustedes imaginarse que el más cercano pues podía ser el de Golfito o el de Puerto Cortés, más o menos unos cien o ciento diez kilómetros de distancia. Nada fácil de irlo a buscar. Aparte de eso en esta época no había camino de tierra o carretera y el movimiento había que hacerlo por ferrocarril, aunque fuera en “motor car” que es un poco práctico, pero siempre habría el problema de que había que dejar el carro y ir andando a buscar el juez, correr el riesgo de que el juez también estuviera de tómbola, y en fin todas esas cosas. La cosa final es que casi amanecimos, serían tal vez las tres, tres y media de la mañana cuando apareció el juez, porque habían ido a Golfito a traer el juez. Que ellos creyeron que era más fácil porque allá en Golfito la oficina estaba más o menos bien montada y suponiendo que el juez no estuviera en condiciones, tal vez el alcalde (eso es otra cosa que vale la pena aclarar, que había de las dos cosas, había alcalde y había juez). Y en el remoto caso de que los dos estuvieran mal pues tal vez podían autorizar al asistente, el secretario. Ya esos secretarios se ponen prácticos y pueden hacer las cosas a veces mejor que los mismos titulares.

Y muy bien, a esa hora llegó el alcalde, es decir el juez. Tomó las medidas de precaución que son de rutina y ordenó el levantamiento

del cadáver. Una cosa sin importancia porque no había familiares, no había nada. Era una persona que nadie sabe de dónde vino, ni cómo se llama, ni nada. Es la misma autoridad, propiamente la misma compañía bananera, tenía que asumir todos los gastos de ataúd, de entierro, de sepultura, del cementerio, de... bueno, todo lo relativo al entierro. Y, bueno, cuando la policía, entonces ya nadie preguntaba nada. Yo no volvía preguntar si me podía ir porque consideré que también era una actitud maliciosa de mi parte. Entonces ahí permanecemos, algunos cabeceando,¹⁶ ya durmiéndose, y otros pues bien, y otros se animaban a decir, “¿Guardia, me puedo tomar una cerveza o una coca cola?” Y algunos lo podían hacer. Yo no hice nada. Estuve quieto.

Cuando la policía dijo que nos podíamos retirar, sería cerca de las 4:00 de la mañana. Yo hice viaje con el muchacho, compañero de ahí de ese famoso salón hacia el campamento. Íbamos con mucho miedo. Si una gallina cacareaba o un gallo cantaba era motivo de parálisis. Y llegamos al campamento y no pudimos dormir. Tiene uno aquella, aquella silueta metida en las sienes y a veces son días que uno está pensando y viendo aquella cosa fea, desagradable. Y entonces ese mismo día hablamos, hablé yo con Alfonso y le dije, “Mirá Alfonso, ¿ya te enteraste de lo que pasó anoche ahí en El Resbalón?” Así se le decía al salón ese. Y era un hombre muy bien, muy bien puesto porque el salón estaba ubicado en una parte muy alta, en un cucurucho.¹⁷ Y claro que la gente que salía un poco pasada de tragos, no bajaba caminando, bajaba en un solo resbalón hasta la línea. Quizás de ahí vino el bautizo ése tan sabio. Y Alfonso me dijo, “Diay pero ¿qué tenés vos que ver con eso? ¿Qué te importa? Si estás bien aquí ¿por qué tenés que irte?” “No, no,

16 La expresión “estar cabeceando” significa “estar durmiéndose” a tal punto que es difícil sostener la cabeza por el sueño.

17 Un “cucurucho” es la parte más alta de un terreno, es decir la punta o el pico de la montaña o superficie.

no, ¡qué va! De repente el próximo muerto voy a ser yo. Y con esa clase de puñales que... no, no, no, mejor no, mejor yo me voy”.

Y así fue. No le dije ni que me diera el tiempo, ni nada, para no molestar. Yo le dije, “Después vengo”. Se usaba una frasecilla corta en inglés que creo que se decía “remain the role”. Es como decir “venir por algo que se quedó de pago”, “remain the role”, algo así. La cosa es que yo no quise molestar a Alfonso con papeles y cosas, y liquidaciones y vainas,¹⁸ y el día de pago yo me informé y vine a Piedra Blanca y retiré la fracción de pago que quedaba pendiente. Y entonces, definitivamente ya estaba trabajando cuando vine a, porque tuve mucha suerte cuando llegué a Golfito. Ese día yo no estaba viajando en ningún tren de pasajeros ni nada de eso, si no que la misma urgencia de irme me hizo guindarme¹⁹ en una bananera. Y llegué a Golfito quizás sería las 7:30 u 8:00 de la noche, e inmediatamente fui al hotel a conseguir hospedaje, y luego salí a caminar por ahí un ratito a conocer y refrescarse un poco, quitarse el ruido ese de los trenes y ya descubrí que en el restaurant ése, en el mismo hotel donde estaba, pues había de todo. Era un súper establecimiento. Había cantina,²⁰ había tienda, había salón de baile, había soda,²¹ había de todo. Entonces vi que estaban sirviendo en una mesa unas ensaladas de frutas con helados muy ricos y digo, “Bueno esto me cae bien”. Y entonces me puse a comer ensalada de frutas. El muchacho que andaba conmigo, el mismo que andaba conmigo cuando ocurrió el crimen, hizo lo mismo.

Estábamos comiendo ensalada cuando vino un señor y claro inmediatamente lo conocí y él me reconoció también. Y era un señor

18 La palabra “vainas” en esta forma de uso es sinónimo de “cosas”.

19 La palabra “guindarse” es sinónimo de “montarse”, “aprovecharse” o “subirse”.

20 Una cantina es un establecimiento donde se venden bebidas alcohólicas, similar a un bar.

21 Una soda es un establecimiento donde se venden alimentos pero más pequeño que un restaurante. Usualmente se enfoca en la venta de comidas y bebidas populares.

que cariñosamente le decíamos el gato Gómez, hoy día diputado a la Asamblea Legislativa con el mote²² de Gomeco. Y me dijo Don Gonzalo, que así se llama, Gonzalo Gómez Cordero,²³ “¿Y qué es lo que anda haciendo aquí?” “Bueno, buscando vida”. “Pues entonces ya la encontraste”, me contestó él. “Si quiere trabajar, mañana llegue a las 6:00 al aserradero”. Y me quedé como en la luna, porque se sorprende uno de tener una suerte así casi sin límites. Lo único que pregunté, “Bueno, ¿pero dónde es eso?”. No conocía nada más que ese hotel en ese momento. Y entonces me dice, “Eso queda de aquí más o menos un kilómetro, más o menos. Puede ser doscientas varas menos o más. Allí te espero en la mañana”. Y de veras, pronto nos fuimos al descanso para estar preparados en la mañana.

En la mañana muy temprano desayunamos y nos trasladamos al aserradero. Efectivamente no estaba largo del hotel. Previamente hablamos con Doña Clarita de Romero, que son los dueños del hotel, eran en ese tiempo, y le manifestamos que íbamos a dejar el equipaje ahí, que cómo hacíamos. Entonces nos dijo, “Bueno, tráiganlo para acá para la oficina”. Y así lo hicimos. Dejamos el equipaje ahí guardado y nos fuimos.

Ese mismo día empezamos a laborar. No fue mucho lo que hubo que hablar previamente, solamente cuestión de nombres completos, números de cédula y eso para planillas y las boletas para el seguro de accidentes y esas cosas.

Claro, algo que preguntamos era qué íbamos a trabajar y qué íbamos a ganar. Y fue una cosa muy simpática para nosotros, pues después de estar trabajando duro en otras partes y ganando sueldos

22 La palabra “mote” significa “sobrenombre” o pseudónimo.

23 Gonzalo Gómez Cordero (conocido como Gomeco) fue diputado nacional en el periodo 1970-1974 por el Partido Liberación Nacional (PLN). Véase: <http://www.plncr.org/exdiputados>

raquíticos, nos encontramos con una sorpresa: el trabajo consistía en sacar todos los desechos de madera, todos los sobros de las tucas, lo que llamamos en otros términos costilla, o leña, del aserradero y llevarlos a determinado lugar en un carrito de línea pequeña. Y nos pagaban un colón por cada viaje. El viaje pues ya tenía su tamaño, más o menos. Podía ir costilla menos o costilla más, pero era una cosa que ya uno la podía calcular muy bien. Los mismos peones del aserradero, de la cuadrilla, le decían a uno, le aconsejaban, “No ponga más costilla porque le pesa mucho”, o algo así.

Y digo que fue una sorpresa muy simpática para nosotros porque ese día estábamos trabajando con otro muchacho que nos pusieron a ayudar, que no tenía trabajo en la cuadrilla y estaba sobrando, entonces lo pusieron con nosotros, o sea que éramos tres entonces con el carrito ese. Y el colón era para los tres por viaje. No es que cada uno iba a ganar un colón por el viaje, pero sí resultó muy bueno el asunto porque en el día hicimos treinta y seis viajes, ese día, como para empezar. Lo que quiere decir que entonces ya los treinta y seis colones divididos entre los tres pues nos daba un margen de doce colones para cada uno, lo que lógicamente nosotros consideramos bastante bueno y desde luego pues estuvimos muy contentos.

De ahí en adelante pues las cosas eran más favorables. En primer lugar, porque nunca bajó de los treinta y seis, cuarenta viajes, y en cambio sí llegó a subir hasta cincuenta o más porque era un aserradero que trabajaba en grandes; todo, todo, todo era para la compañía bananera. El aserradero no era de la compañía, era de una empresa que se llamaba Golfo Dulce Limitada. Pero trabajaba enteramente para la compañía bananera y entonces la compañía bananera no compra segundas, sino que lo que compra es solamente madera de primera calidad y en sus respectivas medidas. La compañía no tiene carpinteros para que estén haciendo cortes, perdiendo el tiempo adonde están construyendo. La compañía lleva todas las cosas a la medida y prácticamente los carpinteros lo que hacen es armar. Así las cosas, había muchos días en que según el tamaño

y largo de las maderas que pedía la compañía, pues el sobrante a botar era mucho mayor y entonces había que hacer muchos más viajes con el carrito ése y automáticamente nosotros ganábamos un poco más de colones.

Estuvimos muy muy contentos con el trabajo y aunque no era muy suave, que digamos, sí había que estar sudando constantemente y a veces habían pedazos de palos tan pesados que había que ponerlos entre dos y ponerlos propiamente en la base, en la plataforma, porque si los poníamos muy arriba no se sostenían, y bueno. Pues, estuvo bastante bien el asunto.

Como ocurre siempre cuando uno entra a trabajar en una empresa de esas características, pues, si uno no es una persona como muy huraña, como decimos nosotros, pues pronto ha hecho patio y ya tiene amistad con casi todo el resto del personal que trabaja en la empresa. Y eso ocurrió en el caso de nosotros, que pues no éramos así como muy bravos, somos más bien como nobles, y ligero hicimos amistad con uno y con otros y con otros. Y también, pues había la ventaja de que el Gato Gómez, como le decíamos a Gomeco, pues me trataba con simpatía. Eso lo observaron los otros compañeros del personal y eso pues creo yo que tal vez influyó un poco. Yo me metía en cualquier momento a la oficina con toda la tranquilidad, como si era mía, y me sentaba un rato en la mesa a conversar con Don Gonzalo, y, pues todo eso influye.

El asunto es que hubo un momento en que faltaron elementos en la cuadrilla permanente del aserradero, y entonces el mismo Gonzalo le dijo al encargado, o sea al aserrador, que si él no creía que yo y alguna otro de los muchachos que estábamos en la costilla –así le llamaban– podíamos servir en la cuadrilla. Y entonces dijo Don Luis Ángel Castro, que era el aserrador, dice, “A mí me parece que Mejía puede ser muy bueno para este trabajo acá. Y en ese caso llamemos a Mejía y que él escoja el compañero que él crea mejor de los dos que sobran”. Y entonces, de veras me llamaron a

la oficina y me plantearon el asunto y me dijeron, “Vas a trabajar un poquito más duro quizás, pero vas a ganar mucho más ahí. Se trabaja con un contrato firmado”. Y claro que me gustó la idea. Además, pues un poco de seguridad que se adquiere pues ya uno se considera un peón de cierta categoría y tiene la idea de que no va a ser desplazado fácilmente y todo eso, pues me ayudó. Y yo les dije, “Magnífico”, y además les agregué, “Creo que el compañero muy bueno para ese puesto puede ser fulano”, que naturalmente era el compañero mío.

Y ese mismo día nos pasaron y nos llamó el aserrador, Don Luis Ángel Castro, y nos dijo, “Bueno mirá, Mejía y Sánchez, vamos a hacer un tanteo.²⁴ Pongan mucha atención, no hagan loco,²⁵ trabajen con mucha calma. Vamos a perder tal vez unas mil, dos mil, tres mil pulgadas de aserrar pero vamos a hacer que ustedes se hagan al trabajo”. Y yo le dije, “Bueno, está bien. Dele viaje”. Y comenzó el movimiento. Vino la primera tuca y antes de que la tuca saliera de la sierra, él venía y nos explicaba cómo debíamos de agarrarla, la costilla, y dónde la debíamos de colocar, si abajo o si arriba, si a un lado, en fin, todas las indicaciones necesarias de acuerdo también con el tamaño de las tucas, que muchas veces eran terriblemente grandes. Entre otras cosas, cabe agregar que hubo tucas de una madera muy especial que se llama espavel,²⁶ que hubo que volarle hacha tal vez hora y media, hasta dos horas, para poder hacerle un nido en todo lo largo de la tuca para que pudiera entrar en el aserradero y que la pudieran agarrar bien las dos sierras, porque el aserradero era grandísimo y de lo que llamamos de doble mandril, o sea con una sierra abajo y otra arriba.

24 Un “tanteo” es una “prueba”.

25 La expresión “hacer loco” refiere a “hacer travesuras” o a hacer “cosas indebidas” como jugar en el trabajo cuando no se debe.

26 La madera proviene del árbol de espavel. Este árbol crece en varios países de América Central, incluyendo Costa Rica (más frecuentemente en el Pacífico). La madera es color marrón rojizo.

Y de veras así empezamos a trabajar: despacio, despacio, despacio. Creo que ese día, todos salieron por dentro;²⁷ nosotros estábamos ganando un sueldillo base de doce colones. El día siguiente Luis Ángel trabajó a ratos ligero, a ratos despacio, según la tuca, y si nosotros nos veíamos un poco maneados, él nos llamaba y nos decía “hagan así, así, así, pero no hagan loco”. Y fue así como pronto, calculo yo tal vez sería unos tres, cuatro días, ya la cosa andaba bien. Ya nos pusimos mañosos, inclusive maliciosos. Si notábamos que una sierra no estaba trabajando como nosotros calculábamos que era bien, parábamos un poquito y preguntábamos, “¿Hay una sierra floja aquí o qué pasa?”

Nosotros teníamos que hacer un trabajo muy muy, de mucho cuidado y peligroso, que consistía en pasar la tabla, pero la tabla entera, lo que erala tuca, por una máquina que la llamábamos “reaserradora”. Una vez pasaba la tabla por esa reaserradora que tenía tres, cuatro, cinco sierras, pequeñitas, ya la tabla salía en lo que llamamos tablilla para traslapo, o algo así. Ese trabajo era sumamente difícil y peligroso. Recuerdo que una vez estuve lerdo y una de las sierritas esas sacó un nudo y lo disparó con una potencia de cañón y me lo pegó en la cabeza. Y aunque el tuquito que me pegó en la cabeza pesaría quizás una onza o un par de onzas, fue suficiente para que me diera una especie de conmoción cerebral y me despertara a horas después en el hospital de Golfito. Era una cosa terrible.

Pero pronto nos pusimos, y llegamos a ser casi indispensables en la cuadrilla. Claro que de la misma forma que aprendimos nosotros, otro pudo haber aprendido y supongo que habrán ahora elementos capaces trabajando en todas esas cosas. Pero en la época en que estuvimos nosotros llegamos a ser tan indispensables que, por ejemplo, recuerdo una vez que tenía el dolor de muelas y debía de

27 La expresión “salir por dentro” significa verse afectado o perder por un negocio o trabajo que se hizo.

sacar unas muelas y entonces hubo necesidad de que mi compañero trabajara dos guardias continuas para que yo pudiera ir al dentista, y luego de un ligero descanso, volver yo al trabajo para que él pudiera descansar. Y así eso ocurrió varias veces, inclusive, no en las cosas buenas sino en las cosas malas. Hubo ocasiones en que él o yo tomábamos algunos tragos en la noche, el día siguiente no estábamos en condiciones y el que estaba en mejores condiciones ése llegaba a hacerse cargo del trabajo mientras el otro se restablecía y volvía, aunque hubiera que hacer un cambio de guardia. Porque durante los cinco años que trabajé en ese puesto fijo del aserradero trabajamos quince días de noche y quince días de día. Así es que cada uno tenía su guardia ya establecida.

Fue una vida realmente agradable la que tuvimos ahí. No digo que buena; está uno en sus años de juventud y casi siempre está haciendo cosas de las que no son mejores. Y claro que como dice un cuento viejo, no sólo de Costa Rica, sino de otras partes del mundo, que es muy difícil estar metido en un charco y salir limpio. Es lógico entender que uno en esas edades y metido en esa clase de gente, pues, es hasta peligroso hacer lo mismo. Y entonces pues, sí hicimos bastantes cosas incorrectas, como también hicimos buenas. Como considero yo que estar durante cinco años en un sólo puesto en una empresa ya no es pues una cosa pues desagradable, ya es una cosa que hasta le da un poquito de orgullo a uno cuando lo puede contar, porque eso demuestra pues que uno ha tenido condiciones suficientes para desempeñar ese puesto. Y aunque sea en un trabajo de industria, o lo que sea, pero siempre si permanece por años pues ya eso le da a uno cierta idea de que sirvió.

Ahí estuve muy contento, la gente me tuvo mucha confianza, no era difícil en ningún momento conseguir plata si uno se quedaba sin plata. La cosa más desagradable que me ocurrió en esta época es cuando mi mamá se enfermó y murió. Yo tuve una experiencia tan desagradable que no encontraba qué cosa hacer, me sentía como desmoralizado. No sé por qué pero había habido una época

de ligeros trastornos en el aserradero. Algunas máquinas no funcionaban bien y había que pararlas para someterlas a reparación. A veces la cepilladora, a veces el motor, a veces las sierras, en fin, a veces el wincher. Era un wincher enorme, como trescientos metros de cable, para sacar la madera del mar. Y entonces, como nosotros estábamos con un contrato firmado, el día que no trabajábamos, ese día ganábamos doce colones. Lo que quiere decir que para aquella época, una semana sin trabajar siempre teníamos sueldo bastante elegante. Y entonces, claro, que si no había que trabajar pues entonces eran peor las cosas, porque nos íbamos a pasear en botes con muchachas o nos poníamos a tomar licor en los salones de baile y entonces las cosas se desquiciaban.

Y ese día fue una cosa terrible. Yo estaba un poco enfermo, me sentía un poco mal, y estaba yendo a donde el licenciado Claudio Arias para que me pusiera unas inyecciones y un reconfortante. Iba yo hacia la farmacia cuando me topé el muchacho de la correspondencia y por casualidad le dije, “¿No llevas nada allí para Francisco Mejía?” Y me dice, “Ah, qué casualidad, llevo un telegrama”. “Ah bueno, pues dámelo entonces”. Y el telegrama era justamente avisando que mamá estaba muy enferma. Y entonces tuve como ganas como de devolverme de no ir a la farmacia, dije, “No, voy a ir allá”. Pero cuando había caminado un poco, reaccioné y me pensé, “No, bueno voy a devolverme, voy a ver qué puedo hacer”. Recuerdo bien que cuando yo me fui del aserradero para la farmacia tenía veinte céntimos en la bolsa. Ese era todo el capital que me acompañaba. Y entonces le dije a mi compañero que me diera quince céntimos para el fresco. El fresco valía treinta y cinco céntimos, un fresco grandotote y sabroso, allá donde Romero. Y esa era toda la plata que tenía al recibir el telegrama.

Yo regresé al aserradero y le enseñé el telegrama al compañero y me volví a ir. “Voy a ir a que me pongan la inyección, ahorita vengo”. Cuando volví de poner la inyección, era una cosa realmente grandiosa que me llenó tanto de júbilo que me sentí feliz,

aparte de que estaba dolido por la enfermedad de mi mamá. Pero el primero que me llamó fue Don Gonzalo y me dijo, “¿Es cierto que Doña María está...”, él la conocía bien, “...está enferma?” “Sí, Don Gonzalo”. “¿Y qué piensa hacer?” “No lo sé, no tengo plata”. Me dice, “La empresa le regala los pases en avión ida y regreso y le presta doscientos colones para que haga el viaje. Si necesita más plata saca el tiempo. Dice Sánchez que puede sacar lo que él tiene y con lo que usted tiene ya hace más de trescientos colones”. “Está bien Don Gonzalo. Telefóneee entonces que me guarden campo”.

Y fui al campamento (propriadamente en el mismo campamento dormíamos y comíamos porque nosotros estábamos en la planta baja y en la planta alta estaba la familia que nos daba de comer). Recuerdo que el señor era de apellido Maroto y ya lo sabía también. Y me llamó. Me dice, “¿Es cierto que tenés tu mamá enferma?” “Sí”. Entonces ése no me preguntó nada sino que tenía como un rollito hecho, como un cigarro, y me lo puso en la bolsa. Yo lo saqué, lo desenvolví, eran doscientos colones., Me dice, “Lléveselos”. Yo le di las gracias, y le dije, “No Maroto, ya tengo con que hacer el viaje”. “Lléveselos”. Me tomé un poco de agua, y bajé al cuarto y cuando bajé en el cuarto estaban cien colones en la almohada. Ni supe nunca quien los puso.

El día siguiente viajé a Grecia con seiscientos colones en la bolsa. Me sentía orgulloso. Llegué a Grecia y de veras lamentablemente ocurrió lo que tenía que ocurrir: la muerte. Yo sufrí mucho. En realidad la madre es quizás el tesoro más, más preciado para todos los seres humanos y claro que me costó mucho adaptarme a la idea de que ya no tenía mamá.

Pero pronto regresé a Golfito. Y entonces tuve otra experiencia muy simpática porque me convencí que de una vez por todas de que cuando uno quiere ser bueno lo puede ser. Cuando yo regresé a Golfito. Yo había hecho algunos arreglos allá, había pagado algunas medicinas que estaban pendientes y ataúd y un montón de cosas. Y prácticamente gasté toda la plata.

Y cuando regresé a Golfito, pues, los consabidos pésames y todas esas cosas y vino ya el trabajo de rutina y empecé yo a recibir los pagos en fin de semana. Ciento diez, ciento veinte, ciento cuarenta colones. Llegaba a donde Maroto y le entregaba el pago íntegro. Allí mismo me daban los cigarros, los fósforos. Si me hacía falta un jabón para baño le decía, “Conseguíme un jabón”. Y yo vivía completamente una vida solitaria, sin despreciar los amigos naturalmente. Ellos me decían, “¿Mejía vamos al cine?” “No, no tengo ganas, voy a leer un rato”. “Mejía ¿vamos ahí a la mesa?” Ahí, ahí mismo nos poníamos a jugar naipe. A veces jugando tiempos, a veces jugando chumicos,²⁸ cincos o dieces por pasar el rato. “No, no tengo ganas. Déjenme quieto”. “Mirá, te vas a enfermar”, me decían. “No, no, no, si no estoy enfermo. No, no, no crean que estoy mal, que estoy psicológicamente afectado ni nada de eso. Estoy perfectamente bien”. Y yo llevaba un control verdad, yo llevaba un apunte. “Tanto le di a Maroto, tanto le tengo que pagar, tanto me queda, tanto de cigarros”, en fin, un detalle más o menos correcto de las cuentas y cuando yo calculé que yo tenía los seiscientos colones ya a favor, entonces fui y le pregunté a Maroto, “¿Cuándo quiere que le devuelva la plata suya?” “Cualquier día, no te preocupés por eso”. “Entonces bueno, te lo voy a devolver ya”. Entonces fuimos al cuaderno, al libro, hicimos cuentas, me entregó lo que me correspondía. Entonces pregunté entre todos si alguien sabía quién había puesto cien colones en mi cama, “no nadie”. Bueno. Así estuve ahí, ya repito, durante cinco años. Cinco años. Vino la complicación, las complicaciones políticas. Ya en el año ‘48, a principios la política se puso muy brava.

28 El juego de los “Chumicos” es un juego tradicional practicado en Costa Rica que tiene grandes similitudes con el juego de las “bolinchas”, la “chócola” o las “canicas”. El objetivo del juego es golpear otro “chumico” (bolincha/canica) o un clavo de metal con un “chumico” que es una semilla color oscuro de alta dureza proveniente del árbol de chumico (*Curatella americana* según su nombre científico).

CAPÍTULO IV

LA REVOLUCIÓN DE 1948

Este capítulo relata la participación de Francisco en un evento que él mismo y muchos otros costarricenses designan “la Revolución de 1948”, la que probablemente era el evento más dramático y sangriento que ha experimentado Costa Rica en el siglo veinte. Muchos otros costarricenses, más que todo académicos, se refieren a ese evento como una “guerra civil”, y no una “revolución”. Los eventos mismos, bastante violentos pero de una duración de meses y no de años, han sido relatados y documentados ampliamente en muchos libros y artículos (véase, por ejemplo, John Patrick Bell, *Crisis in Costa Rica: The Revolution of 1948*. Austin, Texas: University of Texas Press, 1971). Hemos dejado la terminología empleada por Francisco en su narrativa sin cambiarla en absoluto. Es una de las pocas explicaciones de la guerra civil que no provienen de las élites, las posiciones institucionales o de la investigación académica.

Para ubicar este capítulo en su contexto histórico, es importante que el/la lector sepa que durante la Segunda Guerra Mundial, en los primeros años de la guerra, los soviéticos firmaron un pacto de no-agresión con la Alemania Nazi. Después, en el año 1941, como bien se sabe, Alemania invadió a la Unión Soviética. Costa Rica había declarado la guerra a los miembros del Eje (Alemania, Italia, y Japón) y se había juntado con los países Aliados bastante pronto, poco tiempo después del ataque japonés a la base naval hawaiana Pearl Harbor. Después de que terminó la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría surgió, las alianzas se remodelaron de nuevo. Costa Rica no estaba inmune a esas remodelaciones, y las alianzas personales y de partido cambiaron con ellas. Sin embargo, las condiciones y las alianzas locales también influyeron mucho en la política de partido, como se puede ver en la narrativa de Francisco que se presenta en este capítulo

Con relación a la política nacional que culminó con los hechos ya muy comentados de la Revolución del año '48, pues habría que remontarse un poquito hasta parte que tuvo que ver con la Guerra Mundial.¹ Había grupos que llamaban las "Camisas Negras", y habían grupos que llamaban también "Fascistas". Todo eso se mezcló en la política nacional y hubo persecución. Y el gobierno en el poder, pues hacía creer al público que era contraproducente que el partido contrario llegara a escalar el poder. Y fue así como entonces en ese lapso comprendido entre el año '44 y el año '48² se suscitaron algunos acontecimientos de importancia que fueron aumentando el calor en la gente, el enojo, visto que el gobierno en el poder pues era un desastre administrativo y de toda índole. Además, el público de todas las esferas sociales era maltratado en una forma impropia, únicamente por el hecho de ser del contrario político.

Recuerdo muy bien una reunión, lo que no recuerdo bien es el año, pues si no me fallan los cálculos es en el año '46, algo así, una famosa reunión que nosotros la llamábamos "Manifestación de Fuerza". Esa manifestación de fuerzas se celebró un domingo que era 13 de febrero de ese año, pero no estoy muy seguro cual año fue. Esa manifestación de fuerza era la última reunión que se hacía de ese tipo para llegar a las elecciones del año que seguía, siendo el candidato presidencial el Lic. León Cortés Castro.³ En-

1 Se refiere a la II Guerra Mundial, la cual efectivamente tuvo influencia en la política interna de Costa Rica, sobre todo después de que el presidente Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1944) le declarara la guerra a Alemania y empezara una campaña de persecución de alemanes, en alianza con el Gobierno de los Estados Unidos, lo cual no sería de agrado para los agro-exportadoras que tradicionalmente exportaba gran cantidad de café al mercado alemán.

2 En el periodo 1944-1948 el presidente de la República fue Teodoro Picado Michalski, que era cercano al anterior Gobierno liderado por Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1944) y al llamado Bloque de la Victoria (una alianza formada por el Partido Republicano, el Partido Vanguardia Popular (partido comunista) y el apoyo de la cúpula de la Iglesia Católica).

3 León Cortés Castro fue presidente de la República en el periodo 1936-1940 y posteriormente lideró el Partido Demócrata. Cortés volvió a ser candidato presiden-

tonces, la reunión o manifestación era a celebrarse en lo que ya todo el mundo conoce como Plaza González Víquez.⁴ En aquella época no tenía ninguna instalación, era completamente una plaza abierta. Unos de los camiones que estaban transportando gente a la manifestación eran los camiones de los señores dueños de la Hacienda La Argentina en Grecia, y pues casi todos, era una verdadera caravana la que pasaba por todas las carreteras del país que, aunque no eran muchas, pero sí era notable el tránsito, el deseo de la gente de participar en esa gran manifestación.

En ese tiempo, es decir en ese acontecimiento, ocurrieron cosas desagradables completamente porque la gente tenía el deseo de asistir, de participar de esa gran concentración, pero a la vez tenía gran temor de hacerlo por el temor a la Fuerza Pública, que, en ese momento, como les dije antes, trataba muy mal a la gente, golpeándola y hasta matándola. Recuerdo muy bien que en estos días yo estaba trabajando en un camión de Don José Quirós en Grecia y ese camión iba a participar también en el transporte de personas de Grecia a San José o de algunos de los lugares de Grecia donde había gente y no había transporte. Y fue así como llegó la noche del sábado 12 de febrero, víspera de ese acontecimiento y la gente, aunque tenía mucho temor a la guardia civil o a la policía de aquella época, estaba preparándose en una forma muy, muy completa, con almuerzos, con refrescos, con todas las cosas necesarias para asistir a la gran concentración y entre ellos, entre las cosas que prepararon habían muchas, pero muchísimas banderas, pequeñas y grandes. En ese momento era oposición, era para el Partido Cortesista.

cial en las elecciones de 1944, las cuales perdió contra el candidato del oficialismo. Después de este proceso, murió inesperadamente en 1946 después de las elecciones legislativas, por lo que no pudo liderar a la oposición en las conflictivas elecciones presidenciales de 1948.

⁴ La Plaza González Flores está ubicada en la provincia de San José.

Entonces fue así como a eso de las 12:00 de la noche se tomó una decisión. Inclusive se habló telefónicamente con algunos representantes, algunos líderes, y otros se conectaron por medio de coordinar la salida porque era muy peligroso que un camión saliera solo. Y entonces fue así como se empezó a reunir la gente, ya con sus carros, automóviles o camiones, en todo alrededor del parque de Grecia, y era una cosa realmente que emocionaba, porque la gente quería ir ya, pero hacía falta una persona que dijera, “Aquí estoy yo para ir adelante”.

Y entonces resulta que en esos días o en ese año, la Hacienda La Argentina había traído dos camiones alemanes Magirus muy buenos y grandes. Por lo menos para aquella época, eran muy grandes y sabíamos muy bien que los señores Herrero eran hombres de “rompe y rasga”, como decimos nosotros por acá, no les importa mucho la cosa, pero dicen las cosas como las sienten. Y entonces la gente estaba casi amotinada ahí en el parque de Grecia esperando este líder y casi todos coincidían en que tenía que ser los señores Herrero, uno de ellos. Y efectivamente, como a eso de las 2:00, o 2:30 de la mañana apareció Don Juan con un hijo, cada uno en un camión, con dos pistolas. En ese tiempo conocí yo las pistolas que se llaman “parabelos”, Parabellum. Son alemanas tipo luger que son armas de guerra, se puede decir; pesadas. Y este señor Herrero tenía una en cada mano, manejando con una en cada mano, y dijo, “Bueno, ¿qué pasó? ¿Están preparados?” “Estamos preparados”. “Pues vamos para adelante”.

Entonces ya yo estaba con el camión que yo tenía que trabajar allá en el parque también. Pero sabíamos que un poco adelante, cerquita del puente de Poró, ahí había un pelotón de policía. Entonces se había tomado precauciones, forrando los camiones con láminas de zinc, fuertes para evitar que hubiera muchos muertos en caso de un ataque o algo así, y se había reforzado también con maderas duras algunos vehículos. Y en fin se habían tomado ciertas precauciones de seguridad. Sin embargo, siempre tuvimos

un lamentable suceso en ese momento ahí, porque el Sr. Herrero pasó con su camión y no tuvo problemas. El otro Sr. Herrero, hijo, pasó con el otro camión y no tuvo problemas. Pero en el camión que traíamos nosotros, en el que venía yo, venía un muchacho que era muy entusiasta, muy eufórico, y al pasar por donde estaba el pelotón se enderezó, porque toda la gente estaba como acostada o agachada en los camiones, pero este muchacho se levantó o sea se paró, y levantó una bandera del partido, en alto. Y entonces a este muchacho lo mataron los de la policía, y fue el único lance feo que tuvimos. Ya llevábamos un cadáver en el carro, cosa que no es agradable de ninguna manera y cosa que también enardece más el ánimo de las gentes que quieren venganza, a veces. Aunque a veces no se puede hacer la venganza por ser el débil.

Era una cosa realmente fantástica, llegar a San José, a Plaza Víquez, porque era un mar de gente. Era una cosa realmente grandiosa y la gente estaba regada por todas partes de San José, pero todos iban rumbo a Plaza Víquez. Yo, en ese momento, ya tantos años después, no recuerdo ni por qué motivo, yo me había quedado en... Ah, ya recuerdo. Es que había una bodega en el Paso de la Vaca que era propiedad de los señores de La Argentina, y entonces allá estábamos almacenando la comida para la hora propia de regalarla, de repartirla, entonces traer camiones de allá de esa bodega a Plaza Víquez para empezar el reparto de comida. Entonces yo me había quedado allá en la bodega por alguna razón, y venía a pie atravesando todo San José, hay que atravesar todo San José desde el Paso de la Vaca hasta Plaza Víquez. Y se me ocurrió, pues no tenía ninguna noticia, sabía que era peligroso naturalmente, pero como que estuvieran ya maltratando a la gente o algo así, pues no, no sabía yo. Casi todos nosotros en esa época ya usábamos una cosa que llamamos "divisa", que es una cosa como un prendedor con los colores del partido que se lo pone uno como una gacilla o algo así en el pecho, en la camisa o en el saco si es que anda con saco, o en el sombrero. En fin, la cosa es que se vea, que quede a la vista la divisa para que la gente sepa que es lo que es uno. Y

entonces en ese tiempo yo estaba usando una cosilla que llamaban “cachucha”. Es una especie de gorra. Una cosa como un sombrero pero que no tiene ala.

Y entonces yo andaba con la divisa puesta en la cachucha. La cachucha es el nombre popular del aparato ese. Y al pasar la esquina, la esquina norte de La Catedral, sentí un golpe en la cabeza, y otro, y otro, y otro y cuando me di cuenta estaba en el suelo. Me patearon y me hicieron un montón de cosas y no sé ni por qué. Tal vez como para que no estorbara el tráfico que estaba en la esquina fue el que me salvó. Si no, quizás me hubiera matado a patadas. Y el tráfico, seguro para que no estorbara, vino y apartó un poco la gente y me sacó a mí y me puso en la acera y entonces ahí me recuperé y seguí el camino sin protestar. No se podía protestar.

Caminé hasta, hasta la calle que se conoce con el nombre de Paseo de los Estudiantes, rumbo oeste. De ahí, entonces por el Paseo de los Estudiantes, rumbo al oeste para llegar a Plaza Víquez. Ahí me di un susto grande, porque cuando había caminado unas 200 varas, casi llegando frente a la Iglesia de la Soledad oí un repiqueteo de ametralladora y pensé, “Bueno, esto ya se lo llevó el demonio, ¿eh?”. Y por casualidad ahí habían unas casas viejas, una creo que era el museo en esa época, una casa vieja de tipo colonial, con las puertas metidas y una grada. Y entonces yo me pensé, “Ve...” el sentido de la conservación, ¿verdad? Pegué un brinco y me acomodé en el cajón de la puerta. Y a la par mía cayó muerta una señora con una niña en la acera. Las balas pasaban como bolitas de vidrio por toda la carretera. Un ratito después alzarón a la muerta y la llevaron quién sabe adónde. No sé qué era lo que estaban haciendo. Y se calmó el ambiente. Yo me bajé de la puerta ésa y seguí el camino y llegué a Plaza Víquez.

Se celebró la gran concentración. Allá la policía no se animó a llegar a molestar porque estaban en inferioridad muy notable numérica, y era posible que corrían un riesgo. Sin embargo, después, en la

noche, tuvimos problemas grandes también porque por distintas partes de la capital y también en el centro de Alajuela habían grupos de gente que se denominaban algo de “choque”.⁵ No recuerdo exactamente el nombre que se les daba, pero era unos grupos de personas que casi todos eran de afiliación comunista, que desde luego estaban hechos una melcocha con el partido en el poder.⁶ O sea que gobernaban a medias. En este tiempo había dos o tres diputados en la Asamblea Legislativa, que se llamaba Congreso Nacional; eran del partido socialista, que se llamaba Vanguardia Popular. Había bastante fuerza humana de parte del comunismo. Desde luego apoyada por la parte de los calderonistas,⁷ que estaban en el poder. Casi todos eran comunistas, todos nacionales, sí de la Meseta. Sí, había habido movimientos de comunistas de la Zona Pacífica, de Puntarenas y de la Zona Atlántica para reforzar esas, es que no recuerdo el nombre, algo de “choque”. Tenían adiestramiento, en eso, para pelear y golpear, y era el tiempo que se conocía el famoso Blackjack que es un pedazo de hierro envuelto en un cuero. A veces le daban a uno con el hierro pelado. Pero casi todos los tenían envueltos en un pedacito de cuero, con un agarradero para estar seguro porque era un pedacito de hierro corto. Si no lo tenían amarrado con alguna cosa podían perderlo o podían, se lo podían arrebatar. Y entonces fue así como hubo bastantes problemas, hubo bastante gente golpeada y algunos muertos. Y pasó eso. Así las cosas, se calmó el ambiente, ya se tenía la seguridad de que las elecciones las iríamos a ganar por una mayoría aplastante.

5 Se refiere a las “brigadas de choque”.

6 Estar “hecho una melcocha” significa estar muy unidos con alguien. Efectivamente en este momento el Partido Vanguardia Popular (PVP) de los comunistas costarricenses apoyaba fuertemente –junto con la cúpula de la Iglesia Católica– al Partido Republicano en el Gobierno.

7 O sea partidarios del presidente Calderón Guardia.

Y regresé a Golfito y estuve allí hasta que llegó el día de las elecciones en el año '48 que fueron también en febrero creo, del año '48. A principios, la política se puso muy brava, y ya yo pues me creía un hombre maduro, con derecho a opinar y con mi derecho de ir a votar y todas esas cosas. Y entonces ya entré en conversaciones con los jefes, de las dirigencias de la oposición antes de llegar el día de las elecciones, que era el día más esperado en una gran parte de la historia de Costa Rica. Hicimos el viaje para ir a Grecia a votar. Eso trajo como consecuencia que yo me quedara en Grecia unos días, muy pocos por cierto porque no había mayor cosa que hacer en el pueblo, entonces me trasladé a Alajuela. En Alajuela conseguí un trabajo, bastante bueno. Ahí trabajé desde las elecciones hasta la revolución. Eso trajo como consecuencias, como culminación diría yo, la participación si se quiere activa, aunque sin un rifle, en todo el proceso de la Guerra Civil, que por cuestiones que a veces uno ignora, razones involuntarias que no debían de suceder caí preso.

Entonces fue así como yo, en vista de que no tuve suerte en Puntarenas, porque en ese tiempo yo no tenía cédula y había ya empezado ya la cuestión, a base de la misma política que se estaba viviendo, una cuestión de tipo sindical comunista,⁸ donde había cierta reglamentación, entonces investigaban qué color político tenía uno, en fin, era un problema grande encontrar trabajo. Yo me había trasladado a Puntarenas en esos mismos días para buscar trabajo.

Topé con suerte, hay buenas gentes siempre, por todas partes. Estaba construyéndose la aduana que está ahora en servicio y había un señor Bonilla ahí, jefe de personal, le expliqué la situación, le dije que no tenía ni qué comer y me dio tres días de trabajo. No sé en qué forma, quizá no apareciendo en planilla, no sé, la cosa es que me dieron tres días de trabajo en ese edificio acomodando

⁸ En esta época, el Partido Comunista de Costa Rica (después llamado Partido Vanguardia Popular) tuvo mucha fuerza e influencia en los sindicatos, principalmente de las provincias de Limón y Puntarenas.

latas de manteca vacías que en esta época se devolvían al país de origen para, seguro, volver a empacar verdad. Y luego me conseguí también en Cocal, unos días de trabajo en tareas. Llamamos nosotros “tareas”, o sea una especie de contrato por unidad; se estaban haciendo unos embarques grandes de cemento hacia los puertos de la Península de Nicoya y entonces le pagaban a uno, un diez por cada saco de cemento que se pasaba del vagón de ferrocarril a la lancha que lo llevaría. Ahí estuve ganando un dinero, pero el trabajo fue corto y entonces me trasladé a Golfito.

A Golfito llegué por lancha, porque había un ligero chance de la Compañía Bananera que lo transportaban a uno gratis de Puntarenas a Puerto Cortés o a veces también de Puntarenas a Golfito en forma directa pero muy lento porque la lancha era muy grande y seguro los motores muy lerdos. Era una famosa lancha conocida con el nombre de “Pachuca”, posiblemente porque jalaba pachucos.⁹ Yo me trasladé en esa época en otra lancha, no recuerdo ahora si era la María Mercedes u otra a Puerto Cortés. Estuve unos días en Finca Limón trabajando, no me gustó, había mucha terciopelo.¹⁰ Y me fui a Golfito, me enganché en Golfito con una especie de contrato también en un aserradero. El contrato consistía en sacar todo lo que llamamos desechos de la madera.

Entonces regresé a Golfito. La situación económica mejoró notablemente. En este trabajo que teníamos en Golfito se ganaba suficiente plata, había días colones, días de quince colones. Trabajaba en un aserradero. La empresa se llamaba la Golfo Dulce Limitada, era completamente particular, claro tenía un vínculo muy especial con la Compañía Bananera porque era el único mercado que tenía, o sea que el aserradero trabajaba exclusivamente para la Compañía

9 Un “pachuco” es una persona con hábitos sociales poco refinados y que utiliza un lenguaje coloquial, poco formal y más bien popular basado en dichos propios de su grupo social.

10 Una culebra muy venenosa.

Bananera. El trabajo mío consistía en sacar los desechos, que ahora ya se le conoce con el nombre de costilla, el sobro del aserradero que se hacían en pedazos de más o menos una vara, un metro de largo y entonces se acomodaban en un carrito de rieles y se sacaba a botar lejos del aserradero y nos pagaban a colón. Había días que sacábamos cuarenta carros, días que sacábamos treinta, es decir, dependía exactamente de la cantidad de madera que pasara por la sierra y a veces topábamos con algún poquito de suerte y habían un poco de tucas malas, entonces toda pasaba en desechos para ir a botar, entonces hacíamos hasta cincuenta carros, cincuenta pesos, divididos en tres, trabajábamos tres.

Fue así como yo permanecí algún tiempo allá en Golfito y claro volviendo a la cuestión política, pues siempre me mantenía bien informado de cómo marchaba la situación. Tenía conexiones con los líderes de la oposición en Golfito; recuerdo más que nada al finado Enrique Madrigal que después fue diputado de la Constituyente,¹¹ un señor Fernando Pérez y otros que ahora escapan a mi memoria, pero lo cierto es que me mantenía siempre informado y más o menos al tanto de lo que se debía estar pensando, pues cada uno en su sitio, cada uno en su lugar, y en esa forma estuve en Golfito hasta que se llegó el día de las elecciones en el año '48, que fueron también en febrero creo, del año '48.¹²

Y entonces en toda esa semana anterior a las elecciones yo estuve comunicándome con Don Enrique y con Fernando para ver qué podíamos hacer los que ya teníamos cédula. Ya yo había tenido cédula en esos días. Los que ya podíamos votar. Pero que estábamos inscritos lejos. Por ejemplo, yo estaba viviendo en Golfito y estaba inscrito en Grecia. Y un compañero que tenía ahí, también de Grecia, tenía la misma situación y éramos del mismo bando político. Y, así pues, así había muchas gentes. No tantas como uno hubiera

11 La convención que preparó la nueva Constitución de 1949.

12 8 de febrero de 1948.

querido porque era la zona bananera y era un baluarte del partido en el poder por la cuestión misma del comunismo y eso.¹³ Pero, el asunto era muy difícil, porque, en realidad, éramos muy pocos, y había temor. Todos teníamos temor. Exactamente por lo mismo porque éramos muy pocos y los calderonistas y comunistas eran muchos. Y entonces, fue así como yo estuve en conversaciones muy continuadas con Enrique y con Pérez, a ver cómo podíamos hacer para trasladarnos a la Meseta Central,¹⁴ para votar.

Y fue así como ya el viernes, conversando con Don Enrique, nos dijo, “No, definitivamente no, no se puede hacer nada. Lo único que se me ocurra es que ustedes se la jueguen”, como decimos vulgarmente, “Se la jueguen y se hagan pasar por comunistas o por calderonistas para que utilicen el transporte de ellos”. No me pareció mala la idea. Me parecía mala la idea en el sentido de que era mucho tiempo de ir, porque había que ir por la lancha, esta “Pachuca”, hasta Puntarenas, y en ferrocarril hasta San José, y en fin era un movimiento bastante lento. Pero con el deseo de participar en las elecciones, y siempre uno pensando que el voto de uno es el más principal, el que hace más falta, entonces me puse de acuerdo con el compañero para hacer el viaje juntos. No podíamos saber si en la lancha irían otros de nuestro mismo partido haciendo lo mismo. Pero nosotros estábamos haciendo eso. Fue un viaje bastante terrible porque era una cosa espantosa el vocabulario que empleaban los comunistas y calderonistas, que en este tiempo también se les daba el mote de “mariachis”¹⁵ para el partido contrario. No

13 Como ya se ha dicho, para las elecciones de 1948, el Partido Comunista de Costa Rica (en ese momento llamado Partido Vanguardia Popular) se había aliado con el partido oficialista (Partido Republicano Nacional). Particularmente, las zonas bananeras eran sectores muy afines al Partido Comunista, sobre todo por el importante trabajo sindical desarrollado por este partido en esas zonas. Muestra de esto fue, por ejemplo, la Huelga Bananera del Atlántico de 1934.

14 También llamado “Valle Central” el centro de población y vida económica del país dónde está ubicado el pueblo de Grecia dónde Francisco fue registrado para votar.

15 El mote o apodo de “mariachi” se usa particularmente para describir a los calderonistas y partidos herederos de esta corriente política.

sé, no sé de dónde apareció ese mote, cuál es el origen, pero se les decía mariachis, realmente no entiendo por qué. Lo cierto es que, hoy día todavía, se les distingue con el nombre de mariachis, y este mismo no sé si usted se fijó en la cuestión ésta, esta campaña de proselitismo que estaba realizando el Partido Unificación Nacional a base de tres candidatos, Guillermo Villalobos Arce, el doctor Trejos Escalante y Fernando Ortuño. Y uno de ellos, Guillermo Villalobos Arce, se distinguía en los periódicos con lo que conocemos como un mariachi mexicano, que es un hombre más bien pequeño, chaparro como decimos, con un sombrero grandísimo y una cosa que parece poncho en el hombro. No sé, yo realmente no sé de dónde vino eso, tal vez es que no lo he preguntado también. Pero bueno, lo cierto es que se les decía así y aún ahora se les dice.

Y era una cosa realmente dolorosa para uno estar soportando el vocabulario que empleaba esa gente para hablar mal de la oposición, que éramos nosotros. Lo más bonito que nos decían era “hijo e’ tal”, que es la palabra más ofensiva que hay por acá. Y después, “camisas negras, que matan por la espalda”, “fascistas”, “muertos de hambre”, bueno era una cosa escandalosa. Bueno, todo lo que sea ofensivo. Era terrible y no podíamos nosotros decir nada. Teníamos que reír. Teníamos que hacer que estábamos de acuerdo con lo que ellos decían también. Claro, por lo menos nos abstuvimos de decirlo nosotros. Solo lo soportábamos que lo dijeran los otros.

Al fin llegamos a Puntarenas. Recuerdo que llegamos a Puntarenas como a eso de las 7:00 de la noche, algo así y aquello era terrible. La gente con las carabinas al hombro. Es cierto que no habían muchas armas modernas, pero tal vez lo rústico de esos rifles Remington que había en esa época hacía más desagradables las cosas porque eran rifles enormes, como unos cánones que parecen tubos de cañería. Era impresionante el asunto. Claro que algunos andaban con unas ametalladoras y realmente a uno se le crispaban los pelos de estar viendo lo que estaba pasando porque uno se imaginaba que esto debe tener alguna cola, en alguna parte va a terminar.

Y esperando que el día siguiente eran las elecciones. Uno estaba siempre pensando si estos carajos van a llegar a las mesas electorales y a sabiendas de que casi todo el país es opositor, van a meterle balazos ahí sin control. En fin, uno estaba nervioso.

Como a eso de las 12:00 de la noche estábamos llegando a San José, en ferrocarril. El ambiente era el mismo. Igual que el de la lancha, un poco más agradable porque fue más corto, más rápido, pero el trato, el vocabulario, el ambiente era el mismo. Más bien un poquito más desagradable en el sentido de las armas, porque en todos los vagones del ferrocarril venían dos, tres, cuatro policías u hombres. Porque no tenían uniformes tampoco. Todos con armas. Me imagino que habían armado a un sinnúmero de personas que hacían esa cuestión que le decía antes, de “choque”, y no me recuerdo todavía el nombre que se le daba. El asunto es que llegamos a la estación del Pacífico de San José y empezaron a movilizarnos en Jeepones,¹⁶ en carros de carga, hasta el Parque Central. En el Parque Central había una especie de puesto general de control. Y entonces la gente debía de venir ahí como último punto. Los que eran de San José, ya de ahí podían retirarse para sus casas, pero los que eran de Cartago o de Alajuela o de otros lugares, entonces ahí había una especie de control para transporte.

Entonces yo tenía que trasladarme a Grecia con mi compañero. Entonces fuimos ahí a ese puesto de control diagonal al parque en el costado norte de la catedral; propiamente donde me habían metido los leñazos¹⁷ el otro día.

16 La palabra “Jeepones” utilizada refiere a carros marca Jeep que se caracterizan por ser tracción 4 x 4 y de gran tamaño. Justamente, es de su gran tamaño donde se deriva la expresión “Jeepón”.

17 La palabra “leñazos” describe golpes con un leño, aunque en este contexto refiere a golpes en genérico y no necesariamente utilizando un leño. En otras palabras, un “leñazo” es un golpe, más allá de con qué se haya dado.

Y un rato después nos mandaron con un jeepón a Alajuela. Entonces la cosa era más desagradable porque íbamos en el jeepón unas seis personas que habíamos venido en el ferrocarril, pero en cambio había unos ocho hombres con rifle, y aparte de eso con una ametralladora emplazada en la caseta del jeepón. Y uno casi no quería ni siquiera preguntar nada. Es decir, no hablar nada, porque era tan peligroso, y menos en el caso de nosotros que éramos contrarios políticos. Por casualidad una de las personas que estaba viajando ahí y más indecente para ofender iba para Alajuela también. Y nosotros íbamos completamente como envenenados, como deseando matarlo verdad, pero que no nos cobraran el hecho.

Y cuando nos bajamos en el cuartel de Alajuela, que era el punto final donde llegaba ese jeepón, de ahí tendríamos que buscar otro que nos llevara a Grecia. Entonces, ya era parte de la madrugada, cerca de las 2:00 de la madrugada, y entonces salimos de ahí de enfrente del cuartel con rumbo norte como buscando la calle principal que va hacia Grecia, para dar una vuelta, para estirar huesos, y llegar hasta un puesto comunista que había que lo manejaba un señor que se llama Rigo Álvarez, Rigoberto o Rodrigo, no sé qué será, Álvarez, que era un líder comunista y ése tenía una especie de puesto de control también para transporte. Ahí había comida, había bebidas. En fin, era una cosa más o menos arreglada. Entonces nosotros caminábamos cien al norte, doscientas al oeste y luego unas cien y pico al sur, buscando así el Mercado Central de Alajuela para llegar adonde Rigo Álvarez.

Fue una casualidad realmente que nos fuimos por ahí y el muchacho también iba por ahí. Hay ahí una parte un poco oscura, posiblemente diay, ¿cómo es el cuartel y todo eso pues no tiene interés la Municipalidad, la cuestión es que en el centro de las cien varas no había luz? Entonces estaba un poquito oscuro. Entonces ahí aprovechamos para desquitarnos un poquito y el compañero mío le dio un golpe al otro, malcriado, y casi lo mata. El muchacho cayó ahí, los desagües eran muy hondos, y naturalmente de concreto,

de cemento y el muchacho no se paró. No hubo pelea porque fue un solo golpe y nos fuimos y dimos la vuelta y llegamos adonde Rodrigo, un poquito temerosos pensando que el muchacho podía reaccionar y si nos encontraba íbamos a tener problemas. Aunque el golpe se le dio y no se le dijo por qué. Ya el plan estaba estudiado verdad. No se le dijo por qué. Después si teníamos problemas no íbamos a decir que éramos contrarios políticos.

Y el asunto es que llegamos adonde Rigo Álvarez. Yo lo conocía a él por casualidad. Él tenía negocio de zapatos, al estilo pobre, al estilo rústico, no tan moderno como está ahora, porque en aquella época pues no habían ni máquinas, él se dedicaba a eso. Y entonces nosotros, en el camión, de vez en cuando le habíamos dejado pasar algún rollo de cuero, algún rollo de suelas, o habíamos pasado a recoger alguna caja de zapatos para llevarla por San Carlos, por Naranjo o por alguna parte. Así es que yo lo conocía.

Yo entré con confianza. Conocía inclusive a la esposa, y llegué con confianza y saludé, “Bueno ¿qué pasó aquí? ¿No nos van a dar café, o qué pasa?” Y entonces nos dijo la esposa, “Sí, claro, cómo no, con mucho gusto”. Y ya, la pregunta, “¿De dónde vienen?” “De Golfito”. “Ah, ¿y Cómo está Golfito? ¿Cómo se ve aquello, políticamente hablando?” “Ah, bueno, todo es nuestro”, les decíamos nosotros. “Todo es nuestro”. “Ah, qué bueno”, decía la señora. “Y qué, qué, ¿Vienen con hambre?” “Pues sí, claro que tenemos hambre”. “¿Se comerían un tamal?”¹⁸ “Uno no, un montón”. Y entonces nos dimos una buena comida de café con tamales y ya en eso fue más o menos tres y media de la mañana algo así. Y entonces nosotros teníamos pues un doble motivo para buscar la salida para Grecia

¹⁸ El tamal es una comida típica mesoamericana que también se consume en Costa Rica con algunas particularidades. Su base principal es una masa de maíz o harina de maíz cocinada a la que se le agregan diversos productos (principalmente arroz, chile dulce, huevo duro, carne de cerdo y otros), los cuales son envueltos en hojas de plátano.

porque estábamos pensando en el golpeado y entonces podíamos tener problemas.

Fue así como entonces le hablamos a un señor que estaba encargado del transporte y le explicamos, “Tenemos que votar en Grecia y queremos trasladarnos a Grecia cuanto antes, para no tener problemas de transporte, llegar temprano a las mesas.¹⁹ Además, tenemos las familias en Grecia y pues queremos aprovechar el domingo para saludar a la gente”. Y entonces nos dijo el señor así, pero con una frescura que pasma, “No se preocupen. Montensen en esa cazadora²⁰ que está y van a San Isidro a votar”. San Isidro de Alajuela. Entonces, claro que nosotros nos sorprendimos verdad, aunque había que disimular un poco el asunto, pero nos sorprendimos, porque, ¿Cómo si estábamos inscritos en Grecia, íbamos a ir a votar a San Isidro de Alajuela? Entonces, “Pero, ¿Cómo es el asunto?” “Ah, vayan, vayan, allá hay gente que los va a recibir”.

Bueno, no había que decir nada, había que ir. Nos montamos en la cazadora. Era un frío terrible. San Isidro es una de las partes más altas que tiene la ciudad de la Alajuela, entre sus distritos, y es una región ventosa. Y nosotros que veníamos de Golfito, pues nos resentimos mucho. Estábamos temblando verdad. Pero hicimos la acción, naturalmente que votamos por la oposición, porque eso sí no podían ellos controlarnos, y entonces votamos.

No, no le pedían a uno nada de cédula. Ellos mandaban todo. Eran mesas donde no había ninguna vigilancia de parte de la oposición. Si acaso había alguno nombrado para esa mesa, la noche anterior lo habían metido en la cárcel o lo habían emborrachado o cualquier cosa. Pero ya sabían que esa mesa estaba sola, o sencillamente lo habían comprado también. Ya sabían que ese carajo no llegaba ahí.

19 Se refiere a las “mesas de votación”.

20 Una “cazadora” es un tipo de autobús antiguo.

O si llegaba no fungía. Entonces ellos estaban solos. Entonces, claro ahí dimos el primer voto ahí. Naturalmente, para la oposición.

Regresamos a Alajuela y entonces, inmediatamente entramos, a tomar otro traguito de café, y volvimos otra vez al puesto de control y preguntamos, “Bueno, ¿Ya hay chance de irse para Grecia?” “Bueno, no, no precisa.²¹ No se preocupen. Vayan a La Garita”. La Garita es un pueblo que está al oeste del pueblo de Alajuela. No, no estoy muy seguro a cuál cantón²² pertenece, si al Central o a Turrucare.²³ La cosa es que nos mandaron a votar a La Garita. Entonces, yo me pensé, “Bueno, aunque no soy un técnico en materia política ni cosa por el estilo, pero yo dije, ‘Bueno esto, esto sí que está muy mal, ¿de verdad? ¿Qué se hicieron los de la oposición? Esto tiene que andar mal’”. Entonces, yo salí obedeciendo, haciendo el tonto, y no me monté en la cazadora. Me retiré un poquito. El compañero mío me siguió y cuando llegamos a la esquina, le dije yo, “Bueno, parece que estamos solos, podemos hablar. Esto, esto es terrible, Algo, algo va a suceder. Es cierto que tenemos todo el país con nosotros, pero todos van a votar para el gobierno. Si esto no se frena, esto va a ser un escándalo”. Entonces me preguntó él, “¿Y qué podemos hacer?” “Bueno, yo sé que uno de los principales líderes en Alajuela es el Sr. Virgilio”, no recuerdo el apellido ahora. La cosa es que le digo, “Vamos a buscar a ese señor”. Y nos fuimos. Preguntamos donde vive Don Virgilio tal, “En tal parte, por allá, si es persona muy distinguida”. Y al final llegamos donde Don Virgilio.

Eran cerca de las 6:00, seis y media de la mañana. Y tocamos el timbre, salió una sirvienta y ya preguntamos, “¿Está Don Virgilio?”

21 La expresión “no precisa” hace referencia a que no hay urgencia o se puede esperar.
22 La división político-administrativa de Costa Rica es en provincias (7 provincias), las cuales tienen sus propios cantones y distritos.

23 La Garita es un distrito del cantón Central de Alajuela, de provincia del mismo nombre.

“Sí, está acostado”. “Bueno, dígame que se levante lo que es ligero, que la cosa es que precisa. “¿De parte de quién?” “De Francisco Mejía”. Qué me iba a conocer nadie, ¿verdad? Pero bueno ya yo le dije.

Y la muchachilla fue y le dio el recado y un rato después venía el viejo Chaverri, Don Virgilio Chaverri. Venía el viejo Chaverri estirándose, acomodándose los anteojos. “¿Qué pasa muchachos? ¿Qué se les ofrece?” “No, no, no, Don Virgilio, hágase para acá si la cosa es en serio”. “No, entonces pasen adelante mejor” dice. “Pasen adelante”. Entonces entramos, lo saludamos, nos presentamos, le explicamos, “Vinimos así y así y así. Somos de Grecia. Queremos llegar temprano a Grecia, pero acaba, acabamos de hacer esto. Acabamos de ir a votar a San Isidro y cuando nos mandaron a votar a La Garita nos venimos para acá. Diay ¿Qué, ¿qué es lo que pasa?” “Bueno, realmente no sé. Me sorprende porque estoy durmiendo o estoy dormido todavía.” Pero, me dice, “No se preocupen. Ya voy a buscar al Sr. Piza”, un señor de apellido Piza, que era delegado del Tribunal Supremo de Elecciones,²⁴ Delegado General para la ciudad de Alajuela. “Y ustedes, en la esquina, en la esquina de la cuadra hay una casa con número tal y ahí vive mi chofer. Vaya uno de ustedes a tocar el timbre y le dice que urge, que venga aquí para que se los lleve a ustedes para Grecia”. Claro él lo estaba diciendo delante de la sirvienta y eso. Entonces el chofer iba a creernos verdad. El viejo ni tomó café, de veras se preocupó. Se arregló, se peinó y se puso su saco y a pie se fue a buscar al Sr. Piza, que supongo que estaba durmiendo también.

Y entonces en el carro del Sr. Chaverri nos trasladamos a Grecia. Llegamos a Grecia temprano. Ya entonces sí podíamos hablar. Ya podíamos comportarnos como verdaderos miembros de la oposición, y entonces ya lo primero que hicimos fue empezar por

²⁴ Aunque para ese momento el nombre del órgano electoral era Tribunal Nacional Electoral. Hasta después de la Guerra Civil de 1948 se configuró como Tribunal Supremo de Elecciones, con independencia del Poder Ejecutivo.

saludar a ciertos elementos que nosotros conocíamos como líderes, entre ellos este carajo que vimos ayer, Licenciado Suárez, el otro Licenciado Ramírez, y algunos más. Y luego pues fuimos a dar el voto, y les contamos a ellos también lo que había pasado en Alajuela. Y entonces nos dijeron, “Bueno no, ya eso todo lo tenemos controlado. No hay ningún peligro. Aquí no va a pasar eso. Y muy bueno que ustedes hicieron eso en Alajuela. Tal vez Don Virgilio no está muy práctico en el asunto, pero nosotros sí sabemos cómo es la cosa”. Y estuvimos, estuvimos haciendo una cosa que podría llamarse “sinvergüenzada” pero una sinvergüenzada de poco tamaño, de poca importancia. Porque era la época todavía que se compraban votos con plata. Entonces un señor, que ya murió, por cierto, de apellido Peralta, Don José Manuel Peralta, estaba con una alforja de cuero, grande, en la acera de la escuela que era el recinto de votación. Sí, exactamente dónde está el banco ahora, regalando billetes de cinco a la gente. Llegaba uno y le decía, le tocaba la espalda, “¿Qué tal Don José Manuel?, ¿Cómo está? ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo ve la cosa? ¿Ganamos?” “Uh claro que ganamos. ¿Ya fue a votar?” “No, no señor, no he ido”. “No no, mire, que no ve que no tengo manchado el dedo todavía”.²⁵ “Bueno, tome, vaya, vaya y máchese”. Y le daba cinco pesos. Y si uno se ponía un poco, un poco inteligente, “Pero, Don José Manuel, ¿Sólo cinco? No” “Entonces, tome otro cinco”. Pero cinco pesos era mucha plata en esa época. Y fue así como entonces Don José Manuel nos dio diez colones a cada uno. Y fuimos a votar. Pero no votamos todavía. Bueno, vimos que había forma de conseguir otros diez colones o más, porque Don José Manuel es un tipo muy inteligente, y con mucha plata, y de una posición social respetable y demás, pero ya estaba muy viejo y se le iba la onda.²⁶ Y como era tanta gente que llegaba, entonces uno podía ir y dar una vuelta y volver a llegar

25 En esa época, el procedimiento electoral de Costa Rica todavía incluía que una vez que la persona emitía el voto, se le manchaba el dedo con tinta para evitar que votara dos veces. Esta práctica electoral se dio hasta la década de los 1990.

26 La expresión “se le va la onda” refiere a que a la persona se le olvidaban las cosas.

adonde él, y él no sabía que uno ya había pasado. No tenía una computadora que registrara eso ni tampoco se apuntaba nombres. Entonces hicimos la sinvergüenzada; de todos modos, nosotros no estábamos muy bien de plata, porque habíamos gastado bastante y no estábamos muy bien. Nos servía cualquier cosilla que nos dieran. Y además si no la cogíamos nosotros, la cogía otro.

Lo cierto del caso es que fuimos a dar otra vuelta y nos encontramos con un muchacho Lizano; hijo de Don Alberto Lizano. Por cierto, que son parientes de mi señora. Y entonces esos muchachos eran muy conocidos míos, son muy conocidos míos, porque allá en la infancia cuando yo empezaba a iniciarme en el trabajo de camiones yo trabajaba con un emparentado con ellos, y allá dormíamos en la casa de ellos y comíamos en la casa de ellos y todo eso. Entonces nos conocíamos bien y una cosa es la amistad y otra cosa es la política. Pero ellos quizás confundieron la cosa amistosa con la cuestión política. Y entonces este muchacho nos puso una mano en la espalda a cada uno y nos llevó hasta el papá. Claro, yo llegué, saludo, “¿Qué tal Don Alberto?, ¿Cómo le ha ido? ¿Cómo se siente? ¿Está bien?” “Sí, claro que estoy bien. ¿Ya fueron a votar?” Así, así, una cosa tonta ah. “No, Don Alberto, todavía no”. Ah, pues se mete la mano a la bolsa. “Tome, vaya y máchese el dedo. ¿Quiere tomar un trago?” “No, no, un trago no, le agradezco”. “Bueno si quieren más tarde pueden pasar por allá, ahí tenemos un traguito para meterles un ‘mechacito’”.²⁷ Después andaba la bola de que era guaro con jugo de papa para poner tonta a la gente. Pero bueno, lo cierto del caso es que nos dio 20 colones Don José Manuel Peralta y nos dio diez colones Don Alberto Lizano. Y entonces pensamos nosotros; “Bueno, ya es bastante la sinvergüenzada que hicimos, vamos a votar”. Y estábamos pensando en las familias. Entonces fuimos y votamos y ya el compañero se fue para su casa y yo me

27 Un “mechacito” o un “mechazo” es un trago de alcohol. Se le dice de esa manera porque se asocia la sensación que genera el alcohol en la boca y garganta, con la quemadura producida por una mecha.

fui para la mía, a saludar a las familias. Yo principalmente estaba preocupado porque mi mamá padecía bastante, estaba enferma, entonces estaba precisado por ir a saludarla.

Muy bien, pasó. Ese fue el día de las elecciones y no hubo realmente un problema que pudiéramos catalogar de fuerte. El problema que tuvimos nosotros es que como Grecia es un lugar muy muy quieto, muy pacífico verdad, y nosotros íbamos de la zona bananera y estábamos pues en los veinte años, uno está como con una rabia en el cuerpo; quiere caminar, quiere ver qué hay por todas partes y entonces ya como a esto de las 4:00 de la tarde nos volvimos a encontrar en el parque y, pensamos, “Y bueno, ¿y qué hacemos?, ¿Adónde vamos?” “Pues vamos a Alajuela”. Entonces nos vinimos a Alajuela, y dimos una vuelta por ahí, ligera, pasamos por el cuartel, pasamos por donde el Rigo Álvarez, por todas partes, pero ligero.

Y como a eso de las 6:30 de la tarde, ya oscuro, nos metimos en una soda diagonal al Instituto de Alajuela para tomar un refresco. La cuestión del licor estaba sellada. Solamente así con ciertas personas uno podía conseguir un trago. Y tomamos, pedimos un fresco. Pero la intención era estar un rato ahí. Teníamos que pagar algo para ocupar la mesa. Y ese negocio, muy bueno por cierto en esa época, tenía un espejo corrido en todo el estante, en cierta parte, del fondo. Entonces toda la gente que estaba en el salón comiendo helados y tomando refrescos, o lo que fuera, podía estar viendo, viéndose en el espejo y fue así como yo estaba mirando para el mostrador, para el espejo, cuando a mi compañero Sánchez, se llama José Sánchez mi compañero, estaba sentado en forma atravesada, no frente a mí, sino en el otro lado, el otro costado. De manera que entonces, y él estaba entretenido, él no se dio cuenta del asunto. Pero yo por el espejo vi un personaje, raro, con un pañuelo amarrado aquí, y entonces le dije yo a Sánchez, “Mirá ese tipo que está en la puerta. Es el del golpe anoche. Vamos a tener problemas”. “Bueno, no creo, si hay que pelear, pues peleamos”, dijo él. Claro, una cosa de muchachos; él no se pensó en la parte

contraria, la política. Porque es seguro que, si teníamos problemas con el muchacho, hombre a hombre, podíamos salir bien. Pero si él nos denunciaba como contrarios políticos, que ya debía tener la idea que éramos contrarios políticos, entonces íbamos a tener problemas grandes con la policía y la cuestión está de “choque”. “Brigada de choque”, “brigada de choque”, ése es el nombre. Y habían varios, por todos lados, por varias partes. Y eran un grupo que ya llenaba toda la calle y caminaba con cierta característica impresionante, como marchando y haciendo cierta bulla, y con bandera, una roja con la hoz y el martillo y otra del partido en el poder, y aquello era el demonio.

Y entonces le dije yo a Sánchez, “Hacéte el chanco”,²⁸ veremos a ver qué es lo que va a pasar”. Pero a la par del muchacho había otro muchachillo, pero pequeñísimo, y flaquísimo y estábamos así haciéndonos los desentendidos cuando se arrimaron a la mesa y nos dijeron, “Bueno, ¿qué? ¿Van a terminar ese carajo fresco, o no?” “Pero ¿Y, y quiénes son ustedes para venir con esa impertinencia aquí?” dije yo, “No, es que tenemos que arreglar cuentas”, dijo el pequeñito. “Ustedes le pegaron anoche a mi hermano y ahora tenemos que arreglar eso. Tenemos que pelear”. Entonces yo le dije, “Pero muchacho, pero ¿Cómo se le puede ocurrir a usted que usted puede pelear con uno de nosotros?” “Bueno, vamos a pelear y apúrense porque si no, les pego ahí donde están sentados”. Bueno entonces nos tomamos el fresquillo y lo pagamos y salimos.

Y preguntamos, “Bueno, ¿adónde vamos?” “A cualquier parte”. Claro de antemano yo pensé en el problema que se nos venía encima, porque la parte esa de Alajuela tiene una parte muy iluminada y una parte muy oscura. La parte esta del oeste, no, la parte sur, que es donde está el teatro, donde está el instituto, era

28 En este contexto, “hacerse el chanco” significa hacerse pasar por descuidado o desentendido de lo que está pasando en ese momento. Para describir lo mismo, en Costa Rica también se usa la expresión “hacerse el loco”.

en esa calle donde estábamos, es muy iluminada. Mientras que la norte, que es donde está el cuartel y ahí está oscuro. Entonces yo me pensé, “Hay que jalar para la parte oscura, evitar que se nos haga pelota la gente”. Y de veras así lo hicimos. Atravesamos el parque diagonal y llegamos a la esquina de arriba. Pero antes de salir le dije yo al muchachillo, al que andaba con la venda, “Bueno ¿para qué vamos a ir tan lejos? Además, yo sigo creyendo que no tenemos que pelear. ¿Por qué vamos a pelear?” “No, es que ustedes me golpearon” “No, no fuimos nosotros, fue éste que le pegó un golpe a usted nada más. Nosotros nunca hemos peleado los dos contra nadie”. Entonces dice el muchachillo ese, “Bueno, pues que pelee este primero y después usted”. Y Sánchez estaba con las manos metidas en la bolsa. Confiado, ¿Qué íbamos a pensar que aquel muchacho podía pelear?

La cosa es que Sánchez cuando sintió, fue una cosa así eh, como un cachetazo, decimos nosotros, que se lo dio el muchachillo como para que se calentara. Y hasta entonces Sánchez se sacó las manos de las bolsas y empezó a ver qué podía hacer, pero el muchacho pegaba tantos golpes en una forma instantánea, que era completamente difícil controlarlo. Era como una mosca en el aire. Y yo calculo que le pegó unos 500 golpes. Claro ninguno de consideración porque era muy liviano. Pero un ratito después le dijo Sánchez, “Bueno, ya nos peleamos, ya ganó”. Entonces se sacudió las manos y me dice, “Ahora voy con usted”. Dije yo, “No, no sea tan tonto. Vaya y cuente que me pegó. ¿Qué vamos a pelear?, ¿Para qué? Ni se lo imagine usted, conmigo no pelea. Dese por satisfecho. Cuente que nos pegó a los dos si quiere, pero no va a pelear”. Y no llegó nadie. Nos dimos la gran salvada.

Fue así como pasó el día de las elecciones. Claro está, el día siguiente apareció las noticias en los periódicos, en la radio, y se sabía que el partido de oposición había ganado por un margen altísimo. Un 65 por ciento de la votación era nuestra. De la votación general del país, era todo, Presidente, Diputado, Municipales, todo era nuestro. Estaba de manifiesto que la gente no quería el partido que estaba gobernando, porque realmente era un desgobierno lo que había. Entonces, pero en el mismo periódico venían párrafos ya de opiniones de los líderes republicanos²⁹ diciendo que había que esperar, que no nos dejáramos llevar por las cifras que estaban apareciendo en los periódicos o en la radio porque faltaban las zonas rurales, faltaba la zona bananera en parte, faltaba Puntarenas en parte, faltaba Limón en parte, que eran los baluartes de ellos, y que no había que preocuparse, que era muy seguro que ellos ganarían las elecciones por un margen considerable.

El otro día las cifras eran más alegradoras. Era más el margen que teníamos nosotros. Ya con mesas de zonas alejadas. Entonces ya empezaron a salir articulillos de Manuel Mora,³⁰ de Carballo,³¹ de otro que era diputado de ellos, ¿cómo se llama?, Carlos Luis Fallas, Amoldo Ferreto,³² en el sentido de que había habido un fraude electoral de grandes proporciones y que ellos no estarían de acuerdo de aceptar el fallo del Tribunal. Que habría que ir a nuevas elecciones porque ellos no estaban dispuestos de aceptar el fallo del Tribunal. Entonces, claro, ya con declaraciones de esa

29 Se refiere a los líderes del Partido Republicano Nacional que ocupaban el Gobierno.

30 Manuel Mora era el principal líder del Partido Comunista por lo que típicamente ocupó también el cargo de Secretario General del Partido.

31 Se refiere al líder comunista, Luis Carballo.

32 Carlos Luis Fallas ("Calufa") y Arnoldo Ferreto eran también de los principales líderes del Partido Comunista, sobre todo de las zonas bananeras rurales. Fallas fue novelista, siendo el más famoso de sus libros *Mamita Yunai*, acerca de la vida de los trabajadores de la "United Fruit Company". Fue traducido a muchos idiomas.

clase, y dadas por esa gente que era de la pelota grande,³³ de la alta dirigencia, pues el pueblo empezó a ver la cosa difícil, difícil.

En estos días, por la misma razón, como me gustaba tanto la cuestión política y me gusta, yo no quería alejarme y como allá en Golfito yo tenía el trabajo pues prácticamente asegurado, porque allá el, digamos administrador general, era este señor que ahora es diputado de la Asamblea, llamado Gonzalo Gómez, era amigo mío. Entonces yo no tenía ningún temor, es decir yo no tenía que regresar en cuatro, cinco u ocho días a Golfito para seguir trabajando. Podría regresar cualquier día. Y entonces viendo la situación como se presentaba, entonces me fui al Río Segundo y conseguí trabajo con un amigo mío que estaba ahí como administrador de una finca de Peter. Y entonces me conseguí un trabajo ahí con este muchacho. Solamente le decíamos Estrellita González, un muchacho González, que era de Grecia. Y por cierto era buen trabajo. No se ganaba mucho, pero se ganaba para vivir tranquilo en Alajuela. Y el asunto era, la intención de nosotros, ahí estaba mi compañero también, era dar un tiempo para ver qué era, lo que más o menos podía suceder. Y fue así como entonces, ya cada día la cosa era más más candente. Era más como que se alcanzaba a ver más, ya, con más claridad ya, la revolución, porque el partido de oposición, naturalmente no estaba dispuesto de tolerar ninguna cuestión que no fuera el fallo del Tribunal, que lógicamente tenía que ser favorable. Mientras que el partido en el poder no estaba dispuesto a ceder. Entonces, pues la cosa se tenía que llegar el momento de rompimiento.³⁴ ¿Cómo? ¿Quién sabe? Muy posible revolución.

Yo no, yo pues sí pensaba en que algo difícil debía de ocurrir, pero yo era muy joven y no tenía muchos conocimientos y tampoco tenía

33 Ser de “la pelota” significa ser parte de los liderazgos de una organización.

34 El Tribunal Electoral declaró que la oposición había ganado las elecciones, es decir que Otilio Ulate del Partido Nacional había obtenido la victoria. Sin embargo, el Congreso, dominado por el partido de gobierno, anuló las elecciones en marzo de 1948.

mucha conexión con la alta diligencia del partido. Sí, sí teníamos la idea de que había que estar más o menos organizados. Esa era la situación. Entonces, ya empezamos a celebrar cierto tipo de reuniones con mucho cuidado porque si había tres personas en una esquina conversando, el policía llegaba para ver quiénes eran y de qué estaban hablando. Y habían muchos que llamábamos vulgarmente “sapo”, que es orejón.³⁵ No tiene uniforme, no tiene arma, pero es orejón y entonces era terrible la cosa. Tenía uno que tener mucha seguridad de con quién estaba hablando, de quién estaba poniendo atención para decir algunas cosas. Fue así como yo empecé a tener conexiones con un muchacho Escorriola de Alajuela, con Don Domingo Soto, con el mismo Don Virgilio Chaverri que era de la diligencia en Alajuela, como para estar coordinados para ver qué iba a suceder. La alta diligencia sí sabía ya que Don Pepe³⁶ estaba tratando de organizar un conato de ejército en cierta zona de la parte sur de San José, sea propiamente en La Lucha,³⁷ el Empalme, es decir donde están las plantaciones de cabuya,³⁸ y parte de Santa María de Dota, en fin, por ahí. No se sabía específicamente el punto, ni tampoco si era seguro. Por otra parte, se sabía también que, solapado, con cuidado, que ciertos aviadores como Nuñez, Manuel Enrique Nuñez, el “Muñeco” Araya, y algún otro, estaban de acuerdo y que en determinado momento se trasladarían a Guatemala o alguna parte para traer

35 Un “sapo” es aquella persona que cuenta a un tercero lo que se le dijo o escuchó. De la misma forma, un “orejón” es aquel que va a contar a otros lo que escuchó. En la jerga política popular, el “orejón” u “oreja” funciona como un infiltrado o espía político.

36 Se refiere a José María Figueres Ferrer, el líder de la llamada “Revolución” de 1948, del Ejército Liberación Nacional y del posterior Partido Liberación Nacional (PLN) fundado en 1951.

37 La finca “La Lucha sin fin” era propiedad de José María Figueres Ferrer en la que se producían mercancías como café, mecate, cabuya y otros, y desde donde se gestó el Ejército Liberación Nacional que peleó en la Guerra Civil del ‘48.

38 Una de las principales mercancías que se producían en la finca “La Lucha” de Figueres Ferrer era la cabuya, una planta de la cual se obtenían fibras con las que se hacía el mecate (para hacer cuerdas, sogas y otros).

armas y dejarlas en San Isidro de General³⁹ en manos de Don Pepe. Allá nosotros, como estábamos un poco más hacia el norte, empezamos a oír el rumor de que el [ahora] finado expresidente Orlich⁴⁰ estaba haciendo lo mismo que Don Pepe, en cuanto esa posible organización de gente armada para hacer respetar el fallo de los Tribunales si era necesario.

Fue así entonces como un día de tantos, escuchamos la noticia de que había habido el primer choque en este sector de La Lucha, el Empalme y como un famoso “Perro negro” que llamaban “Capitán, Teniente Mayor de la Fuerza Pública”, no recuerdo cómo es que se llamaba, sólo le decían “Perro Negro”, era un hombre fuerte, un técnico en guerrilla, según ellos. Y tuvieron el primer choque armado con unos hombres que tenía Don Pepe allá en ese sector de La Lucha. Y había sido un fracaso completo para Perro Negro, porque desde luego, ir a buscar al que está escondido es fatal y ellos con poca práctica. No sé, tal vez irían en malas condiciones; después se habló mucho de eso. Se decía que el gobierno ni siquiera les daba suficiente comida a las gentes, sino que lo que hacía era emborracharlos y arengarlos, animarlos, “Vayan a matar esos perros, vayan a matar esos camisas negras, vayan a matar a esos fascistas”, en una manera loca de proceder para animar a los hombres. Fascistas, nos decían fascistas, nos decían camisas negras. Toda la oposición claro, era un solo partido, el Partido Unión Nacional.

El asunto es que claro que cuando se conoció esa noticia, la efervescencia fue total. Fue total. Inmediatamente empezó la caminata, digamos, de distintos grupos. Y comenzó ya entonces, ya una especie de organización formal y ya con líderes locales. Por ejemplo,

39 San Isidro de General fue la última ciudad grande, rumbo a la zona sur del país, donde Franciso estableció, años después su fca de café y piña.

40 Se refiere a Francisco José Orlich Bolmarcich quien –posteriormente– sería Presidente de la República entre 1962 y 1966 por el Partido Liberación Nacional (PLN), partido que había sido fundado en conjunto con José Figueres Ferrer después de la Guerra.

nosotros estábamos con Don Domingo Soto y este Escorriola. Ellos eran los mandamases. Entonces nosotros, un grupo de unos veinte hombres, estábamos como quien dice al mando de ellos, de la gente de Alajuela como Herrera, como los Rodríguez, los Ávila, los Solera. Ponían plata, y se tenían mujeres que arreglaron un poco de comida, hicieran unos almuerzos, que no se pusieran agrios, que llevaran mucho condimento para que cada uno llevara un “lunch”.

Y fue así entonces como ligero, en una forma rápida, organizamos el grupo nuestro con Escorriola y Don Domingo, y salimos a pie por cafetales y por cañales y trillos que ya teníamos vaquianos⁴¹ para eso, un guía. Y esa misma noche nos trasladó un guía a San Isidro de Alajuela, el mismo lugar donde habíamos ido a votar la primera vez, y era una noche fatal, una noche horrible. Un frío terrible. El cafetal de unos de estos señores Herrera, que lo habían paleado. Hay un sistema que se conoce en Costa Rica con el nombre de “tanque” o “gaveta”, entonces esa gaveta queda a veces tres cuartos de profundidad en relación con el resto del terreno. Entonces ahí nos metíamos nosotros. No teníamos armas todavía. Unos tenían revolver de cualquier calidad, de cualquier marca, y otros tenían algún rifle. Rifle de un tiro, pero otros no teníamos nada. Íbamos sin nada buscando al Sr. Orlich, que se suponía que allá habían armas o ya en una forma organizada, formal, podían pelear.

Figueroes estaba en la parte sur y Orlich en la parte norte, en San Ramón. Entonces el día siguiente seguimos la travesía, pasando por San Luis, saliendo a San Juan de Poás. Pasamos San Juan de Poás, llegamos a San Rafael de Poás. Allá había, ya en la casa adonde íbamos a llegar, un Sr. Juan Chaves. Había suficiente comida y había muy buen escondite. Nos escondimos en una parte que estaría propia para como filmar películas. Era una parte rocosa, pero con una, con una forma como hecha, porque una persona

41 Un vaquiano (también baquiano) es una persona que conoce los caminos, trochas y atajos, actuando como guía principalmente en los campos y montañas.

podía llegar hasta el borde de la roca y no podía ver qué había debajo. Podía ver a distancia, al frente, pero debajo no. Entonces nosotros estábamos ahí bien protegidos, esperando la oportunidad de continuar la gira, porque ya nos estaban siguiendo los pasos la gente del gobierno. Ellos se movilizaban por la calle y en los vehículos oficiales. En este tiempo había un grupo de vagonetas nuevas que había traído el gobierno para los municipios, para el Ministerio de Transportes, y por cierto recuerdo que eran unas vagonetas muy escandalosas, hacían mucha bulla. Y entonces, nosotros desde que la vagoneta venía a un kilómetro, ya sabíamos que venía. Entonces nos estábamos ahí más quietos, y si alguno estaba afuera, donde Don Juan, venía en carrera y por un mecate, se bajaba y luego quitábamos el mecate y ya no quedaba rastro. Registraron en dos o tres oportunidades la casa de Don Juan, y anduvieron por ahí, revisando. Quizás tenían un poco de miedo también; no se enfrentaban mucho. Buscaban como con ganas de no encontrar. Y el otro día, no sé si estuvimos un día entero, dos días, no recuerdo, nos trasladamos a San Isidro de Grecia.

En San Isidro de Grecia había un líder bastante bueno, bastante respetable. Se llamaba, o se llamará Don Carlos Rodríguez. Recuerdo que entre la familia de Don Carlos había un muchacho y una muchacha. La muchacha era mucho más valiente y más varonil que ellos dos. Y ésta era la que llegaba a los cañales donde estábamos nosotros escondidos y trabajando. Ya estábamos trabajando, porque ya habíamos conseguido más armas entre rifles ahí con Don Juan Chávez y con el mismo Don Carlos. Y habíamos conseguido clorato,⁴² habíamos conseguido cáñamo⁴³ y otras cosas; pólvora para elaborar mechas y estábamos preparando bombas molotov⁴⁴ para preparar emboscadas y tratar de hacernos de armas.

42 Se refiere al compuesto químico.

43 El cáñamo se obtiene de una planta y sirve como fibra para hacer mecates o textiles.

44 La bomba “molotov” es una bomba incendiaria de fabricación casera.

Y a mí me tocó que fabricar un par de bombas molotov. Sé más o menos cómo se hacen, y cuáles son los ingredientes que llevan, cantidad de mecha que debe de llevar. En fin, un sinnúmero de aspectos en eso.

Y era esta muchacha de Don Carlos Rodríguez la que llegaba a ver qué estábamos haciendo, si estábamos nerviosos, si nos hacía falta café, si nos hacía falta un sándwich, alguna cosa. Y cuando ya teníamos dos o tres días de estar ahí, escondidos en las cañales y montañillas, y ya teníamos varias bombas fabricadas, llegó la muchacha y nos dijo, “Bueno, ya no vamos a hacer más bombas, ya tenemos suficientes como para matar todos los enemigos que hay en Grecia. Ahora necesitamos una persona valiente, que conozca, pero que no sea muy conocido en Grecia, y que se encargue de ir a Grecia y en una forma disimulada, desinteresada, reportar que aquí hay gente armada”. Escorriola echó una mirada por toda la gente y nadie dijo nada. Era, era una misión un poco, un poco rara. Y entonces dijo la muchacha, “Usted es griego”, me dice, refiriéndose a mí, “pero hace tiempo no vive en Grecia. Quizás usted podría hacerlo. ¿Usted conoce a...?”, ¿Cómo se llamaba ese señor? Era el jefe del resguardo. Y le dije, “Sí, cómo no, yo lo conozco”. Héctor, Héctor Arias. “¿Usted conoce a Héctor Arias?”, me dijo, “Sí, cómo no, yo lo conozco”. “¿Usted sabe dónde está el resguardo?” “Sí, también sé”. “Bueno, ¿entonces usted podría hacerlo?” “Bueno, si ustedes creen que debo hacerlo y que sirvo para eso, yo no tengo inconveniente. En eso estamos. Yo voy a obedecer las órdenes que me den. Me darán ciertas instrucciones, me dirán más o menos qué es lo que tengo que decir, cómo lo tengo que decir. En fin, yo voy a obedecer órdenes”. Entonces me dieron un sinnúmero de explicaciones y me dieron hasta un dinero como para viáticos. Suponían que no tenía ningún dinero en la bolsa para que comprara cigarros, que almorzara en Grecia. Es decir, me dieron como para un par de días.

Ellos suponían, y yo también, que yo estaría en Grecia unas veinticuatro horas, dando vueltas, caminando, dándome a ver de esa gente, y luego llegaría a hacer el sapazo,⁴⁵ como decíamos nosotros. Pero ocurrió una cosa desagradable completamente. Vino la cosa que nadie se podía imaginar. San Isidro de Grecia está más o menos a una hora de Santa Gertrudis y Santa Gertrudis está más o menos a una hora de Grecia, o sea que yo tenía que caminar unas dos horas y pico para llegar a Grecia. Pero como estábamos allá en ese trabajo y en esas condiciones allá era prohibido totalmente fumar. Nadie podía fumar. Y entonces cuando yo llegué a Santa Gertrudis, al frente de la iglesia hay una, había una pulpería. Quién sabe si estará ahora. Y entonces me pensé, “Voy a tomarme una cola, y voy a comerme un pedazo de pan, y me compro un cigarro, para seguir el viaje”. Cuando yo entré al negocio, solamente estaban dos personas: un señor grande, mal encarado, estaba sentado en la ventana, y el dependiente que estaba adentro. Saludé, con cortesía, con educación. Me dice el señor, “¿Qué se le ofrece?” “Deme una cola.”⁴⁶ Y me da un pancito, algún pancito suave y me da un cigarro”. “Bueno, cigarros, no hay nada más que estos que están malos. Si usted quiere fumar un cigarro de esos”. Era un cigarro, un famoso cigarrillo Víctor que había en Costa Rica. Era un poquito caro, era de mala calidad y quién sabe porque razón se habían enmohecido,⁴⁷ y estaban lo que nosotros llamamos “nacidos”. Y el asunto es que le dije, “Bueno de todos modos tengo ganas de fumar. Deme uno. Si tengo que botarlo, lo boto”. Me tomé el fresco, me comí el pan, y encendí el cigarrillo; de veras no se podía fumar. Era horrible. Sin embargo, lo chupé un par de veces y luego lo tiré. Recogí el vuelto, me lo puse en el bolsillo y me despedí. Según yo, me estaba despidiendo de los dos, pero el señor que estaba en la ventana se

45 La palabra “sapazo” refiere a la acción de ser un “sapo”, es decir de contar lo que se escuchó de otro y pasar el mensaje a un tercero.

46 Una “cola” es una bebida gaseosa color rojizo.

47 La palabra “enmohecido” es utilizada para decir que estaba “mojado”.

desprendió de la ventana, y me dice, “¿Va para Grecia?” Le digo, “Sí”. “Pues lo voy a acompañar para que vayamos hablando”. “Ah, magnífico, claro. Vamos conversando”.

Y venimos, hablando y hablando y hablando verdad. Yo no sabía quién era el señor. Seguro que él tampoco sabía quién era yo. Pero la situación para mí era más difícil que para él. Venimos hablando. Sí mí me llamó la atención un asunto que él no me habló de política. Nada, nada, nada, me mencionó. Pudo haber mencionado algo de política como para sondearme. El señor este debió haberme hablado algo pues como para cerciorarse de saber qué clase de persona era yo en el ambiente político que estaba tan bravo en ese momento. Sin embargo, fue inteligente y no lo hizo. Cuando llegamos a Grecia, y justamente en la esquina que hace la Plaza Colón con las distintas propiedades ahí, diagonal está, estaba el resguardo y fue ahí cuando yo me di cuenta de que él era el guardia, porque al dar la vuelta en la esquina, naturalmente yo seguí la acera por donde veníamos, pero él me dijo, “Pasemos aquí”. Entonces yo le dije, “Pero yo no tengo nada que hacer ahí”. Me dice, “No, pasemos.” “Es que no tengo nada que hacer” dije yo. “Sólo que para saludar a Arias”. Tuve la ligereza de pensar en esto. “Sólo que, para saludar a Arias, a Don Héctor. Que hace tiempo no lo veo”. “Pasemos”. No podía hacerme tampoco de mucho rogar. “Pasemos”.

Cruzamos la calle y subimos. Entramos y por cierto estaba el señor Héctor, que era el jefe, ahí en el corredor y lo saludé. Saludé al resto de los elementos de la guardia que estaban ahí, y hice algunas preguntas de rutina, “¿Qué tal están?” “¿Cómo va la cosa?” “¿Cómo se ve la cuestión acá?” “¿Qué se sabe de esos grupos armados que hay?” dando la corriente del asunto. Y ellos me contestaron también con frases más o menos entendibles, comunes. Un rato después me pensé, “Bueno, será hora de irme”. Y entonces le digo yo, “Bueno Don Héctor, me alegro mucho de saludarlo, voy a seguir mi camino”. Entonces me dice, “Mirá, sí te vas a ir, pero vas detenido, vas preso”. “¿Yo preso?” “Sí, está detenido”. “Pero, pero ¿puedo

saber de qué me acusa? ¿Por qué me va a hacer preso? Si he pasado aquí como amigo, para saludarte. No he hecho nada malo, o dígame de qué me acusa”. “Bueno no, es que ahora no hay ningún comentario que hacer. Está preso”. “Bueno, está bien. Vamos, de todos modos vamos”.

Entonces fueron dos policías conmigo, y me llevaron a la jefatura política. Me pasaron por la jefatura, me tomaron el nombre, afiliación y demás y de una vez, por la puerta de atrás, me cruzaron a la otra orilla de la cuadra donde estaba la cárcel y para adentro. Una cárcel por cierto bastante desagradable porque es una cárcel que la hicieron, según dice la gente que estaba trabajando ahí, que la hicieron con arena sin lavar. Y dicen que cuando se hacen los edificios con arena sin lavar entonces son mucho más húmedos. La cosa es que esa cárcel de Grecia es como una nevera. En las esquinas del piso vierte, llora, hay agua.

Me pasaron a la cárcel, bastante fea como les decía, bonita como para verla pero fea para vivirla. Y claro lo único que pensé en este momento era en buscar, buscar ayuda en alguna persona que pudiera hablar por mí, de protegerme, pero ahí se me complicaba la cosa porque entonces no podía recurrir a los cabecillas de la oposición, de mi partido, porque no podían hacer nada. Entonces recurrí exactamente a este Lizano que lo mencioné hace un rato. Mandé llamar a Don Alberto, que viniera, que necesitaba conversar con él. Don Alberto llegó a la cárcel, le agradecí mucho, es una persona distinguida, y prácticamente, creo que debía de desconocerme por nombre. Físicamente sí, por nombre no. Francisco Mejía no se conocía en ninguna cosa. Lo cierto es que llegó Don Alberto y le digo, “Don Alberto me pasó esto y esto y esto. Ahora estaba consiguiendo un trabajo allá por San Rafael de Poás y venía por acá y me hicieron preso.” “Bueno”, me dice, “no te preocupés. Voy a ver qué se te puede hacer”. Y se fue don Alberto, supongo que averiguar qué era el motivo de la estada mía ahí y ni siquiera volvió. Nunca supe qué hizo él. Cuando nos volvimos a ver no le

pregunté tampoco porque entonces era él el que estaba en malas condiciones. Y entonces la cosa se quedó así.

Pero sí averigüé, porque a las 11:30 o 12:00 del día, algo así, trajeron la llamada comida para los que estaban ahí presos, pero para mí no. Entonces, bueno, yo me pensé, “Seguro como estoy recién hospedado. Seguro no tengo derecho al chompipe”.⁴⁸ Y bueno, no protesté, únicamente dije, “Bueno, cuidado en la tarde me dejan a mí por fuera también porque entonces me muerdo”. Y en la tarde tampoco me dieron comida. Entonces pregunté, “Bueno, ¿Por qué es? ¿Cuál el crimen que yo tengo encima, que no me dan de comer?”. Me dice, “Bueno”, me dijo el que estaba de guardia, “La información que tenemos nosotros es que usted es un saboteador y no hay que darle de comer”. “¿Quién dijo esto?” “Bueno el policía que lo trajo”. “Pero si ese señor no era un policía”. “Sí es el policía. Se llama Alberto, Alberto Rojas. Es el policía de Santa Gertrudis”. Bueno, hasta ahora lo sabía. Bueno, entonces sí las cosas se me complicaron, porque yo no quería avisar a la familia. No quería hacer preocupación a la familia. Y entonces ¿cómo hacía si no me daban de comer? Estuve pensando y aguanté todo ese día, aguanté todo el día siguiente, como agotando el último recurso para tomar una decisión. Seguro era avisar a la casa que quería comer.

Pero pasó algo especial ese día, el segundo día que yo estaba en la cárcel. Por casualidad el Teatro Bolivia casi pega con la cárcel con la parte de atrás y eran como las 7:45 cuando se oyó una bulla. Mucha bulla, muchas personas como gritando, como llorando, como asustadas. Y yo me pensé, “¿Qué diablos pasará si no está temblando? No hay ningún motivo, no está lloviendo”. Y bueno, pero nada más, no se podía hacer nada más porque no había medios de información. Cuando un rato después aquello era un escándalo,

48 Aunque el chompipe (también llamado en Centroamérica chumpipe o jolote) es un pavo común. En este contexto se usa como sinónimo de “comida”. No tener derecho al “chompipe” significa no tener derecho a la “comida”.

pero dentro de la cárcel. Y era que la policía llegó y rompió una parte de la máquina de cine, apagó la película e hizo preso a todos los que estaban en el teatro con el propósito de seleccionar los que eran cabecillas del partido de oposición. Y entonces llegó, bueno eran muchos, pero recuerdo ahora a Luisito Ramírez, Licenciado Ramírez, Licenciado Suárez, Don Otto Cooper, Don Rafael Bolaños, como hay tantos Bolaños en Grecia le llamábamos “político”, Rafael Político y otros más. Recuerdo entre ellos un señor Guillén que me daba una lástima terrible verlo porque el señor era muy nervioso, como muy emocional, y desde que ya lo hicieron preso en el teatro estaba llorando y llegó a la cárcel llorando y se puso en una esquina y ahí estaba llorando. Era una cosa lamentable. En cambio, habían otros que eran como muy desinteresados del asunto. Don Otto Cooper, persona que no se amilanó, y, inmediatamente me reconoció; por casualidad mi papá había sido peón de él, y cuando papá murió yo estuve trabajando unos días también. Me conocía bien. Y la pregunta fue, “¿Y usted qué está haciendo aquí?” “Bueno, lo mismo que viene a hacer usted” “¿Y cómo te va?” “Mal, verá que mal que estoy, que no me dan de comer” “¿Y por qué no te dan?”, “Porque me acusan de saboteador”. “No te preocupés, ahorita llega comida”.

Por casualidad entre los que estaban ahí, como eran gente rica, de alto copete,⁴⁹ esa gente casi siempre deja la cena para después del cine, a las 10 de la noche. Y entonces, recuerdo bien que a Don Otto le llevaron la cena y a este Rafael, ese señor Guillén que estaba muy triste, le llevaron una comida, pero era una comida de rey. Y tuve que comérmela toda yo. Fue una pena grande para mí tener que comerme toda la comida de ese señor. Y era tan rica y con dos días de hambre, era una cosa muy muy especial. Y Don Otto, entre otras cosas, mandó a buscar media docena de naipes

49 Una persona de “alto copete” es una persona elegante o adinerada. Por esa razón, cuando se dice que una persona “anda encopetada” significa que anda bien vestida o elegante.

y un poco de menudo.⁵⁰ “Eh, que manden un poco de menudo, decíle a Toña”, este, la esposa se llamaba Antonia. Y era una bolsa así de plata blanca que mandó. Y la manera de hacer fue, metió la mano así y me dice, “Tome, pa’ que juegue usted también con nosotros”. Creo que Cooper es alemán, oriundo alemán, creo que no era nacido en Costa Rica, pero habló completamente castizo, completamente. Ellos estudiaron en Costa Rica. Ellos se vinieron al país muy muy pequeñitos y creo que alguno de ellos nació en Costa Rica porque habían varios hermanos.

La cosa es que, que se terminó el problema para mí. El único que me quedaba era el frío en la noche. Pero bueno, era soportable, y ya en ese ambiente de camaradería, con esa gente, pues ya me sentía yo muy bien. Y una comida fantástica para el día siguiente. Más bien casi me enfermé porque era tanta la comida buena que había, que sobraba. Entonces sucedió que, ¿quién sabe qué era la pretensión del guardia en cuanto a mí? ¿Sería que querían que yo me muriera de veras o algo? ¿Quién sabe? Me convertí en un personaje importante porque el que estaba de guardia reportó que yo estaba comiendo ya, y que estaba comiendo muy bien. Entonces en la noche del tercer día me sacaron y me pusieron en un jeepón y me pasaron al cuartel de Alajuela, con la misma consigna. “No le den de comer porque es un bandido, es un criminal”.

Y entonces se me volvió a complicar la cosa en Alajuela. Por fortuna, el segundo día que estaba yo en la cárcel de Alajuela, en el cuartel de Alajuela, la policía del gobierno agarró a un grupo de seis muchachos en Llano Bonito de Naranjo, con armas. Y entre ellos estaba Román Solera, estaba Edgar Herrera, Hugo Rodríguez, Mariano Rodríguez y dos más que ahorita no recuerdo. Eran seis. Por cierto, recuerdo algo que pasó de mucha importancia. Román Solera era hijo de Román Solera, comandante. O sea que Román

50 El “menudo” son monedas sueltas principalmente de baja denominación, lo que en otros en otros lugares llaman “suelto” o “cambio”.

Solera era de oposición y el papá era de gobierno. Inmediatamente llegó Don Román, el comandante, y le dijo, “Romancillo, vete y mañana te presentás”. Así, personalmente y delante de todos. Y entonces le dijo Román, hijo, “Si puedo llevarme mis cinco compañeros salgo, si no, no”. “Ah, bueno pues ahí te quedás entonces”, le dijo el papá. “Ahí te quedás”. Yo tenía mucha amistad, pues él rico y yo pobre, con Edgar Herrera. Edgar Herrera era un muchacho con plata, del almacén y fábrica de refrescos y cosas, y ahí llegábamos siempre a cargar con el camión y como era el más joven siempre era el más metido ahí, dando bromas y habíamos hecho amistad. Y entonces apenas llegaron ellos, me vio y me dice, “¿Que está haciendo aquí, Francisco?” Entonces le dije, “Bueno aquí estoy, me tienen veraneando aquí, y lo peor es que estoy malo”. Y dijo, “Estaba mal”, me dice, “pero ya no va a estar mal. Ahora, ahora verá”. “Pero tengo hambre, no creas”. “Sí, ahorita viene comida. No te preocupés. Y es más”, dice, “ya mandamos a traer colchones y cobijas y cosas para acomodarnos aquí y entonces no digás nada, pero metéte en la celda de nosotros. No digás nada a nadie”. “Bueno, está bien”. De veras, un rato después llegó un pick-up con seis colchones, con un poco de cobijas y cosas, y un montón de comida de una vez, y refrescos y cigarros y todo. Y entonces apenas fueron a meter la cuestión, de una vez me metí yo con todo ahí como haciendo que ayudaba y me quedé adentro de una vez. De una vez me puse a comer y ya esa noche dormí con ellos, en la celda de ellos.

El día siguiente me sacaron de la celda. Había interés marcado en perjudicarme. Me sacaron de la celda y me pusieron afuera para que no pudiera estar con ellos, pero no podían sellar toda la reja y entonces me perjudicaron porque no podía dormir en colchón pero la comida siempre me la comía. El día siguiente llegó un jeepón con policías armados. Me sacaron del cuartel de Alajuela y me pasaron para La Peni⁵¹ de San José, La Penitenciaría sí.

51 Se refiere a la cárcel de La Penitenciaría, más conocida como “La Peni”.



Francisco, frente a “La Peni” años después de su encarcelación. La Peni ya estaba cerrada en esta foto.

Y bueno no sé, seguro ya la consigna no la pusieron en vigencia o se les olvidó, ¿quién sabe? La cosa es que me metieron como preso común, político, con toda la gente que estaba ahí. Seguro se les olvidó o quizás había demasiada gente con la misma acusación, entonces no alcanzaban las celdas especiales que hay para esa clase de criminales. La cosa es que me pasaron con todos en el pabellón oeste. Tuve una situación lamentable como las dos anteriores, durante dos días porque la comida era peor que nunca. Por la misma razón de que era tanta gente que había, y entonces la comida era tan mala que no se podía decir comida. Pero al tercer día estaba yo por allá en el balcón, pensando verdad, haciendo cálculo, seguro qué iba a pasar, y con una preocupación grande porque ya habíamos experimentado esto en el cuartel de Alajuela. En el cuartel de Alajuela había un comandante, un sub-comandante muy muy loco, y tenían unas ametralladoras emplazadas encima del cuartel, y este carajo llegaba y se ponía a disparar tiros ahí a lo loco para asustar a la gente, amedrentando al pueblo. Y lo mismo pasó la primera noche que estaba yo en La Peni con la ametralladora; nosotros los que estábamos del balcón del pabellón oeste podíamos ver bien la ametralladora donde estaba. Entonces yo me pensaba, si esta cuestión se llega a complicar al extremo, y esos salvajes se les ocurre volver esa ametralladora para acá, ¡que matanza más terrible! Porque éramos como 600 que estábamos ahí.

Preocupado por eso, en la tarde del tercer día oí un grito que era ya muy común. “Barco nuevo”. “Barco nuevo” era cuando entraba una nueva remesa de presos. Y ese barco nuevo era la gente de Grecia. Ahí venían todos esos que habían estado allá en la cárcel conmigo, más otros más. Era una redada de cómo unos veinte o veinticinco hombres. Entre ellos venía aquel Paco Mora. Y yo me alegré mucho verdad, cuando vi entrar aquella gente que era mi gente. Entonces inmediatamente me bajé y me fui a saludarlos y ya me preguntó Paco. Paco me conocía muy bien también y me preguntó Paco, “Diay, ¿Qué, qué te pasó?” “Me pasó esto y esto y esto y que aquí estamos”. “Bueno, no te preocupés, hacéte para el grupo de

nosotros. Pronto vendrá comida”. Paco por casualidad tenía dos hermanas ahí en Barrio México y, inmediatamente se pusieron en movimiento y el mismo día llegó dos medios estafiones de comida. Y la cosa se solucionó. La dormida esa no tenía remedio. Éramos tantísimos, que uno con otro se daba calor, porque acostados cabe menos que parados. Entonces ocupábamos mucho campo.

Y así en esas condiciones, ya un poco agradables, llegué al final de esa prisión para mí, sin justicia, sin ninguna lógica, aunque sí era cierto que estaba participando en actividades subversivas, pero no me agarraron en ningún hecho ilícito, no había cuerpo de delito, no debían de castigarme, menos en esa forma. Y fue así como llegó el día tan trascendente, especial para nosotros, porque estábamos saliendo unos y entrando otros. Se cambió completamente el asunto porque fue una rendición casi incondicional la que hubo de parte del gobierno en el poder hacia nosotros. Algunos se fueron, huyeron, hicieron algunas cosas malas también; robaron almacenes, robaron camiones, robaron de todo, hicieron cosas malas indudablemente. Pero la mayoría no podía irse y un grupo de esa mayoría estaba llenando La Peni para hacer ciertas investigaciones y algunos habría que hacerles algún juicio con un tribunal de guerra o algo así. No sé cómo hacen eso. Y el asunto es que era muy terrible porque nosotros estábamos llenos de júbilo. Habíamos ganado la Revolución, ganábamos las elecciones, ganábamos todo. Mientras que ellos perdían todo, inclusive muchos que habían robado perdían lo que habían robado.

Recuerdo bien, muy bien recuerdo a un muchacho que había de Grecia. Era capitán de la policía. Se llamaba Bolívar Alfaro. Este muchacho lo agarraron y lo metieron en la cárcel y fueron a practicar un registro minucioso en la casa y encontraron con que había una parte del piso que estaba despegada, que se movía. Y les dio malicia. Entonces levantaron un poco de tablas, se fijaron y vieron que la tierra que estaba inmediatamente debajo no era igual que la otra que seguía. Entonces se bajaron a la parte de tierra y golpearon

y ahí había una caja. Una caja de madera, madera fuerte, pero era una caja grande en donde tenía toda clase de cosas, incluyendo sacos de azúcar que había traído de esa hacienda La Argentina cuando fueron a saquear, a robar. Así, como ese, había muchísimos. No quiero decir que tal vez algunos de nosotros hicieran algo incorrecto también. Cuando hay hambre se hacen tonterías. Pero creo que no.

La cosa es que fue así como esa noche salimos. Era de noche cuando salimos, ya estaba oscuro y todos nos fuimos en varios carros para Grecia. Por cierto, Paco Mora me hizo unas preguntas en el carro: si tenía ropa, si tenía plata. Le digo, “No, no tengo nada. Si de la mica⁵² mía tengo una parte en Alajuela y tengo otra parte allá en San Isidro de Grecia”. Entonces Paco me dice, “Bueno, pasemos almacén y si no han robado todo vemos a ver qué ropa te puede servir ahí”. Y entonces fuimos al almacén y él personalmente abrió y me sacó un vestido y me lo regaló y ya entonces entramos nosotros en acción, y algunos teníamos armas y empezamos a, a, yo no diría que a perseguir, ¿verdad? pero sí a buscar ciertos elementos que eran muy dañinos, que habían hecho mucho daño. Y también estábamos cerrando las entradas a las ciudades porque sabíamos que había grupos de gente armada todavía, de contrarios, que en cualquier momento podían hacernos una torta.

Y por cierto que a mí me pasó un asunto interesante esa noche, porque como a esto de las 12:00, algo así, de la noche, estábamos tres haciendo guardia en la salida de Grecia hacia Naranjo. Y tres haciendo guardia con un rifle de esos Remington viejos, de un tiro, una cosa ridícula, ¿verdad? Como para estar allí parados, sí estaba bien, pero como para hacerle frente a alguien era ilógico, imposible. Y sucedió que venía un automóvil. Lo paramos, hicimos que se bajara la gente que venía. Era un señor y dos señoras. El señor lo

52 Se refiere a sus pertenencias, como se decía anteriormente.

registramos y las señoras las respetamos. Revisamos debajo de los asientos; no había nada. “Vayan”. Inmediatamente después venía una vagoneta. Yo les dije, “Tengan cuidado porque esa es una vagoneta la que viene”. Por el ruido sabíamos que era una vagoneta. Y la paramos y efectivamente era gente armada, que venían del lado de Puntarenas y no sabían todavía que había habido la rendición incondicional o por lo menos la estaban disimulando, pero creo que no lo sabían porque es demasiada suerte que no nos hubieran matado y que aceptaran las órdenes de nosotros. Otra cosa que pasó es que ¡qué casualidad! Por casualidad, yo fui por la parte derecha, digamos, y me subí en el estribo del carro mientras que Ernesto Jiménez vino por el otro lado, o sea el lado del chofer, y entonces el que le quedó frente al chofer fue Ernesto y yo en cambio quedaba al otro lado. Resulta que el chofer era un comunista que había tenido conmigo una discusión grande en Golfito, una discusión de política. Y le había dicho yo, “Lástima que no podemos encontrarnos después de las elecciones para que hablemos y para que veamos cual tiene la razón”. Si yo hubiera sido el que me monto ahí nos caemos, porque me hubiera reconocido. Este muchacho se llama William Warner. Tiene un medio parentesco seguro con William Walker.⁵³ Entonces les dijimos, “Bueno, vamos al cuartel. Ya vamos al cuartel”. Entrando por el lado abajo. Entonces cuando pasamos aquí en la esquina, yo me dejé caer de la vagoneta y corrí esas cien varas para llegar al cuartel mientras ellos estaban dando toda la vuelta que son trescientas varas ¿verdad? Cuando ellos llegaron al cuartel y pararon, toda la gente estaba preparada en la acera y había gente del otro lado también, lista. Tan pronto como ellos pararon la vagoneta la gente invadió completamente. Unos con armas, otros

53 William Walker fue un imperialista estadounidense sureño que durante mediados del siglo XIX comandó a “los filibusteros” en su intento por conquistar Costa Rica y otros países centroamericanos como Nicaragua, de la cual incluso llegó a ser Presidente. Walker lideró a los filibusteros, pero sus intentos fueron truncados por el Ejército costarricense (con algunos apoyos) en la Batalla de Santa Rosa (20 de marzo de 1856) y la Batalla de Rivas (11 de abril de 1856), consideradas las batallas de independencia de Costa Rica.

sin nada, pero invadieron. Impresionaron a la gente que venía en la vagoneta. Eran dieciocho policías, u hombres armados, pero de lo que se llama armados. Cada uno traía revólver nuevo, calibre treinta y ocho y carabina, de tipo Mauser. Cuando se dieron cuenta estaban en las tapas del lobo y adentro todos; presos. Y nosotros nos hicimos de muy buenas armas para continuar la labor que estábamos haciendo. No tuvimos más problemas, no hubo más grupos de esa clase y la cosa transcurrió más o menos normal.

Sí, propiamente fue esa la participación mía en el asunto que culminó con la terminación de la Revolución, el cambio de gobierno en Costa Rica. Permanecí un tiempo corto, por cierto, en el pueblo, ya que, hasta esa fecha, hasta en ese tiempo, volví a saludar a la familia desde el día de las elecciones, y luego me fui otra vez a Golfito para continuar con el trabajo de rutina ya que lo había dejado vacante para participar en la cuestión política. Hay una cosa curiosa en este asunto mío y es el caso de que habiendo luchado, o por lo menos habiendo tratado de hacerlo, en favor del partido que ahora estaba en el poder, no me mantuve dentro de las filas de ese partido. Y algunas personas piensan distintas cosas de mi persona en la cuestión política y es natural el asunto de mi parte, o por lo menos así lo entiendo yo, porque yo defendía una causa que me parecía noble. Defendía una bandera que ya era tradicional como partido, como grupo político, y es claro que al aparecer Don José Figueres como líder de la Revolución y quedarse en el poder, aunque por un tiempo limitado,⁵⁴ a mí ya eso no me

⁵⁴ Después de la Guerra Civil de 1948 y habiendo salido victoriosa la oposición y en particular el Ejército de Liberación Nacional, José Figueres Ferrer tomó el poder político por dieciocho meses en lo que se denominó la “Junta Fundadora de la Segunda República”.

pareció porque estábamos defendiendo la candidatura, es decir la Presidencia de la República de Don Otilio Ulate Blanco.⁵⁵ Y claro que al despojar a Don Otilio de ese derecho sagrado que le daba la votación popular, el electorado nacional,⁵⁶ pues yo me sentí ofendido y dije, manifesté en varias oportunidades, “Yo soy del Partido Unión Nacional,⁵⁷ pero nunca he sido figuerista”. Es más, Figueres hasta cierto punto era un personaje desconocido. Se oían referencias buenas, pero también se oían malas, y prácticamente a mi manera de entender, pues, se estaba aprovechando de la situación. Y se autonombró presidente de la República con el mote de comandante de las Fuerzas Armadas. Y otra cosa que no me gustó también es que apareció un Congreso o una Constituyente implantada al gusto por el Sr. Figueres para modificar la Constitución.⁵⁸ No quiero decir que las modificaciones todas fueron malas, pero en realidad los otros grupos no participaron en esas modificaciones. A mí me parecía que aún del partido derrotado debía de haber una representación a la hora de modificar la Constitución. Ya que para modificar la Carta Magna pues debe de haber una participación representativa nacional.

55 Efectivamente Figueres no fue el candidato presidencial de la oposición, la cual más bien fue encabezada por el candidato Otilio Ulate Blanco, un periodista conservador y defensor de las clases agroexportadoras costarricense. Para las elecciones de 1948, el Partido Social Demócrata (PSD), liderado por Figueres, se había aliado con el Partido Demócrata, encabezado por Otilio Ulate, formando el Partido Nacional que competiría contra el oficialismo. En las elecciones internas de esa alianza, Figueres había sido pre-candidato presidencial pero la candidatura fue ganada por Otilio Ulate.

56 Efectivamente, Ulate contaba con el apoyo electoral, aunque Figueres controlaba las fuerzas armadas que habían ganado la Guerra Civil.

57 El Partido Unión Nacional sería el partido que posteriormente comandaría Otilio Ulate Blanco, quien sería presidente de la República entre 1949 y 1953, después de lo que se denominó el Pacto “Figueres-Ulate”.

58 Durante el periodo de dieciocho meses en el que Figueres ocupó el poder político, se convocó una Asamblea Constituyente por lo que se realizaron elecciones nacionales para elegir constituyentes. Después de las elecciones, sólo una minoría de constituyentes respondían al pensamiento socialdemócrata encabezado por Figueres. Aunque el texto base provino de la Junta Fundadora de la Segunda República y de los figueristas, no todo el texto fue aceptado por los constituyentes.

Calderón Guardia era el gobierno en el poder hasta la culminación de la revolución. Al terminar, es decir al derrotar a Calderón Guardia, o sea al Gobierno que estaba pues naturalmente que todos estábamos muy contentos, por los menos yo estaba muy contento de saber que en pocos días se instalaría el presidente constitucionalmente nombrado que era Otilio Ulate Blanco. Nunca apoyé a Calderón. Siempre estuve en la oposición. El Gobierno de Calderón Guardia prácticamente se prorrogó desde el año '40 hasta el año '48 porque sí es cierto que hubo otro Presidente, pero sí es cierto también que fue un Presidente escogido por el mismo Dr. Calderón Guardia y esas cosas a los que nos consideramos demócratas pues no nos caen bien nunca, porque eso se llama imposición y entonces cuando el Dr. Calderón Guardia terminó su labor en el año '44, entonces se podría decir casi que él hizo Presidente al finado Teodoro Picado, que era el que estaba en la Presidencia al terminar, es decir al producirse la revolución.

Bueno, lo que sucedió es que pues en ese tiempo yo era muy joven y desde que se lanzó la candidatura de León Cortés Castro, yo sentí, pues, afición por ese nombre. Me pareció que podía ser una persona que podía ser buen gobernante. Por dicha no me equivoqué; afortunadamente apoyé la candidatura del Lic. Cortés Castro y ya al entregar Cortés Castro a Calderón Guardia en el año '40, no me gustó tampoco porque había, a mi manera de entender, componendas políticas y se notaba que el electorado nacional, pues, no tenía más que una participación simbólica yendo a las mesas electorales a hacer una payasada, como decimos nosotros vulgarmente, pero era realmente la alta dirigencia del partido la que se encargaba de todo. Eso a mí no me agradaba y me quedé siempre con el partido de oposición. Fue así como entonces, seguí en el partido de oposición y, no sé, tengo la impresión de que hicimos bien terminando con ese grupo político que estaba ahí manejando el país.

Hablando de la cuestión de Figueres, el asunto es éste. Yo estaba apoyando un partido, una bandera y un candidato y al despojar a

ese candidato de lo que le correspondía por ley pues yo me sentí ofendido y aparte de eso, pues, como fue Don Pepe Figueres hubiera sido otro quizás la posición mía hubiera sido la misma, puesto que nosotros no estábamos peleando para nombrar un Presidente, ya el Presidente estaba nombrado, lo que había era un desconocimiento caprichoso de esa elección, y claro, caprichoso por el deseo de seguir encaramados en el poder. Eso me hizo seguir entonces en la oposición. Resulta un poco complicado el asunto, porque si estaba en la oposición, ahora sigo en la oposición.

Siempre tuve cuidado pues de reconocer algunas cosas buenas que se hicieron tanto en la Junta de Gobierno⁵⁹ como en los otros gobiernos que se han sucedido. No se puede negar que el Sr. Figueres y su grupo pues han tenido buenas ideas y hay que, sería tonto no reconocerlo. Pero no me gusta la manera de gobernar de José Figueres y por eso siempre estoy en la oposición. Siempre que está José Figueres en el poder o que pretende escalar el poder,⁶⁰ entonces yo hago oposición al Partido Liberación, que nació propiamente con la Revolución.⁶¹ Sí, esa es otra cosa que no me gustó a mí, porque si nosotros y él fue a defender un partido y una votación para el Partido Unión Nacional, pues no veo por qué tenía que aparecer un nuevo partido con la gente del Partido Unión Nacional. Esa es quizás la explicación más clara de la oposición mía, porque yo estaba con el Partido Unión Nacional y al crearse el Partido Liberación Nacional pues yo no tenía nada que hacer con ese partido. Y además no me gustaba el líder. Tal vez en parte por desconocimiento en ese tiempo, pero ahora tampoco me gusta porque ya no lo desconozco.

59 Se refiere a la Junta Fundadora de la Segunda República encabezada por Figueres Ferrer.

60 Figueres Ferrer estuvo dieciocho meses en el poder entre 1948 y 1949 y posteriormente fue presidente de la República en los periodos 1953-1958 y 1970-1974.

61 El Partido Liberación Nacional (PLN) se fundó el 1951 y ganó las elecciones de 1953, bajo la candidatura de José Figueres Ferrer. Posteriormente, el PLN se convirtió en el partido dominante del sistema político costarricense.

CAPÍTULO V

REGRESO A LA BANANERA

Estuve unos treinta y tres días en La Penitenciaría, justamente hasta que terminó la Revolución, afortunadamente la victoria para la causa que yo peleaba. Salí y entonces permanecí unos pocos días entre Grecia y Alajuela, pero ya propiamente alistando viaje otra vez hacia Golfito. Claro con la idea de que yo debía de tener el trabajo allá en la Golfo Dulce Ltda. La sorpresa fue grande cuando al regresar a Golfito me encontré con que ya no era Gonzalo Gómez el administrador general sino que había un señor de apellido Chavarría, si mal no recuerdo, Chavarría o Chavarría Valverde o Valverde Chavarría, por ahí anda. Y por cierto que era una persona muy, pero muy buena, pero demasiado borracha y de esas personas que toman y toman y toman hasta que se caen sin importarles donde están, si están en un bar o si están en el catre. Y por casualidad el primer día que yo estuve en el aserradero, ese día el señor me dijo que era imposible, que no habían plazas vacantes. Pero yo tenía que quedarme ahí forzosamente, porque no tenía dinero para ir a pagar hotel ni nada de eso. Y inteligentemente tampoco me servía. En la noche fuimos al teatro, varios, y cuando veníamos del teatro encontramos al mencionado señor con una juma¹ tan terrible que no podía caminar. Entonces nos hicimos cargo entre los varios que veníamos, de traerlo casi alzado desde donde estaba hasta el aserradero.

1 Una “juma” es una borrachera. De igual forma, “estar jumo” significa estar ebrio y “ser un jumo” es una persona que toma mucho alcohol recurrentemente.

El día siguiente volví a insistir con él, y quizás pues abusé un poquillo porque me atreví a mencionarle el asunto de la noche anterior, y entonces él me preguntó, “¿Y usted, usted ayudó a traerme?” Le digo, “Sí, cómo no. Y con mucho gusto lo hago cualquier día que le suceda. Ojalá que no le suceda más”. Y entonces el señor pues tuvo lástima o tuvo agradecimiento, y entonces me habló de un trabajillo que podía haber para unos días, tal vez tres, cuatro días, tal vez hasta para una semana. Y le dije, “Magnífico, si me ayuda pues se lo voy a agradecer”. Y entonces me dijo, “Bueno venga, venga mañana. A ver cómo organizamos ese, ese trabajo”.

De veras el día siguiente regresé, contento, optimista. Más o menos yo había visto el semblante del señor que estaba satisfecho. El trabajo consistía en organizar una quema de la costilla que estaba botada en toda la orilla del mar, propiamente la misma costilla que nosotros habíamos sacado cinco años antes. Había que quemarla, había que destruirla y entonces había que quitar la línea, quitar los durmientes,² quitar todo lo que había que se podía quemar y que se necesitaba para volverlo a instalar y volver a continuar sacando la costilla del aserradero.

Fue una experiencia valiosa porque acá en la Meseta Central oye uno un montón de personas hablando y hablando y hablando cosas de gente mala, de crímenes, de vicios, de culebras, de fieras de toda especie. Y no tienen ni siquiera una idea de la realidad. Y yo también había oído esas historias. Y claro que las había visto en los bananales y en otras partes también, pero no en abundancia como alguna gente decía que uno se tropezaba con las bandidas terciopelos y bocaracás³ en todas partes. Pero ahí me convencí.

2 Los “durmientes”, llamados “traviesas” en otros países, son piezas utilizadas para la construcción de las vías férreas, las cuales son ubicadas entre las barras de hierro de las líneas. Aunque el uso de durmientes de madera ha ido disminuyendo paulatinamente, en la época de la narración eran los más utilizados.

3 La “bocaracá” es una serpiente pequeña o mediana que vive en el Caribe desde el noreste de México al noroeste de Venezuela; y en el Pacífico desde el sureste de

Ahí tuve una experiencia realmente sorpresa en ese sentido. Y más sorpresa cuando pues sucedió lo que tenía que suceder sin que hubiéramos visto una sola víbora en el aserradero, con excepción de una que había matado meses antes o un año antes un muchacho Ramírez de acá de Heredia, que por cierto le costó la destitución del trabajo porque era una boa inmensa que tenía el gerente en aquella época (se llamaba Don Gastón Peralta), que la tenía debajo del aserradero, es decir en el aserradero, según él, para el aseo del mismo aserradero. Pues es bien sabido que la bécquer, la boa, come toda clase de insectos y sin moverse de donde está y si aparece alguna víbora por ahí rondando también se la come. Si aparecen conejos o ardillas o cualquier animalillo que aparezca por ahí, ella lo come sin necesidad de ponerse a echar carreras. Este muchacho Ramírez no sabía eso, y cuando vio ese animalón encima, no encima propiamente porque el animal era muy manso, pero estaba cerquita, entonces lo agredió a leñazos hasta que lo mató. Y como si fuera poco vino al aserradero, es decir a la plataforma, en un grito haciendo alboroto, muy contento de su éxito, habiendo matado semejante culebra; él se sentía un “supermán”.

Y fue entonces cuando tuvo la desagradable noticia de que ese animal era doméstico y que se tenía ahí para que aseara. Y dice, “¿Y ahora qué?” “Bueno ahora diay hay que callarse, hay que decir nada más que apareció muerta”. Y de veras así se hizo. Montamos la faja porque a eso era a que había ido el muchacho Ramírez a montar una de las fajas que se había zafado de la polea, cuando ocurrió el percance. Bajamos, ya varios, y montamos la faja y cuando salimos entonces uno de los muchachos fue a la oficina y avisó que la víbora estaba muerta. Entonces Don Gonzalo avisó a Don Gastón que por casualidad, y por tuerce⁴ para el muchacho Ramírez, se encontraba en Golfito en ese momento.

Costa Rica hasta Ecuador. Aunque su nombre científico es *Bothriechis schlegelii*, se le conoce comúnmente como bocarácá, oropel o toboba de pestaña.

⁴ Es una palabra usada en el sentido de desgracia o mala suerte. Se emplea más

Este señor Don Gastón aparte de que es una persona muy muy brusca, parece un ogro, se enfureció de una manera que estaba como de matarse con cualquiera y vino al aserradero diciendo un montón de barbaridades, ofendiendo a todo el personal. Y claro en cierto modo pues él tenía una ligera razón porque ninguno de nosotros le había dicho a Ramírez que tuviera cuidado o que no se asustara si la encontraba por ahí. Y eso sí nosotros reconocimos que tenía una cierta razón en ese sentido, aunque nosotros nunca fuimos amigos de la muchacha ésa, porque las culebras ni de pan son bonitas. Pero, lo cierto del caso es que le cortó el rabo⁵ inmediatamente y... muy bien.

Así que, en esas condiciones, pues terminamos de arreglar el asunto de la costilla para la quema. Fue una cosa realmente impresionante. Pueden imaginarse lo que es unos doscientos metros de largo por unos diez metros de alto, por tal vez unos veinte o veinticinco metros de ancho de costilla ardiendo. Era una escena realmente deslumbrante, y que se podía apreciar de todas partes. Mucha gente estuvo asustada. Hubo jefes de la bananera preocupados que vinieron a ver qué era lo que sucedía, porque era como si un poco de barcos se estuvieran quemando en Gólfito. Y cabe agregar que en línea recta el aserradero, esa botadera de costilla, quedaba más o menos a unos setecientos u ochocientos metros del muelle. Claro que ellos que estaban allá en la zona amarilla, en la zona americana que se conocía, pues no podían saber a ciencia cierta si era en una parte o era en otra o qué era lo que pasaba. Y fueron algunos de ellos muy preocupados a ver qué era. Y claro al ver que se trataba de eso pues hubo tranquilidad. Y nosotros permanecemos cada uno

como masculina (*el* tuerce) pero también se utiliza en femenino (*la* tuerce). Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarrriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

⁵ La expresión “cortar el rabo” es una forma utilizada en Costa Rica para decir que una persona fue despedida de su trabajo.

en su puesto de cuido, preparados con estañones⁶ de agua por todas partes, con baldes, con sacos de gangoche⁷ mojados por si aparecía algún conato de encendió en el aserradero, estar prestos a sofocarlo.

Afortunadamente no pasó nada. Parece que la brisa nos favorecía y como que tiraba la chispa y el humo hacía la roca, o sea al frente del océano, y no hubo problemas de ninguna especie. Claro que el señor éste, Valverde, que cuidaba, que administraba, ese día hizo ayuno, ese día no tomó licor, ese día estaba ahí también a la expectativa a ver qué sucedía. Y nos dijo, “Muchachos no me dejen esto hasta que se vea completamente calmado esto. No importa si tienen que amanecer”. Y él estaba por ahí dando vueltas y dando vueltas. Recuerdo que hasta fue a, un poquito temprano, al Náutico, era un “night club” que no se cerraba, es decir no podían cerrarlo porque no tenía puertas. Vivía veinticuatro horas de servicio, y trajo unas cajas de Coca-Cola y unas galletas para invitarnos a nosotros en la noche. Y ya a eso de las 2:00 o 3:00 de la mañana ya estaba aquello casi muerto, casi no salía ni humo. Y entonces le dijimos, “Bueno, señor, nosotros creemos que ya esto se terminó, que ya no hay nada que cuidar aquí”. “Bueno diay, si ustedes creen que ya no hay peligro pueden retirarse, pero a mí me gustaría que algunos, unos dos o tres de los que no tengan mucho sueño, amanecieran”. Y ya apareció más de uno que dijo, “Yo me quedo. Yo me quedo”. Bueno con dos o tres hay. Y el resto que éramos bastantillos, calculo que éramos unos diez o doce, salimos. Estábamos, pueden imaginarse ustedes, negros de ceniza y de humo y de estar ahí haciendo loco. Y parecíamos indios, parecíamos salvajes: sin camisa, pelados y con pantaloncillos como dicen los gringos, con “shorts”, y con unas

6 Los “estañones”, en otros países llamados “bidones”, o “oil drum” en inglés, son recipientes grandes para líquidos, generalmente hechos de metal que tienen forma cilíndrica.

7 Es un saco hecho a partir del gangoche, que es una tela hecha de cáñamo, pita y otros productos. Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

tenis. Todavía yo conservaba unas tenis de las de trabajar ahí. Y cuando estábamos afuera en la calle nos pusimos de acuerdo para ir al Náutico a ver qué había.

No teníamos dinero como para tomar tragos o algo así, no, nada más ir a ver qué había, cómo estaba el baile. Y a ver si habían pleitos y cosas de esas. Y claro, era muy difícil que no hubiera. Y si uno no tenía nada que hacer, propio, pues podía divertirse con lo ajeno. La cosa fue tan terrible, era una noche oscura, y entonces algunos, yo creo que habíamos unos cuatro o cinco que teníamos focos, y lo habíamos llevado porque ahí lo necesitábamos para el mismo cuidado. Los que teníamos foco íbamos un poquito adelante. Cuando empezamos a meternos ya completamente en el frente de la cosa que se había quemado, notamos que uno de los primeros que iban adelante se pegó un salto. Pero casi se cae. Cayó en la línea y volvió a brincar para atrás y gritó, “¡Cuidado muchachos porque ahí hay una culebra!” Y entonces ya nos alumbramos. “No muchachos, si no es una”, decía el otro. “¡No hombre! ¿No hay allí otra?” “Y mire ahí está otra pero sólo la cabeza” decía. Y es que por casualidad ese día había corta y había carga, quizás eso fue lo que motivó la preocupación de los jefes de la Compañía porque habían barcos en el muelle y habían marinos. Y esos marinos son muy torteros cuando se emborrachan. Hacen loco. Y entonces resultó que era tal la cantidad de pedazos de culebra que habían en la calle y en la vía que nos devolvimos todos porque conocíamos algunas historias.

Yo personalmente conocía una historia terrible. Una vez estando en San Carlos, en una Semana Santa, que no se me puede olvidar nunca, nunca porque ese día, en esa Semana Santa tuve yo una experiencia triste. Yo tenía unos dientes lindos. Mucha gente me envidiaba los dientes. Y en una competencia de natación y de consumida⁸ en San Carlos, el premio era una botella de un licor

8 Una “consumida” es un clavado en el agua.

argentino que se vendía mucho en Costa Rica en esa época, que se llamaba Cherry Bols, posiblemente envasado por alguna firma norteamericana o inglesa porque el nombre es muy inglés. Y era un licor bueno. Recuerdo que venía en color cristalino y también en un verde, que era riquísimo. El premio consistía en una botella de Cherry Bols y una pantaloneta de baño si era yo que ganara, porque ya el patrocinador –que era Miguel Segovia, que tenía la jabonería El Castillo, una jabonería enorme aquí en San José– me lo había dicho. “Si vos ganás la competencia te regalo la botella y te regalo la pantaloneta”. La pantaloneta que yo tenía era completamente nueva, que él me había dicho ahí hay. Porque yo no estaba participando en la competencia porque no tenía pantaloneta. Y donde había doscientas, trescientas personas, chiquillos y mujeres y muchachas y viejos y de todo y, uno no se podía presentar en calzoncillo. Entonces yo estaba ahí todo triste, observando nada más, y él me llamó y me dice, “¿Qué pasó muchacho? ¿Por qué no participás?” “Porque no tengo pantaloneta”. Me dice, “Ahí en el carro hay una azul y una roja. Escogé la que más te guste”.

Fue una cosa realmente fantástica porque es cierto que yo me las daba, como decimos nosotros, de “nadador”. No es que fuera un Johnny Weismüller,⁹ pero algo hacía. Y me puse a formar fila. La fila era una fila enorme, como cincuenta personas, muchachas y hombres que estaban participando en la competencia. Y todos llegaban al terreno cortado y brincaban y se iban por allá y hacían cosas y yo qué sé qué y caían en el agua y nada. Ninguno llegaba al fondo. La competencia consistía en ir al fondo y salir con dos puños de arena y mostrarlos a la asistencia.

⁹ Johnny Weismüller (1904-1984) fue uno de los mejores nadadores del mundo durante la década de los 1920. Obtuvo varias medallas olímpicas y posteriormente interpretó el personaje de Tarzán.

Nadie hacía la cosa, nadie llegaba al fondo. No sé; sé que fue más bien quizás una cosa de tuerce, porque en realidad yo no creo que yo fuera el mejor consumidor que pudiera haber. Quizás había nervios o alguna otra cosa, pero de ninguna manera puedo yo creer que en tanta gente que estaba participando no hubieran verdaderos campeones para ir al fondo y volver. Pues no.

Me llegó el turno a mí. Yo no sabía hacer esas cosas que hacían los demás verdad; saltos, yo qué sé cómo es que les llaman. Y entonces yo sencillamente me santigüé y me hice, así como novato. Caí, fui al fondo, pegué esto en una piedra, me partí los dos labios y me quebré los dos dientes centrales, de la de arriba. Y claro fue un dolor inmenso, como para llorar, porque dentro del agua es peor un golpe o un majón,¹⁰ una carajada así. Yo sentía como un par de brasas aquí en la boca, y yo sentía la sangre también porque se me aflojaron. Y salí y les hice así, les enseñé los dos puños de arena, y claro el aplauso verdad; la enhorabuena verdad. Y salí. Qué va, ya salí y di la vuelta por allá, volví a cruzar nadando y subí. Ya vine y le dije a Miguel, “¡Qué torta!” le dije. Me dice, “¿Qué te pasó?” “Diay pues que me sobró carrera y me pegué en una piedra ahí en el fondo”. El fondo era oscuro, no era que yo iba con los ojos cerrados. Pero yo no sé en el mar, en el mar yo he consumido algo y se ve como verde, pero en los ríos se ve oscuro, a cierta profundidad. Y me dice, “¡Qué tirada!”¹¹ Bueno, eh, pero ganaste el premio. Andá a la camioneta y sacá la botella y la tomás si querés para que te quita el dolor”. Y le digo, “Nombre, se me quita el dolor, pero me agarra una borrachera”. Le digo, “No, no mejor no. Más tarde me la da”. Y pasó la cuestión.

10 Un “majón” o “majonazo” es el resultado de majarse, machucarse, aplastarse, estriparse o pisarse. De esta forma, es sinónimo de un “pisotón”, “magulladura” o “machucón”, como se dice en otros países latinoamericanos.

11 La expresión “¡Qué tirada!” es equivalente a las expresiones “¡Qué pena!”, “¡Qué lástima!” o “¡Qué problema!”.

Siguió el baño y la fiesta y era un fiestón fantástico. Teníamos dos camiones de carga con manteados¹² grandes que ya ustedes los conocen. Entonces se amarraba de la parte alta del carro y allá abajo se ponía unas estacas fuertes y se afianzaba y quedaba como una súper tienda de campaña.

Esto fue en una semana santa, andando en un paseo en San Carlos. Es difícil acordarse en qué año; '39, por ahí. Lo cierto del caso es que, a eso de las 2:30, 3:00 de la tarde resolvieron los que mandaban, entre ellos mi patrón y Segovia, y consultaron con la muchacha (y es que una muchacha de mi patrón le gustaba a Segovia, mejor dicho eran medios novios). Y consultaron entre ellos que qué les parecía que, si iban a Cooper, que era un paseo bonito y que para pasar la finca de fulano de tal que era muy lindo, para comer marañones¹³ y comer pipa¹⁴ y bueno, esas cosas que les agarra a esa gente verdad. Y claro fue una cosa general inmediatamente a despegar los manteados y argollarlos y a echarlos al camión y ya alistando, recogiendo cosas, recogiendo botellas. Porque este Segovia llevaba hasta hielo en el carro porque no tomaba *straight*, sólo *highball*.¹⁵ Y ligero acomodamos todas las cosas y hacemos viaje.

Llegamos a la finca esa de este señor Palma, se llamaba Ángel Palma, como a eso de las 4:00, 4:30 de la tarde. Y fue una cosa tan terrible que llamó la atención poderosamente de todos. Nosotros quizás éramos unas ciento cincuenta personas, entre los dos camiones llenos llenos, una camioneta, es decir lo que llamamos ahora cazadora, de un señor Moya, que tenía una empresa regular,

12 Un "manteado" es una "lona" o "cobertor".

13 El marañón (*Anacardium occidentale*) es un fruto de colores rojizos, naranjas y amarillentos que crece en las zonas tropicales del mundo como Costa Rica. Además del fruto, también se consumen sus semillas que después de un proceso de tueste son de muy buen sabor. En otros países se le conoce como cajú, merrey o anacardo.

14 Se refiere a una especie de coco, que tiene una cubierta lisa de color verdusco.

15 En otras palabras, no tomaba el trago sólo o puro sino que lo mezclaba con hielo y/o soda.

y la camioneta de Segovia. Solamente en la cazadora ésa llevaba unas cuarenta personas y el camión que nosotros teníamos debía de tener unas, quizás unas sesenta, sesenta tal vez más, y el otro camión por ahí, por ahí, bueno calculo yo que entre chiquillos y grandes eran unas ciento cincuenta personas. Y todos fuimos el desastre, porque fue un desastre. Era un señor que estaba ya dando los últimos machetazos, posiblemente era un contrato que tenía, lo que nosotros llamamos un ajuste, un pedazo de chapia¹⁶ que se le dice al peón, “Se lo doy en diez pesos, y lo hacen en un rato”. Entonces, hubo un momento, estábamos todavía bajando todo, acomodando, bajando cajas y cosas cuando dijo alguien, “Aquel señor parece que está peleando, no parece que esté chapiano sino que está peleando”. Y fue una cosa simultánea verdad, muchos volvimos a ver qué era el asunto y vimos entonces el momento en que el señor hizo así y así y entonces él cortó. Pero inmediatamente lo vimos que soltó el machete y se hizo así. Claro a la distancia que nosotros estábamos no podíamos observar bien qué era lo que pasaba, pero lo vimos caer. Y entonces dejamos todo y corrimos.

Era una cosa como para hacer una película. Y llegamos y estaba todavía el pedazo de culebra pegado de una oreja. El señor en la pelea que tenía con la condenada, era una “rabo amarillo”, porque hay ciertas culebras que lo hacen, hay otras que no. Era una rabo amarillo y él en la pelea no podía saber dónde iba a cortar. Él tenía que cortar golpeando donde fuera. Y cometió la torpeza diría yo verdad, de cortar como unas doce pulgadas atrás de la cabeza, y esa cabeza se levantó y se le fue encima y se le guindó de una oreja.

El señor se salvó. En la misma camionetilla de Segovia se sacó a velocidad de loco en aquellos caminos y se llegó al hospital de Ciudad Quesada a tiempo y se sabía que era una “rabo amarillo” porque ahí estaba todo verdad. Entonces cuando se sabe qué tipo

16 Una “chapia” es la actividad de chapear o cortar el zacate o la maleza.

de culebra es el que pica, es más fácil para el control porque cuando no se sabe si es un problema grande porque el médico tiene que hacer muestras y cosas. El señor se salvó, afortunadamente, pero tuvimos esa experiencia.

A mí me faltaba algo más para ese día. Era un Jueves Santo. Y con esa consternación que había en la gente, estaba preocupada que el señor seguro se moría y que todo eso. La gente estaba como quieta como sin ganas de nada, especialmente los de ahí, los peones, la familia y todo eso. Entonces, como para animar un poco el asunto dijo este Segovia, “Bueno, diay, pero ¿Aquí no hay nadie que nos apee unas pipas? Tenemos sed, tenemos ganas de tomar pipas”. Y nadie decía nada, entonces cuando era la tercera o cuarta vez que dijo lo mismo, le dijo el compañerillo mío, le dice, “Mire Don Miguel, ¿sabe quién es bueno para apear pipas? Pero ahora está fregado.¹⁷ Mejía. Ese chavalo¹⁸ se las sabe enteras”, le dice. “¿Mejía?, ¿El que se golpeó?”, “Sí, el que se golpeó?” “¿Dónde está?”, “Por ahí está”. Y le dice “¿Y no se habrá tomado nada de la botella todavía?”. “No la han tomado nada”. Le dice, “Llámamelo”.

Me llamaron y ya llegué, “¿Qué se le ofrece Don Miguel?”. Me dice, “Mirá, dicen que vos sos un campeón para esta vaina. Subíte y nos tiramos unas pipas”. “Nombres, ¡A como estoy yo! No, no, no, no, Dios guarde”. “No, mirá Mejía, hacénos el favor y es un favor pagado. Yo te voy a pagar a peseta cada fruta que tirés abajo”. Yo me negué pues en cierto modo, como ya como cediendo verdad, como que quería, como que no quería. En parte pues yo deseaba complacer no sólo al señor Segovia, sino pues a toda la gente. Y por otro lado pues me agradaba la idea de las pesetas. En realidad, pues, en aquellos días una peseta era suficiente plata y yo sabía de antemano que, en un árbol de pipa con toda su cosecha, pues,

17 Estar “fregado” o “jodido” significa estar enfermo, afectado o en malas condiciones.

18 La palabra “chavalo” es sinónimo de “muchacho” o “tipo”.

casi siempre hay cien o más frutas que se pueden tirar al suelo. Entonces no me disgustaba tampoco la idea de ganar unos cinco o seis colones por subirme un rato ahí a un palo, que a veces uno lo hace por entretenimiento. Entonces, él volvió a insistir, “Bueno es que si vos no te trepás, pues no vamos a poder comer pipas”. Y entonces le dije yo, “Bueno, está bien Don Miguel. Yo me voy a subir. Voy a ver si puedo”, le digo.

Y me preparé. Me descalcé y empecé a subir el árbol. Y recuerdo que hay un palo de marañón, pero enorme, será un árbol que tenía quizás cincuenta o sesenta años, era enorme. Estaba en cosecha también, y tenía unos marañones especialísimos, de este amarillo, y estaba en una parte de las ramas envolviendo el palo de pipa. Al pasar por las ramas ésas, yo sentí que algunos marañones me estaban pegando en los brazos y en la espalda y entonces toqué algunos y noté que algunos de ellos estaban ya de comer, porque como era de noche, pues no podía ver el color. Entonces tocándolos yo sabía que estaban maduros y agarré dos que los consideré muy buenos, muy grandes y me los puse en las bolsas del pantaloncillo que estaba usando para ese propósito, y seguí hacia arriba.

El árbol de veras era bastante grande. De no haber sido por una ligera curvilla que tenía unas diez varas antes de llegar al cucurucho, me habría costado un poco subir. Pero en esa curvilla tuve chance de descansar un poquito y luego continuar. Aún con el descanso no fue mucho lo que tardé para estar arriba, bien colocado. Me acosté como se hace, uno se acuesta en las palmas, se asegura de que estén bien macizas las palmas, no debe ser nunca en las últimas, sino en las intermedias, y después uno se apuntala contra las mismas palmas, y las pipas no se botan con las manos, ni tampoco con cuchillo, sino con los pies. Se hacen empujadas y entonces una con otra se presionan y se despegan. Fue así como ya entonces les dije, “Bueno mucho cuidado, porque ya voy a empezar a tirar pipas”, y entonces toda la gente se apartó del árbol y yo empecé mi labor de botar pipas.

Habría botado unas veinticinco frutas cuando noté un animalito de cierto peso, de cierto tamaño, que me pegó, así como por una oreja y yo me quedé quietecito. Más con lo que habíamos visto en la tarde, aquello tan terrible, yo estaba un poco nervioso y yo sé que en los palos de pipa se han encontrado víboras. Ni se explica uno qué se subirán a hacer ahí esas vagabundas porque no hay nada qué hacer allá arriba, ellas no comen pipas. Y bueno yo me quedé quieto unos minutos y abajo me preguntaron, “¿Qué pasó Mejía?” Y les dije, “No, no es nada. Ahí va otra”. Y volví a continuar. Entonces fue más ligero, quizás había tirado un racimo más, tal vez una docena o unas quince cuando volví a sentir el animalillo que pasó y me pegó en la cabeza. Y entonces dije, “¿Qué diablos sería esto?” Ya yo calculé que era algo que andaba por ahí y no podía hacer nada más que quedarme quieto verdad. Si era una víbora pues seguro que me picaba porque no podía hacer ninguna defensa y les dije, “Es que anda un bichillo por aquí. No sé qué será, es algo como una abeja grande, y ya me ha tocado dos veces”. “No hombre, eso no es nada”, me decían de abajo. “Eso no es nada. Es que estás nervioso”. “Nombre, un nervioso no se sube aquí”, les dije yo, haciendo alarde verdad de fanfarrón. Y dice, “Bueno diay, ¿qué pasa? Tirá un poco más”. Entonces volví a prepararme. Me cambié de posición para ponerme hacia otros racimos y volví a continuar.

Y fue terrible el asunto porque el bichito seguro estaba ya enojado conmigo. Y entonces apenas empecé a tirar, habría tirado unas siete u ocho tal vez, no recuerdo, cuando sentí, entonces no fue que chocó conmigo sino que me picó. Yo sentí un piquetazo fuerte y inmediatamente con la mano que tenía disponible me toqué, me golpeé la nariz también, para ver si podía atrapar el bichito que era, y solo pude sentir que era algo como una avispa. Y entonces les dije yo, “Ya me picó esta condenada. Debe ser una avispa”. Y entonces desde arriba oí yo que uno de los que estaban abajo decía, “Ese ya se lo llevó el carajo, porque debe ser una chía”. Chía es un tipo de avispa que hay en las zonas de bajura, que es de un tamaño extraordinario. Hay algunas que tienen más de una pulgada de

largo, y de grueso puede ser el grueso de una abeja de colmena. Es un animal bastante grande y generalmente tienen la cabeza roja. Se distinguen por eso, porque habrá otras de igual tamaño o parecido pero no con la cabeza roja.

El asunto es que me dijeron, alguno que estaba abajo, que era de la finca. Me dijo, “Mejía, mejor se baja porque eso lo va a fregar. Esas avispas son terribles”. Y yo le dije, “Bueno diay, ya me picó. Ahora voy a ver si puedo tirar otras”. Y entonces, “Diay, ya me picó, si me vuelve a picar pues es la misma cosa”. Es como cuando uno está en la cárcel y hace una torta; no pueden meterlo a la cárcel porque ya está adentro. Y entonces me acondicioné bien y empecé a volar patadas para todas partes y ese reguero¹⁹ de pipas cayendo. Si faltaron fueron pocas para todos los que estaban abajo y entonces empecé a bajar.

Imagínense ustedes ¡qué efecto de animal! Que lo que yo tardé de llegar del cucurucho al suelo, calculo yo que podrían haber sido unos cinco minutos, porque se baja muy despacio y a veces hasta se descansa y uno con los pies tantea donde está el relieve más salido para afirmarse un poquito y no raspase mucho el pecho. Así que uno tiene que ser mañoso. Hay veces que hay que venir como mono pegando sólo a las extremidades y parte de los brazos para defender el estómago y el pecho. Y cuando llegué al suelo, quise comerme uno de los marañones que traía en la bolsa y no pude comérmelo porque la trompa era como la trompa de Joe Louis.²⁰ Era una cosa inmensa; no podía comer el marañón. Y ya los que estaban por ahí cerca tenían linterna me alumbraron y me dicen, “Ve, se lo dijimos. Ese, ese animal es terrible y mañana amanece peor”. Fue una cosa tan terrible.

¹⁹ En este contexto, la palabra “reguero” refiere a una gran cantidad o a un “montón”.

²⁰ Joe Louis fue un boxeador estadounidense apodado “el bombardero de Detroit” quien fue campeón mundial de peso pesado durante varios años.

Eso fue el Jueves Santo en la noche. El viernes hicimos viaje. Estuvimos en Santa Clara. Cargamos madera de cedro para traer a Cartago. Un poco, naturalmente, porque había que dejar un poco de espacio para la gente. Y dormimos allá en Santa Clara. Estuvimos hasta sábado y salimos el domingo. El domingo de ramos, es un día que se celebra como la resurrección y es un día realmente de fiesta en todas las partes del mundo donde prevalece la religión católica. Y era tal la hinchazón que yo tenía en la cara que el rato que estuvimos en Villa Quesada, hoy conocido con el nombre de Ciudad Quesada, estuve en el carro como escondido. Yo no me atrevía a ponerme a ver lo que estaba sucediendo en el parque y en todas partes porque me daba pena que me vieran aquella cara que era así enorme. Ese domingo en la tarde llegamos a Grecia. No quise ir a casa. Yo le dije a la gente (en esa oportunidad andábamos con el camión de Luis Bolaños), y le dije a Luis Guillermo, “Hacéme el favor irme a conseguir por ahí algo líquido, unos jugos o algo, y yo me voy a quedar aquí en el camión a ver cómo amanezco mañana, y si la cosa sigue así entonces mañana cuando lleguemos a San José consultamos con un médico a ver qué sugiere”.

Y de veras así lo hice. Me quedé en el camión y ahí dormí. Me alimenté a base de líquidos y el día siguiente, muy temprano salimos hacia Cartago. No paramos en San José. Me preguntó si me sentía muy jodido y le dije, “No, no, si yo no tengo dolores”. Claro que uno se siente muy molesto porque los pómulos están tan inflamados como que se bajan; pero no, dolores no. Entonces fuimos a Cartago, descargamos la madera y al regreso a San José me llevó adonde un médico y el médico dijo, “No, eso no es nada, eso es una cosa que tiene que ver con el ácido úrico”, o algo así. “Si uno tiene mucho ácido dentro del cuerpo entonces un piquetillo inclusive de un zancudo se le pone hinchado”, dice. “Se le pone una roseta roja y eso”. Y entonces me dio unas cápsulas y unas pastillas para ayudar un poco y ahí terminó el asunto. Una semana después ya estaba perfectamente bien. Pero bueno, hice un paréntesis para mencionar ese asunto de San Carlos y dejando el asunto de Golfito perdido.

De veras, hablando de ese asunto de Golfito, fue una cosa fantástica: la cantidad de pedazos de culebra que había en la calle y en la línea, era tan grande que el servicio de recolección de basuras tuvo que hacer una recolección de pedazos de culebra también, para llevarlos al crematorio. Era la única manera de quitar ese peligro de ahí. Afortunadamente para el pueblo y desdichadamente para las víboras por haber sido una noche de corta, estaban entrando bananeras constantemente, y entonces supongo yo que una gran parte de, tal vez una mitad (¿quién sabe? eso es incalculable), las agarró el tren cruzando la línea. Entonces, generalmente las cabezas estaban en la carretera. Las partes centrales entre línea y línea, entre riel y riel, y las colas al otro lado. O sea que la mayoría de ellas estaban hechas en tres pedazos. Fue realmente una cosa espantosa. Yo no me imaginaba, y creo que nadie que haya visto una cosa de esas, se imaginará cómo era aquello en realidad en aquella época. Hoy día ya está muy saneado. Ya los pocos animales que quedan se han ido a refugiarse en las pocas selvas que aún se mantienen, y ya las cosas pues no son tan terribles como en aquella época.

Yo hice el trabajito ese ahí, y gané unos pesos. En esos días habían llegado otros muchachos, algunos de ellos conocidos, a buscar trabajo en el aserradero y les había pasado lo mismo que a mí. Ya no había y entonces recuerdo que entre los muchachos que estaban por ahí diseminados por todas partes, había uno o dos que habían estado trabajando en el aserradero, ya en la costilla o ya en la cuadrilla, eran conocidos. Y de otros que habían llegado, había unos dos también que eran conocidos míos, lo que nosotros llamamos corrientemente amigos. Y entonces en vista de que no había ambiente en Golfito, resolvimos entonces ir a Puerto González.

En esta época no había ni siquiera una pica²¹ entre Golfito y Puerto González. Era una selva completa. Había que ir dando una vuelta enorme por lo que hoy se conoce como Canoas y luego llegar a La Cuesta. Ya ahí sí había más o menos una pica visible, porque es la pura frontera, y de cuando en cuando la guardia panameña hace recorridos por ahí, o los contrabandistas dejan algunos trillos. Entonces nos hicimos una sola cuadrilla²² y nos fuimos. Éramos cinco y nos fuimos a hacer la cruzada esa de la montaña para llegar a Puerto González. Recuerdo que nos perdimos cuando llegamos hasta donde está ahora mismo Coto 44, hasta ahí había una pica muy visible. De ahí para allá sí había pica, pero habían varias picas. Como eso que sucede cuando hay muchos monteadores²³ y cada uno hace su pica.

Y entonces nos descontrolamos y nos perdimos. Recuerdo que ya bastante tarde, ya casi de noche, llegamos a un claro, la parte trabajada que se veía que tenía dueño, y a poquito de andar encontramos una mata de banano. El banano criollo,²⁴ no del que tiene la Compañía. Y este banano apenas estaba en poco más que en flor. Lo que llamamos corrientemente cele, completamente cele. Pero nosotros íbamos con suficiente hambre y recuerdo que un muchacho grandotote que iba con nosotros de apellido Bonilla, nosotros le decíamos “Bonillón” por lo grande, dijo, “Si Cristóbal Colón comió cáscaras de plátano cuando llegó a Limón ¿por qué no voy a comer yo bananos de estos? Si aquel salvaje no se murió, pues seguro que yo tampoco”. Y comió unos cuantos bananillos

21 Una “pica” o “picada” es una trocha o camino abierta entre la maleza y el monte. La palabra se extrae del proceso de picar o derribar árboles para abrir la trocha. Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

22 En este contexto, una “cuadrilla” es equivalente a un grupo de amigos o personas que comparten algo.

23 De manera literal, un “monteador” es alguien que anda en el monte. Sin embargo, en Costa Rica es “monteador” es un cazador.

24 El “banano criollo” se caracteriza por su tamaño pequeño.

de esos que estaban en leche,²⁵ y naturalmente sucedió lo que tenía que pasar. Se empachó²⁶ y estuvo bastante enfermo. Por dicha que las enfermedades de ese tipo casi siempre aparecen el día siguiente, cuando ya empiezan los trastornos estomacales y alta temperatura y esas cosas.

Y entonces pues ese día salimos a un rancho y ya nos dieron ciertas indicaciones. Luego pasamos el río, era un río que estaba allí cerquita, el Río Coloradito. Y continuamos la gira hasta más o menos la mitad entre La Cuesta y Coloradito, y ya de allí para allá no pudimos caminar más porque no llevábamos focos y hay mucha víbora. Entonces el primer rancho que encontramos, allí nos metimos y pedimos posada, como se dice acá, o sea un permiso para dormir. Y nos dijeron, “Bueno allí pueden dormir en ese jorón”, en otro rancho que estaba cercano, y allí pasamos la noche. No hubo mucho problema.

El día siguiente seguimos la gira, pero ya Bonillón ya empezaba con dolores de estómago y ponerse mal. Sin embargo, tuvo que caminar bastante, igual que nosotros. Había que pasar La Cuesta y continuar a la frontera donde se llama Progreso. Ya ahí hay Progreso de Costa Rica y Progreso de Panamá. Se entra en territorio panameño, se toma la línea que viene de Concepción hacia Armuelles, y se camina bastante trecho en esa ruta. Y luego se llega al cruce que hay entre la que va a Armuelles y la que viene para Costa Rica, o sea lo que siempre se conoció con el nombre de Chiriquí Land Company.

25 La expresión “estaban en leche” refiere a que estaban por pura “suerte” o “fortuna”. Gagini señala que esta expresión proviene del hebreo *lechinam* o leche, gratis, sin mérito, sin causa, por eso a una persona con suerte se le llama “lechero”. Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

26 La expresión “empacharse” refiere a la situación que sucede cuando algún alimento le “cae mal” o le hace daño a una persona. También se utiliza la expresión para decir que se está cansado (o “empachado”) de algún alimento, sabor e incluso olor.

Así logramos llegar a Puerto González ese día siguiente en horas de la tarde casi de noche también, y ahí empezamos a buscar donde acomodarnos, donde dormir. Recuerdo que el cuadrante, es decir la construcción del cuadrante Finca Laurel, estaba apenas como a medias, y entonces habían varias casas construidas hasta la mitad, unas con techo otras sin techo; unas una planta, otras las dos plantas, pero sin ventanas ni puertas. En fin, conversamos con un señor que era un especie de mandador en esa rama de la construcción, señor de apellido Blanco, y él nos dice, “No, no hay problemas. Acomódense por ahí en una casa de esas que está a medio hacer y ahí la pasan”. Y así fue. Ahí nos acomodamos en una casa de esas que estaba a medio hacer, y ya el día siguiente ya empezamos a buscar trabajo, a buscar donde acomodarnos. Y una de las cosas que yo les dije, cuando nos levantamos en la mañana, les dije, “Bueno muchachos, el desayuno lo podemos hacer todos juntos, pero la busca de trabajo o de empleo es mejor que la hagamos individual, porque si estuviéramos seguros de que hay mucho, mucho trabajo pues no habría ningún problema en que llegáramos en montón, pero si la cosa está escasa entonces es mejor que lleguemos de uno en uno. Y unos en una finca, otros en otra, tal vez nos podemos colocar. Pero juntos es muy difícil.”

Y nos pusimos de acuerdo de veras en ese sentido. Y ya uno agarró para finca Bambito, otro agarró para finca Roble, otro agarró para finca Cenizo. Y recuerdo que, por cuestiones propiamente de suerte, yo me quedé un rato allá en Laurel, y orientándome por ahí, preguntando y hasta que al fin me dijo un señor por ahí, me dice, “Mire, ¿sabe dónde están haciendo un trabajo y dicen que tal vez se podría colocar? En Finca Peral. Esa finca es completamente nueva, es decir la están haciendo. Apenas están marcándola y ahí están montando un aserradero para aserrar todas las maderas que tiene la misma finca y algo más”. Entonces me pensé yo, “No es una mala noticia. Voy a ir a ver que hay en Peral”. Pedí la información. Me dijeron, “Sí, usted sigue la línea que va para la aduana y cuando ya

se ve la aduana entonces ahí nomás hay un ramal que se mete a la izquierda y a unas ochocientas varas, ahí encuentra la cuestión esa”.

Fui a Peral y estuve por ahí un rato viendo la cuestión, qué era lo que estaban haciendo y viendo quién era el que mandaba. Y ya vi que el que estaba pues encargado del asunto era un señor aparentemente nicaragüense, y ya me arrimé y lo saludé. Le digo, “Amigo, ¿usted no cree que pudiera yo encontrar aquí una chambita? Ando buscando trabajo. Me gustaría si hubiera por acá algo”. Me dice, “Mirá, no hay mucho que hacer”, me dice, “pero si se espera un rato que vengan los jefes, díay habla con ellos y puede ser, es cuestión de suerte”. Le digo, “Pero yo, por lo que estoy viendo, usted es el que manda, por lo menos cuando no están los otros, y me gustaría pues contar con su ayuda porque supongo que ellos van a preguntarle a usted si necesita un peón más”. Entonces me contestó, “Si me preguntan, yo le ayudo”. Me dice, “Tal vez, tal vez usted me puede servir para una cosa que hay que hacer”. Le digo, “Dígame qué es, tal vez me ayuda para hablar con ellos”. Me dice, “Es una hechura de tornillos. Dice el jefe que no hay que comprar tornillos, que los tornillos son muy caros y que resultan mejor hechos aquí. Se trae el material, se trae la tarraja y aquí se hacen”. Le digo, “Hombre yo no tengo conocimientos en eso pero yo he visto haciéndolos. Y estoy seguro de que yo puedo manejar bien una tarraja”. “Bueno”, me dice, “Ahí espérese”.

Un rato después, al ser las 8:00 o por ahí, oí un carro que venía, motor car, y ya llegaron los señores. Era un inglés, pequeñísimo, casi no nace, y un muchacho colorado, colorado, colorado. Era tan colorado que no le decían el nombre sino que le decían Red. Era una especie de apodo bien encajado. Y entonces le preguntó Mr. Weiss; Mr. Weiss no hablaba nada nada nada en español, le preguntó Mr. Weiss que qué decía yo. Entonces Red le explicó que yo estaba buscando trabajo. El viejo le dijo que no. Yo no supe qué demonios fue lo que le dijo pero le dijo que no, y yo

insistí entonces con Red. Yo vi que el carajo²⁷ era más o menos accesible verdad. Y le digo, “Red ¿por qué no insiste un poquito? Por casualidad yo estuve hablando con el señor éste que manda acá y él dice que van a tener un trabajo, un trabajo bonito de hacer tornillos. Es un trabajo fuerte, pero yo lo puedo hacer y tal vez Mr. Weiss ceda”. Ya yo sabía que se llamaba Mr. Weiss; y volvió el viejo y le dice al intérprete, “Oh Red”, pero de mal gesto, como de mal café,²⁸ qué era lo que decía yo. Entonces Red con buen modo verdad, le dijo que yo insistía en conseguir trabajo y que yo había hablado con el señor Miranda. Hasta entonces supe que el señor que estaba se llamaba Miranda y que Miranda había dicho que había que hacer una cantidad enorme de tornillos y que yo podía hacerlo. “OK”, dice el viejo. “OK, speaking Miranda”, yo qué sé qué le dije y ya se pusieron de acuerdo, y es cuestión de que ya Miranda vino y habló con Red, y Red habló con el viejo, y ya se pusieron de acuerdo, y ya fueron muy bien. “Entonces mañana comienza a trabajar y mañana está aquí la primera carga de varillas y la tarraja. Lo vamos a probar de una vez en el banco”. Banco le dicen a una cosa como ésta, pero fuerte verdad, donde se ponen prensas y cosas verdad.

Entonces ese fue el trabajo mío ahí en Peral. Eso sí, lo agarré, pues nunca he sido perezoso para hacer las cosas, pero era como que me gustaba, y tratándose de que era una cuestión que me interesaba pues con más razón. Lo agarré con una gana. Le dije al señor éste (ya yo sabía que se llamaba Don Justo Miranda), “Mire Don Justo, deme algunas, deme algunas ideas para ajustar dados y todas esas cuestiones”. Me dice, “No se preocupe, yo voy con usted. Vamos a poner la tarraja entre juntos”, porque el problema era que la tarraja la traían ellos. Y si yo iba a agarrar un aparato

27 En este contexto, un “carajo” es un “tipo” o un “hombre”.

28 Estar de “mal café” significa estar de “mal humor”. Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarrriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

que no sabía manejarlo delante de ellos, pues me iban a mandar al carajo.²⁹ Entonces vino Don Justo, y Don Justo fue el que recibió la tarraja. La sacó de la caja y le colocó el primer par de dados, los ajustó, los colocó en la varilla y empezó a hacerle y hacerle y hacerle. Después le hacía así. Después lo volvía a meter. Ponía un poquito de aceite. “Ya con eso”, dije “ya estoy, ya soy un maestro en eso”. Y de veras, de momento me dice Don Justo, “Venga Mejía, hágale a ver cómo sale el asunto”. Y empecé a trabajar y trabajar y trabajar. Le pregunté, “¿Cuánto hay que dar de rosca?” Me dijo, “Dos pulgadas”. Le dije, “Bueno consígame un pedazo de metro, algo que me sirva para medir”. Ya me lo trajeron, y al rato se fueron ellos, y yo seguí como que me estaban viendo.

El día siguiente, el viejo vino más temprano, serían las 7:15, 7:30. Cuando el viejo llegó yo estaba completamente bañado. Me chorreaba los chorros de sudor por todas partes. Yo estaba trabajando sin camisa y esta parte de aquí del pantalón estaba completamente mojado, húmedo. Llegó el viejo y se quedó viéndome y dice, “Oh Red”, y le dijo un montón de cosas. Entonces Red me dice a mí, “Dice Mr. Weiss que trabaje más despacio, porque si no, no puede hacer los tornillos”. “Bueno les agradezco mucho pero es que me gusta el oficio, me gusta trabajar”. Dice, “Si, pero no, de veras no lo agarre muy muy en serio, porque se cansa. Ese oficio es duro, se ocupa brazo”.

Cuando era un mes, aproximadamente, de estar en el trabajo había muchas cosas en el aserradero, incluyendo la misma tarraja. Pero la tarraja generalmente yo me la llevaba para casa, para el campamento. Yo le terminaba el último tornillo, agarraba la tarraja y yo me iba. Y Don Justo, que era el que cuidaba un poco la cosa, no me decía nada porque sabía que yo la cuidaba. Pero había muchísimas

29 En este contexto, la expresión “mandar al carajo” significa algo similar a “mandar al infierno”.

herramientas. Había muchísimas cosas en el aserradero, y entonces Mr. Weiss resolvió que hacía falta un “watchman” que cuidara el aserradero. Entonces se entendieron entre ellos, verdad. Le dijo Red que qué opinaba él, que si era necesario meter un hombre más o si él consideraba que uno de los que estaban trabajando podía desempeñar el cargo. Entonces le dijo Mr. Weiss a Red, que él opinaba que yo lo podía hacer. Que me preguntara si estaba de acuerdo. Me preguntó Red que si yo me hacía cargo del cuidado del aserradero. El cuidado del aserradero consistía en venir, en vez de dormir en el campamento, venirse a las 7:00 u 8:00 de la noche del campamento para el aserradero que estaba así a la vista, y estarse ahí hasta las 4:00 de la mañana.

Desde luego que la contestación mía fue afirmativa. Me hice cargo del trabajo, pues en realidad me sentía hasta un poco comprometido porque estaban depositando mucha confianza en mí, y me hice cargo del trabajo. Un trabajo que no había que hacer nada más que dormir en el aserradero, aunque le daba a uno un poquillo de miedo porque habían muchas culebras y algunos animalillos por ahí que hacían ruidos, pero nada más. Estuve muy bien durante todo el tiempo que trabajé en el aserradero, que vivía ahí, ganando mucho sueldo. Era un sueldo enorme que me ganaba porque me pagaban por el trabajo diario que era corriente, de todo el tiempo, y además de eso me pagaban un sobresueldo por el trabajo del cuidado, cosa que agradecí mucho tanto a Mr. Weiss como a Red porque siempre me trataron con mucha consideración. Y a veces hasta me daban días libres para que estuviera en mejores condiciones de hacer el cuidado de la noche.

Lástima que no duró mucho el asunto porque pronto, pues, yo no sé qué era lo que pasaba, si el aserradero era parte de la cuestión de la bananera, o si era una cosa completamente de otros dueños. Lo que sí sé es que pronto intervino en el negocio un señor panameño, y ahí las cosas empezaron a andar un poco mal. Yo solicité un permiso para visitar a mi familia en mi casa, en Grecia, y cuando

regresé ya me encontré con que no se iba a hacer más el cuidado del aserradero; y también había la idea de rebajar un poco los sueldos que estábamos ganando, especialmente el mío porque yo tenía un trabajo especial que consistía en hacer tornillos y hacer algunos trabajos así como de mecánica, sí, más mecánica que otra cosa. Y entonces no me gustó el asunto y decidí dejar el trabajo. Ya no valía la pena quedarse ahí.

CAPÍTULO VI

LLEGANDO A COTO BRUS

Regresé a Golfito para continuar con el trabajo que había dejado un tiempo atrás y de ahí en adelante pues me sucedieron algunas cosas, unas buenas, otras desagradables. Por ejemplo, hay una cosa que pocas personas la conocen; nunca casi me gusta mencionarlo, pero es un pasaje de la vida que cuenta y que tiene algo que ver con el hecho de que yo esté viviendo ahora en Coto Brus. Y fue justamente al salir de La Penitenciaría y estar haciendo esos días de servicio militar y gratuito ayudando al partido, ayudando a controlar los grupos todavía diseminados por todas partes, tal vez armados, tal vez con malas intenciones, en fin. Pero sufrí una enfermedad al llegar a Golfito, casi me muero. Me tuvieron que internar en el hospital de Golfito, casi a la brava,¹ como decimos, porque no tenía fondos y tampoco en este momento pude pasar exámenes de salud para trabajar con la Compañía y, por casualidad también la empresa que yo había dejado estaba en quiebra y ya no tenía trabajo. Entonces fui internado en el hospital y fui operado y al salir del hospital, los mismos médicos que me trataron me recomendaron que no debía de hacer mucho esfuerzo físico, que debía de buscar un trabajo, el más liviano posible. Contando con algunos amigos de la cuestión política, especialmente Enrique Madrigal, Fernando Pérez, Carlos Rivera y otros que no recuerdo ahora, recurrí a ellos en solicitud de ayuda y la mejor ayuda que

¹ Casi a la “brava” significa que fue casi a la “fuerza”.

me pudieron dar era un trabajo de guardia civil o de policía, con el fin de que no tuviera que trabajar y que pudiera subsistir, pasar el tiempo, y convalecer.

Fue así como vine a trabajar con, diríamos, con el mismo gobierno de José Figueres, aunque que era la Junta Constituyente;² un Congreso transitorio para la reforma de la Constitución, pero diría que pues iba a colaborar con el gobierno que estaba en el poder y el cual ya encabezaba José Figueres. Poco pude permanecer en Puerto Cortés; tuve dificultades con algunos jefes. Más adelante quizás me voy a referir a esa clase de jefes, que siempre los consideré enfermos, enfermos de armamentos, enfermos de revolución, enfermos no sé ni de qué, porque realmente no había de qué enfermarse, y me vi obligado a renunciar ya que un día hasta me hicieron preso porque había golpeado una persona. Forzosamente tuve que hacer lo de golpear a una persona que me atacó y resultó que esa persona era un amigo personal de José Figueres, y por eso me echaron preso. Me encerraron, me desarmaron y aunque al día siguiente las cosas se normalizaron y el señor golpeado me reconoció y me dijo, “Usted hizo lo que tenía que hacer; no se preocupe”. Ya no estaba yo tranquilo, entonces renuncié y me trasladé de nuevo a Golfito.

Al llegar a Golfito, naturalmente tuve que presentarme a los mismos elementos de antes para explicar la situación y dar las gracias, en fin. Entonces me salió otro nuevo trabajo, de agente de policía también, en Coto Johnson, o sea Kilómetro 18 de Golfito. Ahí sí, estuve bien. Caí con un buen patrón porque era pagado por el patentado de cantina, el Sr. Acuña. Estuve bien, me trataban muy bien, hice lo que se puede, lo que humanamente se puede, sin

2 Después de la Guerra Civil, Figueres asumió el poder liderando la Junta Fundadora de la Segunda República. La Junta gobernó dieciocho meses y convocó a elecciones para elegir diputados constituyentes que promulgarían posteriormente una nueva Constitución Política, vigente actualmente Costa Rica.

embargo, no podía permanecer mucho ahí por dos razones. Una, era que ya me sentía un poco fuerte y ya podía trabajar en alguna cosa de más importancia, y otra es que el sueldo que generalmente pagan los patentados es un sueldo un poco raquítico.

Fue así como planteé de nuevo la renuncia y fui a trabajar con la Compañía Bananera en la sección de Chiriquí Land Company. Ahí estuve un tiempo, muy poco, por cierto. Fue del lado de Costa Rica pero no había comunicación con Golfito o con Coto, era todo hacia Panamá, comedera y pago y todo, inclusive nos pagaban con dólares. Toda la contabilidad y todo se llevaba en Muelles, todo.

Fue corto el tiempo que estuve ahí, porque fue en esos días por casualidad que yo tenía unos colones en la bolsa de un pago que había habido, y había una fiesta en el lugar llamado La Cuesta. Se me ocurrió hacer un paseo. Yo no conocía La Cuesta. Fui a conocer y a ver qué era tal la fiesta que había, y allá me encontré con un señor que había estado también en La Penitenciaría. Me reconoció y empezamos a conversar y aunque no lo conocía de nombre, él se me presentó y me dijo que era el Capitán Lacayo, Gonzalo Lacayo, y que acababa de ser nombrado para trabajar con ese destacamento de La Cuesta, que andaba propiamente en eso conociendo. Que iba a Panamá, que estaba orientándose, conociendo la gente, a ver si le gustaba y que sí le gustaba, que vendría a trabajar el 2 del mes siguiente. Entre otras cosas me ofreció trabajo, me dijo que ganaría un sueldo regular, que ya no sería como el que se pagaba en la patente, en la cantina, o el que se ganaba en Puerto Cortés, cuando estuve en Puerto Cortés el sueldo era muy, muy bajo. No me desagradó la oferta y le ofrecí colaborar con él en el resguardo. Desafortunadamente pocos días duró el Capitán Lacayo trabajando en La Cuesta, ya que, así como yo, había otros, había o hay muchas personas en el país que no quieren a José Figueres, tal vez ni personalmente ni como presidente. Y por cierto habían unos muchachos que habían colaborado con él en una forma abierta y decidida en la Revolución,

uno de ellos Cardona, no recuerdo ahora el nombre, Cardona,³ el otro Figuls⁴, y otros más. Estos muchachos emprendieron un movimiento tendiente a derrocar, diríamos así, a José Figueres en cierta oportunidad, y sucedió que el capitán Lacayo era simpatizante de ese movimiento. Ese movimiento empezó en San José. Se conoció con el nombre de El Cardonazo,⁵ y diríamos que bastante debía de agradecer José Figueres a Frank Marshall⁶ que fue el que haciendo loco con una ametralladora en plena Avenida Central,⁷ pues logró consolidar el mando de José Figueres. En este tiempo Frank Marshall apoyaba decididamente a José Figueres y éste fue el que salvó la situación.

Bueno, lo cierto del caso es que al no trabajar más el Capitán Lacayo con el destacamento de La Cuesta porque Don José le cortó el rabo,⁸ entonces vino un nuevo capitán. Y este capitán se llama Álvaro Luján. En cierta oportunidad Álvaro Lujan casi me pasó con un carro por encima en Golfito, y yo se lo reclamé y

3 Se refiere a Edgar Cardona Quirós, quien era Ministro de Seguridad Pública e integrante de la Junta Fundadora de la Segunda República liderada por Figueres.

4 Se refiere a Fernando Figuls Quirós, quien había formado parte del grupo que gestó y apoyó la intervención armada liderada por Figueres. Figuls no sólo participó del proceso armada sino que fue pieza importante consiguiendo armas en Guatemala para dar inicio a la Guerra Civil. Una de las posibilidades, es que había conocido a Figueres por medio de su hermana María Figuls, esposa del Dr. Rosendo Argüello hijo, quien también se hizo amigo de Figueres en la etapa en que el líder político estuvo exiliado en México. Véase: Villegas Hoffmeister, G (1986). *El Cardonazo*. San José: Casa Gráfica.

5 El Cardonazo fue un intento de golpe de Estado a la Junta Fundadora de la Segunda República encabezada por Figueres Ferrer. El intento de golpe se realizó el 3 de abril de 1949 y fue liderado por el entonces Ministerio de Seguridad Edgar Cardona Quirós de donde obtiene su nombre.

6 Frank Marshall formó parte del grupo conformado por Edgar Cardona, Fernando Figuls y otros que antes de las elecciones de 1948 se trasladaron a la finca de Figueres Ferrer para preparar la guerra contra el Gobierno de Picado. Después de la Guerra Civil fue parte de la Junta y fue nombrado Jefe del Estado Mayor. Villegas Hoffmeister, G (1986). *El Cardonazo*. San José: Casa Gráfica.

7 Se refiere a la Avenida Central de San José.

8 La expresión “le cortó el rabo” significa que lo “despidió” del trabajo, como se dijo anteriormente.

había quedado ese asunto sin saldar, sin cancelar. El señor Luján inmediatamente que me vio allá en La Cuesta. Cuando llegó me dijo, “Yo lo conozco a usted”, y yo le dije, “Sí señor, yo también lo conozco a usted”. Desde ese momento la cosa se complicó para mí porque el señor Luján encontró una buena forma de maltratarme para desquitarse lo de Golfito. Y entonces, primeramente, me mandó a trabajar a Coto 44.

Coto 44 que era el único, el único cuadrante que había en Coto en esa época. Aún estaba incompleto. Yo me trasladé obedeciendo las órdenes y también pues con el deseo de conocer, de ambientarme. Me interesó Coto verdad y vine a trabajar Coto. Pocos días después vinieron unos compañeros de La Cuesta, enviados también por el Capitán Luján, y se enteraron de que yo estaba muy bien en Coto, porque tenía ventajas que no las tenía ni el mismo Capitán allá en La Cuesta. La Compañía Bananera me regalaba la carne. La Compañía Bananera me regalaba hielo. Caminaba para arriba y para abajo en los trenes gratuitamente o en los carros, “motor cars”. En fin, vivía muy bien. También tenía las ventajas médicas. Si me dolía un pelo me iba a buscar al dispensario para que me curara. Entonces estos compañeros míos contaron al Capitán Lacayo⁹ que yo estaba muy bien. Inmediatamente el Capitán Lacayo me llamó a La Cuesta y me dijo, “Mejía, ya no lo vamos a ocupar más en Coto y lo vamos a trasladar a Canoas”, lo que es ahora Paso Canoas. En aquel tiempo una selva completa, casi virgen se podría decir, porque lo que había era una docena o docena y media de chiricanos¹⁰ que estaban ahí pasando el tiempo.

Vine a ver Paso Canoas; realmente no había nada. Consulté a algunas personas que me encontré por ahí. Les pareció bien, me ofrecieron ayuda, me ofrecieron colaboración. Me dijeron inclusive

⁹ Posiblemente un error. Fue Luján.

¹⁰ Chiricanos son las personas originarias de la comunidad de Chiriquí en Panamá, esto considerando que Paso Canoas se ubica en los linderos con Panamá.

que ellos necesitaban alguien que les hiciera algo, alguien que los empujara, que los organizara, que los animara. Y acepté el traslado a Paso Canoas.

Era una cosa terrible. No había dónde vivir. Los primeros días estuve viviendo en lo que llaman un jorón de un trapiche¹¹ hasta que pude limpiar de mala hierba el monte que era de una selva también, el rancho que llamaban Del Resguardo. También limpié el otro rancho que ocupaba el padre de Golfito cuando podía ir cada dos meses o cada mes y medio para celebrar misa. Y cuando eran veintidós días, ya teníamos limpio todo y ya teníamos plaza para jugar y la gente estaba muy contenta y yo estaba viviendo muy tranquilo, muy bien. La gente me quería, la gente me obedecía, la gente me regalaba cosas, frutas especialmente, aguacates, pejibayes,¹² naranjas, limones, en fin, tanto que fue el mismo Capitán Luján el que me hizo una visita. Y se quedó asombrado de ver el montón de cosas que le serví a la hora del almuerzo, y como para molestarle un poquito le expliqué que todo eso era regalado. Tal vez hice mal porque una semana o dos semanas después, no recuerdo exactamente ahora las fechas, me llamó de nuevo a La Cuesta y me dijo, “Mejía, aliste la mica porque va para Cañas Gordas”. Muy bien, no hice ni preguntas, solamente pregunté si sólo o si acompañado, y me dijo, “No, va acompañado, es la mitad del destacamento de La Cuesta el que va para Cañas Gordas”.

Fue así como unos dos o tres días después que llegamos porque el viaje duró bastante. Estuvimos un día en Golfito tratando de acomodar el transporte y demás. Fue así como llegué a Cañas Gor-

11 Un trapiche es un molino utilizado para extraer el jugo de la caña de azúcar y producir el dulce o tapa de dulce. Los trapiches tradicionales en Costa Rica eran halados por bueyes.

12 El pejibaye (llamado en otros países “chontaduro”) es un fruto de color naranja y de un gustoso sabor salado que crece de un tipo de palmera. En Costa Rica se consume cocinado y usualmente se le acompaña de mayonesa.

das. Estaba únicamente los catorce kilómetros de la Fila de Cal.¹³ Fuimos a pie, no había transporte. Se sabía que había un señor allá, Ernesto Araya, que tenía un carrito que de vez en cuando salía a Punta de Riel porque no existía tampoco Villa Neilly, ni nada de eso que hay ahora. Lo que había era únicamente un comisariato en lo que llamaban Corredor o Punta de Riel.

Entramos andando y al fin llegamos al cuartel de Agua Buena, porque en realidad hay que hacer una aclaración. Cañas Gordas es la zona, era la zona, pero el destacamento, el cuartel estaba en Agua Buena. De ahí quizás, la confusión que hay aún ahora cuando ya somos cantón y ya no tenemos que hacer nada con Golfito, todavía mucha gente dice, “Agua Buena de Cañas Gordas o Sabalito de Cañas Gordas” o algo así. Pero Cañas Gordas es el nombre de la zona, de la región.

Yo me sentí muy triste cuando llegué a Agua Buena porque era una cosa terrible. Aquello era como un destierro, y helado como un refrigerador y especialmente para los que íbamos de la zona bananera, tan aclimatados al calor, pues aquel frío era peor que el calor. Aguanté tres días casi sin dormir porque el frío era tan intenso que había que pasar toda la noche haciendo fuerza, jalándose las piernas o apretándose las manos para controlar un poco. El tercer día no pude resistir y fui a buscar a ese señor Don Ernesto Araya para pedirle el favor de que me diera una cobija fiada, en vista de que yo lo único que tenía era unas colchas, mantas ralas.¹⁴ Me animé y le hablé a ese señor Araya y le dije que me fiara una cobija, que no podía soportar el frío, me iba a morir. Le agradecí mucho al señor Araya porque siendo la primera vez que me vio me dijo, “Cómo no, vaya a Cañas Gordas”. Ese negocio sí estaba en Cañas Gordas.

13 Camino de penetración de tierra y piedra hacia lo que hoy es Coto Brus, y que en el momento del cuento llegó hasta Agua Buena. Esta zona perteneció al cantón de Golfito hasta 1965 cuando se creó el Cantón de Coto Brus.

14 En este contexto, la palabra “rala” es sinónimo de delgadas.

“Vaya a Cañas Gordas y llévele este papelito a Arias”, que era el que cuidaba el negocio, “y que se la dé”. Y entonces sí, ya estuve un poco más tranquilo; pero esa tranquilidad no duró mucho, porque el que hacía de jefe de nosotros allí hasta esos días era un muchacho de apellidos Blanco Arata, que en La Cuesta era oficial secretario. Al pasarlo a Cañas Gordas con nosotros pues le dieron el grado de capitán, o por lo menos de teniente, para que mandara sobre nosotros, porque hubiera alguien que mandara más. Pero a los días llegó un señor que se llama Guillermo Jiménez, si mal no recuerdo, como capitán. El Capitán Jiménez. El señor Capitán Jiménez era un perfecto loco, y vivíamos ahí como, como yeguas en un potrero, porque sin ni quien mande ni nada, no hay que hacer nada. Hasta que un día vino el Capitán Jiménez a Punta de Riel, se emborrachó y empezó a hacer disparos de revólver por todas partes. Entonces los policías que estaban en Punta de Riel lo desarmaron y lo reportaron y naturalmente por lo menos lo cambiaron. No, no me atrevo a creer que le cortaran el rabo, como decimos nosotros, pero sí lo trasladaron. Lo quitaron de ahí. Pero fue peor el asunto. Para nosotros quizá hubiera sido mejor que lo dejaran a él porque al llegar el nuevo nos dimos cuenta que era otro enfermo, pero peor, porque era un tipo sin ninguna preparación, un tipo que, lo único que tenía era enfermedad de revoluciones y “enfermedad de Pepe Figueres” y de matar y demás. Es más, hasta había matado a un muchacho a sangre fría y tuvimos muchos problemas, especialmente yo tuve problemas con él. Por dicha no llegamos al pleito, ni nada, y logré irme sin ningún lío. Pero primeramente cuando llegó, se instaló, el día siguiente, me ordenó que fuera a Sabalito a dar una vuelta, a ver qué estaba haciendo la gente de Sabalito. Y yo le dije, “¿Solo?”, “Sí, sí vaya solo” me dice. Bueno, fui a Sabalito.

Me gustó Sabalito. Ya había ido otra vez, no me disgustaba. Ahora que fui, hablé un poco más con la gente, la poca gente que había, porque eran cuatro ranchitos los que habían habitados. Me gustó mucho Sabalito y me gustó mucho la gente, gente muy amable, y cuando regresé a Agua Buena le di el informe, el respectivo infor-

me del viaje, y entonces, la sorpresa mía fue agradable cuando me dijo, “Usted se va a vivir a Sabalito, se va a destacar en Sabalito”. Y yo seguro demostré que estaba muy contento y le dije, “Bueno, está bien, ¿Cuándo quiere que me vaya?” Me dice, “Bueno, si es posible mañana o pasado mañana”. “Bueno, pero ¿no cree usted que debo de ir a Sabalito primero para ver dónde puedo dormir y dónde puedo conseguir la comida y a acomodarme?” “Bueno, está bien”, me dijo, “Vaya mañana entonces a ver dónde se acomoda”.

Fui a Sabalito otra vez, pero al regresar el señor éste había cambiado completamente de opinión y me dijo, “No, ya usted no se va para Sabalito; usted se va a vivir a Las Cruces”. Y le dije yo, “Pero, ¿Usted sabe dónde quedan las Cruces?”. Yo tampoco lo sabía, pero mucho menos él que estaba acabando de llegar. No había camino hacia Las Cruces. La gente que pasaba por Las Cruces pasaba por la llamada Pica de Mula, que era la Pica, aquella que sirvió desde la conquista, cuando hacía un correo en mula y por turnos desde Panamá hasta Guatemala. Ahí habían tigres y leones y dantas y de todo por todas partes. La cacería era una cosa fantástica, casi de la caza podía uno escoger la pava más gorda. Y entonces el señor éste me dijo, “No, yo no conozco, pero usted se va para allá”. Yo insistí en que fuéramos, juntos. Le dije, “Mire, Zúñiga”. Era de apellido Zúñiga. El nombre nunca se me pegó porque él siempre decía que se llamaba Nengo. Ese era un nombre como el de Django en el oeste, algo así, de los Estados Unidos, Nengo. “Yo me llamo Nengo Zúñiga”. Así lo conocían a él allá en la Revolución cuando mató al muchacho. Entonces, yo lo invité que fuéramos juntos a Las Cruces para convencernos, para cerciorarnos. Sin tener discusiones fuertes acaloradas. Pero él me dijo, “No, vaya usted y vea a ver si se puede acondicionar el rancho. Si hay rancho, si no hay rancho, qué es lo que hay”. Él mismo estaba demostrando que no tenía ni siquiera seguridad si había rancho o no había rancho. Entonces yo sí sabía que había un rancho, pero que ya casi no estaba. Ya un tiempo después pasé por ahí, pero no mucho tiempo después, y tuve oportunidad todavía de ver el rancho. Después, ahora uno

pasa por ahí y se sorprende de ver cómo ha cambiado aquello, y últimamente lo que había donde estaba ese rancho era un recibidor de café ubicado en la finca del señor norteamericano que llamamos “Mr. Jack”.¹⁵ Pero en aquella época lo que había únicamente era cuatro horquetas con dos palos atravesados encima y unas pocas pajas que seguro estaban muy pegadas por la acción del tiempo y del agua, y no habían podido caerse todavía de los palos. Pero no había absolutamente nada.

Fue así con esas discusiones que yo me vi obligado a decirle al señor Zúñiga, “Hagamos una cosa, capitán, no nos enojemos. Si a usted no le conviene que yo trabaje con usted, como lo está demostrando, pues lo más práctico que se puede hacer es que usted me dé la baja, que me destituya, que me cambie. Yo me voy tranquilo y usted se queda tranquilo, se quita el estorbo. Debe ser eso, debe ser que le estoy estorbando”. El señor me dijo que no me daba la baja, que tenía que consultar con San José. Entonces yo le dije, “Bueno, ¿Y cómo no está consultando con San José para joderme? Bueno, deme la baja porque yo me voy de cualquier manera. Si no me da la baja me voy, y si me da la baja me voy”. La baja es como la libertad, como destituirlo.

Entonces por casualidad en ese momento había llegado un señor que estaba ahí en el corredor del edificio. Siempre lo conocimos con el mote de “Colochos”, pero es un señor de apellido Sáenz, Manuel Sáenz, que conocía muy bien los antecedentes de este señor Zúñiga y lo odiaba porque conocía inclusive el muchacho y la mamá del muchacho que había asesinado a sangre fría en San Isidro. Cuando este señor Sáenz se dio cuenta completa de que yo estaba enojado con Zúñiga y de que estábamos discutiendo, enton-

15 Jack Ozzan, quien fue un ingeniero, y había viajado y vivido en remotas partes del mundo, terminó en establecerse y jubilarse en Las Cruces. Al lado de la propiedad del señor Ozzan, la pareja Wilson construyó un jardín tropical, el cual hoy día sirve de estación experimental de la Oficina de Estudios Tropicales.

ces el señor Sáenz se metió en la oficina y me animó diciéndome, “Tírole el revólver encima a ese puerco y no se preocupe por nada. En mi casa hay comida si usted la necesita. No se preocupe por nada. Pero no vale la pena trabajar con una persona como ésta”. El señor Zúñiga no dijo nada. Aparentemente le estaba diciendo la verdad. Lo cierto es que me fui.

El día siguiente recogí mis pocas pertenencias y me fui a Sabalito. En esos mismos días pues yo tenía una reserva de cincuenta colones en la bolsa, que era toda mi capital. Y yo pensé, “Bueno, estos cincuenta colones no me van a servir de mucho ahora porque me sirven para sostenerme mientras viene el medio pago”, porque la destitución mía se producía justamente en la mitad del mes. “Bueno, mientras viene el medio mes que me toca de pago, pues con estos cincuenta pesos voy pasando”. Pero no fue así porque, será tontera, será honradez, no sé, seguro que tontera. Pero, aunque había muchos terrenos libres, visto que era muy poca la gente que había y mucho el terreno, yo no quise coger terrenos libres. Quise comprar un derecho que tuviera alguien ya principiado. Entonces busqué. Me informaron que un señor Jesús Torres tenía un derecho cerquita de Sabalito y que el señor era muy viejo ya, y que era tuerto, y que pobrecito, y que lo estaba vendiendo, que lo estaba dando muy barato. Entonces fui a conocer el dicho terreno. En realidad no me disgustó. Luego pregunté dónde vivía el señor y me dijeron que trabajaba en Cañas Gordas haciendo unas hortalizas. Vine a Cañas Gordas a buscarlo. Lo encontré, exactamente sembrando rábanos o lechugas. Le hablé de la posibilidad de trato y me dijo, “Si me da cien colones es suyo”. Y entonces le dije yo, “Bueno diay, partamos la diferencia, entre nada y cien hay cincuenta y aquí los tengo ¿Le sirven?”, “Sí me sirven”, dice el viejo. Entonces fuimos de una vez a la pulpería. La única persona que había era el señor Arias que administraba la pulpería y el que me vendía y yo que le compraba. Preguntamos si había un papel de escribir o de oficio, algo que sirviera para hacer unas cuatro letras haciendo constar el trato, y no había ni de cuaderno. Lo que había era de libreta

pequeña. Entonces a un paquete de cigarros le saqué la parte de papel blanco y en ese papel hicimos la carta de venta, con un testigo porque sólo uno había, en cincuenta pesos.

Y definitivamente me quedé en Sabalito, luchando, trabajando. Cabe agregar también que ya con obligación, ya con mujer y ya con un niño también a la cola. Desafortunadamente el niño enfermó, me vi obligado a salir, no teníamos plata, tuvimos que vender las gallinas para hacer los gastos. Se hizo todo lo humanamente posible. No se pudo salvar el niño. Me desmoralicé; quise irme otra vez a Sabalito. Los amigos me aconsejaron que no, que me quedara en Golfito, y de una vez me ofrecieron otro trabajo, siempre como policía, como agente de policía. Por cierto que ya conocía yo algo de la gente a quien tenía que ir a ver porque se trataba de una agencia de policía en Coto, pero con sede en Coto 44, donde había estado meses antes como guarda fiscal. Acepté el puesto. Viví tranquilo, viví bien. Serví bien a mi juicio. Tan bien que la salida fue provocada porque agarré a uno de los altos jefes con un juego de naipes, un juego de póker donde había mucha plata en la mesa y lo reporté. Recogí la plata, recogí el naipes y lo reporté. No sé si le cobraron multa o no le cobraron multa, pues esas cuestiones casi nunca trascienden. Como son altos empleados de la Compañía,¹⁶ no se hace ninguna publicidad. Y seguro que no le cobraron nada tampoco. Pero sí fue suficiente para que yo quedara mal parado, y por casualidad yo dependía del mismo departamento donde él mandaba, que era ingeniería. Empecé a tener problemas. El hombre me hacía mala cara. Y si me encontraba en el camino no me alzaba con el carro. Más bien desearía echármelo encima. Ese señor se llama Carlos Hurtado. Es muy conocido y se ha hecho ya famoso; ya es más alto empleado.

Y fue así como unos ocho meses después o algo así, me vi obligado a retirarme de nuevo. Afortunadamente había hecho una economía

16 La Compañía Bananera.

de unos dos mil colones entre haberes y efectivo, y la Compañía me dio algo también de prestaciones, aunque yo no quería recibirlo porque no soy de esas personas que van a buscar prestaciones o que van a hacer un juicio a una empresa por prestaciones legales. Siempre tengo la impresión de que son cosas que uno no ha ganado. Pero por casualidad estaba yo en la oficina para que me hicieran el tiempo y estaba justamente discutiendo con el oficinista en el sentido de que yo no iba a retirar las prestaciones. Que no las quería porque no las había ganado yo. Que yo lo que necesitaba era la puerta abierta de la Compañía Bananera para entrar a trabajar en cualquier momento preciso. Fue justamente en ese momento cuando entró Don Roberto Pineda, que era el mandamás del otro sector, agricultura. El señor Pineda me conocía bien. Claro ya me habían visto para allá y para acá, para allá y para acá y me habían visto inclusive cumpliendo. Y Pineda sabía de ese cumplimiento que yo había hecho con el ingeniero Hurtado. Y me oyó y me dice, “Mejía, ¿qué pasó?”. Le digo, “Nada Don Roberto. El asunto es que me tengo que ir. Estoy mal. Pero me están ofreciendo unas prestaciones que yo no las quiero, justamente porque no quiero una bola negra, no quiero una ficha¹⁷ en la Compañía Bananera. Quiero tener la puerta abierta para cualquier día”. Entonces el viejo Pineda me dijo, “No, eso es suyo. Recíbalo. Y si no quiere irse, mañana trabaja conmigo”. Entonces me calmó. Me dio a entender que tenía apoyo, que podía irme tranquilo y volver tranquilo. Claro no adonde Hurtado sino adonde él. Entonces me fui.

El señor Pineda por cierto facilitó el carro para que me trasladara a Punta de Riel con todos los chunchecillos¹⁸ que tenía. Ya en este tiempo la Compañía había intensificado los trabajos en los Cotos. Ya se estaban haciendo casas en Coto 43, Coto 47 y Coto 42, y habían rancherías también donde estaban muchos peones

17 Tener una ficha o “estar fichado” significa estar sentenciado o en deuda (principalmente moral) con alguien.

18 Un “chunche” es una “cosa”.

que estaban haciendo zanjas.¹⁹ Otros ya estaban estaquillando²⁰ para sembrar. Había movimiento. Y entonces solamente de clavos arrugados que yo juntaba en los ratos libres en las construcciones, llevaba como un quintal y medio de clavos que me sirvieron allá de bastante y les sirvieron a otros, porque no habían clavos en Sabalito. El único clavo era la falta de plata.²¹ Claro que las dichas casi nunca duran mucho y la plata que yo había logrado economizar fue desapareciendo poco a poco hasta que se terminó. Y no habían productos todavía: un poquito de maíz, un poquito de frijoles, algo de verdura, pero nada, nada sólido. Nada que pudiera decirse fuerte, económicamente.

Afortunadamente en esos días, allá por el año '51, a fines, si no me equivoco, o a principios, entró Don Luis Wachong,²² persona muy conocida en el ambiente nacional, con el deseo de comprar terrenos y sembrar café y montar beneficio de café. Y fue ligero el asunto. Entró un par de veces y ya supimos que había comprado unas especies de gracia de Betón Pacheco, un terrenal allá por San Luis, en la frontera. Y los pocos campesinos que habíamos nos pusimos muy contentos porque sabíamos que Don Luis era una persona de esas que invierten el dinero, que lo ponen a reproducir y entonces estábamos alertas para la próxima entrada de él, hablarle a ver qué trabajo iba a emprender y qué podíamos hacer nosotros.

19 Una "zanja" es un hueco o excavación.

20 "Estaquillar" se refiere a hacer una plantación por estacas.

21 En esta oración, el autor hace un juego semántico con los significados de la palabra "clavo". Inicialmente se refiere al clavo utilizado para la construcción (típicamente de acero) para posteriormente utilizar la palabra "clavo" como sinónimo de "problema" o "molestia".

22 Un inmigrante chino a Costa Rica, quien se estableció inicialmente en la Provincia de Limón pero después se trasladó a Golfito, donde fundó varios negocios comerciales que sirvieron a los empleados de la United Fruit Company (por ejemplo, una tienda de artículos de confección y un cine). Era su hija, la Licenciada Elena Wachong Ho, a quien los editores de este libro conocieron durante el período en que Mitchell hizo sus estudios de posgrado para la Maestría, como se ha explicado en el prólogo de este tomo, la que indujo a los editores que escogieran Coto Brus como el sitio donde trabajarían de voluntarios del Cuerpo de Paz.

Y efectivamente estuve listo con recuerdo a Bolívar González y a Gabelo Rojas, que fuimos los primeros que fuimos a trabajar donde Don Luis. Propiamente arreglando terreno para hacer un almacigal²³ de café.

Estuve trabajando con Don Luis unas cuantas semanas y empecé a ver la necesidad que había en Sabalito de una persona que sirviera de enlace entre la Compañía Bananera y el pueblo, ya que la economía era tan débil y que algunos productos se podían negociar en Villa Neilly. Es decir, Villa Neilly no existía, en los Cotos. Como, por ejemplo, huevos, algunos poquitos de repollo que sembraban algunos, y algunas cosillas más.

Había que importar. Había que llevar de la Compañía; por ser de la Compañía, tenía muy buenos precios, muy favorables. Lo que era terrible era venir a llevar comida a la Compañía porque no había transporte y había que subir esos catorce kilómetros de la Fila de Cal andando y bajarla andando, y tal vez con una carga de sesenta o setenta libras al hombro. Eso era cosa seria. Y llegaba uno deshidratado al final de la carretera, a donde se podía decir “gracias a Dios”. Y aún así, aún conociendo esas condiciones, pues había que hacer algo.

Y se me ocurrió que yo podía ser esa persona que podía servir de enlace entre Sabalito y Coto. Y avisé a todas las pocas casas que habían que por favor no se comieran ni un solo huevo, de los pocos que podían tener, porque yo pasaría recogiénolos el sábado y domingo siguientes y los traería a vender a Coto.

El día señalado empecé a recoger los pocos huevos, sabiendo que eran muy pocos los que se iban a recoger, ya que eran pocas las casas. Entonces traté de conseguir algo más que pudieran vender,

²³ Un “almacigal” (también llamado “semillero”) es un lugar en el que se siembra y guardan semillas; en este caso de café.

como pollos o gallinas echadas a perder, o algo así. Pero no, no hubo, no fue posible. Tuve que hacer el primer viaje únicamente con los huevos que se recogieron. Pero como eran muy pocos, quizás unas doce docenas u once docenas en total. Entonces pensé que era mejor ir más despacio, pero tratar de recoger más. Entonces tardé un montón de tiempo para hacer ese primer viaje yendo por todos los ranchos, que eran pocos también y muy diseminados, que estaban comprendidos en la región propiamente entre ó Sabalito y Cañas Gordas, y Cañas Gordas y Campo 3. Aún en Campo 3 visité los últimos dos ranchos que habían para buscar más. Ahí no encontré nada porque como ése era el punto de partida y el punto de llegada, pues siempre había escasez de todo, porque la gente, aunque era poca, era ahí donde llegaba a comprar café y a comprar alguna cosa que comer.

Hice el primer viaje tal vez con unas quince docenas, dieciséis docenas en total. Pero descubrí que el negocio no era malo, porque una vez que las amas de casa se entusiasmaran con lo poco que yo les podía llevar, porque en realidad no se podía llevar mucho al hombro, ellas se iban a preocupar más de conseguir más huevos, de hacer que las gallinas pusieran más, cuidarlas mejor. En fin, supuse que el negocio iba a mejorar, y efectivamente así fue. Llegó un momento en que hubo que hacer dos viajes por semana. La gente empezó a producir más y entonces yo me vi obligado a comprar una yegua, también para jalar pocos de maíz y pocos de repollo. Y entonces el negocio ya se tornó un poco más favorable porque yo compraba los huevos a tres colones la docena, y los colocaba en la zona a seis colones la docena. Es decir que ganaba un cien por cien. Y aparte de eso pues, muy pocas veces lo hice, pero en algunas oportunidades cobré alguna comisión por algún encargo que me hacían las personas de arriba, especialmente si no me vendían huevos.

Así que empecé a redondear un sueldo muy parecido, o un poquito más que el que podía ganar allá donde Don Luis Wachong.

Entonces, no estaba muy contento yo porque en realidad, pues, el viaje era muy muy duro y también un poco riesgoso porque había bastante animal. Había león, había tigre, había mucha víbora, especialmente terciopelo. Posiblemente por la misma intensificación de los trabajos en la zona, las culebras tenían que ir retirándose de la zona y buscando esa zona nuestra. Y era muy a menudo que uno se encontraba con las víboras atravesadas en la calle, y aunque no son animales muy agresivos, son muy peligrosos.

Días después, la situación de Sabalito, me refero a la situación económica, mejoró notablemente, porque Don Luis Wachong no limitó su radio de acción a San Luis sino que lo extendió hasta Río Negro, y además compró algunos terrenos en Sabalito, ya con el fin de planear un beneficio para café. En esta forma ya hubo más gente y gente pues de cierta categoría. Ya conocimos lo que eran ingenieros y algo más, y en este tiempo llegó una familia de apellido Cubero, procedente, de San Isidro del General. Y no quiero decir que sólo esa mujer fuera viciosa, pero fue la primera que se le ocurrió encargarme unos pedazos de lotería, si podía encontrarla en Coto. Esta señora me encargó cinco pedazos de lotería. La primera vez le pregunté, “¿Qué número quiere señora?”, y ella me dijo, “El que encuentre”. La siguiente semana cuando pasé para abajo, pasé donde ella, y le pregunté, “¿Señora se le ofrece algo?” Y dijo, “Ah sí, claro, tráigame un pedacito de lotería”. Volví a insistir, “¿Qué número?” “El que se encuentre” dice. Ah bueno, entonces me pensé yo, “La próxima semana no paso adonde ella”. La próxima semana voy a traer yo lotería porque como no tiene número escogido, pues entonces cualquiera que traigo se lo puedo vender. Y me arriesgué un poco. El negocio había mejorado un poco. Había muchos huevos y algunas cosillas más que vender. Ya la gente se había entusiasmado, estaba sembrando rábanos y lechugas y repollos y algunas cosillas, culantro.

El negocio había mejorado bastante. Quizás estaba haciendo un sueldo de ochenta, noventa colones por semana, tal vez cien. Y

entonces yo me arriesgué, me llevé veinte pedazos de lotería para hacer la prueba. Y casi no alcanzan para la señora esa. Los vendí en el camino. Yo los llevaba aquí en la bolsa de la camisa. La gente me los veía, y me decía, “Véndame un pedacito”. “Cómo no, claro, vamos a venderle un pedacito”. Cuando llegaba a Sabalito casi no tenía los cinco pedazos para ella. Entonces la siguiente semana llevé cuarenta. Llevaba cinco de uno, cinco de otro, y cinco, en tiritas de cinco pedazos. Y sucedió lo mismo. No alcanzaron. Hubo que hacer la reserva de los cinco pedazos de ella para no quedar mal. La semana siguiente llevé ochenta. Y apenas, apenas logré llegar donde ella y era en La Unión. Allá le vendí a unos señores Rivera que tiene un comercio los últimos pedacitos. Y así seguí aumentando semanalmente la cuota, pero aumentando una barbaridad. Si de ochenta se pasó a ciento veinte, y de ciento veinte se pasó a ciento cincuenta, y de ciento cincuenta pasó a doscientos, y entonces suprimí un viaje por semana a Villa Neilly. Ya no era necesario sacrificar tanto el cuerpo si con la venta de lotería yo tenía el resultado, no igual pero, faltaba poco para completar el otro viaje verdad. Entonces en estos días Don Luis Wachong metió unas cuadrillas de chiricanos a trabajar en Río Negro, y entonces yo me vi obligado a ensanchar más mi radio de acción. Y fue así como ya entonces pude colocar unos treientos o más pedazos de lotería y también recoger algunos huevos más de la gente que estaba en ese sector de San Miguel. Muy poca por cierto, pero ya había gente que yo nunca la visitaba.

Así sucesivamente iba aumentando el negocio y fue a mediados o a fines del año '52 cuando se produjo, se podría decir una transformación total del pueblo que ya prácticamente dejaba de ser Cañas Gordas con un par de caseríos, porque era en este momento que se estaba instalando la conocida llamada Colonia Italiana en el sector del Río Java. Los italianos venían ayudados por una organización que se denomina Punto Cuarto. Venían más o menos financiados. Era gente que no conocía mucho del ambiente nacional, inclusive la plata no sabía manejarla muy bien, como ellos tienen una moneda

tan rala, tan raquítica, tan pobre que un colón nuestro vale como cien pesos de ellos. Ellos se enredaron bastante con la moneda y los peones que consiguieron primeramente ganaban una barbaridad de plata porque ellos calculaban que pagar doscientos cincuenta colones por una hectárea de voltea²⁴ era muy muy barato, nosotros en cambio pagábamos ciento diez. Pero ellos no, ellos no tenían control. Y tardaron bastante tiempo para darse cuenta de que estaban en un error. Quizás un año, algo así.

La cosa es que fue una época bastante buena para mí porque los italianos llegaron con un sinnúmero de propósitos, pero fundamentalmente el café, en gran escala, a diferencia de Don Luis, porque Don Luis trataba de producir café para beneficiarlo él, mientras que los italianos trataban de producir café para beneficiarlo en una especie de sociedad, en una cosa en grande. Hacer un beneficio es una cosa ligera, siempre que esté la financiación, porque el personal es abundante, un técnico, un maestro de obras están amontonados en el país, puesto que el país es cafetalero tradicionalmente. Y fue así entonces como inmediatamente se procedió a abrir trocha. Claro costó también tiempo, y las primeras comidas que metieron para los italianos tenían que dar la vuelta por Cañas Gordas y Sabalito porque en realidad no había camino por Las Cruces.

Así siguieron las cosas. Yo seguí trabajando en el asunto, vendiendo lotería. Pronto mejoró tantísimo el negocio de la lotería que entonces suprimí el de los huevos. Me parecía que había otras personas que podían hacerlo y el tiempo mío no alcanzaba. Ya se había hecho grande la región porque ya entonces había que ir por Cañas Gordas, salir a Sabalito, ir a la Unión, llegar a San Luis, pasarse a Río Negro, volver por San Miguel, llegar a Sabalito de nuevo y salir para San Vito, que hoy se conoce con el nombre de San Vito; para la colonia. Y ya estaba haciéndose la trocha entre

²⁴ “Voltea” es la acción de voltear o derribar los árboles. Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarrriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

la colonia y Agua Buena. Entonces ya yo me compré un caballo, visto que la yegua se había muerto. Y entonces hacía la gira, parte en caballo y parte a pie. No soy muy aficionado a la bestia. Y, pero sí me venía de Sabalito a la colonia a caballo y de la colonia a Agua Buena a caballo. Ahí lo dejaba y el resto seguía a pie. El sistema de transporte también había mejorado notablemente. Ya había que bajar muy poco la Fila de Cal andando, porque ya los italianos tenían un par de jeeps, un jeepón y un jeep. Sí, de ese tipo armada, es un carro más fuerte y más alto, mismo sistema de jeep, doble tracción. Y ya entonces pues muy a menudo, hasta se ponía uno de acuerdo con la gente para cuándo van a salir, a qué hora salen y eso. Y también Francisco Cedeño había adquirido el primer carro que tuvo, porque también en esos días, a raíz de esa entrada de esa gente, me refiero a Wachong y a los italianos, los Acuña quisieron hacer una reorganización, y emprender trabajos en gran escala para valorizar terrenos; también pusieron a funcionar cantina y ensancharon la parte comercial y entonces pensaron que Omar Córdoba, que es el yerno de Acuña, podía tener ahí un buen trabajo, un buen campo para desenvolverse en transportes.

Omar Córdoba tenía un camión allá en Alajuela, posiblemente con poco trabajo, y entonces al entrar todos, entró Omar con la esposa y los chiquitos. Entró Óscar con la esposa y los niños, entró otro que le decían Puntica y no sé cómo se llamaba. Y bueno era un montón de Acuñas y yernos y cuñados y cosas así, otro muchacho Pacheco y otro muchacho Rodríguez. Y aquello era pelota grande de Acuñas ahí en revoluta.²⁵ Unos tomaban guaro, otros trabajaban, y porque había dos de ellos que eran terribles para tomar guaro, Óscar y ese Puntica. Creo que se llamaba Joaquín. Pero ¿quién sabe qué ocurrió? Cuestiones de familia que a uno no le van ni le vienen, no

25 En este contexto, la palabra “revoluta” se utiliza como sinónimo de la palabra “desorden”. Véase: Gagini, Carlos (1989). *Diccionario de costarriqueñismos*. San José: Editorial Costa Rica.

cuajó²⁶ el asunto. Y entonces Chico, hablando con Omar, le decía Chico, que sí, que era un buen campo para trabajar en transportes, que si él pudiera él lo haría. Entonces le dijo Omar, “Claro que podés hacerlo. Yo te vendo el carro, no importa que me lo vayás pagando ahí poco a poco, si yo no lo estoy ocupando”. Entonces fue así como Chico Cedeño se apoderó del primer carro que tuvo. Entonces ya había otro carro más. Chico bajaba por lo menos una vez por semana a Coto. Don Luis le daba algunos fletes.²⁷ Don Luis no tenía transporte propio. Y ya Acuña había ensanchado el negocio comercial y ya entonces metía varios quintales de arroz, varios quintales de harina, varios quintales de azúcar, varias latas de manteca. En fin, era un flete ya considerable. Y entonces Chico ya tenía algo que estar haciendo con el carro. Claro que era hasta Campo 3, nada más. De Campo 3 ya era sólo carreta o bestia hasta Río Negro o hasta la colonia.

Fue así justamente como yo continué el negocio de la lotería con muy buenos resultados. Quizás desperdiicé alguna plata, la malgasté. Quizás hice malos tratos o algo así, porque debería de estar mejor, de acuerdo con los ingresos que tuve en esa época. Fue una época bastante buena, tal vez unos tres o cuatro años en la que la venta de lotería llegó a cien billetes por semana, o sea una emisión completa de lotería. Cien billetes de veinte.

En cada billete yo tenía una utilidad de ₡2.50, ₡2.75, según el que me vendía a mí porque yo no tenía derecho con la Junta de aquí de San José.²⁸ Y entonces yo tenía que estar a lo que quisiera el otro o la otra, porque había varios elementos en Golfito que suministraban la lotería. Algunos me daban hasta ₡2.90 de ganancia, pero otros me

26 En este contexto, la expresión “no cuajó” refiere a que no se concretó o resolvió el asunto.

27 La palabra “flete” es sinónimo de “mandados”, “entregas” o “envíos”.

28 Se refiere a la Junta de Protección Social de San José, institución encargada de la administración de las loterías y juegos de azar en Costa Rica.

daban ₡2.75, y así. Pero bueno, lo cierto es que el negocillo ya en esa forma pues no era nada desagradable. Y sí, la cuestión económica no alzó mayor cosa, lo que hice fue cometer un error comprando pedazos de tierra. No sé por qué me dio esa clase de locura, porque si no podía atender quizás ni lo poco que tenía en Sabalito, pues para qué quería más. Pero, empecé a invertir la plata en pedazos de tierra y cuando dejé de vender lotería, ya me sentí aburrido, cansado y vi que el negocio ya se estaba descomponiendo porque alguna gente de Villa Neilly ya existía Villa Neilly, se subía allá a Sabalito y a la colonia vendiendo lotería, y entonces sobraba mucha lotería. Había que jugar mucha lotería los domingos a la hora del cierre, y entonces vi que el negocio no servía. Ya no me convenía. Había, como decimos vulgarmente, más capadores que huevos.²⁹

Entonces dejé el negocio de la lotería y me dediqué a trabajar ya propiamente a la agricultura. Un trabajo que me pareció bastante bueno, bastante lucrativo, era el trabajo de madera. Compré dos yuntas de bueyes con dos carretas, y todos los aperos,³⁰ yugos³¹ y demás, en cinco mil colones. Me puse a trabajar en madera, puse pocos de peones a cortar madera, botar palos y tuquiar,³² y me puse a trabajar en madera, en mi propia finca.

Tuve mala suerte con el asunto de la madera porque el comprador mío era Don José Castro, finado.³³ Don José Castro, el chino. Y el día que llegué a hablarle del asunto me animó. Me dijo, “Claro,

29 La expresión “capadores de huevos” refiere a la acción de captar o cortar los testículos. Al decir que algunos eran “más capadores de huevos” se refiere a que extraían más ganancia del trabajo realizado por los otros.

30 Los aperos son el conjunto de utensilios o accesorios necesarios para el oficio de carga con bestias.

31 Los yugos son instrumentos de madera que forman una yunta y que se colocan en el cuello de los bueyes de carga. Al yugo se le sujeta una lanza o cuerda que sirve para guiar a los bueyes.

32 “Tuquiar” es la acción de cortar la madera en “tucas” o partes.

33 La palabra “finado” es sinónimo de “fallecido”.

claro, hay que trabajar y el mercado no tiene límites”. Ya claro que la cosa ya había mejorado mucho, ya había camino, tanto por San Vito como para Sabalito y Cañas, y ya también se hablaba de esa trocha nueva que es propiamente donde vivo ahora.

Yo me confié con el asunto, me entusiasmé con el asunto de la madera en vista de que el señor José Castro Li había montado un buen aserradero y era mi vecino, me quedaba demasiado cerca. Consideré pues que era un negocio bueno para mí, vender madera en tucas a él. Y fue así como empecé a trabajar. Claro cualquiera emprende a trabajar a lo pobre con dos yuntas de bueyes y con unos cuatro, cinco peones. No es gran cosa lo que se hace, pero para una persona pobre es bastante. Y comenzamos a jalar, a remolcar o arrastrar tucas, no por la calle sino por dentro de la montaña. Parte montaña mía, parte montaña de Don José. Y hubo un momento en que casi podía ir uno al aserradero desde la propiedad mía hasta el aserradero, brincando por tucas, sin tocar el suelo. Yo tenía una cantidad de tucas pero era una cosa espantosa, en todo el camino. Donde los bueyes se forzaban, entonces despegaba y me devolvía. Era un tiro inteligente porque los bueyes iban más o menos bien, flojones, flojones, flojones.³⁴ Donde la cosa se les ponía muy dura yo los veía porque se forzaban, entonces yo no los jalaba más, sino que los despegaba y me devolvía para la montaña para traer otro. Mientras veníamos caminando ellos venían descansando. Entonces a veces pegaba una más grande y la jalaba un poco y la soltaba y me devolvía. A veces pegaba una más pequeña y me iba entonces, iba hasta el aserradero. Y así en esa forma tenía una cadena de tucas por toda la selva.

Pero bueno. La sorpresa mía fue cuando un día llego al aserradero con las dos yuntas de bueyes y estoy despegando cuando llegó Don José y me dice, “Don Francisco, ¿cuándo quiere que hagamos una

³⁴ En este contexto, la expresión significa que los bueyes iban haciendo su trabajo con poco esfuerzo.

medida?” Le dije, “Cuando usted diga”. A mí me interesaba que hiciéramos una medida porque yo calculaba que ya tenía unos quinientos colones en el patio, o sea a la par de la sierra. Eso era lo que íbamos a medir. Y diay, me servía para seguir trabajando, para el pago de la planilla. Y entonces, yo no sé qué fue lo que pasó, a veces tuve la impresión de que ni él mismo sabía qué era lo que estaba haciendo porque empezamos a medir la madera que estaba en el patio, e inclusive había unos pares de tucas muy rajadas, muy reventadas. Y me dice, “¿Y esto?”, “Diay, bueno, eso lo pierdo yo. Le dije yo, “Hágalo, hágalo en postes si le sirve de algo”. Y cuando terminamos la medida me dice, “Vamos a la casa para hacer un cálculo”. Era cubicar y sumar para saber el resultado. Y cuando hicimos la medida, la cubicación y sumamos, se asustó, pero asustado de verdad. Y me dice, “Ni una pulgada más”. Entonces yo me quedé asombrado verdad, con semejante inversión. Lo que estaba en el patio no era ni los intereses de la inversión que yo había hecho, menos para pagar el montón de palos que estaban desbaratados. Le digo, “Don José, ¿está hablando en serio?” Me dice, “Sí, claro sí, muy en serio”. “Pero es un, es un juguete. No se ha hecho absolutamente nada. Y usted no está, no se da cuenta de lo que me está diciendo. Vamos para que vea la cantidad de madera que hay en tránsito, dentro de su misma propiedad. ¿No la ha visto?” “No, no lo he visto”. Entonces le digo yo, le dije yo, “¿Y usted cree que es que eso es mucha madera o es que no conoce de madera Don José? ¿No conoce de madera?” “No, sí conozco”. “Bueno, no sé, no sé cómo es que conoce porque le mencioné pues que yo tenía cierta experiencia en trabajo de aserradero, que había trabajado cinco años consecutivos en Golfito y que pasábamos por la máquina quince, dieciséis, diecisiete, llegamos a pasar veintiún mil pies en un día, en una jornada de trabajo. Esto que hay aquí es una cosa ridícula. Esto es, esto es para trabajar una semana y se terminó la madera”. Me dice, “Bueno, pero es que yo tengo mucha madera, yo puedo...” Posiblemente él estaba viéndome a mí trabajar y estaba aprendiendo para hacerlo él. Bueno. Pero aún así era una tontería la que estaba haciendo, porque podía tomar la

madera mía hasta que se me agotara la mía y luego poder seguir explotando la de él. Pero bueno no hubo manera.

Al fin lo convencí de que me recibiera la que estaba en tránsito dentro de la finca de él. De favor le pedí diay, porque diay, ¿qué iba hacer yo con esa madera ahí? ¿Perderla total? No iba a ir con los bueyes a quebrar los bueyes ahí volviendo tucas para atrás para venir a salir donde, en fin... Si no podía salir tampoco. Y dejar que se perdiera el resto que estaba dentro de la propiedad mía. Y bueno, con eso pues por lo menos saqué los costos y tiré los bueyes al potrero. Por tuerce una de las yuntas de bueyes estaba en edad muy avanzada, había que trabajarlo un poco tiempo y tirarlo para carnicería y no se pudo engordar. Los mantuve bien salados y bien cuidados, y chineados sin trabajar, y no pudieron engordar. Ya estaban terminados. En esos bueyes hicimos una pérdida tamaña.

Y los otros bueyes, ya los italianos empezaban a tener café y no tenían tanta plata como para comprar carros. Entonces le ofrecí vender, o él me la ofreció comprar, a Pedro de Carlo y tratamos los bueyes. Por cierto, no era un mal trato para mí porque se los vendí en dos mil, dos mil trescientos pesos creo, y me hizo esperar, ah pero sin plata. No tenía nada. No tenía un cinco. Dos mil trescientos pesos, pero en un pagaré. Con un plazo más o menos convencional. Se llegó el plazo, me acerqué ahí a la casa para preguntar qué pasaba. “Ni un cinco tengo, ni un cinco tengo”. Él era un italiano que vivía seguido del teatro, una casa que ya ahora no está. “Y bueno pero pero, Don Pedro, pero, hábleme algo que me sirva a mí. Usted me está diciendo que no hay como si fuera nada más que decirlo así, dígame cuándo”. “¡No!” me dice, “Hay que hacer otro pagaré”. Le dije yo, “Ah no, mi pagaré yo no lo voy a romper porque diay, entonces ¿qué voy a hacer? Yo le puedo prorrogar el pagaré si nos convenimos, pero hacer otro pagaré, no”. “No, entonces deme un tiempo”. Y fue un tiempo que duró como año y medio después del vencimiento del pagaré y tuve que amenazarlo con hacerle un juicio, o meter el pagaré a la alcaldía para que me

pagara, y todavía me pagó en abonos. Un día cuatrocientos pesos, quince días después doscientos pesos, hasta que pagó.

Así fue también en esos enredos de compra de terrenos, que adquirí el terreno donde hoy vivo. Hubo un momento en que un señor, amigo de ahí de Agua Buena, tenía que irse del lugar. Me debía una plata, no tenía plata, ni para pagarme, ni para irse, y tenía ese terreno. No le había hecho absolutamente nada. Estaba en selva completa. Me la ofreció. Yo tenía en este momento dos terrenos en Sabalito, un terreno en Río Negro, otro terreno en Sabanilla, y otro terreno en lo que llaman La Fila de Chávez. Eran lotes relativamente pequeños. En Sabalito entre las dos se hacían setenta manzanas, eh setenta hectáreas. Son más o menos cien manzanas. El de Río Negro era unas sesenta y cinco hectáreas, más o menos noventa manzanas. El de Sabanilla parecido, unas ochenta manzanas. El de la Fila ahí de Fila de Chávez, era un lote pequeño, unas treinta, treinta manzanas. Y me puse a pensar verdad, “Si no le compro yo ese pedazo de tierra, pues otro se lo va a comprar y quizás voy a perder la parte que me debe”. Eran como seiscientos pesos. Él me lo daba en mil quinientos colones. “Mejor le doy la diferencia y me quedo con el pedazo de tierra”.

No me pesa, me pesa más los otros enredos que hice, porque poco tiempo después Don Luis Wachong se empeñó en abrir un camino que sirviera de veras a Sabalito. Y después de algunos estudios se resolvió que era por ahí que había que hacer el camino. Automáticamente quedó habilitado el terreno con un buen camino, y aunque en tierra, pero bueno, amplio, y automáticamente también se valorizó. En cambio, en los otros terrenos pues no tuve ganancias, en algunos tal vez tuve pérdida más bien. Alguno no me lo han pagado todavía.

Sí, voy a hacerles una ligera narración de lo que ha sido más importante para mí en la creación, digamos así, del cantón Coto Brus, hecho que se produjo en la presidencia del profesor José Joaquín Trejos Fernández.¹ Quizás el aspecto de más interés para mí, aparte de ser ciudadano cotobruense pues, ha sido la poca o mucha participación en la política local.² Por casualidad, las personas que tuvieron a cargo hacer la escogencia de las personas que debían o que se creía que debían integrar la primera Municipalidad, tuvieron la idea (no sé si buena o mala) de pensar en mi persona. Y fue así como llegamos a una especie de asamblea en la que ya casi todos los componentes de esa asamblea estábamos de acuerdo en que el primer puesto lo iría a ocupar el señor Cayetano Rojas Argüello. No había un consenso general en cuanto al segundo puesto, y había un porcentaje grande, quizás el cincuenta por ciento, que pensaban que debía de ocupar yo el segundo lugar. Bueno, el Tribunal Supremo de Elecciones siempre cuando la Asamblea Legislativa toma la decisión, o hace el decreto de creación de un nuevo cantón que deberá de tener Municipalidad por lo que falta de ese periodo administrativo, entonces concede un plazo, de 30 o 45 días, que es el plazo que tarda el partido político interesado en formar su papeleta.

Fue así como, con esa doble tendencia, una que me favorecía a mí y otra que favorecía a Ezequiel Ureña Solís, llegamos a esa asamblea que se celebró en el teatro de San Vito, para efectuar la fase final de ese trabajo que íbamos a celebrar nosotros ahí. O sea, la integra-

1 José Joaquín Trejos Fernández fue presidente de la República en el periodo 1966-1970. Fue electo por el Partido Unificación Nacional que unificó en ese momento al Partido Republicano liderado por Rafael Ángel Calderón Guardia y al Unión Nacional de Otilio Ulate, ambos partidos opositores al Partido Liberación Nacional. Además, fue profesor de matemática en la Universidad de Costa Rica.

2 En Costa Rica hay distintos niveles políticos. Además de la política nacional, hay actividad política importante a nivel local, específicamente de las Municipalidades existentes en cada uno de los cantones del país. En años recientes, las elecciones cantonales se separaron de las nacionales (que eligen la Presidencia y diputaciones), pero en la época de la vida de Don Francisco las elecciones municipales y nacionales se realizaban en conjunto.

ción de la papeleta municipal por el partido al que yo pertenecía y pertenezco. Se procedió a la primera votación resultando empatada diez a diez. En este caso estaban votando cinco delegados de cada distrito ya que el cantón se iba a crear con cuatro distritos: San Vito, Sabalito, Agua Buena y Limoncito. No sé, no sé cuáles cinco delegados, si los de Sabalito o los de San Vito o los de Limoncito, cuáles serían los que estaban apoyando la postulación mía. Lo cierto del caso es que la votación resultó empatada. En vista de esto y como no hay ninguna forma de decidir esto, entonces se procedió a una nueva votación, siempre entre los dos personajes y siempre con los mismos veinte delegados. Celebrada esta nueva votación, se hizo el recuento correspondiente, y resultó empatada de nuevo. O sea que la cosa estaba definida en ese sentido y no había ninguna variante que favoreciera a uno o al otro.

Fue así como los asistentes, algunos de nosotros mismos sugeríamos el tirar una moneda para arriba y facilitar el asunto. Pero la mayoría de la gente opina, u opinó en ese momento, que eso no era democrático y que iría a ser una cosa propiamente jugada al azar. En consecuencia, para mí la situación era un poco embarazosa, pues yo no quería ni siquiera opinar, ya que quería que fuera el resto de la gente la que opinara. Entre otras cosas, puedo hasta agregar, que yo realmente no tenía interés en ocupar ese puesto en la papeleta municipal. Y entonces una vez que fui consultado yo para ver qué opinaba yo, qué sugería yo, para tramitar con un poco de ligereza el proceso que estábamos llevando acabo, yo sugerí que votara toda la gente que estaba presente. El teatro estaba casi lleno de gente y claro que es lógico pensar que el Señor Ureña, siendo una persona distinguida, una persona con mucho dinero, y siendo residente en el centro de San Vito y estando el teatro en el centro de San Vito, pues la mayoría de la gente que estaba allí quizás iba a votar, ya no por simpatía tal vez sino por compromiso o por presión, por el Señor Ureña. Sin embargo, a mí no me interesó el asunto y en vista de que la mesa aceptó la sugerencia mía, procedimos a eso y votó

toda la gente que estaba dentro del cine.³ Fue así como entonces yo resulté con unos cuantos votos menos que él y él pasó a ocupar el segundo puesto en la papeleta municipal.

Luego se procedió a integrar los dos puestos más, restantes, y recayendo en personas que ahora mismo no recuerdo los nombres, personas que ya a sabiendas de que no hay posibilidad de tocar un tercer lugar, pues siempre presta su nombre para rellenar la papeleta.⁴ A mí se me consultó sobre si yo quería ocupar un puesto en la misma papeleta, como suplente, pero yo rechacé la oferta en vista de que ya había cierto consenso entre todos en que la primera suplencia debía de ocuparla el señor Antonio Rojas Castillo. Después de esa primera suplencia, las dos restantes, y ya que la papeleta se compone de cuatro puestos para regidor⁵ y tres para suplentes, los dos restantes puestos de suplencia ya no tenían importancia puesto que nosotros estábamos como seguros, aunque parece que fuera un poco pesimista, la opinión de que ya no sacaríamos más puestos sino la primera. Así las cosas, la papeleta quedó integrada de esa manera. Los puestos de posible elección, Cayetano Rojas Argüello en primer lugar, el señor Ezequiel Ureña Solís en segundo lugar, y para las suplencias, el señor José Antonio Rojas Castillo en el primer lugar.

3 En esta sección, se hace referencia al cine, aunque anteriormente se hizo referencia al "teatro". Aunque ambos lugares son diferentes, en la época de la narración se solía utilizar ocasionalmente ambos conceptos de manera indistinta.

4 Esto se debe a que en Costa Rica los partidos políticos presentan una lista de candidaturas a regidurías (con la cantidad máxima de puestos elegibles en el Concejo Municipal del cantón). La distribución de puestos se realiza con base en los votos obtenidos, seleccionando las personas electas según su aparición en la lista de candidaturas. Es esperable entonces que bajo esta lógica, las personas que ocupan los puestos más bajos de la lista tienen muy pocas probabilidades de ser electos por lo que de previo se les incluye para "rellenar la papeleta" y cumplir con los requerimientos legales.

5 El puesto de Regidor o Regidora forma parte del Concejo Municipal de la Municipalidad. Entre las funciones de los Concejos Municipales destaca la aprobación de presupuestos y montos/precios por los servicios municipales, además de definir los Reglamentos que aplican en el cantón.

Así llegamos a las elecciones y exactamente salió lo que creíamos. Los tres señores que antes mencioné resultaron electos en los respectivos puestos. Sí puedo decir que tuve oportunidad de estar muy vinculado con esa Municipalidad ya no sólo con los elementos nombrados por mi partido sino también con los contrarios, ya que realmente, aunque en parte, en Costa Rica pues se vive ese ambiente de democracia y cuando un gobierno se elige, no se elige para los que ganaron sino para el país, y en el caso de los cantones pues se elige un Gobierno Local que va a regir los destinos de ese cantón para vencidos y vencedores también. Y tuve oportunidad de colaborar con esa Municipalidad en unas cosas y también estuve molestándolos mucho, a veces sólo, a veces en compañía de otras personas, siempre para solicitar algunas cosas, algunos beneficios para las comunidades, especialmente para la de Agua Buena que es donde resido.

Así las cosas, bien o mal, la Municipalidad funcionó los tres años y pico,⁶ ya que no fue para cuatro porque fue la Municipalidad nombrada después de la elección presidencial, y de la toma de posesión del Presidente Trejos, como dije antes. Así llegamos al final. Poco fue lo que se pudo hacer; la Municipalidad era la primera que funcionaba en el cantón. Funcionó desde el principio desfinanciada, sin presupuesto, con un sinnúmero de problemas, problemas grandes, como el de caminos por ejemplo, el de escuelas. La población día a día crece en una forma casi desordenada se podría decir y la exigencia de servicios, día a día crece y un municipio sin fondos pues es lógico pensar que no puede satisfacer esas demandas.

Se llegó al final de la gestión administrativa y ya entonces entramos en la nueva fase politiquera⁷ para ver la forma en que se podría

6 La expresión “y pico” refiere a una parte o fracción de la unidad completa que se está mencionando, en este caso año. En otras palabras, la expresión “tres años y pico” sería lo mismo que decir “tres y años y algo más” o “tres años y resto”.

7 En términos lingüísticos y políticos, vale la pena diferenciar los conceptos de “po-

integrar otra papeleta para participar en otras elecciones, ya de tipo común, y a fecha fijada de antemano, como es de rutina en el país. Volví a participar en forma activa en esta nueva ocasión ya para las elecciones del año '70 y no me encuentro pues perjudicado, dijéramos o dolido por los resultados, pero sí no me gusta a pesar de que fue cosa culpa del mismo partido al que pertenezco pero no pudimos hacer una papeleta al gusto de la región ya que había fuerzas extrañas, fuerzas de afuera. No sé si con órdenes específicas desde San José o de Golfito, pero lo cierto del caso es que hubo una persona que llegó, se llama Mora, de apellido Mora, no recuerdo el nombre, que llegó a San Vito en plan de asesorarnos y con una especie de organización ya prevista. Es de mi partido, se llama Agustín Mora. Había visitado varias veces la zona. Es un politiquero tradicional, se llama Don Agustín Mora. En ese momento, cuando ya nosotros estábamos en asamblea, apareció este señor y, repito, con una especie de papeleta prefabricada, más bien como para ponerla en conocimiento de la asamblea misma, y que fuera aprobada o rechazada.

Es lógico entender que, como todos los que estábamos participando en esa asamblea somos amigos y todos pertenecemos al partido y nos tenemos pues ciertas consideraciones⁸ entre unos y otros, pues ninguno de nosotros estaba en capacidad, aunque lo deseara, de decir, “No, éste no me sirve”, o “Éste sí me sirve” o “Éste es mejor” o “Cambiémosla toda” o cosas así. Se sometió sencillamente a conocimiento de los que estábamos ahí reunidos, o sea los veinte delegados de los cuatro distritos, y se aprobó tal y como la había presentado ese señor Mora.

lítica” y “politiquería”. La segunda palabra, se utiliza para nombrar despectivamente la actividad política. De esa forma, quienes hacen politiquería (los politiqueros) realizan un ejercicio político de poca altura.

⁸ En este contexto, tener “cierta consideración” por alguien significa tenerle cierto aprecio o cariño.

La papeleta estaba con el señor Jorge Cordero Solís como primer puesto y el señor Elian Campos Ugalde para segundo lugar. En el tercer lugar este servidor, Francisco Mejía, y en el cuarto lugar, ahora no recuerdo, un señor, un muchacho Vásquez del lado de Limoncito. Se trataba en esta forma de que quedara un poco representativa, que hubiera un nombre, por lo menos en la papeleta, de cada distrito. Y así fue aprobada. Después venía la cuestión de las suplencias. Ya el señor Mora tenía en el primer lugar de la papeleta al señor Víctor Manuel Pineda Núñez, y Víctor Manuel pues es una persona que goza de simpatías. Es un buen partidario y nadie tuvo el menor reparo en aprobar la papeleta en su parte de suplentes. En cuanto a los demás lugares, pues cabe decir, cabe agregar, que los elementos que estaban postulados pues eran todos buenas personas; pero además de eso pues son ya puestos sin importancia, que ya uno casi está seguro de que no van de ser de elección popular y entonces pues no vale la pena discutir si es mejor uno o si es mejor otro. Cualquiera que lo llene siendo del mismo partido uno está satisfecho.

Volviendo al señor Mora, entiendo que él había estado, yo no lo vi porque yo vivo en una calle de tierra que no es un de muy fácil acceso y es una calle pues que es como un entronque entre San Francisco de Agua Buena y Sabalito, y además de eso no vivo en la orilla de la calle,⁹ y entonces yo desconozco propiamente cuántas veces y de qué forma y con qué propósito el señor Agustín Mora visitó el cantón. Pero sí sé que él había venido antes y había estado conversando en forma a veces colectiva, a veces particular con algunos elementos, lo que quiere decir que ya el señor Mora sabía más o menos cuáles eran los elementos que figuraban como líderes, como cabezas del partido en el cantón, y con base en eso, él elaboró esa posible papeleta.

⁹ Los editores de este libro conocieron a Don Francisco cuando vivió en la casa/finca que él describe aquí.

Pues sí, como dije antes verdad, ya nosotros estábamos en reunión. Ya estábamos casi a punto de empezar a postular nombres para los distintos puestos cuando el señor Mora llegó. Cuando el señor Mora llegó pues todos los que estábamos presentes procedimos al respectivo saludo y de inmediato el señor Mora tomó la palabra y dijo, “Bueno estoy aquí para asesorarles, para ayudarles, y he preparado una posible papeleta. Quiero que ustedes la conozcan y la discutan y la analicen. Si les conviene, la aceptan, si no, pues la modifican. Pero yo creo que está más o menos bien. Es una cosa que se ha hecho a consciencia”.

Y entonces, como dije antes, si todos somos amigos, todos somos del partido y lo único que buscamos todos es ayudar a esa causa, pues no teníamos reparos en aprobarla como está, a sabiendas de que no estábamos haciendo lo mejor.

Es seguro que sí, seguro que sí, segurísimo que, sin él, hubiera salido otros nombres pero, como les dije, el señor éste era de fuera, llegó con una papeleta ya prefabricada, y era poco lo que se podía hacer. Lo cierto del caso es que, con esa papeleta, con esa nómina de personas, se imprimieron las papeletas finales, ya como les dije antes, la parte que corresponde al Tribunal Supremo de Elecciones. Y así llegamos a las elecciones. Y las elecciones, se podría decir con franqueza, que fueron un fracaso para el partido nuestro. Y ya que la votación fue completamente desfavorable por amplio margen, y solamente pudimos sacar un puesto en la Municipalidad, con una suplencia que naturalmente no es la primera que está en la lista, sino que nos toca la tercera suplencia. Es decir, ese es un asunto un poco complicado que habría que tener una papeleta a la mano y explicar cómo es el asunto,¹⁰ no tiene importancia.

10 Se refiere al sistema de elección y a la forma en la que se traducen los votos en escaños/sillas al Concejo Municipal.

Lo cierto del caso es que fracasamos en las elecciones y también pensamos en que, como la persona que había sido electa por el partido de nosotros, pues era una persona respetable, una persona muy conocida en el ambiente, muy serio, con ciertos conocimientos básicos, también podría ser que, a la hora de integrarse lo haría bien, porque no sé si usted entiende eso, pero a la hora de las elecciones no se nombran los cargos, es después en una reunión que se integran o instalan cada uno en su respectivo cargo.¹¹ Y creíamos que podía ser que la Presidencia de Municipalidad¹² la ocupara el elemento elegido por nuestro partido, y que entonces iríamos a tener algunas ventajas para el futuro estando la Presidencia en manos del Partido Unificación Nacional.

No resultó la cosa así como nosotros pensábamos, porque prácticamente la Municipalidad se instaló en una reunión muy especial, sin participación siquiera del munícipe Cordero Solís, ya que la reunión se hizo sin avisar. Y fue ahí en esa reunión donde se instaló la Municipalidad con el Concejo, con el asesoramiento de una de las diputadas, señora Mireya Guevara de Padilla,¹³ que llegó y prácticamente, como ellos eran tres, ellos tenían todo y tenían la mayoría. Entonces entre ellos se autonombraron, el señor Emilio Ureña Chanto como Presidente, el señor Carlos Luis Rodríguez

11 Se refiere a que los cargos dentro del Concejo Municipal (siendo el más relevante la Presidencia del Concejo Municipal) se nombra una vez que las personas electas ya están instaladas en sus puestos del Concejo Municipal.

12 En esta época, la persona que ocupaba el cargo de líder del poder ejecutivo de la Municipalidad era electo por el Concejo Municipal. En otras palabras, el Concejo Municipal (formado por las distintas regidurías) elegía uno de sus miembros para que fungiera como "ejecutivo municipal". Posteriormente, con la promulgación en 1998 del Código Municipal vigente, la antigua figura del "ejecutivo municipal" fue sustituida por la del "alcalde" con lo que dejó de ser seleccionada por los Concejos Municipales, para convertirse en una figura de elección popular (designada cada cuatro años por las personas votantes del cantón).

13 Se refiere a Mireya Guevara Fallas, también conocida como María Guevara Fallas quien fue diputada por el Partido Liberación Nacional (PLN). Primero fue diputada en el periodo 1970-1974 y posteriormente en el periodo 1986-1990 en el que incluso fungió como jefa de fracción del PLN (en la legislatura 1989-1990).

Cubero como Vicepresidente, y los otros quedan sin cargo. Los otros son simplemente munícipes.¹⁴ Así que cuando se celebró la sesión de instalación, ya las cosas estaban arregladas.¹⁵

El señor Cordero llegó a la mesa de sesiones, ya estaba todo listo. Llegaron como quien dice a ratificar lo que la diputada había hecho. O sea que ni siquiera los munícipes elegidos por el Partido Liberación Nacional pudieron opinar, porque de fuera les llegó otro personaje como en el caso de nosotros también antes, y les dijo, “Lo que hay que hacer es esto”, y eso se hizo. No sé si ellos estuvieron completamente de acuerdo o no, pero la cosa es que se aceptó la cosa como la diputada Mireya lo dijo, lo planeó. Así las cosas, del municipio, empezó a trabajar esta nueva gestión administrativa.

Podría decirse y con cierta satisfacción que, en este momento, en esta época, este asunto está mejorando notablemente. Ya se les toma un poco más en cuenta a las gentes de las distintas comunidades en la escogencia de elementos para integrar papeletas de elección popular. Pero tradicionalmente en Costa Rica hemos sufrido de esa dolencia. En donde las presidencias y las diputaciones y todos los puestos de elección popular pues casi los escoge la gente de San José, la gente de la Meseta Central, o sea los altos dirigentes de cada partido. Exactamente, pues nosotros hemos sufrido eso a pesar de que ya las cosas han cambiado bastante y ya se le toma más en cuenta a uno para esas cosas. Pero no ha mejorado en su totalidad y siempre hay esa intervención de las gentes de la Meseta Central, o por lo menos de provincias que ya son veteranas en el ajetreo político y que tienen experiencia, o que son muy mañosas

14 Aunque el concepto correcto de “municipio” refiere al “vecino del cantón”, corrientemente es utilizado con otra connotación para hacer mención al regidor o al síndico, tal y como lo hace el autor.

15 En ese momento, el puesto de dirección ejecutiva de la Municipalidad se llamaba “Ejecutivo Municipal” y era por el Concejo Municipal tal y como se describe en la narración del autor. Es a partir de 1998 que se sustituye la figura de Ejecutivo Municipal por la de Alcalde Municipal (electo vía voto directo de la ciudadanía del cantón).

y que tienen más astucia. Y entonces pues las comunidades rurales, aunque tengan la firme convicción de que si ellos hacen la escogencia resulta mejor, siempre aceptan, aunque sea en parte, la Intervención de fuera. No sé por qué, es una cosa que sería muy difícil de explicar. Quizás yo no tengo el palabrerío, el vocabulario necesario, ni tampoco los conocimientos como para referirme en una forma extensa y concisa a este aspecto. De seguro pues, que esta cuestión que nos atañe a nosotros, que nos interesa muchísimo a nosotros como es el caso municipal, pues posiblemente, me parece a mí, que la gente de fuera ha creído que nosotros, como somos de muy reciente formación, de muy reciente creación como cantón, y también como pueblo, posiblemente esta gente de fuera han creído que no somos competentes, que no tenemos la suficiente madurez política como para proceder a celebrar esta clase de convenciones o asambleas o escogencia de elementos.

Podría decirles un punto más en este asunto, que estamos conversando. Por ejemplo, en este momento, que ya se alcanza a ver para dentro de un año, las nuevas elecciones generales del país. Como ustedes pueden ver hay un sinnúmero de partidos que están en el tapete político, deseando participar, deseando ocupar la Presidencia de la República, de seguro las curules¹⁶ de la Asamblea Legislativa y todos los puestos de interés. Hay el caso, muy ejemplar, por cierto, del partido, de los partidos de oposición (porque no se podría decir el partido sino los partidos de oposición). Y hay una tendencia, o ya se podría decir una precandidatura nombrada, que es la del Doctor Trejos Escalante,¹⁷ y cabalmente hace unas tres semanas, algo así, estuvo un dirigente, por casualidad también de Golfito. Estuvo en mi casa. Y me visitó para hablar un poco de política y

16 La palabra "curul" es sinónimo de la palabra "escaño" legislativo.

17 Se refiere a Fernando Trejos Escalante quien fue varias veces precandidato presidencial y finalmente candidato a la Presidencia de la República por el Partido Unificación Nacional en las elecciones 1974. Además, fue diputado en el periodo 1966-1970 (Unión Nacional) y en el periodo 1982-1986 (Coalición Unidad).

para proponerme ocupar un puesto en la posible papeleta municipal de Coto Brus por ese partido, por la Unificación. Y después de un cambio amplio de impresiones, inclusive le invité comer piña, le invité a almorzar de todo porque me interesó el asunto. Y no es que me interesara el hecho de que yo pudiera ocupar un puesto en una papeleta sino el asunto político propiamente. Me interesa mucho el triunfo o lo que pueda suceder con mi partido. Entonces me interesaba mucho hablar con él de los distintos aspectos. Inclusive le dije, “Esto que usted está haciendo es malo porque después nos vamos a encontrar con lo que sucedió el otro día con el señor Agustín Mora”. Y por casualidad este señor conoce muy bien a Mora. Este, entonces, él me dijo, “Bueno, yo creo que usted tiene razón”. Eso me contestó, “Creo que tiene razón. Pero son instrucciones de la alta dirigencia del partido y ya se ha hecho todo lo que ellos ordenaron. Ya se ha hecho como una especie de un muestreo. Se ha ido a los distintos lugares o las distintas casas de las personas mencionadas”.

Y entonces él me mostró cómo estaba el asunto. Y también me dijo cuáles personas había entrevistado y que estaban de acuerdo con eso que él estaba haciendo. Estaban de acuerdo en apoyar los tres nombres primeros de la papeleta. Iba adonde mí que ocuparía el tercer puesto de esa papeleta. Ya había ido a los otros dos que ocuparían los primeros dos puestos. Las instrucciones que él recibió de acá eran de visitar la región y hacer una escogencia más o menos acorde con las circunstancias. Él no llevaba ningún nombre en cabeza. Pudiera ser que llevara algunos verdad, pero no me lo dijo. Pero él fue y consultó con distintas personas y algunas de esas personas mismas le dijeron a él, “Bueno no sé, aquí la gente está pensando en una posible candidatura para munícipe de Francisco Mejía, de Elian Campos, de Víctor Manuel Pineda, de...” Otras personas más le mencionaron. Y entonces él, con base en ese sondeo que estaba haciendo, entonces empezó a elaborar este asunto ¿verdad? Y entonces le preguntaba a la gente, por ejemplo a Antonio Rojas, a Ricardo Arroyo, al mismo Jorge Cordero fue a preguntar,

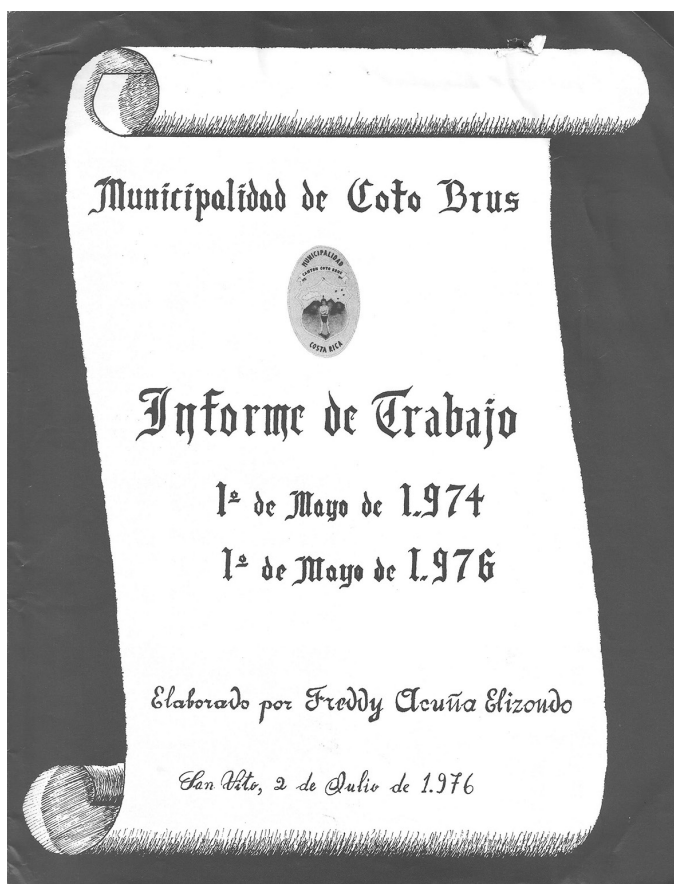
si él estaría de acuerdo en apoyar esa posible papeleta. Y entonces con un consenso más o menos general, así de líderes, entonces él llegó adonde mí a ver si yo estaba de acuerdo en apoyar a los que ya estaban en el primero y segundo lugar y a saber si yo estaría de acuerdo también en ocupar el tercer lugar.

Ese es el caso propiamente que se parece a los anteriores. Ocurre en todos los partidos. Es una cuestión ya como quien dice, “tradicional”. Que la alta dirigencia se encarga como de mover las fichas, como si se tratara de un juego de ajedrez. Repito, me siento satisfecho porque el asunto se va democratizando, aunque poco a poco, y ya se le da un poco más de participación a los pueblos. En otras oportunidades nunca hubiera llegado una persona a preguntarme a mí, si yo estaría de acuerdo o si no. Cuando se ve eso en los periódicos, la lista de personas que participan en determinada papeleta, y punto, nadie tiene derecho de protestar y si protesta queda mal.

Así las cosas, agregando algo más a la cuestión esa, no me quedó más alternativa que estar de acuerdo. Ya era una negativa que no debía de hacerla yo, por el bien mismo de mi partido. Hasta aquí. Después cuando lleguemos a las elecciones es cuando nos encontramos con el reatazo¹⁸ verdad. Que la gente rechazó de plano la papeleta que le pusieron porque no le gusta ni Francisco Mejía, ni le gusta Víctor Pineda; tal vez le gusta Elian Campos, pero diay, entonces no vale la pena.¹⁹ Tal vez el otro partido o uno de los otros partidos postula gente de más popularidad, de más influencia, más, más, más sobresaliente intelectualmente o económicamente o socialmente y entonces es allí donde vienen los fracasos políticos de los distintos partidos en los distintos eventos electorales. Así las cosas, estamos ya como quien dice, integrando una papeleta municipal, para las elecciones de un año después.

18 De manera más literal, un “reatazo” es un golpe dado con una reata (que es una especie de látigo o palo cubierto usualmente por piel de animal). En este contexto la expresión es utilizada como sinónimo de “golpe”.

19 En la siguiente elección en 1970 Francisco sí fue electo como suplente.



Informe de Trabajo, Gobierno municipal de Coto Brus con mención a Francisco y a su trabajo de mérito, 1974-1976.

INTEGRACIÓN DEL DIRECTORIO GOBIERNOS MUNICIPALES

1.— Onésimo Rodríguez Cubero	Regidor Propietario
2.— Gabelo Rojas Alfaro	Regidor Propietario
3.— Gabriel Avila Castro	Regidor Propietario
4.— Rómulo Fonseca Calderón	Regidor Propietario
5.— María Esther Elizondo León	Regidora Propietaria
6.— Freddy Acuña Elizondo	Ejecutivo Municipal
7.— Paulino Jiménez Valverde	Regidor Suplente
8.— Edwin Navarro Vargas	Regidor Suplente
9.— Francisco Mejía Mejía	Regidor Suplente
10.— Rubén Guzmán Hernández	Regidor Suplente
11.— Antonio Valerio Valerio	Regidor Suplente
12.— Ovidio Mora Bermúdez	Síndico Distrito de San Vito
13.— Rafael Barrantes T.	Síndico Distrito Agua Buena
14.— Israel Borbón Marín	Síndico Distrito Sabalito
15.— Faustino Alfaro Agüero	Síndico Distrito Limoncito
16.— Otoniel Fernández Mondragón	Síndico Sup. Dist. San Vito
17.— Adrián Noguera Ceciliano	Síndico Sup. Dist. Agua Buena
18.— Gilberto Barrantes F.	Síndico Sup. Dist. Limoncito
19.— Gerónimo Barboza Mora	Síndico Sup. Dist. Sabalito

Cabe ser sincero al decir que la labor de los señores Regidores Suplentes y de los señores Síndicos Propietarios y Suplentes ha sido descoordinada y nula, demostrándose una falta de responsabilidad en sus deberes como representantes del pueblo que los eligió. Desde luego que hay excepciones y esas son: el Regidor Suplente don Francisco Mejía Mejía y los Síndicos Ovidio Mora

Partido Unión Republicana

159 METROS SUR DE LA ESQUINA SUROESTE DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA
APARTADO 5397 - TELEFONO 21-32-34 - SAN JOSE - COSTA RICA

San José, 21 de setiembre de 1976

Señor
Francisco Mejía Mejía,
Presidente Comité Cantonal,
Coto Brus.

Muy apreciado señor:

El Diputado Sr. Sigurd Koberg, y nuestro Secretario General, Coronel Marino Donato, me han comunicado que usted fue electo en Asamblea Cantonal del Partido Unión Republicana para ocupar el puesto de Presidente en el Comité Ejecutivo del Cantón de Coto Brus.

Ante todo, quiero extenderle una cordial felicitación por su elección. Estoy seguro de que juntos podremos trabajar por la unidad de las fuerzas de la oposición y porque se elija al mejor candidato a la Presidencia de la República, mediante los sistemas democráticos que garanticen la participación directa de las bases.

Estamos a sus órdenes en nuestras Oficinas Centrales, cuya dirección, teléfono y apartado son los indicados arriba.

Por aparte nos comunicaremos con usted, para enterarle de los planes de acción que tenemos trazados, sin embargo no podemos dejar de escribirle estas cortas líneas para felicitarle y darle la bienvenida a nuestras filas de dirigencia.

Con un saludo muy cordial se despide,

PARTIDO UNION REPUBLICANA



Presidente
Comité Ejecutivo Nacional

Patrocinio Arrieta Leiva

CAPÍTULO VIII

METIDO EN EL DESARROLLO COMUNAL

Es realmente difícil para una persona que no tiene ciertas condiciones, que no tiene un grado de preparación adecuado, pues hablar de desarrollo comunal. Yo entiendo por desarrollo comunal toda aquella actividad que redunde en beneficio general de las comunidades, de los pueblos con que se convive. Pues como también podría ser con otros que tal vez uno ni conoce, pero ayuda, en alguna forma directa o indirecta para solucionar algún problema, alguna necesidad. Y repito que para una persona como yo pues, es un tanto difícil hablar de desarrollo comunal y mucho más difícil era emprender algún proyecto o cosa por el estilo porque en este momento pues está haciendo más de unos veinticuatro años que llegué yo a lo que hoy es Coto Brus y en realidad, pues, era una selva.

Yo tuve la idea en principio de que yo no serviría para nada, quizás ni siquiera para vivir en aquel ambiente tan lleno de problemas y tan lleno de necesidades, pues en esa época no se contaba con ninguna cosa de las que uno necesita para poder vivir, y vivir en conexión con el resto de la sociedad. Recuerdo perfectamente que en uno de los primeros percances que tuve un accidente, tuvieron que sacarme en un carrito que tenía un señor de Agua Buena. Y para esto hubo que ocupar una cuadrilla, se podría decir todas las personas que tuvieron buena voluntad y que se sentían pues como amigos, porque éramos, como éramos poquitos, éramos como una sola familia. Y entonces todos pusieron con picos y palas y cuchillos a hacer un trillo, lo que llaman camino, para que pudiera

entrar el jeep a Sabalito y pudiera traerme a Punta de Riel, en lo que ahora es Villa Neilly, para ver si podían llevarme vivo todavía al hospital de Golfito. Y realmente era una cosa muy difícil poder mantenerse en aquella región.

No teníamos plata pues ya eso está sabido. Si uno busca esos refugios es precisamente porque tiene necesidad. Y tampoco había fuente de trabajo de ninguna especie. Y recuerdo que el señor Salvador Marfil, contrabandeando, vendiendo Mejorales¹ al lado de Panamá o Rulas,² él se hacía de unos chumicos,³ también, algunos cincos. También conozco algunas anécdotas relativas a este señor Marfil contadas por otro gallego. Sí, es que los gallegos son un poquito tercicos. Eso lo heredamos nosotros también. Y porque dice que contaba el señor Manuel Cabezas que cuando Salvador Marfil llegaba a Golfito, la Compañía ponía un detective a cuidarlo porque robaba pedazos de cadenas y palas viejas y cuántos tarros⁴ viejos se encontraba allí. Se los llevaba para Punta de Riel. Allí tenía un almacén de chatarra y de cuando en cuando bajaba con un par de caballos que tenía e iba llevando eso para la finca.

Realmente hasta le duele a uno un poquillo hablar de estas cosas porque de veras son cosas terribles que vive el hombre en sus años, y una cosa muy simpática que nos pasaba con este señor, y digo que nos pasaba porque habíamos tres que estábamos trabajando en esa época con el señor Marfil. Y una cosa realmente, pues que era como para enojarse y pelearse con él, pero nosotros sabíamos disimular

1 Se refiere al medicamento analgésico “mejoral” que sirve para tratar diversos tipos de dolor, fiebres, dolor de cabeza, de dientes, de músculos y también para aliviar los malestares producidos por la de gripe y otras patologías.

2 Los editores no conocen ni pudieron encontrar en mapas ningún lugar con este nombre.

3 En este contexto la palabra “chumicos” refiere al dinero.

4 La palabra “tarro” es sinónimo de “recipiente”.

el asunto, primero porque nos parecía una cosa ridícula de parte de él y nos poníamos a reír, y después porque no había otra fuente de trabajo donde pudiera uno ganar los cincos y entonces había que hacerse de la vista gorda. Pero estamos, estuve completamente seguro de que nunca trabajé un jornal que no fuera de diez, once, o hasta más horas, porque recuerdo siempre que yo me iba de la casa oscuro todavía y en carrera, y cuando llegábamos allá (siempre nos encontrábamos los tres en el camino, en el trillo porque no había camino) a la casa de Salvador, ya era tarde. Él estaba siempre con el reloj en la mano y nos decía, “Les agarró tardito, vayan a trabajar”. Claro estábamos seguros de que eran las 5:00 y unos minutos, pero ya para él eran las 6:00 y algo más. Cuando era la 1:00, 2:00 de la tarde, ya nosotros estábamos seguros de que ya habíamos hecho el jornal o algo más pero en el reloj del señor Marfil todavía no era la hora de salir. Y había que trabajar dos horas más, o algo más todavía, para que se oyera el grito o el caracol⁵ diciéndonos que ya era la hora de irnos y era tal la tardanza en despacharnos que nosotros teníamos que ir un poco rápido para poder llegar todavía con la luz de día a los respectivos ranchos. Y estábamos a sólo un par de kilómetros de la finca. Eso indica claramente que cuando él nos despachaba, porque ya según en el reloj de él, eran las 2:00 de la tarde, la realidad, la cosa es que ya era cerca de las 5:00 o algo más. Pero bien, nos pagaba cincuenta céntimos la hora trabajada y eso era suficiente. Nosotros ganábamos entonces un jornal de cuatro colones, o algo así, y estábamos satisfechos. No había más que hacer.

Pero bien, esto realmente no tiene mucho que ver con la cuestión que llamamos desarrollo comunal. Esto era más bien como una introducción. Pero hablando de desarrollo comunal repito que cuando yo llegué a esa selva, pues nunca pude pensar ni creer que

⁵ Los caracoles de mar se utilizaban para producir un ruido, avisando a las personas trabajadoras que ya terminó la jornada.

yo podía servir para nada, pero, aunque no, realmente no servía, pues era hombre de pocas palabras y de poca acción, me sentía quizás un poco defraudado, un poco triste, tal vez, por estar en aquel ambiente. Pero ya en estos días empezó a funcionar la primera escuela que hubo en Sabalito, y entonces un día nos reunimos con la maestra, porque ya era necesario darle el carácter serio que tienen estos organismos, y lo primero que había que hacer era nombrar la Junta de Educación.⁶ Pues yo asistí como vecino, no porque tuviera ningún interés ni porque tuviera chiquitos tampoco de escuela, pero sí como vecino era mi obligación asistir.

Y claro que nunca me imaginé que la gente me fuera a meter en una Junta, o algo así, y fue ésa mi primera experiencia en lo que sí podría llamarse desarrollo comunal porque ya allí empieza uno a crear experiencias y a tener problemas con otras gentes y a tener comunicación con organismos oficiales y demás. Y recuerdo por cierto que, en los primeros, al primer año o primeros dos años trabajamos sumamente mal porque, a pesar de que estaban otras personas más o menos inteligentes de acuerdo con mi manera de pensar, la cosa caminaba mal, y realmente la maestra era la que tenía que hacer, pues casi todo, y nosotros nos limitábamos únicamente a echar una firma o algo así. Pero ella era la que se encargaba de las cosas. El último año (porque las Juntas de Educación trabajan tres años y pueden ser reelegidas, como también pueden ser quitados en su totalidad o por parte) pues funcionamos un poco mejor, ya nos pusimos más de acuerdo con la maestra, y ya había un poco más de gente. Habían más padres de familia, habían críticas, comentarios unos agradables otros desagradables en cuanto al funcionamiento de la Junta de Educación y eso pues sirvió para que nosotros tratáramos de mejorar nuestro trabajo.

6 Cada escuela (o grupos de escuelas) cuenta con una Junta de Educación que se encarga de administrar la escuela en términos presupuestarios y de gestión.

Vino el término de los tres años de vigencia y aunque nosotros no queríamos seguir más en eso, se produjo una reelección, y esta vez con una consecuencia muy especial, que ya había llegado a la región una familia europea, de origen belga, y uno de los señores de esta familia fue nombrado como tesorero de la Junta de Educación. Y este señor, pues claro que sí era una persona muy inteligente, y muy estricta. Y tuvimos bastantes problemas con el señor éste porque hacíamos algunos papeles para enviar a San José o algo así, y él los rechazaba porque estaban mal hechos. Si queríamos gastar un cinco, teníamos que ajustarnos estrictamente a la cuestión de reglamentos, y era bastante molesto el señor éste.

Así las cosas, ya en este tiempo ya también yo pues iba sintiendo un poco más la responsabilidad. Me iba sintiendo más hombre, más campesino, más trabajador y como más, más sensato, diría yo. Como que ya la cuestión de los hijos y eso, lo va haciendo a uno entender que la cosa no es jugando. Y también va uno pensando en el problema que puede presentarse en el futuro con una escuela muy lejana o algo así por el estilo. Y ya en estos días de ese nuevo período que nos tocó hacer de Junta de Educación en Sabalito, ya yo comencé a ver, a pensar, en la necesidad de una escuela más cercana. Ya habían más niños, había un poco más de gente. Y entonces me vino la idea de trabajar por abrir una nueva escuela. Naturalmente que yo pretendía abrirla en un lugar cercano a la finca mía. Fue así como fui a conversar con el chino Castro Lee para conocer su opinión al respecto, y ver si había apoyo o no había apoyo.

Fue una experiencia muy buena porque el señor Castro Lee, aparte de interesarse por la cuestión de la escuela cercana a la finca de él y a la mía, pues me dijo que si había apoyo de la comunidad y si había censo para abrir la escuela, que entonces él regalaba el lote donde se podía ubicar esa escuela. Con este apoyo moral y material de parte del chino, pues yo me sentí muy animado y entonces fui a ver a otros vecinos para conocer su opinión y ver su apoyo en el sentido de construir la escuela también, porque no podíamos pen-

sar en nada que no fuera el esfuerzo propio, el sacrificio personal. No podíamos pedir nada al gobierno porque en aquella zona tan alejada era completamente imposible pensar que el gobierno nos pudiera ayudar. Y no podíamos pedir nada a la Municipalidad, por ejemplo, porque la más cercana era la de Osa, que es lo que se conoce con el nombre de Puerto Cortés. Todavía en este tiempo no era cantón Golfito y entonces la situación era muy difícil. Pero visité unos cuantos vecinos, tal vez ocho o diez, y los cuales se mostraron completamente de acuerdo con la idea mía y fue así como entonces nos dimos a la tarea de abrir esa escuela que llevó el nombre de Escuela de La Unión.

Nosotros tuvimos algunos problemillas con la apertura de la escuela. Tuvimos que sacrificarnos económicamente porque nos mandaron un maestro un poco irresponsable y tuvimos que darle leche para los chiquitos; era un matrimonio. Y tuvimos que dar una casucha para que vivieran. En fin, tuvimos bastantes problemillas, pero estábamos muy contentos de haber tenido éxito abriendo la escuela y viéndola funcionar. Estando ya la escuela (está funcionando todavía) yo no podía figurar como miembro de ninguna Junta en esa escuela porque todavía estaba figurando como miembro de la Junta de Sabalito. En esos días se consiguió lo que se podría llamar la primera ayuda de gobierno para Sabalito y se construyó lo que hoy se conoce con el nombre de la Escuela Central, Escuela de INVU.⁷ Esta escuela sí se construyó con plata del gobierno y fue precisamente a Don Luis Wachong que le dieron el contrato de construcción, haciendo allí una especie de simulacro, de licitación, pues a sabiendas de que no había ninguna otra persona que pudiera hacerlo, y es lógico que tenía que hacerla Don Luís. Y me tocó entonces formar parte de la Junta de Educación de esa escuela. Pues automáticamente desaparecía la escuelita original del centro de Sabalito. Y los niños tenían que caminar un poco

7 El INVU es el Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo.

más unos, y otros un poco menos, pero ya iban a tener una escuela pues elegante, una escuela bien construida, por lo menos toda en madera y con algunos servicios.

Y ya en esta época, ya el pueblito de Sabalito había crecido un poco. Ya estaban los italianos en San Vito también, tratando de mejorar las condiciones, tratando de abrir algunos caminos. Y ya se había tractoreado la trocha entre Sabalito y San Vito, y ya estaba tractoreada también la trocha entre Agua Buena y San Vito. Es decir, ya las cosas habían mejorado notablemente y ya el pueblo se había hecho grandecillo y entonces al hacerse los pueblos grandes, los problemas crecen. Y entonces la gente empieza a pensar cómo podemos molestar a tal ministro o cómo podemos molestar a tal presidente o a tal municipio o cosa por el estilo. Y la forma de molestar es, desde luego, en forma organizada. Entonces se pensó en organizar, en fundar una Junta Progresista. Yo, en esos días, había dejado de servir ya en la Junta de Educación y estaba un poquito retirado de la cuestión ésta de la función pública, pero cuando se habló de la Junta Progresista, pues yo también estaba entusiasmado con el asunto y al hacerse la asamblea constitutiva es lógico suponer que yo estaba metido ahí entre la gente. Y entonces me tocó formar parte de esa Junta Progresista como secretario de la misma.

Esta experiencia en la Junta Progresista me resultó muy valiosa porque me hizo entender que ya no era la misma persona así inútil que yo me pensaba que era al principio, sino que ya la confianza que la gente estaba depositando en mí al nombrarme como secretario de una Junta Progresista, me estaba dando un poco de confianza y me estaba levantando en la parte moral y entonces, a sabiendas de que era un problema más en el que estaba entrando, pero lo acepté con gusto, con deseo de hacer algo. Y sí tuve unas experiencias valiosas con también partes desagradables, porque nunca es posible quedar bien a todas las personas, a todo el mundo.

Fue en esta oportunidad cuando estábamos, ya se había hecho la carreterilla a San Vito, de Agua Buena a San Vito (muy mala por cierto; hubo que sacar las máquinas que estaban trabajando en la terminación de la carretera, remolcadas con tractores, porque ni ellos mismos podían caminar en lo que llamaban carretera). Y entonces estábamos tratando de conseguir, o mejor dicho, una de las cosas de mayor importancia que iba a tratar de conseguir esa Junta Progresista, era la prolongación de la carretera de San Vito a Sabalito, y naturalmente la ampliación de la trocha porque lo que se había hecho era muy muy poquito.

Y entonces, una de las primeras encomiendas que me hicieron fue venir a San José y tener una entrevista con el ministro de transportes. En aquel entonces era el ingeniero Espíritu Salas.⁸ Por casualidad era de mi partido y eso, pues, me alentaba un poco, saber que me iba a encontrar que me iba a enfrentar con un elemento de mi misma bandera política, pues me daba cierta confianza. Y aparte de eso ya el cantón pues empezaba a tener cierta importancia política, y ya inclusive se pensaba en que al paso que iba el asunto, pues en un futuro no muy lejano podíamos pretender un cantonato⁹ y ya, de vez en cuando, nos visitaba algún diputado. Recuerdo que en esa época nos visitó Germán Espinoza,¹⁰ que había sido electo diputado por Golfito. Y ya Golfito era cantón, entonces ya nosotros dependíamos de Golfito. Y por cierto que allá, se conversó con el diputado Espinoza y se le hizo ver el plan que teníamos de hacer una visita a San José para entrevistar al ministro a ver qué

8 Se refiere al ingeniero civil Espíritu Santo Salas, quien fue Ministro de Obras Públicas en la Administración del presidente Mario Echandi (1958-1962). Véase: Castegnaro, Marta (2000, setiembre 14). "Día histórico: Espíritu Santo Salas". *La Nación*. Obtenido desde: <http://www.nacion.com/viva/2000/septiembre/14/cul4.html>

9 Pretender un "cantonato" es pretender convertirse en un cantón en sí mismo, lo cual implica la potestad de tener una Municipalidad y un Gobierno Local propio.

10 Se refiere a Germán Espinoza Jiménez, quien fuera diputado en el periodo 1958-1962. Fue electo por el Partido Liberación Nacional (PLN) por la provincia de Puntarenas.

posibilidades habían. Entonces él nos ofreció ayudar aquí en San José cuando esa visita se produjera.

Así las cosas, ésta fue quizás, sí, la primera vez que yo me acerqué a la Asamblea Legislativa. Yo me imaginaba que arrimarse a la Asamblea Legislativa era una cosa extraordinaria, una cosa del otro mundo. Y ese día no, me convencí de que no era así tan extraño el asunto. Y fui a la Asamblea, me costó bastante porque uno no sabe a quién se le puede preguntar ni a quién se le puede pedir nada, y me costó mucho que me consiguieran una entrevista con el diputado Espinoza. Antes tuve que hablar con un par de diputados más, que por casualidad yo los conocía aunque no eran de mi partido, pero sí eran conocidos, y fueron ellos precisamente los que me pusieron en contacto con el diputado Espinoza. El diputado Espinoza sí se mostró muy interesado en el asunto y él había ofrecido ayuda, estaba comprometido, y entonces me dijo, “Bueno, entonces mañana a las 9:00, nos encontramos en la esquina de La Perla,¹¹ allí en el Parque Central, para que nos vayamos al ministerio.”

Claro yo me sentía muy optimista ya con la ayuda de un diputado. Yo llegué a las 9:00, a la hora convenida, a La Perla, y tomé un poco de café para esperar. Al ser las 9:00 y 9:30, 9:40, ya empecé a sentirme un poco molesto por la informalidad del diputado. Y al ser las 10:00 pues me sentía más molesto aún y cuando ya eran las 10:15 más o menos yo calculé que si esperaba un poquito más al diputado entonces cuando llegaríamos al ministerio estaría cerrado. Vale la pena agregar que era un día sábado, terrible. Y si no se podía hacer la entrevista el sábado entonces habría que permanecer el resto del sábado y el domingo y todavía parte del lunes se pierde porque casi siempre amanecen engomados¹² y están en alguna parte refugiados o sencillamente no llegan a los ministerios. Yo estaba

11 La Perla era un restaurante que estaba ubicado al frente del Parque Central de San José.

12 Estar “engomado” es estar de “goma” o de resaca producto del consumo de alcohol.

muy preocupado, y al ser las 10:15 o 10:20, me fui en carrera al ministerio. Ya yo estaba más o menos informado, ya sabía dónde estaba el ministerio y todos esos detalles.

Y llegué con, pues, con fe en que podía ver al ministro. Desafortunadamente no fue así, o tal vez afortunadamente, porque uno me decía, “No, el ministro se fue ya”, y la otra decía; como siempre ese poco de vagabundas que hay en los ministerios haciendo de secretarías verdad, me decían; “No, no, no, yo creo que no se fue”; “No”, dice la otra, “Sí se fue”. Bueno, total es que cuando terminaron de decirme que se fue y no se fue, que se fue y no se fue, ya era la hora de cierre, las 11:00 de la mañana. Muy bien, nada de ministro. Entonces, yo estaba con un poquito de cólera, pero no estaba desanimado, y entonces uno de los jefes de departamento, o por lo menos de los que están allí metidos que nunca ven el sol, yo le había notado cierto como cierto interés, como cierto deseo de decirme algo. Y entonces cuando ya veníamos hacia la calle, ya las secretarías venían cada una con su respectivo bolso y arreglándose los anteojos o las uñas para salir a la calle, me encontré con el muchacho ése, con el señor ése. Y él me dijo, “¿Pudiste ver al ministro?” “No, no señor, no pude”. “Díay, ¿y entonces qué vas a hacer?” Le digo, “No sé, yo estaba pensando que tal vez usted...”, esta fue una cosa que se me vino a la cabeza así como último recurso, “Que tal vez usted, como es una persona aquí de las que mandan, de las que conocen un poco más el asunto, tal vez usted sabe dónde es que vive el ingeniero”. Me dice, “Ah, sí, sí, el ingeniero vive allá en La Pitaya, de la esquina tal del Paseo Colón, cien varas al norte y cien al sur. Es una calle ciega.¹³ La casa del ministro es la última que está en donde termina la calle y ahí hay una alcantarilla, yo que sé qué hay, una agua que pasa ahí”. Y me dice, “Lo que sí es bastante difícil, que te atienda en la casa. Yo no sé, todavía no sé de nadie que él haya recibido en la casa”. Le digo,

13 Se refiere a una calle sin salida.

“No, no diay, vale la pena hacer una tentativa”. Me dice, “Bueno diay, eso es cosa suya. Si usted es valiente, si usted se anima, diay, vaya”. Y yo de todos modos pensaba ir, no era necesario que él me animara. Y así lo hice.

Me fui a la casa de habitación del ministro, y revisé el garaje. Me cercioré de que no estaba el carro todavía en el garaje y entonces sin ir a tocar la puerta, nada, me quedé en la calle yendo para allá y para acá, y dejando pasar el tiempo. Cuando era cerca de la 1:00 de la tarde, vi venir un carro y claro como siempre se distinguen los carros de los ministros porque tienen en lugar de placa tienen una bandera nacional, yo estuve completamente seguro de que era el señor ministro que venía o por lo menos su chofer. Y éste si no era ministro y era chofer, pues me daría una información final.

Y tan pronto como el señor ministro enfiló el carro para entrar en el garaje, entonces me acerqué y lo saludé. Previa la disculpa por lo inoportuno y demás y no ser hora de oficina ni ser el ministerio, en fin, casi me hiqué para rogarle y entonces el señor ministro, yo diría que no de muy buena gana, pero como que le daban ganas de reír o, se ponía serio, yo lo vi un poco raro. Pero no tenía deseo de echarme y entonces me dijo que esperara un momento. Él guardó el carro y por una puerta privada del garaje se metió en la casa y entonces yo ya estaba mucho más animado, casi seguro de que podía lograr el cometido y, de veras, minutos después oí que le dijo a la señora o a la criada, “No sirvan todavía el almuerzo porque voy a ver qué se le ofrece a este señor”. Y entonces vino el señor ministro y me pasó adelante, cosa que le agradecí profundamente porque en realidad no merecía yo tanta atención y menos de una persona de éstas. Y entonces tuvimos una conversación pues, prolongada diría yo, quizás conversamos unos veinte minutos, o una media hora tal vez. Ya más bien era yo el que estaba preocupado porque suponía que él estaba con hambre y tal vez la familia que lo esperan para almorzar y eso, pero él estaba entusiasmado, haciéndome un sinnúmero de preguntas, inclusive preguntándome cómo había

sido la fundación del pueblo ahí. Si yo era de los primeros que había llegado, otros detalles más, y de cuando en cuando él me decía, “No, no se preocupe señor Mejía, eso lo vamos a arreglar, pero de veras arreglado. Esa carretera se las vamos a hacer ahorita, porque el propósito de nosotros es ése y usted sabe que tenemos un compromiso creado con esta gente de San Vito, y aunque ya se llegó allá con esa media carretera que se hizo, pero eso no es suficiente. Hay que meterle el hombro a esa zona. Además, como usted sabe, y usted mismo lo menciona...” me dijo, “Allá está Don Luis. Don Luis [Wachong] está metiendo hasta las uñas en esa zona”. Y una cosa me agradó mucho, nunca se me olvida, que me dijo el señor ministro en esa ocasión que a él le preocupaba más el asunto de Don Luis porque era un inversionista criollo, pese a su origen asiático, pero él, él lo consideraba como criollo. Y que estando con un capital pues relativamente considerable estaba metiéndose en esas montañas estando ya un poco viejo, no teniendo muchos hijos, y de veras sólo los dos que yo sepa verdad. Y me agradó eso verdad, que aunque lo dijera de los dientes para afuera pero sí me agradó porque también yo siempre pensaba que es más valiosa la intervención de Don Luis allá para el desarrollo de aquel pueblo que la misma llegada de “los tútiles”,¹⁴ de los italianos.

Así las cosas, terminamos la entrevista y yo me fui un poco satisfecho de poder llevar una respuesta satisfactoria a los compañeros de la Junta Progresista y al pueblo en general. La parte triste que tuve

¹⁴ La expresión “tútiles” para referirse a los italianos deviene de la expresión “todos allí” que utilizaban los capataces de las compañías para ordenarle a los inmigrantes obreros de ese país a que se ubicaran en cierto lugar. Señala Aguilar Bulgarelli que el 12 de diciembre de 1887 llegaron a Costa Rica los 756 trabajadores que casi un mes atrás se habían embarcado en el vapor “Australia” desde Italia. Ese día probablemente “se escuchó por primera vez el grito de: ¡tuttiti! (todos allí!), (sic) por medio del cual se establecía el orden entre aquella legión de obreros y que luego se convertiría en el “tútile”, con que el pueblo costarricense seguiría identificando no sólo a aquellos inmigrantes, sino a todo aquel que procediera de Italia o tuviera ese origen” (1989: 31). Véase: Aguilar Bulgarelli, Oscar (1989). *La huelga de los tútiles, 1887-1889: Un capítulo de nuestra historia social*. San José: EUNED.

es que ya en este tiempo yo estaba siempre transitando entre San Vito, Agua Buena, Sabalito y viceversa. A veces por el trillo viejo por Cañas Gordas, y a veces por el trillo nuevo por Las Cruces. Y nosotros, yo personalmente había presionado al señor Cubero para que hiciéramos público un camino que uniera la carretera; es decir la trocha; no había carretera, que uniera la trocha que conduce de Sabalito a San Vito en cierto lugar, que la uniéramos aquí, a un trillo que se había hecho paralelo al campo de aterrizaje. Y en esa forma entonces acortábamos la distancia por lo menos en un kilómetro y medio o dos dando la vuelta por todo el camino. Y la parte desagradable que tuve a raíz de ese viaje a San José y esa entrevista con el señor ministro es que el señor Antonio Rojas, que en esa época ya había comprado esa finca que tiene ahora, él pensó, y yo no sé de dónde sacó el agregado él, pero él se pensó, se imaginó, que yo en la entrevista con el señor ministro le iba a rogar desviar el camino por donde yo pensaba y no por donde estaba.

Al regreso mío a Sabalito y convocar a la Junta Progresista de la cual era miembro el señor Antonio Rojas, para rendir un informe, pues tuve una experiencia muy satisfactoria porque todos los compañeros con excepción de Rojas, se mostraron muy satisfechos con la venida mía a San José y los resultados, aunque no habían testigos del asunto. Pero sí lo que yo les estaba contando era muy convincente puesto que estaba expresándome mal del diputado que me había quedado mal y detalles del viaje, las preocupaciones y agarrar al ministro en su casa habitación. Era convincente la exposición mía. Y todos estaban muy contentos y tomando nota del informe, con excepción de Antonio Rojas, que cuando salimos de la reunión me dijo que teníamos que hablar. “Bueno está bien, tenemos que hablar, pero...”, le dije yo, “¿Cuándo? ¿Cuándo quiere que conversemos?” “Un día de estos, un día de estos”. Díay, bueno está bien.

Yo no me imaginé nunca que era para un posible reclamo o un enojo, más bien pensaba yo que era como para invitarme a una

cerveza o algo así, o un café en la casa, por esa hazaña que había realizado yo. Y claro, la sorpresa mía fue grande, como ocho días después, cuando nos encontramos y entonces me reclamó que yo había venido a San José con una misión y que yo había variado el propósito de la misión. Y claro, yo me sorprendí. Yo me quedé como en el aire y no sabía qué decirle. Le dije, “No, usted está loco, usted me está hablando a mí de una cosa que ni siquiera se me ha ocurrido. No, no, no bueno, no puedo ni contestarte eso que me estás diciendo”. Entonces él me agregó que tenía comunicación del ingeniero León Venegas, que es uno de los mandamás en el ministerio, aún ahora, que ha estado dirigiendo esta cuestión de JAPDEVA,¹⁵ de rompeolas y todas esas cosas en Limón. Es una persona pues de cierta reputación y yo lo conozco, es de Alajuela. Y eso me dijo Toño ese día que él tenía información de León Venegas de que yo había ido a proponerle al ministro variar la ruta de la posible carretera. Eso claro me desagradó muchísimo y me enojó. Y le dije al señor Rojas, “Bueno, no vamos a discutir esta tontería porque nunca nos iríamos a convencer. Vos decís que sí, yo digo que no, y de ahí no vamos a salir nunca. Pero cualquier día vamos a encontrar a León Venegas y entonces vamos a arreglar esta cuestión, porque yo no acepto esto que me estás diciendo de ninguna manera”. Y así quedamos.

Por casualidad el ingeniero Venegas nunca se presentó por allá y nunca tuve la oportunidad de reprocharle a Toño en su cara lo que me había dicho. Sí tuve oportunidad años después de conversar con el ingeniero Venegas, y en cierta forma, porque era una cosa que no se podía tocar así como loco, en cierta forma empecé a conversar con Venegas y, “¿Usted recuerda bien las actuaciones del ministro Salas y recuerda bien lo que se hizo en San Vito (bueno no era San Vito, tampoco era la Colonia Italiana) y lo que se ha

15 JAPDEVA es la Junta de Administración Portuaria y de Desarrollo Económico de la Vertiente Atlántica.

pensado hacer en Sabalito y eso?” Y, “Sí cómo no, claro que sí”, me dijo él. Y entonces digo, “¿Y alguna vez usted recuerda haber hecho una conversación con el señor Antonio Rojas sobre cambio de rutas, sobre algunas cosas así?” Me dice, “No, no recuerdo, no recuerdo nada de eso”. Entonces tuve la impresión de que era una cosa inventada, inventada en su totalidad del señor Antonio Rojas. Sí estuvimos un poquillo molestos, no enojados completamente pero sí molestos, porque yo en una oportunidad le reclamé a Antonio Rojas el haber hecho esa mentira y le dije entre otras cosas que yo había hablado ya con el señor Venegas y que el señor Venegas me había dicho que nunca habló, que no recuerda ninguna conversación respecto de un cambio de rutas y que entonces era mentiras de él.

En esta forma fue pasando un poquito de tiempo. Pero había un problema grande para mí personalmente: ya en este momento ya yo estaba viviendo de nuevo en mi finca de Agua Buena y estábamos pensando ya en que los niños podrían asistir a la escuela, porque la escuela quedaba casi a cuatro kilómetros de distancia y en selva.

Sí, unos cuatro kilómetros de distancia y casi en selva cerrada. Y entonces pues tuve una nueva preocupación que era cómo conseguir una escuela cercana para los niños míos, y naturalmente para otros que pudieran asistir a esa escuela, si era que la lográbamos conseguir. Así las cosas, pues me di a la tarea de entrevistar algunos vecinos, muy pocos por cierto, porque aquello era casi sólo. Pero siempre recogí las firmas de unos cuantos vecinos, que no precisamente ocupaban la escuela pero que estuvieron de acuerdo con la inquietud mía. Una vez hechas las averiguaciones en cuanto a la matrícula mínima que debía de tenerse para pretender abrir una escuela, y otros, otros datos más relativos a lo mismo (cosas que

averigüé con los maestros de las escuelas vecinas, concretamente la de Agua Buena), entonces me preparé el censo, naturalmente ficticio porque los chiquitos que habían eran muy poquitos. Para llenar el cupo necesario en esta oportunidad me vi obligado a tomar en cuenta algunos chiquitos que asistían a la escuela de Cañas Gordas y otros chiquitos que asistían a la escuela de Agua Buena. Claro que en esto pues yo estaba haciendo un cierto fraude, lo reconozco, pero de buena fe y sabiendo perfectamente a conciencia, que esos niños, esos nombres, los iba a ocupar por un tiempo muy pequeño porque ya yo había indagado con algunas personas, que había el propósito de otras gentes, de otras familias o conocidos de emigrar hacia esa zona, precisamente a lo que hoy es San Francisco.

En esta forma, pues, preparé lo necesario y empecé a buscar la forma ya en el campo oficial de Magisterio o Ministerio de Educación para darle forma al proyecto, y fue así como me enteré de que en esos días había sido nombrado como supervisor de escuelas para el circuito de la Colonia Italiana al señor Víctor Manuel Delgado, que era maestro en ese momento en Pejibaye de Turrialba. Algunas personas me dijeron que, especialmente maestros, que la mejor forma, la forma más positiva, más aconsejable para conseguir el poder abrir esa escuela era entrevistar a este señor Delgado. De lo contrario, pues quizás se podría hacer, pero sería más difícil.

Y entonces yo, pues, haciendo lo que humanamente se podía y sacrificándome un poco en mi tiempo y en mi dinero, me di a la tarea de buscar primero que nada a este señor Delgado, cosa que fue bastante difícil pues tenía que viajar desde esa zona del sur hasta San José, y luego de acá trasladarme hacia Turrialba, averiguar primero que nada dónde quedaba Pejibaye, porque yo no conocía la zona ésa. En fin un sinnúmero de problemas, un poco difíciles, pero no imposibles. Así las cosas, llegué al fin a Turrialba y busqué la escuela central del cantón de Turrialba para informarme sobre cómo poder localizar a éste señor Delgado. Por dicha encontré

una directora muy bien dispuesta. Me informó perfectamente bien. Sí, hasta me dijo que era muy posible que el señor Delgado salía ese mismo día con rumbo a San José. Sin embargo, yo opté por trasladarme a Pejibaye para tratar de localizarlo lo más antes posible. Tuve mala suerte en esta empresa y cuando llegué a Pejibaye ya el señor Delgado había salido hacia San José. Posiblemente nos habíamos topado en el camino o quizás mientras yo estaba en Turrialba informándome, él estaba saliendo hacia San José.

Así las cosas, que en realidad pues lo que pasó fue que perdí el viaje a Pejibaye. Me tocó regresar a pie a Turrialba, ya de noche. Por dicha el cantón de Turrialba tiene muy buen servicio de buses con San José y en la misma noche pude trasladarme a San José, no sin antes hacer averiguaciones en Pejibaye y en Turrialba sobre la forma mejor de localizar en San José al señor Delgado. Así, una vez realizadas las averiguaciones pertinentes, me enteré de que él vivía en San Juan de Tibás, en cierto lugar, de que la casa era de tal color y un montón de datos adicionales que me facilitaban encontrarlo.

El mismo día tuve la oportunidad, la suerte de regresar a San José y al día siguiente muy temprano me trasladé a San Juan de Tibás para tratar de localizarlo. Con mala suerte también. Lo que sí recuerdo es que estaba cayendo una cantidad de ceniza espantosa. Oscurecía el sol totalmente. En este momento estaba haciendo erupción el volcán Irazú, y todo en San José y los alrededores era ceniza volcánica por todas partes. Tuve alguna suerte siempre en la búsqueda, porque el que me atendió en la casa en Tibás, era precisamente el hijo, Víctor Manuel Jr., y él me informó que el señor, su papá, se encontraba en ese momento en el ministerio, que fuera allí y que podía localizarlo. Entonces, yo le dije al muchacho éste que le agradecía mucho la información pero que yo no conocía al señor Delgado y que en consecuencia yo podía ver dos mil personas allí en el ministerio pero no sabía cuál era el señor Delgado, y que preguntara a otros era también un poco difícil que al que yo preguntara lo conociera. En consecuencia lo que hice fue ofrecerle

el pase¹⁶ y si era necesario alguna propina para que me acompañara al ministerio y me ayudara a localizar a su papá.

El muchacho no tuvo inconveniente y me acompañó a San José, al ministerio y en esta forma pudimos localizar al señor Delgado. Primero que nada, para apartarnos de ese bullicio donde había tal vez mil o mil quinientas personas moviéndose para de un lado para otro en las distintas oficinas entonces, primero que nada, invité al señor Delgado a tomar un refresco o un poco de café en uno de los bares o cafés que hay cercanos y, cosa que le agradecí a él porque en una forma muy espontánea me aceptó y fuimos entonces a un bar para tomar un poco de fresco, y entonces pude conversar con él en una forma amplia y con confianza, explicarle algunos pormenores de la situación y las distancias que nos separaban con Agua Buena y con Cañas Gordas y lo abrupto de la ruta, pues realmente no se puede decir otra cosa sino que era montaña. Así las cosas, el señor Delgado, después de atenderme mi petición, me dio el visto bueno y me dijo que contara con el maestro para la nueva plaza, maestro o maestra. Fue así entonces como yo le dije, “Bueno no tengo más que seguir hablando con usted. Eso era todo lo que tenía que consultarle y pedirle; ya no me queda nada más que hacer tampoco porque lo único que yo tenía que hacer aquí en San José era poner un mensaje, en alguna forma, avisando a la gente que no construyera el galerón¹⁷ todavía, pues hay gente que está trabajando en eso, esperando que yo salga con éxito de este viaje a San José. Así que ya teniendo el visto bueno suyo pues no tengo que hacer nada. Dejamos la gente que siga haciendo el rancho donde se van a impartir las lecciones el próximo curso lectivo”.

16 El “pase” refiere a los gastos por el pasaje del autobús.

17 Un galerón es una especie de rancho o cobertizo, usualmente construido de madera o láminas de zinc.

Así las cosas; a mi regreso, pues todos estaban contentos, todos que eran muy pocos, por cierto. Y ya prácticamente teníamos el ranchito armado. Sólo faltaba un poco de zinc, del cual yo facilité unas treinta láminas que por casualidad tenía, un zinc que había comprado en la Cooperativa [de café] para una vivienda nueva, y así las cosas pues se pudo solucionar todo el problema de maestro y de local. Claro muy humilde, por cierto, pero servía.

La gente, la poca gente que había, ya, al llegar la maestra, pues se reunió para el asunto de rigor de nombrar Junta de Educación y Patronato Escolar. En realidad, la gente que había no alcanzaba para las dos organizaciones, ya que una pues generalmente tiene hasta nueve miembros y la otra, por ley, debe tener cinco. Es decir, para ese asunto se ocupaba por lo menos unas catorce o quince personas. No habiendo elementos suficientes, y aparte de eso pues siempre hay elementos que rehúyen de los cargos, aunque sean de un carácter simbólico en el cual no tienen que estar haciendo nada, hace falta más elementos entonces. Tuve que aceptar el cargo de presidente de la Junta de Educación y entonces ya las cosas eran más complicadas porque tenía que estar atendiendo mi cargo de secretario en la Junta Directiva de la Cooperativa [de café] y estar atendiendo también la presidencia de la Junta de Educación. Pues que dicho sea de paso es el cargo de más obligación y de más responsabilidad en las escuelas. Pero bien, yo estaba muy contento, muy satisfecho de lo que se había hecho, de lo que se había logrado, y muy contento ya de ver los niños pues caminando poco. Ya se podían proteger un poco de las lluvias, de los barriales y demás, y también no corrían el riesgo de que los mordiera una culebra o que los asustara un animal de esos que todavía deambulaba por esa región.

Estuve haciendo frente al cargo de presidente de la Junta de Educación por el espacio, que es la ley, que son tres años. A los tres años ya entonces sí yo podía perfectamente retirarme, ya había llegado mucha gente. Me satisface enormemente poder hacer esta mención porque ya en este momento las cosas habían cambiado

completamente y ya la escolita que habíamos hecho al principio, se había transformado.

Hubo necesidad de hacer un tanto más. Ya en vez de una maestra, habían dos. Y aun así la cantidad de niños, la matrícula era muy alta. Salían niños por todas partes, como si hubieran fábricas. Y tuve conversaciones después, muchas por cierto, con el señor Delgado, supervisor de escuelas del circuito, y él mismo me dio la razón de que hubiera hecho alguna mentirilla para poder abrir la escuela y me decía, pues que, se podía ver en mi persona que tenía un poco de visión, y que conocía bastante el desarrollo de la región. Cosa que le agradecía.

Poco tiempo después hubo necesidad de formar en Agua Buena un Comité de Bienestar Comunal al iniciarse el programa de Unidades Móviles en Costa Rica¹⁸ y por dicha, por suerte, para la región nuestra, el ministerio designó un carro, una unidad, con su respectivo personal, enfermero o enfermera, y chofer. Y se comenzaba ya entonces ese sistema, ese plan preventivo de la enfermedad, visitando los lugares para facilitarlos. En esta forma los habitantes de los distintos caseríos no están obligados a asistir a la unidad fija u hospital, si es que hay, sino que el médico los visita en sus distintas localidades. En esta forma, se celebró una

18 La "Unidad Móvil" era un proyecto colaborativo llevado a cabo entre el Ministerio de Salud, la USAID, y las comunidades participantes. El concepto del proyecto era el de traer servicios médicos preventivos a regiones remotas y e involucrar a las comunidades en este esfuerzo. Las asociaciones comunales vendían boletos a bajo costo a los vecinos para proveerles acceso a un médico, y con los dineros recogidos por las consultas que se juntarían de este modo, las asociaciones podrían construir un centro comunitario. El Ministerio proveía el médico y otro personal titulado (enfermeras, ingenieros sanitarios, técnicos farmacéuticos, choferes), la USAID proveía los jeeps, y las comunidades proveían la organización local. La Unidad Móvil llegó a ser un programa muy popular y apreciado. Fue reemplazado por un hospital que fue construido en San Vito de Java, el cual ha estado proveyendo atención médica mucho más exhaustiva. Véase, Mary A. Clark *Gradual Economic Reform in Latin America: The Costa Rican Experience* (Albany: SUNY Press, 2001).

especie de reunión o asamblea, los cuatro vecinos que siempre están listos a asistir a estos eventos y se procedió a integrar el Comité de Bienestar Comunal. Ya en esta oportunidad no me metieron solamente a mí sino que también involucraron a mi señora, y aunque no era muy fácil desempeñar los cargos, ni teníamos el tiempo necesario, pero en vista de que era una cosa necesaria, y que la mayoría de la gente se negaba a aceptar esos cargos, pues no quedó más que hacerle frente a la situación. Y así en esta forma pues entonces ya tenía un trabajo más en el cual estar entretenido. Así pasó algún tiempo.

Hablando de censos, realmente uno llega a tener experiencias valiosas porque se encuentra uno con personas de muy variadas condiciones. Unas muy honradas, muy honestas, que tal vez más bien están deseando que uno llegue a entrevistarlos y hacerles algunas preguntas porque tal vez son muy conscientes y están muy de acuerdo en que tributar es progresar. Están de acuerdo también con ese, con ese slogan de que “si quiere servicios, pues debe de pagar impuestos”. En este censo que me ha tocado realizar para la Municipalidad de Coto Brus he tenido esa variedad de experiencias y ahora mismo recuerdo un caso muy especial que se me presentó con un muchacho al cual por casualidad, por ser del mismo distrito de Agua Buena, y por ser uno de las personas viejas del lugar, ya que yo lo había conocido en Sabalito hace unos trece o catorce años. Y fue muy simpática la experiencia que tuve con este señor porque, pues, él realmente no podía mentirme ya que yo sabía perfectamente quién era y casi sabía inclusive cuántas cosas tenía, hablando de tierra, hablando de ganado y otros detalles.

Y llegué a la casa, por cierto, una de las primeras entrevistas que realicé ese día, y él no estaba en la casa pero estaba a distancia que

se podía ver. La señora me informó dónde estaba y más o menos qué estaba haciendo. Le pegamos unos gritos para que viniera y no vino hasta que él calculó que ya podía venir. Seguro pensando que yo estaría muy enojado por estar esperando mucho, pero no, yo no estaba enojado. Estaba perfectamente dispuesto y estaba esperando que llegara. Cuando llegó, me saludó y me preguntó que qué se me ofrecía. Entonces le contesté lo que realmente tenía que contestar. Estaba haciendo censo, un censo general de gente, de ganado, de viviendas, de fincas, y naturalmente con sus respectivas medidas, aunque sean aproximadas, y también con sus valores a juicio de los dueños, ya que no se trata de una cuestión de Tributación Directa ni cosa por el estilo.

Fue muy interesante el asunto porque la primera frase que me dio este señor es que él no tenía nada. Entonces yo sin hacer ninguna actitud de enojo ni de sorpresa le pregunté, “¿Y entonces qué, esto que está aquí ocupando es prestado o algo así?” Me dice, “No, no, sí, este pedacillo de tierra es mío”. “Ah bueno, pues a eso es que vamos entonces”, le dije yo. Y hubo un cambio de impresiones, de preguntas y respuestas en el sentido de que para qué era el censo, que si era para poner nuevos impuestos, que una cosa y que otra, a lo cual yo pues daba contestaciones de acuerdo con las instrucciones que yo tenía. En el sentido, más que nada, de que lo que el municipio pretendía con este trabajo era reglamentar el cobro de los detalles de caminos para que se generalizara y la gente dejara de estar sin pagar su respectivo impuesto mientras que otros lo estaban pagando, y tal vez con algún recargo porque en realidad pues mientras no se hacía el censo no se podía saber nada de qué tenía uno o qué tenía el otro, o cuál tenía más y cuál tenía menos. Ni tampoco se podía saber cuál estaba pagando y cuál no estaba pagando. Así las cosas, este señor estuvo de acuerdo en darme los datos de esa parcela en donde estábamos en ese momento.

Al terminar de llenar la boleta correspondiente a esa parcela y decirme que no tenía ganado, que no tenía ninguna otra cosa,

vehículos o cosas por el estilo, y que no le tenía precio a eso, que eso no valía nada, que él calculaba que podían tal vez valer unos cuatro o cinco mil colones. Yo le dije, “Bueno no, a mí no me interesa eso. Lo que vos me informés eso voy a poner en la boleta. Yo no puedo poner otra cosa que no sea lo que el entrevistado manifeste”. Y en esa forma pues cerramos la información de esa boleta. Tengo la impresión de que el muchacho en cuestión pensaba que allí terminaba la situación, la entrevista conmigo. Claro que no fue así porque yo estaba seguro de lo que estaba haciendo y entonces le dije, “Bueno no, ahora, ya llenamos ésta, pero ahora vamos a la otra”. Y el muchacho me dijo, “¿Cuál otra?” “Bueno aquella otra que por cierto se la estás vendiendo al señor Don Bienvenido”. Entonces él me manifestó que eso ya no era de él. “Bueno entonces tendríamos que ir al municipio y tendríamos que llevar a este señor Don Bienvenido. Entiendo que no ha pasado el trato todavía”, porque precisamente el día anterior yo había estado conversando con Don Bienvenido y le había llenado la boleta correspondiente a él de una parcela que tiene donde vive con casa de comercio. Éste ya estaba perfectamente bien informado y sabía lo que estaba haciendo. Al decirle yo esas cosas, y en una forma muy seria, también le manifesté que si no quería darme datos adicionales yo podía llenar la boleta en blanco y que lo llamarían a la Alcaldía, que yo no tenía pues ni deseo ni tampoco facultad para ponerme a discutir con nadie si no quería dar datos pues no me importaba. Pero entonces, tengo la impresión de que él comprendió que no podía evadir la responsabilidad y optó por darme los datos. Sí negando también la tenencia de ganado cuando yo sabía que en ese lote había algunas vacas que eran las que estaban en proceso de ordeño y tal vez unas siete u ocho o diez, aparte del ganado de cría o de engorde que ya yo sabía que lo tenía en otra finca de la cual no habíamos hablado todavía. Y puso precios también ridículos: yo sabía que él estaba vendiendo esa propiedad a Don Bienvenido en una suma cercana a los veinticinco mil colones y para efecto de información él me dijo que debía de poner tres mil colones de precio a esa parcela, una parcela de unas ocho o diez hectáreas

perfectamente cultivada de potrero, buen potrero por cierto que el señor éste trabaja bastante bien. Y debidamente cercada con sus respectivos apartos,¹⁹ en fin lo que se puede llamar una finquita más o menos terminada. Yo no me mostré disgustado, aunque no me gusta las mentiras así tan excesivas, pero yo apunté lo que él me dijo, y punto.

Volvió a producirse entonces el mismo, la misma situación. Apparentemente el señor pensaba que ya se había terminado el asunto y entonces fue cuando vino la sorpresa grande para él porque se trataba de censar la finca que él mismo decía “la finca grande”. Y era precisamente donde estaba todo el ganado de cría de engorde, una finca enorme, tal vez ciento cincuenta o doscientas manzanas, con unas sesenta o setenta hectáreas o manzanas de repastos bien organizados, con buenas cercas, con buena manga, con corral de cuidado, en fin, con todas las comodidades de una finquita ya más o menos terminada.

Y entonces le dije yo, “Bueno ahora ya terminamos esta otra boleta, ahora vamos a censar lo de adentro”. Y él me dice, “¿Cuál es lo de adentro?”, me dice, “Si yo no tengo nada más”. Le digo, “Bueno entonces si no tenés nada más va a venir el mismo problema porque yo me voy a ver obligado a llenar esa boleta en blanco y que te llamen allá para que te investiguen el asunto. Si te llaman allá pues entonces vas a salir perdiendo porque vas a perder tu tiempo, vas a tener que pagar tal vez alguna multa por moroso, por no querer pagar un impuesto que es una cosa barata, relativamente, y yo no puedo hacer otra cosa que no sea la corriente y la honrada, la de mi trabajo”. Entonces él me preguntó, “Bueno, ¿cómo es que usted sabe que yo tengo esa finca adentro?” Entonces le contesté yo, “Bueno de todos modos es una cosa que la sabemos todos en

19 Los “apartos” son secciones de las fincas, debidamente separadas y cercadas en las que se ubica al ganado.

Agua Buena, y yo que vivo un poco más cerca pues también lo sabía desde hace tiempos, igual que sé lo que tiene Marcos González o lo que tiene Elías Barrantes u otros que también están por allá en esas vecindades. Y por casualidad,” le dije yo al señor, “Por casualidad ya censé a Ramón Araya, que tiene también un caso parecido al tuyo. Ése no tiene tres, ése tiene cuatro parcelas y por chiripa,²⁰ por casualidad”, le digo, “...Ramón Araya es colindante tuyo en esa finca de adentro, y ya él me dio los informes y así es que ya vos aparecés en una tercera propiedad. Así que yo no podría hacer otra cosa que no sea llenarte la boleta aunque sea en blanco y allá que te llamen y te investiguen”.

El muchacho se mostró bastante disgustado y volvió a manifestar que era, que con seguridad que era para cobrar impuestos y que él había hecho una inversión enorme en eso, cosa que sí es cierto, yo sé que es cierto. Yo sabía que no estaba mintiendo en eso, porque sí, por casualidad, los vecinos que tiene adentro casi todos son mucho más pobres que él y ninguno tenía posibilidades de invertir mucho trabajo abriendo caminos, menos haciendo voltea, haciendo el descuaje de los caminos. Y él como tenía pues algo de plata, y tenía que estar transitando día a día ese camino, también tenía un par de motosierras. Entonces yo sabía que él había hecho mucho trabajo. Había invertido mucha plata abriendo camino, abriendo trocha para llegar hasta la finca. Pero eso no quería decir de ninguna manera que yo podía pasarlo por alto en el censo y tampoco quería decir que esa inversión que él había hecho haciendo ese camino hacia su propiedad le fuera descontado en pago de detalles o cosa por el estilo. Es más, hasta yo le dije, que podía conversar con el Ejecutivo Municipal para que, en un futuro, si lo tenían a bien, le tuvieran en cuenta esa inversión que había hecho y que le hicieran algún rebajo en los pagos futuros de detalles de caminos.

20 La palabra “chiripa” es sinónimo de “suerte” o “casualidad”.

Después de un diálogo bastante prolongado, a ratos bravo y a ratos con sonrisa optó por darme los datos de esa finca que estoy mencionando y sí, claro con un sinnúmero de mentiras que yo sabía que las estaba haciendo pero que yo no podía evitarlas. Por ejemplo, yo sabía que él tenía allá adentro como mínimo, como mínimo, unas setenta u ochenta reses. Para efecto de censo me dijo que él tenía solamente unas quince y, que para que le saliera un poco más cómodo el asunto, que se lo dividiera entre las tres propiedades, o sea que pusiera cinco animales en cada propiedad para ver si así la estimación municipal se quedaba más baja. Y yo no tuve ningún inconveniente cuando el renglón quedaba vacío en las fórmulas anteriores, pues entonces yo le dividí las quince reses que él reportó en las tres propiedades a razón de cinco por cada propiedad. Claro que, en estos casos, también, yo tuve un cuidado especial pues, indudablemente que soy consciente de que si el municipio me está pagando para hacer un trabajo pues debo ser honesto hasta donde las circunstancias lo permite y dar toda clase de informaciones al municipio, en este caso al Ejecutivo Municipal. Y entonces en estos casos así de gente que no quiere reportar ninguna propiedad o ningún animal o cosa por el estilo o que pone sencillamente los valores de las propiedades muy bajos, entonces yo por aparte hago un informe con lujo de detalles y lo paso a la Municipalidad. Así terminé la entrevista con este señor que después que no tenía ninguna propiedad pues resultó con tres, y también resultó con algunas reses, aunque naturalmente no reportó lo que realmente tenía.

Y es así también como uno va adquiriendo experiencias y va entonces pensando en alguna forma de burlar esa mentalidad de algunos finqueros, porque pocos días después me tocó llegar a esto que les estaba narrando. Fue en Concepción, pocos días después, ya censando los alrededores de Santo Domingo y la Fila de Zapote, me tocó llegar adonde otro señor más o menos parecido y un poco más bravo y más grande, por cierto, de esos que asustan más, porque hasta hablan de balazos y de cuchillos y de cosas de ésas. Y yo

llegué con un poquito de recelo, un poquito de temor, pero como es gente que generalmente uno la conoce bien, sabe cómo se llama, cómo se llama la señora o cómo se llama alguno de los muchachos, en fin pues siempre se llega, y se saluda y con algo de confianza, aunque sea disimulada, ya se mete uno en el corredor, en la sala casi sin que le digan que pase adelante. Y comenzó la entrevista.

Ahí vino una complicación similar a la del paciente anterior, porque este señor me manifestó que él no tenía ganado y, bueno, muy bien, no hicimos comentario respecto al ganado, pero hablamos de otras cosas como café, como pasto y ya, con una información más o menos clara del asunto de potreros y esa cuestión pues ya uno también podía formar el juicio en cuanto al ganado porque nadie va a tener una cantidad por ejemplo de cuarenta o cincuenta manzanas de potrero, desperdiándose, pues aunque sea ganado ajeno, debe de tener, y este señor después de la conversación, “que no tenía nada y que no tenía nada”, “que aquello no valía nada”, empezamos con el censo, la llenada de la boleta de la finca, la parcela donde está la casa de habitación. Posteriormente llenamos otra, de otra parcela vecina que ésas eran las instrucciones precisamente, que yo tenía de llenar una boleta por cada parcela, aunque estuviera muy cerca una de la otra o aunque las dos fueran pequeñas. Eso no importa, si son terrenos y están separados por un camino que es público, automáticamente ya deja de ser una sola propiedad y ya siguen siendo dos. Ese era el caso específico de este señor y fue así como entonces empezamos a llenar una segunda boleta. Ya el señor se mostraba un poco molesto y no quería aparecer con más propiedades, entonces esta boleta convenimos en llenarla a nombre del hijo mayor. También sin ganado; ni el hijo tenía ganado ni él tenía ganado.

Y fue así como ya terminamos de llenar esa segunda boleta y entonces (creo yo que él pensó que ya la cosa había terminado) le dije yo, “Mirá, ahora falta la finca de adentro. ¿Esa se la vas a poner a tu hijo o se la vas a poner a tu señora?” Entonces él me dijo, “¿Cuál

finca de adentro?” Le digo, “Bueno la de allá, de Pueblo Nuevo, que es Metaponto. Todos conocemos como Metaponto, pero ya ahora ustedes que la invadieron, ustedes le cambiaron el nombre. Ya se llama Pueblo Nuevo”. Y entonces me dijo, “No, pero es que eso no es mío”. “¿Y diay, entonces de quién es? Hay que llenar la boleta al nombre del dueño”. “Ah no, pero es que eso parece que es del banco”. “No, el banco no tiene fincas. El banco lo que tiene es plata”. Entonces me dice, “Bueno pero es que eso está en proceso de pleito, eso no se sabe”. Le digo, “Bueno, de todos modos, yo tengo que llenar la boleta a nombre de la persona que hace usufructo del terreno en cuestión, así es que ustedes lo tienen y es a ustedes a que hay que llenar la boleta. Si usted no quiere aparecer como parásito aquí, como parásito allá, entonces busque a otra persona a quien llenársela. Si esa persona está de acuerdo en asumir la responsabilidad yo no tengo inconveniente en llenar la boleta”. Entonces, ya viendo que no había manera de evadir, pues tuvo que afrontar la situación, siempre al nombre del hijo, del hijo mayor, y empezamos a llenar la boleta.

Datos de potrero, datos de casa, si hay casa, si no hay casa, cuántos manzana de pasto, cuánto mide la propiedad aproximadamente, si es que no hay un plano, o como en esos casos que nadie tiene escritura pues las medidas son aproximadas. Y llegamos ya a los renglones finales donde ya hay unas preguntas: si tiene carro, si tiene jeep, si tiene carretas, si tiene algunos otras propiedades o artefactos que sirven para mejorar las condiciones de vida, en fin, el municipio tiene mucho interés en conocer todos esos detalles para saber cuál es la riqueza del cantón, qué es lo que tienen los agricultores del cantón.

Y llegamos al renglón de ganado y entonces le dije yo, “Bueno, mire, este, es mejor que no me mienta porque yo sé que usted tiene algún ganado allá en esa finca de adentro, y además de eso sé que este ganado que estoy viendo aquí también es suyo, aunque está contramarcado por el banco, pero ese ganado es suyo y

no conviene que siga mintiendo porque eso le puede perjudicar”. Entonces me dice, “Bueno no, pero es que, es que yo lo que tengo es, por todo son unas ocho vaquillas”. “Ah bueno, ocho vaquillas. Bueno ponemos ocho. ¿Y diay pero esas vaquillas nunca han tenido cría? ¿No tienen terneros?” “Ah bueno, no, sí hay terneros, sí hay ocho o diez terneros”. Y de ahí “¿Y, pero y sólo machos han tenido esas vaquillas?” “¿No tiene terneras también?” “Ah bueno, sí unas ternerillas ahí”. En esta forma pues lo hice confesar, por lo menos en parte, que sí efectivamente tenía alrededor de unas veinticinco o treinta reses, las cuales quedaron debidamente reportadas.

Una cosa que sucedió muy interesante por cierto es que, precisamente la Municipalidad, en colaboración con el IFAM²¹ y el Ministerio de Agricultura está realizando en esos días una campaña de sanidad animal a nivel del cantón. Y entonces el municipio mantiene en la zona un médico veterinario, debidamente pues reconocido, sabemos que es un veterinario ya de cierto prestigio e inclusive en otros países del área. En Centroamérica hemos tenido que hacer algunas gestiones especiales para poder traerlo al cantón y este veterinario está haciendo un recorrido general por el cantón y precisamente fue unos dos días después de haber estado yo censando a esos señores mentirosos, sucedió que el veterinario metió una cuña en el radio avisando que dos días después estaría haciendo vacunación y haciendo el muestreo de tuberculosis y brucelosis en Santo Domingo, justamente en donde termina la Fila de Zapote. Y entonces fue muy cómico el asunto, porque este señor que apenas había reportado unos veinticinco animales, el día que llegó el doctor, el veterinario para hacer el debido trabajo, era el que más tenía animales y llevó sesenta y pico de animales para que el médico se los revisara y como quien dice por aparte, llevó un toro por lo menos media raza o tal vez algo mejor, que sólo el animalito éste tenía costo cercano a los cinco, seis mil colones.

21 El IFAM es el Instituto de Fomento y Asesoría Municipal.

Es decir, o sea que, en otras palabras era el mayor propietario de ganado en ese lugar, y para efecto de censo lo estaba negando.

Sí, como decía hace un ratito, pues mi trabajo era hacer el censo y mi trabajo consistía precisamente en aceptar como buenos y como ciertos los datos que dieran los agricultores. Pero a sabiendas de que era muy difícil encontrar productores que estuvieran decididos o dispuestos a dar datos más o menos ciertos y honrados de las cosas que poseen, desde el inicio del trabajo yo me acerqué al municipio con el propósito de conversar con el Ejecutivo Municipal que en este caso era mi jefe, para informarle que el censo se podría hacer pero que en ningún momento el municipio iba a tener un dato ni siquiera aproximado en cuanto a la tierra o en cuanto al ganado. En cuanto a motocicletas, en cuanto a vehículos de tracción, chapulines o cosas así, pues sí, sí podía tener la seguridad porque son cosas que no se pueden esconder. Lo más que puede decir alguna persona es que, “Bueno este chapulín todavía no es mío porque no lo he comprado, no lo he pagado”, o algo así, pero es una cosa que se está viendo en el patio de la casa o en el garaje. Pero en cuanto al ganado y en cuanto al área de territorio que tiene cada cual, la cosa es terrible porque desde el primer momento en que empecé a censar, me di cuenta de que los que reportaban en una forma honrada eran los que tenían parcelitas demasiado pequeñas, tal vez media manzana, una manzana o poco más, en la cual realmente no pueden casi ni mentir porque a cien varas o a setenta y cinco varas está el rancho del vecino y entonces automáticamente no pueden mentir. Saben que allá está el lindero y que uno lo está viendo. Estos, sí, siempre son honrados y dicen, “Bueno yo lo que tengo es este pedacito que ve aquí. Allá está fulano de tal que es mi vecino del lado arriba, y abajo está el otro vecino de tal y cual”, y en esa forma queda claro que aquel señor no está mintiendo y que más bien le dicen a uno, “Ey calcúlelo usted a ver”. Entonces uno está completamente seguro de que allá no hubo mentira. Pero eso, repito, son muy pocos, tal vez un cinco, seis, siete por ciento. Pero el problema con los finqueros que tienen digamos parcelas

de diez hectáreas para arriba, entonces ahí es donde empiezan las mentiras, porque el que tiene diez dice que tiene seis, y el que tiene veinte dice que tiene ocho, y así sucesivamente. Yo informé eso al municipio a tiempo, pues me pareció que no era correcto que el municipio tuviera un engaño muy muy notable en eso. Pero el municipio me ordenó que lo hiciera así, que no tenía realmente mucha importancia, ya que el cobro de los detalles pues era una cosa muy standard, y que la tarifa mínima que prevalecía era la que prevalecía de todos modos, que sólo en casos muy especiales, o como en algunas personas así en el cantón que ya son lo que se llaman corrientemente latifundios o se les da también el mote de terratenientes, pues entonces había que adiestrarse un poco más y hacer tal vez una estimación concienzuda allá en el municipio con base en los reportes. Pero, definitivamente, yo creo que en ese noventa o noventaicinco por ciento de personas que mienten, se deja de reportar como mínimo entre un treinta y un cuarenta por ciento del terreno que están ocupando. Sí, especialmente los ricos.

CAPÍTULO IX

LA COOPERATIVA DE CAFÉ



Francisco (centro) y Don Ernesto (derecha) en una reunión de cooperativas.

En todo el tiempo que me tocó figurar como miembro de la Junta Progresista de Sabalito, recuerdo algunas otras cosas en que tuvimos alguna participación, siempre luchando por el mejoramiento de la comunidad y naturalmente pues buscando la cosa propia porque siempre, pues siempre creo que sucede eso. Si uno no tuviese algo propio que buscar, de seguro que se iría del lugar donde está. Entre esas cosas recuerdo una carta que enviamos a San José para que

fuera publicada en los periódicos, concretamente en *La Nación*,¹ solicitando que se nos hiciera el pedazo de carretera que correspondía a Sabalito, o sea la continuación entre la Colonia Italiana y el pueblo de Sabalito o algo más si era posible. Esta especie de queja que nosotros hacíamos, y petición a la vez, pues tenía su origen en eso precisamente: en que siendo nosotros los costarricenses, los que habíamos fundado, los que habíamos hecho nacer aquel pueblo en aquellas selvas, habiendo llegado los italianos poco después, a formar la Colonia Italiana, esto que hoy se conoce con el nombre de San Vito, nos encontramos con la discriminación, diría yo, de que fue a ellos a los que se les hizo carretera y no a nosotros. Esto se hizo pese a la lucha, a la pelea, dijéramos, de algunas personas, incluyéndonos nosotros como la Junta Progresista.

Y recuerdo muy bien la participación que tuvo el Chino, como le decimos cariñosamente a Don Luís Wachong, cuando en una reunión allá en Sabalito con el ministro de Obras Públicas, que en ese tiempo creo que era Don Francisco Orlich,² y le hicimos ver, él precisamente, Don Luis le hizo ver al ministro pues que la ruta conveniente y que favorecía a los dos pueblos a la vez, era Agua Bueno, Sabalito, Colonia. Pero claro que ya en este tiempo ya la cosa estaba más o menos definida. Creo que ya estaba hasta el contrato firmado entre la empresa que se llamaba CONAMO, de la cual era gerente el señor Juan Rafael Sánchez Carvajal. Y ya creo que no había ningún remedio, creo que todo estaba ya resuelto y recuerdo que Don Luis tomó tribuna en esta oportunidad, y se dirigió tanto a visitantes como a habitantes de la localidad, para manifestar su inconformidad porque la carretera se hacía a la Colonia y no a Sabalito.

Seguidamente, una vez que terminó el Chino su intervención, lo

1 *La Nación* es un periódico de circulación nacional fundado en 1946.

2 Francisco Orlich Bolmarcich fue Ministro de Obras Públicas durante el periodo gobernado por la Junta Fundadora de la Segunda República (1948-1949) y posteriormente en el periodo 1953-1956. Fue presidente de la República en el periodo 1962-1966.

hizo el señor ministro y recuerdo bien que el señor ministro en un plan que yo lo llamaría de burla, o algo así, manifestó que debíamos de estar tranquilos porque la solución él la tenía ya, y agregó que la solución no era quitar la carretera a uno y dársela a otro sino que lo conveniente y lo que se iba a hacer en este caso era hacer una carretera a Sabalito y otra carretera a la Colonia Italiana. Recuerdo muy bien que Don Luis Wachong se mostró bastante disgustado y aunque no es una cosa normal, rara vez sucederá, volvió a tomar tribuna el señor Wachong para manifestar su inconformidad y agregó entre otras cosas que eso que acababa de decir el señor ministro de Obras Públicas, eran unas palabras de buen político, pero que no estaba de acuerdo con su opinión.

Ya en estos días siguientes, ya comenzábamos a sentir el castigo, digamos así, de los bajos precios que se nos pagaban por los productos y lo difícil de la zona, y ya empezábamos a hacer comentarios con relación a una posible cooperativa para defenderse los productores de café que ya éramos pues bastantillos y teníamos problemas grandes de distancias. Si uno no quería entregar el café en el beneficio de Don Luis Wachong pues tenía que desplazarse entonces hasta la Colonia, y con caminos pésimos, casi intransitables, y también pues sufriendo el mismo riesgo de que los precios de liquidación final fueran bajísimos. Recuerdo que en esos años se produjeron liquidaciones ridículas,³ hasta de ciento cuarenta y cinco colones por fanega entregada. Había también el peligro de que las firmas se presentaran en quiebra, ya fuera la SICA, que se llamaba propiamente la Colonia Italiana, o fuera otra empresa que apareció en la zona con el nombre de CAIS. Y fue así como entonces, un

3 El modo tradicional que han empleado los agricultores costarricenses para financiar el cultivo del café ha sido conseguir un préstamo de corto plazo por parte del beneficio para cultivar y cosechar el cultivo, y después de devolver el préstamo por medio de entregar al beneficio la cosecha. Cuando la cosecha ha sido vendida, el precio de la liquidación se establece, y las cuentas se ajustan de acuerdo con ese precio. Esta es la “liquidación” a que se refiere en el texto.

tiempo después, empezamos a dialogar en el sentido de cuál sería la mejor forma de buscar la formación de una cooperativa.

Ya en ese tiempo pues resolvimos que la cosa no debía de esperar más tiempo y que debíamos solicitar la intervención del Banco Nacional de Costa Rica⁴ en su sección de Cooperativas para ver qué aconsejaban los técnicos de ese departamento, y si era factible organizar una cooperativa con el poco café que teníamos. O si no era posible, nunca iríamos a tener financiación bancaria para montar un beneficio. En fin, ya los detalles. Y fue así como poco tiempo después recibimos la visita de asesores de cooperativas del Banco Nacional, y no sé, no conozco los detalles de fondo, después de unos cambios de impresiones, preguntas y respuestas con los asesores del Banco, comenzó a salir la idea de que era mejor no pensar en construir un beneficio para la cooperativa que se pretendía formar, sino que debíamos de hacer una oferta de compra a Don Luis Wachong. Es lógico suponer que nosotros estábamos en una situación difícil porque si nosotros íbamos a ofrecer comprar a Don Luis Wachong sus instalaciones, pues entonces Don Luis tenía la facultad completa para cobrar lo que valía o algo más. No sucede lo mismo cuando es el empresario el que ofrece vender sus cosas, entonces el comprador pone condiciones. Así las cosas, continuamos con conferencias, con charlas de asesoría y otras consultas, hasta que se produjo lo que nosotros esperábamos que fuera propiamente el señor Wachong el que ofreciera vender sus instalaciones.

Ya en estos días (esto se produjo allá por el año '62), yo estaba trasladándome de Sabalito a Agua Buena en vista de que había hecho una transacción y me había deshecho de la finca en Sabalito, y creía yo pues que al venirme para Agua Buena pues mejoraría mi condición económica y hasta pensé que podía estar un poco más

⁴ El Banco Nacional de Costa Rica es un banco del Estado que para ese momento también se abocó a incentivar el desarrollo del país y tuvo una oficina de cooperativas.

tranquilo en cuanto a esto de estar tanto tiempo en la calle con reuniones y con cuestiones ajenas de bien público y hasta deseaba yo salirme de Sabalito para vivir en Agua Buena con la creencia de que me iba a desembarazar de todo ese reguero de cosas de orden comunal. Y de veras, por lo menos los primeros meses que estuve viviendo en Agua Buena, concretamente en lo que hoy se llama San Francisco de Agua Buena, tuve unos días de tranquilidad, pero muy pocos, por cierto.

Fue precisamente en el '63, 1963, cuando se generalizó mucho la idea de formar cooperativas de caficultores. Cabe agregar que la de Sabalito todavía no había sido formada aún. Los motivos los desconozco. Algunos dijeron que Don Luis no quería entregar sus instalaciones hasta el año '63, no sé. La cosa es que en el '63 comenzó el deseo en Agua Buena también de formar una cooperativa en esta oportunidad, más bien, más que nada promovida por los cafetaleros de San Vito. O sea, los propios italianos que estaban siendo víctimas de esas empresas irresponsables que les hacían liquidaciones sumamente bajas, y entonces ellos alcanzaban a ver en una posible cooperativa la defensa de sus propios intereses. Y claro que los de Agua Buena pues estábamos en situación parecida, aunque en Agua Buena había un beneficio, muy pequeño, por cierto, pero sí nos recibía el café y nos trataba con más justicia. Era el señor Andrés Challe, que beneficiaba su café propio y compraba algunas fanegas de los vecinos. Recuerdo que nos hizo liquidaciones aún por encima de lo que decía la Oficina del Café.⁵ Pero, aun así, al hablar de cooperativas y saber que nos íbamos a sentir dueños de las instalaciones y del beneficio en sí, pues eso, eso halagaba el

5 Anteriormente Instituto de Defensa del Café, hasta que en el periodo gobernado por la Junta Fundadora de la Segunda República fue nacionalizado. A partir de ese momento se llamó Oficina del Café, con la función principal de fijar el precio que los beneficiadores debían pagar a los pequeños productores de café por su producto. Para más detalle véase: Rovira, Jorge (2000). *Estado y política económica en Costa Rica: 1948-1970*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica. P: 52.

asunto, y ya no pensábamos tanto en la cuestión de precios sino en tener la cosa propia. Y así estuvimos en conversaciones por espacio de unos cuantos meses, hasta que ya en setiembre u octubre del año '63, se formó un comité pro-cooperativa para que sirviera de enlace entre los productores de Agua Buena y de San Vito, de lo que hoy se conoce como San Vito. El banco y el señor Challe, que figuraba como dueño, aunque dicen que todo estaba ya hipotecado al banco y que por eso lo vendía. Eso no nos importaba a nosotros. Así las cosas, en esta oportunidad a mí no me tocó participar sino como un productor activo nada más, pero no me tocó figurar por dicha en ese comité pro-cooperativa.

Ya en diciembre, recuerdo bien la fecha inclusive, el 15 de diciembre del año '63, tuvimos una reunión de carácter general, casi como una asamblea. Era ya una cosa definitiva para conocer, para que conociéramos todos los detalles de la posible transacción. Ya era casi un hecho que se compraban las propiedades, y en cuánto, y qué plazos íbamos a tener para pagar, cuáles serían tasas de intereses, en fin, ya detalles de fondo. Y claro que yo asistí a esta reunión y tuve tal vez alguna participación, aporté alguna idea y pasó el asunto. Se encomendó al comité de pro-cooperativa aligerar, agilizar la transacción, si era de hacerse, que se hiciera en el menor tiempo posible, como si no se podía hacer pues que entonces se resolviera también en el tiempo más rápido posible para saber entonces a qué atenerse para el año siguiente. Me refiero para el año cafetalero.

Como las cosas estaban ya bastante definidas y sólo faltaba, como quien dice, el visto bueno de los productores para hacerse cargo de las deudas y del manejo del beneficio, entonces nos encontramos con que el asunto final fue muy rápido y el 15 de enero del año siguiente, 1964, se celebró la asamblea constitutiva para nombrar gerente y Consejo de Administración, como se llama ahora, y los distintos comités que fungen en todas las cooperativas. Y ahí comenzó de nuevo la participación mía en esto que podría catalogarse como desarrollo comunal, porque resulté electo como miembro de

la Junta Directiva de la cooperativa que estaban haciendo en ese momento, y pocos días después teníamos un sinnúmero de aspectos que yo llamaría pues hasta un poco difíciles para gente que no está acostumbrada a estas cosas. Por ejemplo, se nos presentó la venta, digámoslo así, la venta, el remate de todo el ganado que tenía el señor Andrés Challe, dentro de la finca. La finca por razones especiales estaba completamente sin pasto. Era unos, como decimos vulgarmente, charrales.⁶ Yo calculo que no habría pasto ni para unos veinticinco novillos y en cambio habían ciento diez animales que andaban haciendo locuras por todas partes, rompiendo cercas, pegándose en los charcos. No había quien curara a los terneros, no había nada, no había ningún control en eso, entonces allí tuvimos que intervenir ya de lleno los que formábamos parte de la Junta Directiva y comenzar también esa tarea difícil, tomar decisiones, y perder el tiempo, que tal vez uno está necesitando con urgencia en sus propias cosas, pero bien hay que hacerlo.

Teníamos en ese momento un mandador como decimos, o un administrador, que naturalmente no era miembro de la Junta Directiva. Este señor, por razones que estaría de más comentar, cuestiones de familia, cuestiones de distancia, falta de personalidad, falta de interés, la cosa no caminaba bien. Este señor que estoy mencionando como administrador o mandador general en la cooperativa había sido traído de San Vito, de la Colonia, precisamente por la razón de haber sido nombrado gerente de la cooperativa el señor Gervasoni. Cabe aclarar que la cooperativa era formada en gran parte por costarricenses y seguro que nos habría gustado que la Junta Directiva y la gerencia pues también fuera netamente nacional, pero no podíamos tampoco pasar por alto la participación de los italianos y además la fuerza de producción que ellos tenían en vista de que nosotros apenas si producíamos unas cuatro mil fanegas⁷ entre todos, mientras que ellos entre dos o tres producían

6 Un "charral" es un terreno con matorrales o mucha maleza.

la misma cantidad. En este año precisamente experimentamos una situación terrible porque el café que se trasladó de la Colonia Italiana a Agua Buena era tantísimo que había días que había que trabajar con cuatro camiones, camiones grandes, con quinientas o seiscientas cajuelas cada camión, el camino era intransitable y teníamos que amanecer en la calle con un chapulín,⁸ tratando de hacer llegar los camiones al beneficio para evitar la fermentación del grano.

Pero volviendo al asunto de la administración, nos encontramos con que este señor que había sido traído de San Vito, resultaba un poco deficiente, yo no diría muy deficiente, pero sí un poco deficiente. Y tal vez por el mismo deseo de la Junta Directiva de hacer las cosas mejor, tal vez por desconocer algunas cosas en la administración de empresas, pues tal vez no analizábamos muy bien la actuación de este señor, mandador, y fue así como entonces lo hicimos venir por dos o tres veces a la Junta Directiva, a sus sesiones, para que rindiera informes de tal o cual cosa que se estaba haciendo. Esto provocó la renuncia de este señor y, por casualidad, porque no era mi intención esa, en la Junta Directiva yo era quizás el que más hablaba y el que más proponía ideas o soluciones a los distintos problemas que se estaban presentando.

El señor Gervasoni, al perder su hombre de confianza en la parte administrativa, tuvo la idea, yo no sé si de buena fe o tal vez con un poquito de intriga, tal vez como para probar mi capacidad, me escogió a mí como el sucesor de ese mandador. Yo en principio me negué, en una forma total; definitivamente no me consideraba yo la persona más adecuada para ese cargo y además pues pensaba yo en la dificultad de tener que abandonar la finca mía, casi en su totalidad, para encargarme de la cooperativa. Y después de eso pues

7 La producción del café de un beneficio fue medida en unidades que se llamaban “fanegas”, o sea bolsas de café.

8 En ese contexto, un “chapulín” es un tractor.

ya con la experiencia de esa participación, de esa divergencia con el mandador, pues yo suponía que lo mismo podía pasar conmigo si yo asumía el cargo. Y no estaba equivocado.

Posteriormente tuve bastantes dificultades con los compañeros de Junta, especialmente con el señor Ernesto Araya,⁹ que era presidente de la Junta Directiva, y éste es un señor de grandes, de buenas condiciones, inteligente, conocedor de problemas en administración de empresa, y claro que algunas cosas pues no salían como él las quería y entonces, por esta razón, teníamos un montón de pleitos. El asunto es que tuve que hacerme cargo de la administración de la cooperativa, como una especie de subgerente o algo así, y tuve una experiencia bastante, bastante buena en esto, aunque con ligeras divergencias con los miembros de la Junta, nunca con el gerente afortunadamente. Muy poco con los peones también. Los peones supieron entenderme y pudimos trabajar más o menos bien. Claro siempre hay algún vago que quiere ganar la plata sin hacer nada, pero eso se puede disimular. Lo cierto del caso es que fue un año fatal, fue un año terrible, con un trabajo agotador, día y noche, las veinticuatro horas. Si hubieran habido más horas en el día, más trabajamos. Amanecíamos en el camino.

Recuerdo que era una cosa tan especial, era tal la necesidad de trabajo y tanta la escasez de servicios, que mi señora tuvo que hacerse cargo de dar de comer a una cuadrilla que fue de San José para montar secadoras en el beneficio. Era necesario ampliar el beneficio en una forma notable, casi transformarlo, diría yo, porque el beneficio en tiempo del señor Challe trabajaba con dos secadoras pequeñas y eran suficientes para el café que se beneficiaba. Al formar cooperativa y venir el café de la Colonia para ser procesado en Agua Buena, pues esa producción de cuatro mil fanegas se cua-

⁹ Ernesto Araya fue el fundador de Agua Buena y el dueño de muchos de sus terrenos y negocios. Fue muy filantrópico con el pueblo.

druplicaban y era posible que llegara hasta unas quince, quince mil o dieciséis mil fanegas. En consecuencia nosotros teníamos casi que transformar, casi como construir un beneficio totalmente nuevo. Y entonces, una de las primeras cosas que se hizo fue adquirir tres secadoras grandes, horizontales, para ochenta sacos cada una, y naturalmente que para el montaje de ese equipo llegó una cuadrilla de San José, una cuadrilla de prácticos en eso, incluyendo al fabricante de las mismas; y mi señora tuvo que hacerse cargo de dar de comer a esa gente porque no había otra parte donde pudiera comer. Y posteriormente nos vimos obligados a hacer un sinnúmero de trabajos de ingeniería. Por ejemplo, el de sacar una paja de agua para reforzar el agua de la cañería que era insuficiente y también medir la totalidad de las tierras, separando la parte que se iba a negociar con el Instituto de Tierras y Colonias, ya parasitada,¹⁰ medir esa parte para entregarla al Instituto, y medir todo el resto para saber cuánto le quedaba a la cooperativa. Medir los lotes de café de unas cincuenta y cinco manzanas de café que habían plantadas con el propósito de poder dar contratos a los trabajadores, sin tener que ir después con una cadena para medir lote por lote, en esta forma nosotros podíamos decirle al peón en la oficina, “mire este es el lote que se le puede dar de contrato, mide tanto y se paga tanto”, y terminado el problema. Así las cosas, hubo que dar alimentación también y hospedaje en las instalaciones de la misma cooperativa a unos ingenieros de una compañía Ticoagro con sede en San José, y también colocar unos cuatro o cinco peones más exclusivamente para que trabajaran con los ingenieros en la apertura de trochas o carriles para facilitar el trabajo de los ingenieros.

Posteriormente se produjo una situación en cuanto al camino. La cuadrilla de Obras Públicas que estaba trabajando en la carretera, estaba viviendo en Villa Neilly y estaba trabajando, podría decirse, en lo que hoy es el cantón Coto Brus. Esta gente naturalmente

10 O sea, invadido por precaristas.

estaba dando muy poco rendimiento, de por sí casi nunca trabajan, pero así trabajando tan lejos de su lugar de residencia, pues es peor. Y entonces fue el jefe de la cuadrilla de Obras Públicas y conversó conmigo; yo lo puse en contacto con la gerencia y se llegó al convenio de facilitar un galerón enorme que había en la cooperativa y estaba en desuso, acondicionarlo, con unos veinte o treinta camarotes, camas, para que esa gente pudiera dormir, y quedaba pendiente el problema de la comida. ¿Dónde iba a comer esa gente? Y entonces el gerente me preguntó, “¿Bueno y su señora no podría? De por sí les está dando a unos, tal vez podría darle a esta gente también”. Y en realidad, pues, casi podría decirse que no había la forma de negarse. Claro que yo consulté con mi señora, yo le dije, “Es un montón de bandidos, y seguro que comen bastante y va a ser un problema serio”. Pero mi señora siempre ha estado bien dispuesta para eso de preparar comida y ella dijo, “Bueno, diay, si es que no hay más. Y si la gente hace falta en el lugar pues habrá que darles alimentación”. Y así lo hicimos, nos hicimos cargo también del chicharrón¹¹ de dar de comer a esa gente. O sea, entonces que la situación era bastante complicada porque yo trabajaba las veinticuatro horas del día entre beneficio, oficina y calle, y mi señora trabajaba también las veinticuatro horas del día sólo preparando comida y sirviéndola. Pero estábamos contentos de estar haciendo una labor de beneficio general y precisamente en bien de la cooperativa que, desde ya, la queríamos como cosa propia.

Al llegar el mes de diciembre ya yo tenía mi plan hecho y estaba decidido de no trabajar más con la cooperativa, no precisamente porque no pudiera trabajar o porque tuviera algunas dificultades con los compañeros, ni con los trabajadores, sino porque estaba convencido de que es muy difícil quedar bien con todos. Siempre

¹¹ Aunque ciertamente el “chicharrón” es una comida derivada de la carne de cerdo, en este contexto la palabra “chicharrón” se refiere a asumir un “reto”, “desafío” o “problema”.

hay algunas cosas que salen mal y las críticas siempre son muy duras, y entonces pues, y también pensando en que pues había personas y con mejores condiciones y tal vez con menos obligaciones propias. Y entonces ya estaba yo completamente decidido de renunciar el trabajo en el mes de diciembre y también sabía yo ya de fuente fidedigna que el gerente también se iría en esa fecha y que habría que nombrar nuevo gerente, entonces yo consideraba que lo más lógico era que, al nombrar nuevo gerente, pues el nuevo gerente nombrara su personal de confianza. Afortunadamente el posible gerente, el hombre que tenía más posibilidades era otro italiano para ocupar la gerencia, muy amigo personal del señor Gervasoni. Ya se había hecho también amigo personal mío y éste me había manifestado su deseo de que yo continuara trabajando con él, a lo cual rehusé terminantemente y pese algunas rogativas que me hizo, yo seguí insistiendo en la renuncia.

Así las cosas, definitivamente quedó planteada una salida mía en forma irrevocable, pero sucedió que, aunque dejé de fungir como administrador general de la cooperativa, al celebrarse la asamblea de fin de año, en la cual se iba a nombrar nuevo gerente y nuevo Consejo de Administración o Junta Directiva, pues era lógico pensar que yo estaba presente, por dos razones: primero que nada por ser socio activo y segundo pues por aquello de que como estábamos en una etapa de evolución, en una etapa muy difícil, en una etapa de gran inversión financiera (pues sólo para el montaje de las secadoras el banco nos había financiado la suma de trescientos diez mil colones) y toda esa plata pues la habíamos manejado nosotros, yo como como encargado de trabajos y el gerente como firmante de cheques, y yo pensaba también que en esa asamblea podían haber algunas preguntas, algunas dudas en cuanto al manejo de los dineros, de todo eso. Por esa razón más que nada yo estaba obligado a estar presente en la asamblea. Afortunadamente no pasó nada de eso. Pero sí, al final de la asamblea, vino el nombramiento del nuevo personal y entonces, aunque no era mi deseo participar de nuevo en la Junta, me nombraron por unanimidad, como miembro

nuevamente de la Junta Directiva. Al llegar en el mes de enero a la primera reunión formal de la nueva Junta Directiva, se produjo lo que llamamos el proceso de instalación, en la cual ya se definen los puestos que va a ocupar cada miembro. Claro que la asamblea había elegido presidente y había elegido vicepresidente, había elegido fiscal y en una forma tentativa había elegido secretario. Pero de antemano sabíamos todos los que estábamos presentes en la asamblea, que la persona que habían nombrado como secretario era completamente inepto y no por falta de voluntad sino por falta de conocimientos, ese señor no podía desempeñar el cargo. Y fue así como llegamos a la asamblea y nos encontramos con que el señor no sabía ni siquiera qué era secretario y entonces se produjo un diálogo en el seno de la Junta Directiva en el sentido de que “¿Cómo hacemos?” Se llamó al oficinista para que tomara las notas, en vista de que en realidad no había secretario. Y una vez concluida la sesión, se produjo un nuevo cambio de impresiones en el sentido de que no podíamos continuar así, si ya en esta oportunidad habíamos tenido que recurrir al oficinista para hacer de secretario, pues no era posible que pensáramos en seguirlo haciendo en lo sucesivo. Y unos y otros me insinuaban la idea de que yo me hiciera cargo de la secretaría. Y les decía que no me servía, que no tenía tiempo o que no podía desempeñar el cargo a cabalidad, pero en realidad ya yo tenía perfecto conocimiento de lo que era ser secretario de la Junta y sabía que era completamente difícil dar cumplimiento si no había alguna remuneración. Aunque parezca un poco feo, pero así es. Y fue entonces cuando, yo no lo propuse, pero lo propuso el señor Ernesto Araya que volvió a ser en este nuevo periodo miembro de la Junta, y dijo que, bueno, que en el caso de que yo aceptara la secretaría o cualquiera de los otros miembros, que él proponía que se pagara una suma convencional para el tiempo perdido de esa persona que iría a hacerse cargo. No es que la dieta, digámoslo así, era muy jugosa, pues era, podían ser unos veinte o veinticinco pesos por sesión, y eso no se había discutido todavía, pero a mí me pareció pues que casi era inevitable que yo me hiciera cargo de la secretaría. Y entonces pues ante esa disyuntiva yo entonces

les dije, “Bueno, diay, si no hay otro que se hace cargo del asunto pues tendré que hacerlo yo. Entonces definan eso de la dieta, de la paga, a ver qué es lo que le van a pagar al secretario”. Y entonces se convino en pagar veinticinco colones por sesión. Vale la pena mencionar que el asunto de la sesión es quizás lo menos importante de la secretaría, porque levantar un acta y después pasarla en limpio y volverla a leer, y leerla en la sesión siguiente pues no es una cosa del otro mundo. Pero lo que sí era un problema grande era dedicar tiempo a la correspondencia y también a hacer copias en máquina porque ya en este tiempo ya estaba el señor Darel Cole, y él sugirió en una de sus primeras intervenciones que el secretario debía de hacer tantas copias como miembros de la Junta habían, para que cada uno tuviera su copia en su sitio. Y lo mismo había que elaborar varias copias, una para el Banco Nacional, otra para el Ministerio de Trabajo y otra para archivo, en fin, que había que hacer un trabajo enorme, así que la cosa de veinticinco colones realmente era un pago simbólico, pero bueno, ya por lo menos había algo en recompensa del tiempo perdido.

Cabe mencionar tal vez algunas experiencias en cuanto a la cooperativa, pues en realidad el figurar en Juntas de Educación, Comités de Bienestar Comunal, o patronatos escolares pues es una cosa relativamente fácil y sin responsabilidades de mucha monta. Pero sí en cambio en la cooperativa sí tuvimos bastantes dificultades de índole financiera. Podría decirse que hasta de informalidad de algunos organismos oficiales, como el Instituto de Tierras y Colonias, como el Banco Nacional de Costa Rica, y fue por esta razón que tuvimos algunas experiencias valiosas, diría yo, en el sentido de que uno aprende algunas cosas, desagradables también, a la vez, porque se podría decir, aún ahora, que el éxito que se ha conseguido es poco. Sí, precisamente uno de los factores que vale mencionar es que la

cooperativa siempre estuvo en muy malas condiciones económicas, y aún ahora sigue estando, y no precisamente por la baja entrada de café o por malos asociados o cosas así. Tampoco creo yo que las administraciones que han tenido en los años de funcionamiento la cooperativa,¹² hayan sido todas malas, o ineptas, o incapaces, pero el daño, el cáncer que ha sufrido la cooperativa es propiamente en el aspecto financiero. Y este asunto financiero pues está estrictamente ligado a la forma en que se formó la cooperativa y las deudas que hubo que aceptar en el momento de la compra.

Precisamente se aceptaron esas deudas y esas condiciones de pago; en cierto modo parecían favorables, previas las explicaciones que dieran los personeros del Banco Nacional y éstos, la mayoría de estos aspectos que parecían favorables para el desenvolvimiento y éxito de la cooperativa no se cumplieron en ningún aspecto y al no cumplirse, pues, lógicamente, la carga financiera iba subiendo día con día y se hizo completamente imposible. Solamente el primer año de funcionamiento cuando tuvimos la entrada del café de la Colonia Italiana, se beneficiaron trece mil quinientas fanegas. Entonces el nueve por ciento que dejamos todos los productores por ley al beneficio y los ahorros que se pagaron en ese primer año de funcionamiento, pues fueron suficientes para hacerle frente a los pagos de intereses y amortizaciones. Pero en el año siguiente, ya el año '65, con la cosecha '65-'66, las cosas no fueron iguales. Precisamente, creemos nosotros, creo yo, yo coquetamente creo, que no fueron iguales por culpa del Banco Nacional de Costa Rica en su Departamento de Cooperativas, ya que habiéndose presentado algunas divergencias entre unos y otros, digamos concretamente entre costarricenses e italianos, entonces los italianos, en un plan de resentidos, optaron por comprar otras instalaciones, arruinadas, que estaban en San Vito, sean precisamente las de los Italianos fundadores de la Colonia, y formar una nueva cooperativa. El Banco

12 La Cooperativa posteriormente sufrió varias crisis económicas.

Nacional tuvo culpa completa en esto, creo yo, porque debió de evitar que la cooperativa de Agua Buena se dividiera en dos y, caso contrario, una cosa increíble tal vez es que al contrario de hacer esto, patrocinó y financió la formación de la cooperativa nueva en San Vito. Naturalmente al producirse esta situación la cooperativa de Agua Buena se quedó con una entrada de unas cuatro mil fanegas que era lo poco que producíamos los pequeños productores de Agua Buena. Es fácil comprender entonces que la situación financiera fue un caos completo para la cooperativa de Agua Buena y esto trajo como consecuencia también un plan de pelea de la Junta Directiva y de las gerencias hacia el Banco Nacional y el Instituto de Tierras y Colonias, que aún a esas alturas, habiendo hecho oferta oficial, y habiendo manifestado en forma pública que ya no eran solamente mil manzanas las que irían a comprar a la cooperativa de Agua Buena sino mil quinientas manzanas, precisamente ya en junio-julio del año '65 ya estaban perfectamente delineadas, debidamente medidas para hacer la entrega al Instituto, en este momento no se ha formalizado todavía, diez años después. Esto, desde luego ocasionó el caos financiero de la empresa y el peligro inminente de una quiebra.

Para evitar hasta donde era posible esta crisis, es decir la crisis ya estaba, pero nosotros en la Junta Directiva tratábamos de evitar la quiebra en alguna forma. Para esto nos vimos obligados a hacer varios viajes, unos en forma completa, con Junta en pleno, y otros con parte de la Junta. Por casualidad, yo como secretario, vivía completamente empapado de todas y cada una de las cosas que sucedían. Conocía perfectamente el sistema, cómo marchaba la empresa, y como subían las deudas, y cuáles eran las ganancias, y cuáles eran las pérdidas ocasionadas en cada periodo o por cada concepto. Recuerdo una cuestión que nos pasó precisamente en el año '65, cuando el gerente llegó y nos dijo en reunión de Junta que ya estaba todo arreglado con el Instituto de Tierras y Colonias y que la escritura de traspaso estaba preparada en la sección legal para efectuar el traspaso de las mil quinientas manzanas. Entonces

nosotros, muy contentos, naturalmente, satisfechos de la labor del gerente en ese sentido, pues le autorizamos para que hiciera el traspaso en la forma más rápida posible, a lo cual contestó el gerente que sí, que todo estaba preparado, pero que la cooperativa tenía un pendiente de pago, en Tributación Directa, y que ese pendiente de pago eran veintitrés mil novecientos diez colones y que si no se pagaban entonces no se podía hacer el traspaso, ya que Tributación Directa no dejaba pasar ningún, ninguna escritura si los impuestos no estaban al día.

Nosotros, creo yo que todos, no conocíamos ciertos detalles de fondo, como aquel que dice que las cooperativas están exentas de esos impuestos de renta y territorial por diez años. Como no conocíamos ese detalle, pues no podíamos hacer ninguna cosa que no fuera autorizar el pago de esos veintitrés mil novecientos diez colones para que el traspaso se realizara cuanto antes. Y así las cosas, autorizamos la confección del cheque y el nuevo viaje de la gerencia a San José para que se realizara el traspaso. Y es penoso reconocer esto, pero en realidad, no queda más: hay que aceptar que los organismos y sus personeros engañan fácilmente a los campesinos, a la persona que quiere trabajar y que quiere hacer algo de bien general o bien común. Y en esta oportunidad también fuimos engañados. Tributación Directa se quedó con sus veintitrés mil y pico de colones y el trato no se realizó nunca. Nos dijeron un montón de cosas, claro la mayoría mentiras. Que no se hacía por una cosa o por otra.

A raíz de esto me tocó hacer un viaje a San José con el gerente y un compañero de Junta, para visitar el Ministro de Trabajo en aquel tiempo, el señor licenciado Alfonso Carro Zúñiga,¹³ persona de la cual no podíamos decir absolutamente nada malo: todo, todo lo

13 Fue uno de los fundadores del Partido Liberación Nacional, diputado, Ministro de Trabajo y Ministro de Gobernación y Policía, entre otros puestos públicos. También fue un académico y abogado.

que tenemos que decir es bueno. Nos atendió de veras como nos merecíamos que nos atendiera. Recuerdo que nos pasó un “chasco”,¹⁴ como decimos los campesinos, y veníamos por tierra, es decir en carro, y había un derrumbe grande, de grandes proporciones en el Cerro de la Muerte. Tuvimos que regresar a San Isidro y tratar de buscar el traslado a San José en avión para poder asistir a la cita que nos había concedido el Ministro Carro Zúñiga, cosa que fue totalmente imposible. Ya mucha gente había llegado antes que nosotros y había ocupado todos los campos posibles en las avionetas que podían transportar la gente a San José y definitivamente no había forma. En consecuencia, teníamos que esperar en San Isidro hasta que quitaran el aterro,¹⁵ cosa que sucedería en el transcurso del día siguiente si la situación lo permitía, si las lluvias, y si el aterro no seguía produciéndose. Por dicha, las máquinas de las compañías constructoras lograron despejar la vía al acercarse la noche de ese día siguiente, y nosotros logramos llegar a San José en horas de la noche.

Naturalmente que ya habíamos perdido la cita con el señor Ministro. No por eso íbamos a pensar que todo estaba perdido. El día siguiente nos preparamos, nos fuimos al Instituto de Tierras y Colonias. No estaba el gerente. Recuerdo que el señor Salazar Navarrete, que era gerente, se encontraba en México, y entonces tuvimos que entendernos con el sub-gerente. En este momento no recuerdo el nombre del señor éste, pero sí recuerdo que es una persona muy espontánea, muy voluntaria para ayudar. Y no sólo se limitó a conversar con nosotros, a atendernos en la entrevista, sino que también nos facilitó algunos documentos que habían sido preparados en el Instituto de Tierras y Colonias para realizar ese famoso traspaso de las mil quinientas manzanas de montaña de la cooperativa al Instituto. Y además de eso, también tuvo la gentileza

14 Un “chasco” es una “decepción” o “desilusión”, aunque en el contexto de la narración y en Costa Rica se le utiliza como sinónimo de “infortunio” o “inconveniente”.

15 Un “aterro” es una obstrucción causada por un derrumbe de tierra.

de comunicarse él, de Instituto a Ministerio, con el señor Ministro de Trabajo, y explicarle la situación que nos había ocurrido y por lo cual habíamos perdido la cita. Digo yo que el señor Ministro se merece todo nuestro respeto y aprecio, porque al recibir la comunicación del sub-gerente del Instituto, dijo que si estábamos ahí en el Instituto, entonces el señor que nos estaba atendiendo le contestó que sí, entonces le dijo el Ministro, “Dígales a esos señores de Coopabuena que se trasladen acá inmediatamente y que digan que son de Coopabuena porque ya está el campo preparado para ellos”. Nosotros, en realidad, pues nos quedamos un poco asombrados de saber que hubieran ministros que actuaran de esa manera y naturalmente nos trasladamos en un taxi al Ministerio.

Y pasó algo más, especial también. Resulta que cuando llegamos al ministerio se encontraba en la antesala el embajador de Bélgica, o algo así, uno de esos países de Europa, esperando que el Ministro lo atendiera. La secretaria naturalmente estaba decidida por pasar al señor embajador extranjero para que entrevistara al señor ministro. Y el señor ministro le dijo, “No, no, no, no, el señor este embajador puede esperar mientras atiendo a esta gente de Coopabuena. Pásemle a esa gente de Coopabuena primero. Ellos tienen urgencia y ellos sí trabajan. El señor embajador éste es una persona que tiene tiempo”. Cosa que nos agradó, nos dejó muy satisfechos con esa actitud el señor Ministro.

Y vino algo más también, especial, que nosotros pues nunca habíamos escuchado en una persona de esta índole. Y fue una vez enterado de la situación, porque lo explicamos punto por punto de las cosas cómo andaban, pues hasta lo que conocíamos, porque cabe pensar también que se producen algunas cosas en los organismos oficiales, sean bancos o no, que uno desconoce. Pero hasta donde conocíamos, informamos al señor Ministro con lujo de detalles. El señor Ministro casi se traga un puro grande que tenía encendido, fumándolo, y se mostró realmente sorprendido de que tanto el Banco como el Instituto de Tierras y Colonias nos

hubiera estado meciendo de un lado para otro, haciéndonos creer en cosas que no eran, y que posiblemente no tenían intención de realizar. Así las cosas, el señor Ministro llamó a la secretaria. Le dijo, “Comuníqueme con el Banco Nacional, Sección de hipotecario, con el señor Aquileo Echeverría”. Nosotros, desde luego, aunque estábamos muy cerca del señor Ministro, no podíamos de ninguna manera saber cuáles eran las palabras que estaba diciendo el señor de la Sección hipotecaria del Banco Nacional de Costa Rica. Pero sí podíamos entender perfectamente las palabras que decía el señor Ministro a él. Y recordamos, yo personalmente recuerdo con satisfacción que el señor Ministro le dijo, “Ustedes son bárbaros. Ustedes están haciendo con la cooperativa lo que hace un prestamista usurero en cualquier parte del mundo. Es realmente inaceptable la actuación del Banco Nacional en este caso. Y vamos a ver de qué manera podemos solucionar este caso de Coopabuena en el menor tiempo posible porque esta gente no puede arruinarse por culpa de ustedes y por culpa del Instituto de Tierras y Colonias”. Y ahí paró la conversación telefónica.

En realidad pues no sabemos nada, ni siquiera imaginamos qué fue lo que dijo el señor Echeverría. Nos dijo el señor Ministro que el señor Echeverría manifestó por la vía telefónica que el Instituto era el que tenía la culpa porque había ofrecido una finca, denominada finca Guayabo, en garantía colateral. Garantía colateral, quiere decir en otras palabras, una garantía adicional. Vale la pena también mencionar que la palabra ésta, de “garantía adicional”, para nosotros era una cosa tan desagradable como nadie puede imaginar. Ya que nosotros estábamos vendiendo al Instituto de Tierras y Colonias mil quinientas manzanas de terreno a razón de doscientos cincuenta colones por manzana. Lo que daba un total de trescientos setentaicinco mil colones, sin intereses y sin nada, porque se trataba únicamente de un cambio de deudor. O sea que la cooperativa descargaba esa suma en sus deudas y automáticamente la asumía el Instituto de Tierras y Colonias. De por sí, las mil quinientas manzanas de terreno ya estaban valorizadas, puesto

que los parásitos en ningún momento dejaron de trabajar aunque fueran amonestados o visitados por la guardia o por la gerencia o por algún personero del mismo Instituto. De ahí también, mi tesis, que sostengo de que nunca hubo ocupación pacífica¹⁶ de esos parásitos en Coopabuena porque en ningún momento pasó ni seis meses para que alguno, algún personero del Instituto, de la cooperativa o de Seguridad Pública, les estuviera visitando. O también recuerdo algunos documentos, de Alcaldía, que fueron enviados a través de la misma cooperativa para que fueran entregados a estos parásitos, amonestándoles con respecto de la ocupación que estaban haciendo que no era otra cosa que una usurpación de propiedad privada ya que la cooperativa había comprado todas sus pertenencias con escrituras públicas. Lo cierto del caso es que al decir que las mil quinientas manzanas de terreno estaban valorizadas, es decir, tenían una plusvalía propia, esto lo digo pues como para aclarar que el Banco Nacional no debía de ninguna manera depreciar esa garantía. Sin embargo, el Banco Nacional le ofreció al Instituto recibirle esa finca de mil quinientas manzanas, desvalorizada en el 40 por ciento, para efectos de garantía. O sea, que le recibía el 60 por ciento. El resto de la garantía debía ser cubierta con bonos, devaluados de antemano con un veinte por ciento. Creo yo que de ahí salieron precisamente las palabras del señor Ministro cuando le dijo que estaban haciendo una operación de las que hacían los prestamistas usureros en cualquier parte del mundo. Porque de hecho estaban metiendo al Instituto de Tierras y Colonias en un lío casi imposible de resolver. Al producirse esta devaluación de los bonos, que el Instituto debía de aportar al Banco para completar los treientos setenta y cinco mil colones, entonces quedaba un descubierto, o sea el veinte por ciento de los bonos devaluados. Para

16 Véase, Salas Marrero, Oscar A., and Rodrigo Barahona Israel. *Derecho Agrario. Serie Ciencias Jurídicas y Sociales*. Vol. 22, San José: Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1973. Según la ley de terrenos de Costa Rica, un colono puede reivindicar ser propietario de un terreno solamente si han pasado varios años de "posesión pacífica."

cubrir esta garantía, que en este caso ya era una suma ridícula, en una operación pues que prácticamente estaba cubierta ya con la finca y con los bonos, aunque devaluados, entonces debía de darles la garantía adicional. Esa llamada garantía colateral de la finca Guayabo. Sin embargo, el Instituto posiblemente hostigado por tanta intervención nuestra, ya no sólo de cartas sino de presencia, de pelea personal, optó por dar esa famosa garantía colateral.

Pero ocurrió la cosa más curiosa y más desagradable. Sucedió que el Instituto, antes de ofrecer la finca Guayabo como garantía colateral al banco, había ubicado en esa finca unos tres o cuatro parceleros con una suma de terreno, una cantidad de terreno que según tengo entendido eran unas diez manzanas o hectáreas por cada parcelero. Lo que indica pues que la parte ocupada, o como dicen, enajenada, venía a ser una cosa ridícula, pues tratándose de una finca enorme, entiendo que la finca Guayabo era una finca, o es, de cien de hectáreas, el hecho de haber enajenado las cuatro parcelas, pues no debía de ser obstáculo para que el Banco no la recibiera como esa garantía colateral. Sin embargo, el Banco la rechazó y precisamente en ese momento dicen que fue por eso que no pasó la famosa operación. Al no pasar esta operación, lógicamente lo que la cooperativa hizo fue empeorar aún más su situación económica, ya que entonces no era perjudicada solamente con el pago de los intereses, de los trescientos setenta y cinco mil colones, sino que ya había hecho una inversión adicional de veintitrés mil novecientos colones, es decir que se podía decir que entonces ya la suma global era de cuatrocientos mil colones. Realmente, como una pérdida ocasionada por el mismo concepto, sea el terreno que se traspasaría al Instituto. Con esta situación, automáticamente la cooperativa necesitaba más plata, año con año, para hacer frente al pago de intereses y amortizaciones al Banco Nacional. Al prevalecer esta situación de división de productores en la zona, ya que los de la Colonia tenían ya su propia cooperativa, y nosotros, muy pobres en el sector de Agua Buena, no podíamos, cómo dijera, producir más café. Y seguíamos entonces en este tiempo con entrada de cinco mil

y pico, seis mil y pico fanegas, que no representaba ninguna ventaja para la economía de la empresa con semejantes cargas a pagar.

Así, con esta situación financiera tan desagradable, tan difícil, pues estábamos abocados ya a una quiebra inminente. Se hicieron ingentes esfuerzos, convocamos a asambleas generales extraordinarias, explicamos punto por punto la situación a los asociados. Pedíamos consejos, ya que pues algunos de los asociados tienen su inteligencia y vale la pena mencionar que en este tiempo habían unos señores norteamericanos asociados. Estos señores pues tienen sus propias experiencias, su inteligencia propia, son personas preparadas, tanto de letra como de manejo de finanzas. Y en esta forma se integró una Junta, de las tantas que ha tenido la cooperativa, a base del señor Robert Wilson, John Ozane, Darel Cole, Ernesto Araya y otros, entre los cuales tenía que estar figurando yo siempre como la víctima.

Recuerdo un pasaje, en una ocasión, que nos tocó venir a pelearnos con el gerente del Banco Nacional para ver si derogaba la orden de muerte de la cooperativa porque ya era el final, ya estábamos liquidados. Hicimos un viaje a San José. En esta oportunidad me tocó que viajar con el señor Cole, el señor Wilson, el señor Ozane, el señor Araya, y Guillermo González, que era el gerente en este momento. El único pobre y quizás más tonto era yo, entre la comitiva. Me pasó algo un poquito desagradable, aunque siempre me tomaban en cuenta pero sucedía que todos ellos, todos mis compañeros de comitiva hablaban inglés. Y los gringos estos o no entendían el español o no querían hablarlo. La cosa es que todas las conversaciones se hacían en inglés y el señor Araya o el señor González tenían el problema de estarme traduciendo algunas cosas para que yo me enterara de lo que se estaba haciendo, de lo que se estaba tramando, de la forma en que íbamos a llegar al Banco Nacional el día siguiente a la hora señalada, ya que ver al señor gerente del Banco Nacional en este momento era como ver al Papa en el Vaticano. Y en realidad, tal vez suena un poco

exagerado, pero sí había que pedir una audiencia con anticipación y había que hacerse acompañar de jefes de departamento. Recuerdo que nos acompañaban en este tiempo el director de la Oficina de Cooperativas del Banco, nos acompañaba el señor Luis Hogg, que es el director de la sección cafetalera, nos acompañaba el señor Echeverría, que era el director de la Sección hipotecaria, y aquello era una cosa que realmente uno se sentía muy pequeñito cuando estaba ante ese montón de personajes de tanta importancia y de tanto dominio. Siempre yo pues he sido una persona hasta cierto punto animada, no me asusta el asunto de ir a conversar con una persona o con otra, y yo más bien creo que tenían más pereza los gringos que yo cuando llegamos a la famosa audiencia con el señor gerente. En este momento era el señor Elías Quirós.

Recuerdo también lo desagradable de esas entrevistas porque es una cosa tan impresionante, aquello lleno de alfombras rojas, de esas que usan sólo los Zares allá en Rusia o los petroleros allá en Arabia, y sucede algo peor todavía. No se ha terminado uno de sentar cuando ya el señor gerente le está diciendo a uno, “Váyase tranquilo, no se preocupe más, el problema de ustedes ya lo teníamos, aquí está el señor Hogg, aquí está el señor Echeverría, aquí está el otro señor del otro departamento, ya hemos estado en conversaciones con relación a la situación de Coopabuena. Estamos en la mejor disposición de ayudarlos. Estamos pensando inclusive en una adecuación de plazos, cosa que no se está haciendo con nadie, con ninguna empresa, ninguna compañía, ni con otras cooperativas tampoco”. Vale la pena mencionar que en este tiempo habían unas tres o cuatro cooperativas en el país que estaban en situación precaria financiera también, y recuerdo yo que la única persona que se animó a interpe- lar al señor gerente fue precisamente Darel Cole, cuando ya casi nos estaba haciendo echados porque el señor gerente venía con el plan ése de tocarle la espalda a uno pero no era precisamente palmoteando la espalda sino como empujándolo hacia afuera. El señor Darel Cole se resistió un poco y le preguntó al señor gerente, “¿Hasta qué punto podemos tener confianza nosotros en ese posible arreglo?” El

señor gerente volvió a insistir, “Váyanse tranquilos, todo eso se va a arreglar”. Total, que en la entrevista nos limitamos tres o cuatro de los de la comitiva, únicamente al apretón de manos y a sentarse un poco en aquellos asientos tan cómodos, tan confortables, pero ni media palabra. El señor gerente de Coopabuena, unas cuatro palabras, esbozando el motivo de la visita, otro señor haciendo alguna pregunta y el señor Darel Cole que sí hizo una pregunta de fondo, interpelando al señor gerente en ese sentido. Así con esas respuestas, con esas contestaciones tan simpáticas, tan agradables, regresamos a Agua Buena completamente defraudados. Ninguno de los componentes de la comitiva a San José tenía confianza en las expresiones, en las promesas hechas por los personeros del Banco, incluyendo las del señor gerente.

Regresamos a Agua Buena y continuamos nuestra labor administrativa con problemas grandes. Teniendo que estar viajando constantemente a Golfito para hacer arreglos, tener que estar ocupando el sistema radiográfico, no sé cómo se llama esto, tanto interno del sistema bancario como del sistema de cooperativas, para estar haciendo comunicaciones tratando de agilizar los créditos, tratando de levantar las amenazas de embargos, y otras cosas más. Así en esas condiciones llegamos a otro periodo de crisis en el cual ya se producía el embargo en una forma definitiva.

Y tuvimos que viajar otra vez, otra de las tantas veces que lo hicimos. En esta oportunidad nos acompañaba también el señor Cole, nos acompañaba Francisco Cedeño y el señor Adrián Noguera, que había entrado a formar parte de una de las tantas Juntas, y recuerdo que llegamos a San José. Esta vez no tuvimos problemas en el camino, llegamos bien. Y veníamos más o menos aconsejados por el mismo Departamento de Cooperativas en el sentido de que primero estábamos en San José, planeábamos alguna forma de entrarle a los problemas en ese momento, y una vez que estuviéramos más o menos de acuerdo, entonces concertaríamos la audiencia con el señor gerente, y si era posible con la Junta Directiva Gene-

ral. Cosa que yo creo que nadie lo ha conseguido todavía. Para esto tuvimos una serie de conversaciones en el Departamento de Cooperativas. También en la Federación de Cooperativas. Contamos con el asesoramiento del gerente de la Federación y de otros elementos y el consejo, pues, yo no sé si bueno bueno, o bueno a medias, del Departamento. Tengo la impresión de que no era más que a medias, puesto que siempre habría el telefonazo o la comunicación entre el Departamento de Cooperativas y el resto del Banco. Pero bueno, eso realmente no tiene importancia, por lo menos se supone que así es.

Uno de los consejos que recibimos de parte del jefe o director del Departamento de Cooperativas del Banco Nacional. Y también me olvidaba decir que también visitamos el Ministerio de Trabajo. En esta oportunidad ya no era el señor Ministro Carro, ya era otro señor que en este momento no recuerdo, y también nos recibió el señor Ministro de Trabajo. El señor Ministro de Trabajo era un señor ya sumamente viejo. Parecía muy cansado, parecía muy desvinculado del propio Ministerio. Tengo la impresión de que era un señor que sólo sabía recibir el sueldo de ministro y ostentar el nombre de ministro, pero era quizás muy cansado verdad. No quiero decir que sea, que no tuviera voluntad para trabajar, pero quizás ya no podía. Este señor nos mandó a Departamentos, entre ellos hay una oficina también de cooperativas, había. Hoy día ya se cuenta con una especie de instituto que se llama INFO-COOP. Ahí están funcionadas la Oficina de Cooperativas del Banco Nacional y la Oficina de Cooperativas del Ministerio de Trabajo y hay por aparte miembros de otros organismos como la Federación de Cooperativas, y no sé qué más. Lo cierto del caso es que después de haber conversado un poco con estos señores, recuerdo que estaba un señor Enrique Jiménez como jefe de la Oficina de Trabajo. Este señor tenía amplio conocimiento de la crisis de Coopabuena. Había estado en Coopabuena haciendo algunas investigaciones relativas al funcionamiento de la cooperativa, y se mostró muy enojado, y nos aconsejaba en un tono muy serio,

casi bravo, que tratáramos mal a los personeros del Banco, y que inclusive nos aconsejaban que los enjuiciáramos por el reguero de mentiras y por el poco deseo de solucionar nuestros problemas. Pues podía ver claramente que ellos lo único que pretendían era negociar esas propiedades de esas gentes arruinadas, con hipotecas altísimas, muchas veces con garantías en descubierto. Y entonces los personeros del Departamento de Cooperativas del Banco Nacional en todos estos casos no operaban como asesores o como miembros de un Departamento de Fomento de Cooperativas sino que actuaban como financieros, como directamente servidores del Banco, tratando siempre de proteger los intereses del mismo sin importarle la suerte que pudiera correr un grupo de productores de café pobres, que estaban arriesgándolo todo, con el deseo de hacer las cosas bien y de defenderse de las firmas particulares que han sido siempre el azote del pequeño productor.

Así las cosas, después de haber conferenciado por varias ocasiones con personeros del Ministerio de Trabajo, de la Federación de Cooperativas y del mismo Departamento, tuvimos el consejo final de entrevistar, antes que hacer, antes que solicitar la audiencia al señor gerente del Banco Nacional, visitar en sus casas o en sus trabajos o donde estuvieran a los miembros, uno por uno, a los miembros de la Junta Directiva General del Banco Nacional de Costa Rica.

Sí. Nos dimos a la tarea de localizar a los directores de la Junta General del Banco Nacional de Costa Rica, cosa que no era muy fácil desde luego porque todos son gentes con muchas ocupaciones y viven en diferentes partes del país. Son personas también con mucho dinero que a veces ni quieren conversar con los pobres. Recuerdo que hubo algunos que nos atendieron con mucha paciencia. Les gustó el problema que teníamos y alguno de ellos nos ofreció también tratar de ayudarnos en todo lo que se pudiera, desde luego ajustándose a las reglamentaciones bancarias que siempre son bastante difíciles.

Recuerdo muy bien, este señor, Don Adrián Rojas, que tuvimos que

visitarlo en su finca en Ciudad Quesada. Este señor es un ganadero, tiene muchísimo dinero. Recuerdo que llegamos un domingo a Ciudad Quesada y no nos costó localizarlo porque, como es persona distinguida, todo el mundo lo conoce y nos dijeron dónde estaba su casa de habitación. Fuimos a buscarlo. La persona que nos atendió nos dijo que no estaba, que estaba esperando unos camiones con ganado que había comprado; que debía de llegar unas horas después, pero que si queríamos ir a los corrales, que ahí lo podíamos encontrar porque seguro, de seguro estaba ahí esperando los camiones con el ganado.

Así las cosas, nos fuimos a los corrales mencionados y ahí lo encontramos. Muy interesante el asunto: el señor no tenía cara de millonario, estaba todo lleno de boñigas¹⁷ y de tierra, e inmediatamente se desprendió de los peones que tenía ahí, alguna cosa que estaba haciendo para atendernos a nosotros, y nos dijo que esperaríamos un ratito que no debía de tardar los camiones y que luego iríamos a su casa de habitación, a conversar un poco más formal. Y de una vez nos ofreció de almorzar, y la entrevista estuvo muy interesante. No fuimos de veras a la casa de él, sino que nos invitó a almorzar en el mejor restaurante que hay en Ciudad Quesada. Recuerdo muy bien que uno de los compañeros, Darryl Cole, sufrió un chasco ahí en el restaurante porque lo que pidió de comer fue una costilla de cerdo; en realidad lo que le trajeron fue un hueso pelao, y el señor parecía que estaba tocando algún instrumento musical, pero lo que menos hacía era comer carne porque no tenía. Regresamos a San José muy satisfechos de la visita a Ciudad de Quesada, de la forma en que nos había atendido el Señor Don Adrián.

Visitamos a Don Óscar Cadet, que es un arquitecto. Este señor es como visitar al papa. Hay que pedir audiencia, y el señor nos atendió muy mal. De una vez nos dijo que no contarán con nin-

17 Las boñigas son el excremento de las vacas, caballos y el ganado en general.

guna ayuda que no estuviera contemplada dentro de los marcos de los reglamentos bancarios, y la entrevista fue pequeñísima. No había más que hablar con el señor Cadet, y salimos con las “cajas destempladas”¹⁸ como decimos por acá.

Luego fuimos a visitar a un señor que tiene una tienda en la Avenida Central, concretamente La Gloria,¹⁹ y este señor que nosotros creíamos que no nos iba ni a atender y menos a esa hora —estábamos visitándolo en horas de la noche— casi a la hora del cierre del establecimiento, se interesó mucho y nos pasó a un despacho privado que él tiene, o tenía, y nos hizo esperar un poquito para despedir el personal que ya estaba cerrando, y luego se dedicó a atendernos con una voluntad sorprendente. Nos ofreció ayuda de toda la que se pudiera conseguir, inclusive nos ofreció hablar de antemano con el Gerente General y los dos sub-gerentes para ver de qué manera se podía suavizar la situación de la cooperativa.

En realidad, que las entrevistas que hicimos con los directores, aparte de la del señor arquitecto, todas fueron bastante interesantes, y creíamos nosotros que con la ayuda de la Junta Directiva General se iban a resolver en una forma definitiva los problemas financieros de la empresa, en este caso de la cooperativa. Lamentablemente no fue así. Tuvimos la entrevista con el señor Gerente General, Don Elías Quirós Salazar, y casi no nos habíamos terminado de sentar en aquellas sillas tan buenas, tan bonitas y tan confortables, cuando ya el señor nos estaba diciendo: “Váyanse tranquilos, todo se les va a arreglar, no hay problemas. Pueden irse contentos, ya”.

Don Luis Hogg que era el encargado del asunto del café, y es todavía, había dado alguna recomendación, y los sub-gerentes también habían dado alguna opinión al respecto y no tuvimos oportunidad

18 El dicho “salir con las cajas destempladas” refiere a ser expulsado de un lugar con mal modo o de mala manera.

19 La Gloria es una famosa tienda por departamentos que fue fundada en 1902.

de conversar absolutamente nada. El único que se atrevió a hablar algo fue el compañero Darryl Cole, que le preguntó: “Bueno, pero díganos una cosa Don Elías, ¿Cómo es que se nos va a arreglar la situación de la cooperativa?” Y Don Elías le contestó que se iba a estudiar la posibilidad de un acomodo, lo que llaman ellos una “refundición de deudas”, y tal vez hacer una adecuación a quince o veinte años plazo, cosa que nunca ocurrió tampoco, porque los reglamentos del Banco, la ley orgánica del Banco Central y sus agencias, en este caso los bancos comerciales, no lo permite. Así que la situación de la cooperativa continuó siendo difícil. Afortunadamente, después, tiempo después, volvimos a hacer gestiones porque la cooperativa estaba en crisis, estaba al borde de la quiebra. Volvimos a molestar a los señores del Banco Nacional, y recurrimos a la ayuda de otras instituciones como el Ministerio de Trabajo en la persona del señor Ministro, y el Instituto de Tierras y Colonización que también tenía participación en el asunto, porque nosotros desde antes de hacer la compra del beneficio y de las tierras, habíamos estado en conversaciones con el Instituto, el ITCO, para que se hiciera cargo de los terrenos que estaban ocupados en precario,²⁰ cosa que nunca se resolvió tampoco. Aún ahora, diez años después, el ITCO no le puso importancia nunca al problema de Coopabuena, y Coopabuena perdió esas 1500 manzanas que están ocupadas, y que hoy pues ya son fincas productivas. Gracias a Dios, la gente vagabunda que había se fue y vendió sus lotes, sus mejoras, a otros que llegaron a la zona, y esta gente ha trabajado bastante. Hoy día, por lo menos un 30 por ciento del café que recibe la cooperativa lo está recibiendo de los poseedores de esos terrenos. Y en una forma notable, la cooperativa ha mejorado su gestión administrativa y económica, gracias a que esa gente está produciendo bastante café. Lo mismo que otros que ocuparon la

20 Un “precario” es un terreno que ha sido ocupado por un grupo de personas sin poseer el título de propiedad. En un lenguaje más formal, en Costa Rica también se les denomina “asentamiento informal”.

famosa finca Metaponto, que hoy día está toda parcelada en las mismas condiciones. No hay nada formal, el Instituto de Tierras y Colonización no se interesa mucho por esos problemas o, no sé, tal vez cuestiones de presupuesto o algo así, pero no se ha hecho nada por solucionar esos problemas. La finca Metaponto, el Banco Anglo Costarricense tiene una hipoteca de millón y pico de colones, y espera que el Instituto, de acuerdo con su ley orgánica, pues cobre los terrenos a los que los tienen ahora y que le pague la hipoteca que está arrastrando la propiedad en cuestión.

En esta última gestión que hicimos con el Banco Nacional y con otras instituciones, logramos que nos autorizaran para vender todos todos los terrenos que aún le quedaban a la cooperativa, parte de ellos muy valioso: terreno urbanizable y los cafetales que eran también valiosos. Son 55 manzanas de café. Casi todo de muy buenas condiciones. Y es así como hoy día la cooperativa ha logrado mejorar su situación financiera porque se puede apreciar bastante bien el desarrollo que hay. La población se ha formado bastante bien en esos terrenos que mencioné como urbanizables. Casi todo está vendido ya. Los cafetales se vendieron en lotes pequeños a gente que los trabajara por su cuenta porque ya teníamos la experiencia de que, en manos de la cooperativa, los peones no rendían. Todos trabajos eran carísimos y la producción no era tampoco muy halagadora que digamos. Hoy día se ha visto el resultado: todas las 55 manzanas con la excepción de unas 5 que están dentro del terreno urbanizado, están produciendo en una forma óptima y la cooperativa ha bajado también sus gastos de administración, que eso de las limpias de cafetales y de hechuras de cercas y de todas esas cuestiones que conlleva la agricultura del café, pues se eliminó al vender todos los terrenos y todos los cafetales.

Gracias a eso pues se nota que la cooperativa ya está, tal vez no liberada de todas sus deudas, de todos sus problemas económicos, pero sí bastante bien. En este tiempo que nosotros logramos poner en marcha este plan de ventas y el sistema de la cooperativa estaba

muy muy mal, y la entrada de café en el beneficio nunca sobrepasaba las siete u ocho mil fanegas, cosa que era completamente no rentable. Es decir, no daba las ganancias ni siquiera para los gastos financieros, pagos de intereses y amortizaciones de la deuda original. En este momento, la cooperativa está sobrepasando las quince mil fanegas en la cosecha. Este año fue muchísimo mejor. Este año se recibieron diecisiete mil quinientas fanegas, y entonces sí, el 9 por ciento que le otorga la Oficina del Café por ley le permite hacerle frente a todos los gastos, y parece que ya las reservas legales también están fortalecidas. Por lo menos ahora estamos viendo que todos los miércoles el Comité de Educación pasa un programa por la radio. Esos programas son muy caros y hace poco, el año pasado, compraron un camión nuevo que supongo que vale unos doscientos mil colones, lo que quiere decir que la situación general de la cooperativa ha mejorado notablemente.

CAPÍTULO X

REFLEXIÓN

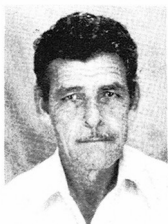
Pero ahí estoy, y estoy contento. Hoy día las cosas han progresado, han cambiado. Ya no es el pueblo de Cañas Gordas con sus ranchitos en Sabalito, donde habíamos tal vez unas ciento cincuenta o doscientas personas en total en lo que se llamaba Cañas Gordas. Ya hoy somos un cantón, ya nos sentimos un poquito fuertes, como quien dice “mayores de edad”. El cantón produce unas cien mil fanegas de café. Tiene en servicio seis beneficios de café, que ya es bastante decir.

Se habla de proyectos muy buenos, como el de la instalación de un ingenio azucarero. Se habla también de la instalación de una cooperativa de lecheros, algo parecido, pero en miniatura a la cooperativa Dos Pinos.¹ Y pues creemos que aquello que se llamó Cañas Gordas con su Sabalito y que hoy se llama Coto Brus, pues llegará a ser uno de los principales cantones del país, visto que está ubicado en una zona bastante fértil y con un clima muy agradable. Con aguas bastante buenas, no me refiero al uso humano, doméstico, porque de eso andamos un poco mal, muy mal, sino por ejemplo como para el ensanchamiento de la ganadería, que es una industria bastante buena, bastante lucrativa.

¹ Dos Pinos es una cooperativa grande y muy rentable que se encarga de la producción, distribución y venta de productos derivados de los lácteos y de otros tipos de productos.

Ya repuse también el chiquillo que se me murió al principio de la narración. En vez de uno conseguimos cinco. Ya están casados algunos y ya yo me siento bastante viejo.

*Rogad a Dios en vuestras oraciones
por el eterno descanso del alma de*



FRANCISCO MEJIA MEJIA

Nació el 24 de julio 1923

*Acogido en la Paz del Señor
el día 27 de febrero de 1981*

ORACION

Te vimos desaparecer con la serenidad y la calma del justo que ha cumplido con la misión en la tierra. Tu muerte dulce y tranquila, semejante a un sueño de paz, elevó tus ojos y tu alma blanca hacia la mansión de la luz eterna a recibir la recompensa de tus sacrificios, dejando en tu hogar un vacío inllenable, saturado con el perfume de la bondad de tu corazón. Amén.

¡Oh, qué dulce es morir cuando se ha sufrido mucho... ¡Qué dulce dormirse sobre la cruz y despertarse en el cielo!

Lo hemos querido durante su vida y no lo olvidaremos después de su muerte.

Misericordioso Jesús, dadle el descanso eterno.

¡Dulce Corazón de María, sed su salvación...!

FOTOS¹



Foto 1. Francisco y Blanca, celebrando el cumpleaños de ella. Blanca comentó que esta fue la primera vez que le dieron un pastel de cumpleaños.

¹ Todas las fotografías de esta sección del libro fueron tomadas por Mitch y Susan en los años en que conocieron a Francisco. Desafortunadamente, cuando él estaba vivo, a ellos nunca se les ocurrió pedirle fotos prestadas de cuando él era más joven. Es posible que no hubiera ninguna. Hasta donde los editores saben, Francisco nunca tuvo una cámara propia.

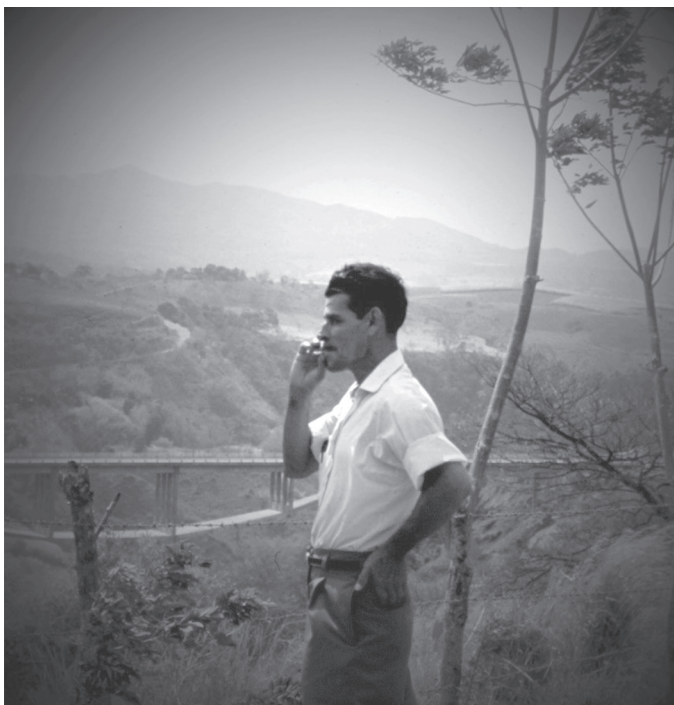


Foto 2. Vista del Puente Térraba sobre la Carretera Interamericana, aproximadamente a 80 kilómetros de Golfito, ciudad en que Francisco trabajaba en la zona bananera de la costa Pacífica.



Foto 3. Francisco, Mitchell, y un grupo de vecinos midiendo el nivel de pH (acidez) del estanque que se ubicaba en la finca de aquél en San Francisco de Agua Buena Coto Brus, 1969. El objetivo del proyecto era el de criar tilapias.



Foto 4. Francisco pelando una piña cosechada en su finca en San Francisco de Agua Buena de Coto Brus, 1969.



Foto 5. Susan entrando a la casa de Francisco y Blanca, para almorzar. El rótulo, “finca tilapiña,” pintado por Susan, representa los dos nuevos cultivos experimentales, piña Montúfar y pez Tilapia, que Mitchell y Francisco introdujeron en la finca del segundo.



Foto 6. Francisco y Blanca en el pórtico de su casa, 1969.



Foto 7. Francisco hablando con Jim Cusenza, el supervisor regional del Cuerpo de Paz, en la entrada de la finca de Francisco, 1969. La casa se ve al fondo.



Foto 8. Francisco con Mitchell (agachado), e ingenieros de las Naciones Unidas, midiendo el flujo de una posible fuente de agua para el propuesto sistema de cañería para el distrito de Agua Buena, 1970.



Foto 9. Francisco conversando con los ingenieros de agua, 1970.



Foto 10. Francisco, en su rol de Presidente del Centro Comunal de Agua Buena, dando un discurso el día de la inauguración del Centro de Nutrición de Agua Buena, 1969. Detrás de Francisco, sentados, están el Ministro de Salud, la esposa de él (Blanquita de Peralta, en honor de quien se nombró el Centro), Zoraida de Araya (esposa de don Ernesto Araya). Blanca Rosa de Mejía, (esposa de Francisco y miembro de la Junta Directiva del Centro Comunal).



Foto 11. Francisco con Blanca y un representante del NGO CARE en Costa Rica, comprometiendo a CARE a proveerles alimento nutritivo a niños desnutridos y a madres lactantes, beneficiarios del nuevo Centro de Nutrición. Detrás de ellos, de lentes oscuros está el Padre Diego, clérigo católico norteamericano que se encargaba de dar misas en San Vito de Java y en otros distritos de Coto Brus que tenían iglesias católicas.



Foto 12. Francisco, Blanca y el Padre Diego, cenando en el nuevamente inaugurado Centro de Nutrición de Agua Buena, durante los festejos del día de la inauguración, 1969.



Foto 13. Francisco y el supervisor de escuelas públicas, en la cena festiva celebrando la inauguración del Centro de Nutrición, 1969.



Foto 14. Francisco dando una charla al Comité de Bienestar Comunal de Agua Buena de Coto Brus, en su rol de Presidente del Comité, 1970.



Foto 15. La prisión “La Penitenciaría”, ubicada en la zona periférica de San José. Hace décadas no funciona como prisión y actualmente es un museo. Era la llamada “La Peni” donde Francisco estuvo preso por un mes durante la “Revolución” de 1948.



Foto 16. Susan, Blanca y Francisco, con las dos hijas de ellos, festejando un cumpleaños en la casa de Susan y Mitchell en Agua Buena, 1970.



Foto 17. Francisco, Blanca, la mamá de Susan, y la mamá de Mitchell, almorzando en la casa de Francisco y Blanca, San Francisco de Agua Buena,



Foto 18. Susan, Francisco, Virgilio, un amigo de Francisco, la mamá de Susan, y la mamá de Mitchell, en la finca de Francisco, viendo las matas de café.



Foto 19. Francisco y Susan, en Sabanilla de Montes de Oca, donde Susan y Mitchell vivían al regresar a Costa Rica por motivo de investigaciones académicas de postgrado, 1973.



Foto 20. Francisco cosechando la piña montúfar en su finca, 1970.

